

LA REVOLUCIÓN TIENE NOMBRE DE MUJER



MAR DE
ACERO

MAR DE FUEGO II

NATALIE C. PARKER

RBA



NATALIE C. PARKER

Traducción de Alexandre R. Brunet

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que en él aparecen son todos producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Título original inglés: *Steel Tide*.

Autora: Natalie C. Parker.

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello de Penguin Random House, LLC, New York.



Producido por Alloy Entertainment, LLC.

© Alloy Entertainment y Natalie C. Parker, 2019.

© de la traducción: Alexandre R. Brunet, 2019.

© de la ilustración de cubierta: Compañía, 2019.

Diseño de cubierta: Corina Lupp.

Adaptación de interior y cubierta: Compañía.

© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2019.

RBA MOLINO

REF.: ODBO589

ISBN: 978-84-272-1997-7

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida

a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA SEAN Y MAUREEN,
TRAVIS Y CARLY:
MIS HERMANOS ANTES DE QUE LA LEY
SE PRONUNCIARA AL RESPECTO.



Antes

Esa noche sentía que las estrellas estaban cerca. Acunado por la cofa de vigía, subido al mástil principal en una noche tan oscura, Donnally sentía que estaban especialmente cerca, prácticamente a su alcance. Le encantaba ese sentimiento ilusorio e inquietante de estar suspendido en el aire. Si permanecía inmóvil y respiraba acompasadamente llegaba a convencerse de que hundirse hacia el cielo era igual de posible que caer al mar. Por un instante, sintió que su cuerpo era ligero como el aire y que tenía el universo entero al alcance de los dedos. Pero cuando extendió la mano para arrancar una estrella del conjunto luminoso, la ilusión se rompió. Después de un destello desconcertante que le provocó un mareo, volvió a formar parte de la Tierra, con los pies plantados firmemente en el suelo de la cofa de vigía, y la cabeza bien alta.

—¡Quieres dejar de molestar al cielo! —Ares chocó contra uno de los lados de la esfera que los protegía, cansado y aburrido. Esa combinación hacía que estuviera irritable. Era alto como su hermana mayor, y el destino le había obsequiado con unas espaldas anchas y unos brazos largos. Su piel era del mismo color tostado que la de Piscis, tenía el pelo negro y largo.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Donnally, asomando la cabeza del revés por la cofa de vigía, convirtiendo así el océano en el cielo.

Oyó que Ares suspiraba y hacía crujir los nudillos. La realidad era que probablemente no le importaba en absoluto. A él, en cambio, sí que le importaba estar despierto a esa hora y la manera que tenía la cofa de vigía de balancearse como un péndulo. Tenían doce *vuel*tas respectivamente, y llevaban el tiempo suficiente siendo amigos para que Donnally supiera que la irritación de Ares era como una flecha en busca de una diana. Había sido esa diana en muchas ocasiones y prefería no repetir. Ares no respondió y Donnally tampoco insistió.

Llevaban en los puestos de vigilancia casi una hora, el tiempo suficiente para que Caledonia y Piscis alcanzaran la isla cercana llamada Gem y empezaran a recolectar, pero no lo suficiente como para pensar que su regreso iba a ser pronto. Donnally se inclinó todavía más en la cofa de vigía; dejó que sus brazos colgaran por la barandilla y que la sangre se le subiera a la cabeza. El océano era de color negro y estaba ligeramente agitado. El vaivén de la marea lamía el casco de

la nave Fantasma, que se balanceaba de un lado a otro.

De repente, Donnally sintió que un pie le daba una patada hacia arriba. La fuerza de la misma levantó su cuerpo entero, que empezó a deslizarse por el borde. Gritó y agitó los brazos hasta que unas manos se aferraron a sus rodillas y tiraron de él hasta volver a meterle en la cofa, donde Ares se reía a carcajadas.

—¿Sabes que estás atado, verdad? ¿Que no puedes caerte? —Ares reía más fuerte todavía, con las manos apoyadas sobre sus rodillas.

A Donnally no le pareció nada gracioso. Se lanzó a por Ares, y estuvo a punto de darle un puñetazo. Pero este era más alto y fuerte. Esquivó la embestida con facilidad, tiró del brazo de Donnally y le quitó el abrigo gris con un movimiento delicado. El abrigo salió volando y cayó aleteando hasta el suelo.

Ahora sí que estaba furioso. Donnally sentía que la rabia se le subía a las mejillas y se le metía en los puños. Rugió y volvió a abalanzarse sobre Ares.

—¡Chicos! —Era la voz del padre de Donnally, que les hizo detenerse de inmediato. Se habían metido en un lío. No importaba que fuera Ares quien hubiera empezado. Estaba prohibido armar jaleo en la cofa de vigía—. Parece que no estáis suficientemente ocupados.

Donnally miró por encima del borde, esta vez seguro de cogerse bien a la barandilla. Vio a su padre cerca de la barandilla de babor, con el mentón levantado mientras observaba a los chicos y un abrigo gris que le cubría los hombros.

—He encontrado tu abrigo —le gritó a Donnally.

Ares volvió a reír, mientras Donnally echaba humo.

—Gracias.

Efectivamente, se habían metido en un lío. Donnally lo notaba en la expresión de su padre. Los pondrían a trabajar en la cocina unas cuantas semanas: a pelar y enlatar las frutas y verduras que las chicas trajeran de vuelta, y a aguantar las historias de Orr, el cocinero, sobre cómo eran las cosas antes. Pasarían calor, sería tedioso y aburrido. Y todo por culpa de Ares.

—Oye —dijo Ares, con sentido del humor—. Nunca te dejaría caer, Donnally. Solo estaba jugando.

Donnally tramaba su venganza cuando se oyeron tres disparos al aire.

La nave se quedó inmóvil como una piedra. Los ojos de Donnally y Ares se cruzaron por un segundo, y se pusieron a otear las aguas alrededor de Gem. Buscaban algo —luz, movimiento, a sus hermanas— pero no encontraban nada.

En la cubierta de debajo, la tripulación se puso en marcha de forma silenciosa. Se movían en todas las direcciones, preparando la nave para zarpar. Bajaron las cuerdas para tender ropa, se llevaron las cabras al interior, se deshicieron de los lechos de flores, todo ello sin pronunciar una sola palabra, ejecutando las órdenes sin hacer el más mínimo ruido. Era una escena familiar. Rhona entrenaba esta maniobra de forma habitual; las partes de la nave estaban perfectamente engrasadas y ensambladas. En breves instantes estarían listos para partir.

En el fragmento de océano que separaba la Fantasma de la isla de Gem no se veía ninguna pequeña embarcación con Caledonia y Piscis en su interior. Donnally observaba la coreografía que se desarrollaba por debajo como si el tiempo se hubiera detenido: por un lado le reconfortaba

la rutina, pero por el otro sentía miedo, porque esta vez la cosa iba en serio. Estaban preparándose para huir.

Ares cogió a Donnally del hombro, con los ojos bien abiertos del miedo.

—¿No vamos a abandonarlas, verdad? —murmuró.

Donnally quería responder que no, pero en su estómago una espiral de terror se retorció como una serpiente.

—*No ser visto nunca* —dijo, citando la primera regla de la nave.

Ares perdió el control de sus fuerzas. Parecía horrorizado y de repente también enojado.

—No.

Antes de que Donnally pudiera detenerle, Ares se desabrochó el arnés y escaló para salir de la cofa de vigía. Descendió sin tiempo para atarse a la cuerda de seguridad. Donnally le seguía. Se desabrochó el arnés y bajó por el mástil principal tan rápido como le permitían sus manos temblorosas.

Llegaron a la cubierta a tiempo para ver cómo su mundo se tambaleaba. Sus padres estaban cerca del puente, pegados los unos a los otros, enfrascados en una tensa conversación.

Los chicos fueron directamente hacia ellos, abriéndose paso hacia el interior del círculo justo a tiempo para oír lo que decía la madre de Ares:

—¿Qué pasa si es una falsa alarma? ¿Y si han disparado a un animal y las abandonamos?

—En ese caso podrán sobrevivir un par de días. —Rhona Styx estaba de pie con los brazos cruzados. Un rifle colgaba de su hombro—. Todo esto me gusta tan poco como a ti, Agnes. Pero nuestras chicas saben lo que hacen. Nos esperarán.

—Pero deberíamos ser nosotras quienes las esperaríamos a ellas. —Agnes plantó las manos en la curva de sus caderas.

—¡Chicos! —gritó el padre de Donnally—. ¿Quién está vigilando?

Lo que sucedió en el rostro de Donnally fue respuesta suficiente. Su padre soltó una palabrota y corrió hacia el mástil principal, pero ya era demasiado tarde.

—Capitán. —Un joven llamado Bandi se dirigió a él desde la torre del puente—. Estamos en apuros. Un buque de asalto. Está cerca, y pronto estaremos rodeados.

—Mierda —Rhona apretó la mandíbula mientras se giraba para examinar el océano.

Todas las veces que la Fantasma se había encontrado con un barco Bala habían hecho lo mismo: huir. Donnally era demasiado joven para recordar las veces que habían conseguido escapar por los pelos, y había crecido pensando que huir era la única forma de sobrevivir.

Pero en aquellos instantes, huir era lo último en lo que pensaba.

Solo conseguía pensar en su hermana. ¿Había sido ella quien había disparado? ¿O acaso le habían disparado a ella?

¿Volvería a verla?

—Rhona —dijo el padre de Donnally, colocándose a su lado—. Capitana, ¿cuáles son las órdenes?

Los ojos de Rhona se posaron sobre Donnally. Su mirada era tan poderosa como el sol, y él se sintió reconfortado y envalentonado al mismo tiempo. Tenía miedo por su hermana, casi más del que podía soportar, pero sonrió a su madre para demostrarle que él también era valiente.

Rhona asintió y tragó con dificultad.

—Me temo que no hay elección —dijo—. Levad las anclas y agarrad las pistolas. Vamos a luchar.

Al oír estas palabras la nave pareció transformarse. Se gritaban órdenes en todas las direcciones, incluso el mar parecía golpear el casco con más fuerza que unos segundos antes. Rhona avanzó hacia Donnally, retuvo a su hijo entre sus brazos y lo sujetó con fuerza. Le dio un beso en la cabeza y después lo soltó.

—Haz lo que te diga tu padre. Te quiero, valiente mío.

—Yo también te quiero —dijo Donnally, mientras ella escalaba hacia el puente y desaparecía en el interior.

—Vamos. —El padre de Donnally le cogió la mano y tiró de él hasta el alcázar, donde algunos adultos con las bocas apretadas vigilaban a un grupo de niños. Agnes estaba allí, ayudándoles a pasar por encima de la barandilla y bajar hasta el único bote que quedaba.

—No quiero ir —protestó Donnally. El miedo atravesaba su interior—. Quiero quedarme contigo.

Pero su padre lo arrastró y solo se detuvo al llegar a la barandilla.

—Tienes que ir. Volveremos a por ti, pero ahora tienes que alejarte al máximo de la nave. Dirígete a Gem y encuentra a tu hermana.

En la distancia se oyó un canturreo mortífero que atravesaba el aire; se oía cada vez más cerca y más fuerte. La tripulación de la Fantasma había perdido cualquier esperanza de tranquilidad. Se habían convertido en una máquina muy diferente a los ojos de Donnally: una que sonaba a balas chasqueando contra las paredes de una habitación.

—¡Tagg! —gritó Agnes—. Se nos acaba el tiempo.

De repente, Donnally se sintió aplastado contra el pecho de su padre.

—Encuentra a tu hermana —repitió, estrujando al chico aún más fuerte—. Encuentra a tu hermana y vive.

Sin apenas darse cuenta, Donnally se encontró acurrucado en el bote que esperaba en el agua. Había ocho niños a bordo. Astra, Derry, Lucero y Jam estaban en silencio, con los ojos clavados en el casco de la Fantasma, mientras los demás escudriñaban el barco que se acercaba en medio de la oscuridad. Ares y Lucero, los dos mayores y más fuertes, cogieron los remos y pronto el bote avanzó por el agua, en dirección a la isla en la que se encontraban Caledonia y Piscis.

Por un instante solo se oyó el gemido constante de la chimenea fantasma y a Astra, que se sorbía los mocos. Parecía que el tiempo estuviera sujetado con tornillos alrededor de la pequeña embarcación. Donnally no apartaba la mirada de la oscura silueta de la isla que tenía justo enfrente. Deseaba que el tiempo se detuviera en aquel preciso instante, de forma indefinida. Entonces se produjo un destello: un grito terrorífico se convirtió rápidamente en un rugido ensordecedor.

Donnally no pudo evitarlo. Se giró para ver el barco Bala acercarse a la Fantasma.

La proa del barco Bala estaba cubierta de rojo, como si fuera una mancha de sangre. Los hombres llevaban arneses y se movían de un lado a otro armados con bombas magnéticas, enfurecidos. El perímetro del barco estaba cubierto de puntas como espinas, en cada una de las

cuales había cuerpos ensartados en distintos estados de descomposición.

Cada músculo del cuerpo de Donnally se contrajo. El pequeño bote avanzaba cada vez más rápido gracias a la estela del barco Bala. Por detrás, Donnally oía a Ares marcar el ritmo para sincronizar el movimiento de los remos, y Lucero seguía.

Al minuto siguiente la Fantasma estaba cubierta en llamas. Los niños sabían que ir más rápido tampoco les salvaría.

Había una parte pequeña pero iluminada de la mente de Donnally que permanecía tranquila y distante como una estrella. Era la parte que estaba maravillada ante la facilidad con la que el barco Bala había sometido a la Fantasma. El caos aparente de la furia de los Balas era solo una ilusión. En realidad eran como un coro dirigido por manos expertas, que daba con la tecla más mortífera justo en el momento exacto. Después de que las bombas magnéticas debilitaran a la Fantasma y empujaran a la mitad de la tripulación a esconderse bajo cubierta, los Balas atacantes superaron sin dificultades a aquellos que permanecían en la parte superior. Donnally observó el desarrollo de la batalla con juicio y sentido de la estrategia. Poco a poco, su cuerpo empezó a tranquilizarse.

—¡Rema! —gritó Ares.

Pero Lucero se estaba quedando sin fuerzas. Y si algo sabían hacer los Balas era encontrar a niños que huían. Un pequeño bote ya avanzaba por el agua en su dirección.

—¡Rema! —volvió a gritar, con un hilo de voz cada vez más fino, a causa del pánico. Los Balas se detuvieron a su lado, pero Ares seguía remando. No paró hasta que los rodearon en dos ocasiones y dispararon un único tiro a la proa de su pequeña embarcación.

Los dedos de Ares se tensaron alrededor del remo, como si estuviera considerando la posibilidad de luchar. Sus pensamientos rebeldes estaban claros: si iban a morir, por lo menos llevarse a uno o dos Balas por delante.

—Tienes dos opciones, recluta —dijo un Bala que tenía sangre fresca esparcida por las mejillas.

Dos opciones. Vivir o morir.

—Ares —susurró Lucero desde la parte posterior del bote. En pocos minutos se habían convertido en una tripulación, y todos los presentes buscaban a Ares para que los liderara. Donnally puso una mano en la espalda de Ares, quien dejó de agarrar el remo con tanta fuerza. Meneó la cabeza y lo soltó.

—Buena elección —sonrió el Bala.

Los Balas amarraron el bote de los niños y avanzaron hacia el barco con la franja roja en la proa. La Fantasma se hundía en el agua, con humo saliendo de la cubierta y un boquete abierto en uno de los lados. Cuanto más se acercaban a ella, más se aferraba la mente de Donnally a esa estrella distante. Olía el humo, escuchaba los gritos, y cuando el bote impactó contra un cadáver, lo cual hizo llorar al resto de niños, él solo pensó que probablemente era mejor una tumba de agua que lo que les aguardaba.

Su mirada se dirigió a las puntas en el perímetro del barco Bala. Una a una, fueron separadas de los soportes y, como los pétalos de una flor, colocadas sobre la cubierta, que no alcanzaba a ver. Mantuvo los ojos bien abiertos cuando volvieron a levantar las puntas, esta vez con los

cuerpos ensartados de personas queridas, exhibidos como advertencia a cualquiera que se atreviera a escapar de los brazos del Padre.

Su corazón palpitó en el pecho; algo duro y desconocido crecía en lo más profundo de sus pulmones. Pero en su mente la estrella distante desprendía una luz tenue y relajante. Permaneció inmóvil.

No fue hasta que vio su abrigo gris revoloteando alrededor de una figura familiar que empezaron a caerle las primeras lágrimas. Mientras los Balas obligaban a los niños a subir por una escalera, vio como empalaban el cuerpo de su padre en una punta, cerca de la parte delantera del barco. Entonces la estrella distante que tenía en la mente se estampó contra el suelo. En un momento de desesperación, Donnally se puso en pie y corrió hacia su padre.

—¡No lo toquéis! —gritaba, pero apenas sabía qué—. ¡Os colgaré! ¡Meteré vuestros cuerpos en espetones y os asaré!

Los Balas que maltrataban el cuerpo de su padre dejaron de trabajar, perplejos al ver que Donnally se aproximaba.

Se detuvo justo enfrente, furioso porque estaban manoseando el cuerpo de su padre, más enfadado todavía por el hecho de que lo consideraran un objeto de diversión, más que de respeto. Su mente daba vueltas hasta que lo único que quedó fue una ira perfecta.

Respiró profundamente y soltó un rugido.

El sonido lo llenó por completo. Era primitivo, desagradable, ruidoso. Era como si la fiebre estuviera recorriendo todo su cuerpo, transformando cada parte de sí mismo.

—A eso le llamo yo un buen grito de batalla.

Un chico más mayor se acercó a Donnally. Tenía una corona de pelo rubio y el rostro como si fuera una colección de cuchillos. Devolvió la mirada asesina de Donnally con unos ojos azules penetrantes.

—Esa rabia te vendrá bien —dijo el chico—. ¿Cómo te llamas?

Donnally levantó el mentón y afiló la mirada.

De repente el chico estaba muy cerca. Cogió a Donnally de la mandíbula y empujó su cabeza hacia atrás para ver el tatuaje que tenía en la sien. Por su mirada pareció que lo reconocía. Luego lo soltó.

—Tu hermana era muy valiente.

En un primer momento, las palabras carecieron de sentido. Donnally supuso que estaba hablando de otra persona. Pero entonces una realidad espantosa quebró su mente como un viento que se lo lleva todo por delante.

—¿Vendrás conmigo, hermanito? —preguntó el chico amablemente—. Ven conmigo y te enseñaré a ser tan valiente como ella.

En el recuerdo de Donnally apareció una imagen de Caledonia. Reía orgullosa y una brisa amable empujaba su pelo hacia atrás. ¿Cómo había muerto? El chico que tenía delante quería que se lo preguntara. Quería decírselo. Estaba convencido de ello.

—¿No te gustaría ser valiente? —le preguntó—. Dime, ¿cómo te llamas?

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Donnally. Las sentía en la piel, pero no en el corazón.

—Donnally.

El chico de los cuchillos en el rostro volvió a sonreír.

—Hola, Donnally. Me llamo Lir —dijo mientras extendía la mano—. Soy tu nuevo hermano.

CAPÍTULO

1



Cuatro años después

Caledonia soñaba con el fuego y que se ahogaba.

El mar estaba frío y cristalino. La rodeaba casi con cariño; hacía que los dedos de sus manos y sus pies se movieran, se arremolinaba en su nuca. La corriente la empujaba como si fuera un alga marina, relajada, no del todo a la deriva. Justo por encima, la superficie del agua centelleaba. Hasta donde conseguía ver, el fuego bailaba con el agua. Y más allá de las llamas, una voz gritaba su nombre.

Fue subiendo hasta que sus dedos contactaron con algo blando y duro al mismo tiempo.

—Creo que está volviendo en sí. —La mano de otra persona envolvía la suya—. Ya te tengo.

Caledonia parpadeó y se sorprendió por no estar debajo del agua, sino en una habitación. Le costaba enfocar la silueta ancha y oscura de la persona que sostenía su mano.

—Intenta relajarte —dijo.

Le pesaban los párpados. Los cerró y el intenso océano volvió a doblegarla. El cansancio le pedía quedarse así. Pero una voz interior insistía en que tenía que abrir los ojos. Había dejado cosas por hacer, a personas desprotegidas. Se había marchado antes de lo que hubiera querido, y al otro lado de las llamas se encontraba la gente a la que quería.

Piscis.

Amina.

Dienterrojo.

Hime.

Donnally.

Ahora estaba ardiendo. En la habitación hacía mucho calor. Le quemaba la piel, y apenas lograba respirar. Volvió a intentarlo y por segunda vez sintió una presión en los pulmones. Siguió intentándolo, pero era como si estuviera atrapada por el agua y el fuego.

—Vaya. ¡Que alguien avise a Triple! —dijo el chico que le sostenía la mano.

—Se morirá si sigue haciendo esto. —Era una voz nueva. Y no muy amable—. Por fin.

—No eres de mucha ayuda, Pino. —intervino una tercera voz. La de una chica—. Apártate. Volveré a ponerla ahí debajo.

Caledonia regresó al cristal frío del mar. Iba a la deriva, con los pulmones pesados, pero ya no importaba. Estaba en el mar. Y ella siempre confiaba en el mar.

Cuando se despertó ya era de noche. El aire olía a trapo húmedo, y la única luz llegaba de un pequeño montón de brasas moribundas que se mecían en un bol de cerámica. El resplandor rojizo se reflejaba en la pared más cercana, a los pies de Caledonia. Era de tela, no de acero. Le costaba enfocar con la mirada, y sentía como si le hubiesen llenado la boca de alquitrán. La espalda le palpitaba del dolor.

La brisa empujaba una de las paredes de la tienda de campaña. En la tela se formaban ondas, y al otro lado de aquella capa delgada se oía el susurro de las agujas de pino. Esto no es la Mors Navis.

Estaba muy despierta, y los recuerdos regresaron repentinamente. Su tripulación había navegado hacia las aguas frías del norte para rescatar a su hermano y al de Piscis. Había luchado contra la Electra, y después de vencer habían encontrado a Ares. Pero a Donnally no. Cuando el barco de Lir apareció en el horizonte, abandonó la Mors Navis para vengarse de aquel chico que había matado a su familia y había secuestrado a su hermano. Se había enfrentado a él en la cubierta de su propia nave, y por segunda vez Lir la había dejado medio moribunda.

Aquello explicaba el dolor que iba desde la parte baja de la espalda hasta el estómago, pero no lo que hacía en esa tienda de campaña, ni tampoco por qué llevaba esa camiseta y esos pantalones tan grandes.

Dobló los dedos de las manos y los pies, probándolos cuidadosamente. Al principio quemaban y protestaban, luego consiguió moverlos más fácilmente. Animada por los progresos que hacía, cogió una bocanada de aire que sabía a humo e intentó incorporarse. Un dolor ardiente, lacerante e iracundo floreció en un punto de su espalda y pinchó como un arpón que atraviesa el agua a Caledonia, que creyó que iba a partirse en dos. Se le escapó un ruido por la boca, y de repente alguien abrió la tienda de campaña.

El polvo y la luz se arremolinaron de forma desconcertante. Cuando cerraron, el interior de la tienda se convirtió en una oscura humareda. Esta vez había alguien dentro. Notó unas manos en los hombros que la sujetaban firmemente contra la cama.

—Tumbate, por favor.

La voz del chico era áspera y extrañamente familiar.

Caledonia observaba sus brazos, más concretamente la cicatriz en uno de sus bíceps. Con la luz que había, todo parecía bañado en una sombra incolora, pero sabía perfectamente que era de un naranja intenso y violento.

Poco antes, su cuerpo había estado tan lleno de dolor que amenazaba con romperse. Ahora estaba despierta. Su corazón latía cada vez más rápido, recobraba la energía y de repente el dolor no fue más que un recuerdo borroso.

Caledonia se retorció bajo las manos del chico e inmediatamente se puso en pie. Él cayó hacia atrás y la miró con irritación. Era más grande que ella y sus músculos no dejaban lugar a malentendidos: si le dejaba un momento para pensar, la derrotaría. Por eso no iba a darle ningún momento para hacerlo.

Cuando el chico volvió a ponerse en pie, Caledonia ya había salido de la tienda de campaña para huir. Se encontró con otras tiendas dispuestas en forma de anillo, y más allá, unos árboles altos que se extendían hacia el cielo. El aire era fresco y helado, con una nota de leña y pino. Había Balas por todas partes.

Aunque no podía ver las bandoleras, lo notaba por la manera de caminar, de mirar, y por cómo se fijaron en ella rápidamente. Había decenas. Caledonia se encontraba en medio de un campamento Bala.

Reprimió el instinto de avanzar hacia el horizonte y se giró en dirección al bosque. No iba a resultar sencillo evitar los árboles en el estado en el que se encontraba, pero al menos le proporcionarían un escondrijo. El Bala que salió de la tienda de campaña frunció el entrecejo. Enseguida la encontró. Ahora que estaban a plena luz del día, Caledonia se fijó en que tenía la piel pálida, de un marrón difuminado, y una barba incipiente ensombrecía su fuerte mandíbula. No era tan grande como le había parecido al principio. Estaba ileso y poco impresionado.

Caledonia rompió a correr hacia el bosque, tan rápido como le permitían las piernas. Encontró un camino estrecho entre los árboles altos, pero no lo cogió. Su única esperanza era volverse invisible lo antes posible.

El bosque estaba compuesto de altos árboles de hoja perenne, helechos que llegaban a la altura de la cintura y matorrales enmarañados. Los pasos de Caledonia eran inseguros y su equilibrio aún era peor. Por detrás, las zancadas confiadas de su perseguidor sonaban sin interrupción. Tenía que superarlo, ser más rápida y ligera con los pies descalzos, pero su cuerpo iba más lento que su voluntad. Los árboles bloqueaban cualquier posibilidad de orientarse, y los matorrales prácticamente escondían el suelo. Estaba insegura en ese territorio, mientras que su perseguidor estaba como en casa. A cada paso los músculos de su espalda se retorcían más, gritaba más fuerte, y el calor empezaba a desplazarse hacia su cadera.

Siguió avanzando, más deprisa, confiada en que el suelo que sustentaba el mar de helecho interminable también la sustentaría a ella. Tuvo suerte durante unos instantes, pero luego su pie se hundió en un pequeño surco, se torció el tobillo y rodó por el suelo. Su perseguidor la alcanzó enseguida.

Caledonia se revolcaba mientras él trataba de sujetarla y agarrarla por los hombros. Logró zafarse y consiguió girarse para tenerlo de cara. Le soltó un puñetazo que impactó de lleno de su mandíbula, pero el golpe le hizo más daño a ella que a él, y finalmente se desplomó sobre sus rodillas, exhausta.

—Tu plan no hubiese funcionado. —El chico colocó las manos sobre sus hombros, pesadamente, para inmovilizarla—. Te recomiendo que vuelvas a la cama antes de que te lleve yo.

Ahora que había dejado de moverse, el dolor en su espalda era cada vez más intenso. Estaba mareada, los pulmones se le retorcían, las náuseas le ardían en la boca, y el tobillo le palpitaba por la torcedura reciente. Pronto las piernas iban a decir basta.

—Puedo llevarte —dijo, paseando sus ojos por el cuerpo de Caledonia—. Aunque preferiría no hacerlo.

—Pues ya somos dos —dijo ella con desprecio, resoplando mientras poco a poco recobraba la verticalidad. No le quedaba otra que obedecer, y él lo sabía.

El chico se cruzó de brazos y esperó a que Caledonia caminara hacia el campamento. El trayecto de vuelta a través de aquel bosque desconocido pareció mucho más largo que la caótica escapada. A cada paso sentía una nueva oleada de dolor cantando a través de sus huesos, y el cansancio hizo que empezara a temblar sin parar. Quería detenerse desesperadamente y descansar, pero si lo hacía el Bala cumpliría con su amenaza de cogerla en brazos. Obligó a sus piernas a mantenerse en pie hasta llegar a la cama en el interior de la tienda de campaña.

El Bala se detuvo en el interior, mientras Caledonia volvía a tumbarse sobre el delgado colchón. Tuvo que pagar un peaje, en cuanto a dolor y dignidad, para poder realizar el movimiento. Gritó y tembló al tiempo que la herida en su espalda lloraba sangre fresca.

—Ideas estúpidas, consecuencias estúpidas. —La voz del Bala sonaba despreocupada y sorprendentemente moralizante.

—Nunca es una idea estúpida huir de un Bala. —Habló con dureza a través del dolor.

El Bala resopló.

—No vuelvas a hacerlo.

Era una orden, pero no hizo ningún movimiento para atar a Caledonia. Por primera vez se fijó en lo extraño que era que no la hubiesen atado. Quizá pensaban que era incapaz de escapar por su propio pie, o confiaban en que no quisiera hacerlo. Se había demostrado que la primera hipótesis era cierta, pero la segunda la desconcertaba particularmente. ¿Dónde estaba?

—Estarías muerta si no fuera por nosotros —sentenció el Bala, que la seguía mirando con una mezcla de indiferencia y severidad—. Serías uno más de los cadáveres de animal que sirven para alimentar a los pájaros. ¿Es eso lo que quieres? A mí me da igual.

Era una silueta oscura en una entrada luminosa, difícil de ver con nitidez. Pero en cualquier caso, Caledonia tampoco quería verlo. Cerró los ojos y apartó la mirada.

—Me lo suponía —dijo bruscamente, y salió.

Durante un buen rato, Caledonia estuvo a solas con el aire oscuro y sofocante de la tienda. Respiró lentamente, contando hasta cuatro una y otra vez para que su corazón latiera más despacio. No hubiese podido moverse aunque su vida hubiera dependido de ello. Tal vez era así, no estaba segura. Decidió centrarse en aquello que sí sabía. Estaba en peligro. Estaba bajo la custodia de unos Bala, lejos de su tripulación. Y estaba viva.

Dejó que el dolor le recordara todo lo que había pasado hasta llegar allí, y se dijo que el final de Caledonia Styx todavía no había llegado. Donde hay dolor, hay una oportunidad.

Mañana se encontraría mejor.

CAPÍTULO

2



Cuando Caledonia se despertó, alguien la estaba observando.

Estaba en el centro de la tienda de campaña, pero ocupaba todo el espacio. Su figura era inmensa, y cada una de sus extremidades parecía el mástil de un barco. Ancho era la única palabra que podía describir su espalda, su pecho y su postura. Incluso su cara de circunspección parecía ancha. Llevaba una serie de capas de tejidos del viejo mundo: una camiseta negra reluciente de mangas largas que asomaba por debajo de un chaleco verde y robusto, con unos pantalones también negros insertados en el interior de unas botas. Cargaba con una sola espada en los hombros y tenía un pequeño puñal enfundado a la altura del muslo. Examinó a Caledonia desde las alturas, como si se hubiera encontrado con un árbol caído en medio del camino y estuviera decidiendo la mejor manera de pasar por encima.

—Eres más grande que el otro —dijo ella, mientras se estrujaba los dedos para comprobar su estado.

El chico sonrió, lo cual dejó a Caledonia descolocada. Se arrodilló tanto como le permitía su tamaño descomunal y se colocó a la altura de ella. Caledonia contempló su rostro con claridad. Sus ojos, de un color castaño rojizo, brillaban en contraste con su piel ligeramente bronceada; unos rizos de su larga trenza marrón caían por su espalda y se enroscaban en torno a sus anchas mejillas. Una sola cicatriz naranja cruzaba la piel tostada de la parte superior de su brazo, igual que el otro chico.

—Te refieres a Pino. Sí, soy más grande que Pino. Y que todos los demás. —Volvió a sonreír—. ¿Cómo te encuentras?

Se encontraba peor que cuando había abierto los ojos. Su cuerpo ardía, y cada respiración avivaba las llamas. Se sentía tremendamente débil. Pero no quería que él lo supiera.

—Sobreviviré —dijo.

El chico asintió.

—Hemos llegado a la misma conclusión. Triple te ha curado la herida después de que ayer se te abrieran los puntos, cuando saliste de paseo. No te has despertado desde entonces. Una persona normal probablemente no hubiera tenido arreglo. Pero estábamos bastante seguros de que conseguirías superar la noche. Triple también te puso una venda en el tobillo. Es un poco menos

grave que le herida de cuchillo.

Caledonia clasificó la nueva información. Era un Bala, pero no hablaba como ellos. Y se habían esforzado para mantenerla con vida. No estaba lista para morir, pero ¿por qué razón le habían salvado la vida?

—No te muevas. —Pasó una mano por encima de sus piernas sin tocarlas. Caledonia ni siquiera se había dado cuenta de que las había estado moviendo—. Tengo la sensación de que esto no es nada fácil para ti. Pronto tendremos algo que acelerará tu recuperación. Pero hasta entonces, me temo que tendrás que guardar cama.

Se expresaba con autoridad, de aquella que deriva de la seguridad en el propio liderazgo, pero aun así tuvo que amenazarla abiertamente. Su presencia física, que era de todo menos sutil, carecía de agresividad. Aquello la descolocó y la hizo sentir incómoda.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Ocho días —dijo como si se disculpara—. Como te he dicho, has tenido fiebre y no es fácil encontrar tecnología médica.

A Caledonia le costaba oír lo que decía. ¿Ocho días? Se incorporó sin pensar en las consecuencias.

—Mi nave —dijo—. ¿Qué le ha pasado a mi...?

El fuego partió su cuerpo y la dejó sin habla. Durante unos segundos lo vio todo de color blanco. Sintió unas manos fuertes en los omoplatos que la ayudaron a bajar hasta la cama.

—No lo sabemos —dijo, en un tono que auguraba más respuestas—. Abandonaron la bahía antes de que llegara la flota de los Cincohijos, y ya no volvimos a verlas. —La soltó y se apoyó en los talones, resoplando pesadamente—. Te encontramos junto al remolque, y poco más. Desde que te trajimos aquí no has parado de dar pelea, Pelirroja.

El apodo la golpeó como un viento frío, y trajo consigo un recuerdo punzante: un disparo que quebraba el aire, los ojos abiertos y la mirada de amor de Dienterrojo, la suavidad con la que sus manos se posaron en los hombros de Amina, el momento en el que se apagó su luz.

Apretó la mandíbula, esperando que el chico no hubiera visto las lágrimas que mojaban su pelo.

—No me llames así —dijo al recobrar la compostura.

—¿Cómo quieres que te llamemos? Tendrás un nombre, supongo.

—¿Por qué me ayudáis? —contraatacó, apartando la mirada de la cicatriz—. ¿Me habéis curado para poder entregarme a Aric?

En las facciones del chico se adivinaba el principio de una mueca.

—Vimos lo que hiciste. Cuando el barco de reclutamiento llegó a la bahía te estábamos observando. Vimos a tu tripulación destrozarlo, y creíamos que aquello era el final. Pero luego observamos algo realmente increíble: una chica que se colaba a hurtadillas en un barco Bala. Lo vimos todo. La pelea. La explosión. Y cuando el remolque te llevó a nuestras costas, decidimos que no íbamos a dejar morir a una chica capaz de todo aquello.

—¿O sea, que hacéis todo esto porque os gusta cómo lucho?

—Más o menos. —El chico volvió a sonreír y a ponerse en pie—. ¿Ahora tengo derecho a saber tu nombre?

—Depende. ¿Qué vais a hacer conmigo?

—Vamos a curarte. Creía haberlo dejado claro. Te queremos ayudar.

—¿Y después? —Caledonia no pudo evitar fijarse de nuevo en la cicatriz. Era vieja, el color estaba ligeramente apagado, pero no había ninguna duda sobre su origen.

El chico resopló, ofendido.

—No somos lo que crees. No vamos a entregarte a Aric, o a venderte al próximo jefe Bala que aparezca por la bahía.

—¿Por qué no? Sois Balas, y los Balas sirven a Aric.

—No somos Balas. —El chico apretó los puños, la frustración cincelaba cada uno de sus músculos—. Lo fuimos, pero ninguno de nosotros lo escogió. Estamos aquí porque decidimos llevar un modo de vida diferente. Hacemos todo lo posible para asegurarnos de que ninguno de nosotros tiene que volver con Aric. Y eso te incluye a ti. Aquí eres bienvenida. Lo único que te pido es que no vuelvas a intentar escaparte. Al intentar huir nos pones en peligro a todos. —Hizo una pausa, y en su expresión podía adivinarse un profundo lamento—. Tienes que confiar en que haré lo necesario para que mi gente esté a salvo.

De repente, Caledonia oyó la voz de Piscis que le rogaba que confiara en ella, que no abandonara a la tripulación. En su mente vio el pelo rapado de su hermana, la curva suave y desigual de su sonrisa, la sal que se secaba en su piel tostada por el sol, y la echó de menos tan desesperadamente que por un instante le costó respirar. Cerró los ojos ante la nueva amenaza de las lágrimas. Piscis le aconsejaría que confiara en ese chico.

Cuando él volvió a hablar, fue con un atisbo de preocupación.

—Descansa, amiga. Ya habrá tiempo para preguntas.

—No, espera. —Caledonia luchó para incorporarse con los codos—. Me llamo Caledonia.

Se preparó para el momento en que los ojos del chico brillaran de reconocimiento y lo delataran como un Bala. Pero ese momento no llegó y dijo:

—Encantado de conocerte, Caledonia. Puedes llamarme Trineo.

—Trineo. —Caledonia casi rio—. ¿Te diste ese nombre a ti mismo?

Trineo enseñó los dientes al sonreír y respondió:

—No, fueron mis amigos.

—Es sutil.

—Casi tanto como yo.

Caledonia le devolvió la sonrisa y dejó de apoyarse en los codos para recostarse en la cama.

—Solo una pregunta más, Trineo.

—Dime.

—¿Soy tu prisionera?

Él cruzó los brazos y mientras la examinaba se le hizo una arruga entre el espesor de sus cejas.

—¿Tienes pensado escapar?

En realidad era su plan más inmediato, pero Caledonia sentía que no podía mentir tan directamente. Le aguantó la mirada y se quedó en silencio.

—Comprendo. —La arruga volvió a aparecer en el entrecejo mientras buscaba la manera de continuar—. Me ves y piensas que soy un Bala. No tienes ninguna razón para confiar en mí. Pero

espero que cuando te recuperes y veas el resto del campamento, entiendas que aquí nadie quiere hacerte daño. Mi gente se está recuperando de todo lo que Aric les obligó a hacer, y yo haré todo lo necesario para defenderles. Te trajimos a nuestro santuario. Nos arriesgamos para salvarte. Así que mi respuesta es que preferiría que quisieras quedarte por tu propia voluntad.

—¿Y si no quiero?

Cuando Trineo se quedaba en silencio parecía que la tienda se inclinara hacia su lado. Examinó a Caledonia con una mirada tan larga y penetrante que a ella hasta le costó respirar.

—Haré lo que sea para defenderles —repitió, y cada palabra retumbó como un trueno.

La amenaza se cernió sobre los hombros de Caledonia, se deslizó por sus brazos y rodeó sus muñecas como si fueran esposas. Si corría, si la atrapaban, estaba convencida de que Trineo no le daría una tercera oportunidad.

—Entonces soy tu prisionera —dijo.

Trineo permaneció impassible, sacó un objeto pequeño de su pretina y se lo enseñó. En la mano, sepultado en la palma gigante, había un cuchillo pequeño con una empuñadura de madera.

—No armaría nunca a una prisionera.

De repente, Caledonia se sintió mareada. Sus oídos le zumbaban y sentía un hormigueo en los dedos. Era el cuchillo con el que Lir la había apuñalado cuatro años antes, la noche en que mató a su familia y destruyó la nave. Lo conservaba como un recuerdo de lo que había perdido, y de por qué tenía que seguir luchando. Respiró lentamente y lo cogió.

—Gracias —dijo, con una voz extrañamente distante.

Trineo dio un paso atrás para salir de la tienda. Cuando la abrió, Caledonia pudo ver un cielo azul oscuro resplandeciente y a un chico sentado en el exterior. Lo reconoció por su cara enfurruñada y su mandíbula ensombrecida. Gracias a Trineo sabía su nombre: Pino. Se fijó en el largo cuchillo que tenía en la mano y en el molejón que utilizaba para afilarlo.

Antes de marcharse, Trineo se giró una última vez para mirarla directamente a los ojos.

—Es un placer tenerte con nosotros, Caledonia. Espero de verdad que decidas quedarte.

CAPÍTULO

3



Caledonia se pasó horas observando el cambio del color de la tienda de campaña de caqui oscuro a caqui ligeramente ensombrecido a caqui borroso a caqui atravesado por un poco de luz del sol. Empezó pensando que el caqui era un color precioso, sutil, lleno de variaciones inesperadas y de profundidad, y terminó con la idea de que pensar así era un insulto a los demás colores. Había rastreado las formas de las manchas de suciedad y seguido cada costura desde el principio hasta el final, más veces de las que era capaz de contar, pero todavía era incapaz de mover un músculo sin que se desencadenara una reacción de dolor que la hacía estremecer.

Por encima de todo, se centraba en el color de la tienda para no tener que pensar en que estaba atrapada en el interior. Una y otra vez intentaba alejar las aguas distantes por las que navegaba su tripulación de sus pensamientos. Pero sus esfuerzos por ahogarlos en una tela de color caqui eran en vano, y pronto se sorprendía a sí misma lejos de allí.

Se imaginaba el casco brillante de la Mors Navis surcando las aguas cálidas de la desembocadura del Bone, en dirección a la Red. Piscis estaría refunfuñando de cara al océano, no porque tuviera miedo, sino porque todavía debía de estar enfadada con Caledonia. Y porque ser capitana la obligaría a permanecer más de lo que ella deseaba en la cubierta. Amina percibiría la lucha interior de Piscis y se acercaría para desafiar y animar a la nueva capitana en todo lo necesario. Híme se plantaría a su lado, lista para preservar la salud física y espiritual de la nave. Eran el trío perfecto —compasión, estrategia y fortaleza— para liderar a la tripulación hacia mares más luminosos. No era exactamente el futuro que habían planeado, pero era un futuro que no hubiera estado a su alcance si Caledonia hubiera permanecido a bordo.

Ortiga iba a convertirse en una fija al timón, si no lo era ya. Tina acabaría comprendiendo que su gestión de la lista de turnos era un trabajo esencial y valioso. Pippa y Folly convertirían su estilo de luchar en una forma de arte que algún día imitarían el resto de chicas. Y respecto a Oran —¡ay, por todos los mares!—, lo último que había hecho era aceptar el beso que le había ofrecido. Pensar en aquello hizo que el corazón le latiera de forma errática en el pecho. Había sido imprudente por su parte, pero no se arrepentía. Más bien sentía que había dejado algo inacabado que tamborileaba debajo de su piel.

Apretó los labios. Conocer a Oran lo había cambiado todo. Salvó la vida de Piscis y desertó

de su barco Bala, arriesgándose para subir a bordo de la Mors Navis. Había intentado matarlo, pero Piscis la convenció de que esperara, para mostrar compasión y clemencia. En contrapartida, Oran les proporcionó información que jamás hubieran soñado tener. Sus hermanos pequeños estaban vivos, y sabía cómo encontrarlos. Rescataron a Ares. Pero Donnally...

Su estómago se retorció violentamente. Antes de poder seguir adelante con ese pensamiento, zambulló la mente de vuelta al tejido descolorido que tenía sobre la cabeza. Había una parte en la que las costuras eran más gruesas, como si se hubieran hecho más fuertes al tejerse y ahora estuvieran enredadas para siempre. Volvió a pensar en Piscis. Siempre había sido la costura más fuerte del entramado, la que mantenía a Caledonia y a la tripulación juntas con una especie de empatía estratégica que Caledonia nunca llegó a poseer. Piscis podía pensar que no sería una buena capitana, pero estaba equivocada. Era igual de fuerte e inteligente que ella. Y con Amina y Hime a su lado, tendría muchos menos problemas.

Estaba convencida de que estaban bien.

—Estarán bien —se repitió Caledonia. Pero mientras pronunciaba esas palabras, sabía que nadie estaba bien en ese mundo. Quizá no sabría nunca lo que les había pasado. Había sacrificado su lugar en la familia, y había fracasado al intentar matar a Lir. Lo había sacrificado todo por nada.

Cuando finalmente se abrió la tienda de campaña, Caledonia estaba tan cansada de sus propios pensamientos que casi deseaba que Trineo o incluso el taciturno y severo Pino vinieran a regañarla. Pero fue una chica con mechones que iban del dorado miel hasta el marrón rojizo quien entró en la tienda con una pequeña bolsa en las manos y una forma de caminar decidida.

—Veo que estás despierta —dijo con una voz amable pero igual de decidida que sus pasos—. Me llamo Triple y tengo una sorpresa para ti. ¿Puedes levantarte? Ven, deja que te ayude.

Se puso al lado de Caledonia, en el borde de la cama, mientras esta se incorporaba hasta sentarse. Triple era pequeña y fuerte, con unas curvas musculosas que le recordaban a Dienterrojo. Pero Dienterrojo era blanca como los lirios, y esta chica estaba bronceada de manera que parecía que el sol no la pudiera quemar. Vestía de una forma parecida a Trineo, con una camiseta negra, unos pantalones verdes, una banda plateada atada a la cintura y unos faldones largos que revoloteaban alrededor de las rodillas. Una funda vacía colgaba de una de sus caderas; Caledonia sospechaba que se había quitado el puñal únicamente por su bien.

La chica rebuscó en la bolsa y sacó un parche cuadrado tan gris que parecía metálico.

—Un nanoparche —dijo orgullosa—. Curará la herida de tu espalda mejor y más rápidamente que todo lo que hemos intentado.

Caledonia había oído hablar de los nanoparches, tecnología médica del viejo mundo, difíciles de conseguir e increíblemente valiosos. No le gustaba la idea de estar en deuda con aquella gente, más de lo que ya lo estaba, pero tampoco le seducía tener que quedarse allí durante semanas mientras las partes de su cuerpo volvían a apedazarse.

—Con tu permiso, claro —dijo Triple, levantando la mano que tenía libre con la palma hacia a Caledonia. Esta meneó la cabeza, confundida—. Con tu consentimiento.

Caledonia levantó la mano, imitando a Triple, y apoyó la palma contra la de la chica. Esta sonrió satisfecha y siguió con lo que hacía. El gesto fue cosa de un instante, pero el significado

estaba claro: Triple solo podía tocar a Caledonia si Caledonia estaba de acuerdo en ser tocada.

—Tengo que ponerlo por debajo de la camiseta. Seguramente te dolerá, pero será poco rato.

Triple levantó la camiseta de Caledonia y le quitó el viejo vendaje con delicadeza. Mientras lo hacía, emitió una serie de sonidos de disconformidad, dirigidos claramente, aunque no de forma manifiesta, a la paciente. Hime hubiera regañado a Caledonia con severidad por haber hecho que se abrieran los puntos y haber empeorado las cosas más de lo necesario. Podía imaginarse las formas que hubieran adoptado las facciones delicadas de Hime al dirigirse a ella.

«Capitana, ¡los puntos no te los pongo para disfrutar! No me obligues a tener que volver a hacerlo. ¡Porque igual no lo hago!», hubiese dicho haciendo señas y colocando los puntos de forma precisa, con los hombros encorvados por la indignación.

Aquel pensamiento trajo una triste sonrisa a los labios de Caledonia.

—Siento haber abierto los puntos —dijo Caledonia por encima del hombro.

Triple respondió con un «Hmmm» de desaprobación. Y luego añadió:

—Te duelen más a ti que a mí, pero acepto tus disculpas. Te pondré el parche a la de tres.

¿Lista?

Caledonia casi la detuvo para preguntar qué sentiría, pero luego se lo pensó mejor y asintió.

—Estoy lista.

—Una, dos y tres.

El parche le produjo una vibración fría, como una seda helada que zumbaba contra su piel. Era una sensación tan reconfortante que Caledonia se relajó. Pero justo cuando empezaba a respirar con más facilidad, volvió a sentir los pinchazos penetrantes, como si la apuñalaran con un centenar de agujas a la vez. Gritó.

—Estoy aquí. —Triple sonaba tranquila y confiada—. Pronto pasará. Coge mi mano. Respira.

Caledonia trató de seguir las instrucciones mientras las agujas la perforaban una y otra vez durante varios minutos interminables, hasta que finalmente volvió a sentir la vibración fría. Respiró hondo y abrió los ojos.

Triple estaba sentada en la cama, frente a ella, sosteniendo su mano. Sus ojos abiertos eran de un color verde avellana, y por primera vez Caledonia vio que tenía uno de los lados de la cabeza rapado casi al cero, mientras que el resto del pelo entraba y salía de unas trenzas que caían por sus hombros.

—Ya está. ¿No ha sido tan terrible, verdad?

—Bueno, lo suficiente. —La voz de Caledonia sonaba ronca. Todavía se sentía débil, pero empezaba a notar una mejora en su cuerpo. Poner el parche había sido muy incómodo, pero ya surtía efecto e inducía al cuerpo a curarse a un ritmo acelerado.

—Dentro de una hora te dolerá más la torcedura de tobillo que la herida. Para eso no tengo nada excepto la compresión continua y el descanso.

—Gracias —dijo Caledonia sinceramente—. Sé lo difíciles que son de conseguir los nanoparches. Os agradezco que hayáis gastado uno conmigo.

—Agradéceselo a Trineo. —Triple se movió a un lado para comprobar el estado de la herida de Caledonia, antes de ayudarla a incorporarse con la espalda contra la almohada—. Se arriesgó mucho para conseguirlo. Yo solo sé ponerlos.

Caledonia alcanzó el vaso de agua que había al lado de la cama y bebió un buen sorbo. No tendría que haberle importado lo que había arriesgado para conseguir el parche. A fin de cuentas, no se lo había pedido. Pero no podía evitarlo.

—¿Qué quieres decir con que se arriesgó mucho? —preguntó.

—Cuando necesitamos este tipo de cosas tenemos que ir a las colonias. —Triple la observaba con astucia mientras hablaba—. Y cada vez que vamos a las colonias arriesgamos nuestra seguridad.

—¿Por qué?

—Porque... —Dudó por un instante—. Porque aunque la mayoría de nosotros nacimos allí, las colonias temen a Aric más de lo que desean vernos regresar. Si es que realmente quieren que regresemos.

—¿Qué quieres decir? —No podía imaginarse estar tan cerca de su familia y no querer estar con ellos. Ella haría —había hecho— cualquier cosa por intentar liberar a su hermano del ejército de Aric.

—Quiero decir que para ellos ya estamos perdidos. En sus mentes, el daño ya está hecho. Si pudieran salvar a unos cuantos niños entregándonos al Padre, es exactamente lo que harían. Así que guardamos las distancias. Solo nos acercamos a las colonias si no nos queda otro remedio.

—O sea, que no comerciáis con ellos.

Triple la miró con frialdad.

—No —dijo—. No comerciamos con gente que nos haría prisioneros y nos devolvería a la vida de la que acabamos de escapar.

—O sea, que lo habéis robado.

—Sí, lo hemos robado —dijo Triple, sin remordimientos.

Los colonos perdían más cosas además de nanoparches habitualmente. Entre reclutamientos, no tenían que preocuparse por ese tipo de robos. Pero estos Balas les cogían lo que necesitaban. Y en ese caso había sido lo que necesitaba ella.

—Quien es Bala por un día... —dijo, llena de culpabilidad y resentimiento, retorciéndose en sus entrañas.

Triple se levantó de forma brusca, tiró la bolsa por encima del hombro y lanzó una mirada cortante a Caledonia.

—No somos Balas. Somos Espadas. Y no pertenecemos a nadie. Somos ingeniosos, flexibles, nada de lo que Aric nos obligó a ser. Puedes juzgarnos todo lo que quieras, Caledonia, pero si eres incapaz de darte cuenta de que somos más que las cicatrices en nuestros cuerpos, entonces te pareces más a Aric que a nosotros. Tú misma.

Los ojos de Triple brillaban, tenía las mejillas encendidas. Estaba completamente viva y sus convicciones estaban completamente arraigadas. Caledonia supo de inmediato que se había expresado de forma irresponsable. A pesar de tener a dos Balas que habían desertado en su tripulación —Hime y Oran— seguía cometiendo el mismo error. Había dado por supuesto que Triple era una Bala, en lugar de fijarse en la chica compleja y generosa que tenía delante.

—Si te sirve de consuelo, les devolvemos lo que podemos. Quizá no saben de dónde provienen los víveres, pero son igual de comestibles.

Con esfuerzo, Caledonia sacó las piernas de la cama y apoyó los pies en el suelo. Luego, con mucho cuidado, se puso en pie. Triple la observaba.

—Tienes razón —dijo Caledonia—. Lo siento. Habéis dedicado mucho tiempo a salvarme la vida. No tengo derecho a ser irrespetuosa.

Estaban cara a cara. La respiración de Triple se aceleró, tras el comentario de Caledonia estaba a la defensiva. Pero asintió.

Ninguna de las dos podía seguir hablando. La tienda se abrió y apareció una montaña. Trineo estaba en la entrada con un plato de comida en las manos.

Levantó una ceja al ver a las chicas tan cerca, en medio de la habitación.

—Si queréis vuelvo más tarde.

Los ojos de Triple no dejaron de mirar a Caledonia.

—Ya me iba.

Caledonia casi protestó mientras Triple se acercaba a la salida. No quería que se fuera tan pronto. A pesar de haber discutido, le había proporcionado una sensación de seguridad que anhelaba. Pero se mordió la lengua y el orgullo, y no dijo nada cuando la chica pasó por debajo del brazo de Trineo, que era como la rama de un árbol, y desapareció de su vista.

CAPÍTULO

4



—No esperaba verte de pie tan pronto. Ese nanoparche es milagroso —dijo Trineo.

En realidad, Caledonia no sabía cuánto tiempo más podría estar de pie. Apoyó las manos en sus caderas.

—Triple dice que te arriesgaste mucho para conseguirlo. No quiero parecer desagradecida, pero ¿por qué? Solo soy una extraña.

—El viejo mundo nos ha convertido a todos en extraños. —La voz de Trineo era tan sólida como él—. Y cualquiera que luche contra el Maldito Athair como lo hiciste tú merece que lo traten mejor que a un extraño.

Estaba de pie junto a la entrada, con un plato en la mano del que salía humo y olía maravillosamente. Había un montón de comida: filetes de un pescado rosa hojaldrado, verdura asada y pastel de semillas. El estómago de Caledonia retumbó como una tormenta.

—Pensaba que estarías cansada después de la tecnología, pero quizá quieras comer al aire libre.

El parche la había dejado exhausta, y una fina capa de sudor cubría su cuerpo, pero la invitación a abandonar aquel páramo de color caqui era demasiado tentadora como para rechazarla. Asintió y salieron.

El puesto de vigilancia que había al lado estaba vacío. Trineo la acompañó más allá de una pequeña fila de tiendas de campaña hasta llegar al tronco de un árbol caído que les sirvió de banco. Cuando se sentaron, él le ofreció el plato, y Caledonia no perdió el tiempo con frases de cortesía. Atacó de inmediato, zampándose el pescado de sabor intenso y las sabrosas verduras. Había algo en el nanoparche que la había dejado hambrienta, y no paró hasta que el plato estuvo completamente limpio.

—La comida no suele durar mucho por aquí, pero probablemente acabes de establecer un nuevo récord —dijo Trineo con humor.

Caledonia lamió los restos pegajosos de pastel de semilla que tenía en los dedos, paladeando su dulce sabor. Con el estómago lleno y el cuerpo en proceso de curación, se giró para fijarse en el campamento que los rodeaba. Estaba diseñado con precisión, y las tiendas de campaña estaban separadas por la misma distancia unas de otras. En medio, el terreno estaba despejado y la hierba

pisada. Más allá del campamento, el bosque se extendía por tres lados. En el cuarto había una ligera pendiente hacia arriba, con maleza y áreas de hierba pelada. Caledonia sospechaba que al otro lado de aquella colina se encontraba su querido océano.

Decenas de personas deambulaban entre las tiendas, entrando y saliendo del bosque a toda velocidad. No eran solo Balas, como había supuesto, sino Balas y Guadañas. Había chicos y chicas, que no solo abrillantaban armas o preparaban municiones, sino que purificaban el agua, tejían, cocinaban y reían juntos.

—Hay muchas chicas por aquí —dijo, mientras observaba a dos de ellas que avivaban las llamas de un fuego debajo de una olla llena de agua.

Trineo siguió la trayectoria de su mirada.

—A mí me parece una cantidad normal.

—No para un grupo de desertores Bala.

Arqueó una ceja y la observó con curiosidad.

—¿Acaso no existen las chicas Bala?

—Quiero decir que yo nunca he visto a ninguna —dijo—. Solo hay Guadañas. Y esas no luchan.

Trineo meneó perezosamente la cabeza.

—Te prometo que Aric utiliza cualquier cuerpo que se preste. Las mujeres ocupan roles de todo tipo en la sociedad Bala. Si quieren luchar, luchan. Están allí, aunque no las veas.

Como si hubiera dado carpetazo al asunto, se recostó y estiró las piernas para disfrutar del sol del atardecer. Era extraño que alguien tan grande pudiera recordarle a un gato, pero ciertamente había algo gatuno en la manera que tenía Trineo de moverse y de mirarla con aquellos ojos entrecerrados.

Un momento después, añadió:

—Puedes hacerme preguntas sobre el campamento si confías en que te las pueda contestar.

No lo hizo. Desde luego no sobre defensa y abastecimiento. Trineo iba a esquivar cualquier pregunta que pudiera suponer una amenaza para su gente. Lo sabía porque ella habría hecho lo mismo. Ya lo había hecho, solo que no de forma tan generosa. Cuando Oran desertó del barco Bala y pidió clemencia a su tripulación, Caledonia ordenó que lo tiraran por la borda. Incluso después de que él hubiera prometido ayudarlas a encontrar a sus hermanos, lo había encerrado y había desconfiado de cada palabra que salía de su boca. Poco a poco y con reticencias había terminado confiando en él. Ahora era ella quien se encontraba en la misma posición: apresada por unos Balas —o Espadas— justamente cuando necesitaba ayuda, y lo primero que habían hecho después de curarla era confiar en ella.

—¿Qué hay del Limo? —preguntó.

Trineo apretó los puños con fuerza.

—¿A qué te refieres?

—Es evidente que no lo utilizáis. Pero antes sí. —Señaló el campamento—. ¿Cómo conseguiste que tomaran esa decisión?

—No fue sencillo. —Trineo respondió con severidad, manifiestamente incómodo a la hora de compartir algo tan íntimo.

—Lo he visto. —La voz de Caledonia estaba hecha de carne viva por los recuerdos recientes—. Más de una vez.

El ambiente entre ellos se calmó y Trineo se acomodó con un suspiro.

—El Limo es algo que nos ocurrió. Es la manera que tiene Aric de ejercer un control absoluto sobre su gente. Da fuerza y pronto se convierte en una obsesión. Cuando rompes el ciclo también es por fuerza, por obsesión. Después, todo lo que hacemos es de forma voluntaria. —Hizo una pausa: todo lo que desprendía era tranquilidad y estoicismo. Cuando volvió a hablar fue con la gravedad de una órbita imperturbable—. Nuestro bien máspreciado es el consentimiento.

Caledonia adivinó lo que no estaba dispuesto a reconocer: que había obligado a algunas personas del campamento, si no a todas, a eliminar el Limo de su sangre. Y después habían decidido permanecer juntos. Estos Espadas no solo rechazaban aquello en lo que los había convertido Aric; se estaban reconstruyendo, creando una versión de sí mismos mejor de lo que Aric jamás les hubiera podido prometer.

—Cuando estés más recuperada los conocerás —continuó Trineo—. Están ansiosos por dar la bienvenida a una chica que atacó a uno de los Cinco hijos en su propia nave.

—¿Qué le pasó a la nave y a la flota del Cinco hijos? —preguntó.

—Permanecieron en la bahía durante un día entero. Buscándote a ti o tu cadáver, sin duda. —Sonrió mientras arqueaba las cejas en señal de complicidad—. Evidentemente no te encontraron.

Se estremeció al pensar en lo que hubieran podido hacer con ella Lir y sus secuaces. El placer de volver a verla y la oscura alegría al creer que volvería a matarla habían sido, simple y llanamente, aterradores. Ser completamente vulnerable y estar a su merced era un pensamiento insoportable.

Pero aun así, incluso en aquel estado de debilidad, la idea de hundir el puñal en su corazón seguía siendo peligrosamente atractiva.

—Debes de ser alguien importante si están dispuestos a dedicarte tanto tiempo —continuó Trineo. La sondeaba disimuladamente para obtener información adicional—. Eso, o el Cinco hijos Lir teme el castigo de Manodeacero por no haberte liquidado.

Una expresión sombría en el rostro de Trineo emergió de los recuerdos asociados a ese nombre: Manodeacero. Caledonia quería hacer preguntas al respecto, pero no era la información que necesitaba en aquel momento.

—Tu bomba dañó la torre pero dudo que ello ralentizara su marcha —continuó Trineo—. Pusieron en pie la Electra y arrastraron lo que quedaba de ella al partir. Para no dejar ningún rastro a su paso, ya sabes. Recompondrán las partes y volverá a navegar en menos de una luna.

Lir había sido el primero en hablarle de la propensión de Aric a recuperar embarcaciones destrozadas, y por ello creyó entender un poco mejor al hombre que se hacía llamar Padre. Aric no utilizaba barcos, armas o personas sin pensar en lo que necesitaría al día siguiente o al cabo de diez lunas. Los utilizaba sabiendo que los necesitaría en el futuro. Alimentaba y cuidaba de los Balas, y, si sobrevivían, en algún momento acababan volviendo al Holster, o a uno de los poblados del este. Les dejaba asentarse, hacer uso de una violencia de menos calado y criar a sus hijos para que formaran parte de la flota Bala. Hasta entonces solo había pensado en ello como una forma de manipulación opresora —a fin de cuentas, no tenían elección—, pero era mucho más

que eso. El poder de Aric no era el fuego ardiente y encolerizado que había supuesto, sino un jardín como los de su Agriflota. El poder de Aric tenía raíces.

—Dijiste que encontrasteis mi remolque. ¿Dónde está? —preguntó Caledonia.

Trineo meneó la cabeza, asombrado.

—¿Llevas dos minutos en pie y ya estás pensando en volver a luchar? ¿Con tu remolque?

—Preferiría un barco, si me lo ofrecieras —replicó.

Tardó un momento en responder. Tenía los labios apretados y se giró para mirarla a la cara, con los ojos entreabiertos y escrutadores.

—Nada de barcos —dijo finalmente—. Y tu remolque está amarrado en una cueva en el extremo del acantilado. Escondido por la marea alta. No es de fácil acceso. Te llevaremos cuando seas capaz de estar de pie sin ponerte a sudar —Trineo frunció el ceño—. O cuando puedas estar sentada durante un rato largo.

Podía ignorar aquellas palabras, pero nada cambiaba el hecho de que su cuerpo se había debilitado en el transcurso de la conversación. Todavía estaba en posición vertical, pero un ligero temblor en los lados indicaba que sería por poco tiempo.

—Bien. Gracias.

Trineo se levantó y meneó la cabeza. Luego se agachó para recoger el plato vacío y dijo:

—Descansa, Caledonia. Bien saben las mareas que lo necesitas.

Por un segundo pareció que quería ayudarla a regresar a la tienda. Si se lo hubiera ofrecido, tal vez hubiera aceptado, pero en lugar de eso Trineo asintió al marcharse y la dejó allí para que volviera sola.

Caledonia observó el cielo agonizante. Respiró hondo, obligando a su cuerpo a mantenerse en pie. La luz tenue de un puñado de estrellas se filtraba por entre las nubes. En algún lugar, lejos de allí, las chicas las utilizaban para seguir el rumbo. Una pequeña parte de su corazón esperaba que siguieran las estrellas hasta localizarla a ella. Pero era mejor que no lo hicieran. Debían alcanzar la Red y encontrar una vida mejor al otro lado. Pero, ¡cómo deseaba que regresaran a buscarla! Lo deseaba tanto que sintió una chispa de esperanza entre las costillas, como una de esas estrellas, resplandeciente en contra de toda razón.

Caledonia emitió un ruido de frustración y se puso en pie. Su cuerpo temblaba del esfuerzo. Era un recordatorio visceral de que estaba atrapada allí hasta que volviera a tener fuerzas. Volvió a pensar en el océano, con un solo pensamiento en la mente: su tripulación. A pesar de todo —de la distancia, del tiempo, de la herida—, estarían bien, y ella encontraría la manera de regresar.

CAPÍTULO

5



La primera vez que Caledonia salió de la tienda sin que la invitaran a hacerlo, y sin vigilancia, se encontró con una trampa. O por lo menos, una prueba.

Desde que llevaba el nanoparche había dormido larga y profundamente, se despertaba cada mañana cubierta de una capa de sudor. Tres días después, el tobillo ya no le dolía y finalmente sintió que su cuerpo tenía suficiente energía como para algo más que los pocos ejercicios que conseguía hacer dentro de la tienda de campaña.

A pesar de que le habían asegurado que no era una prisionera, se sorprendió al encontrar el puesto de vigilancia vacío. Era media mañana, y el campamento rebosaba de actividad. Casi todos estaban reunidos en el espacio abierto central, entrenando y animándose los unos a los otros. El ruido de los bastones de madera al chocar era interrumpido por los gritos y las risas. Al otro lado del grupo de Espadas que se entrenaba había una figura de pie con los brazos cruzados. Tenía los ojos clavados en ella.

Pino. Hubiera reconocido aquellos músculos en forma de espiral en cualquier lugar. No había nada como ser perseguido y aplastado contra el suelo para entender las múltiples maneras en las que un cuerpo también puede ser un arma. La escudriñaba perfectamente concentrado, igual que un ave de presa observa a un ratón en campo abierto. Aquello hizo que la piel se le erizara, pero hubiera sido ridículo pensar que no la estarían vigilando. Por lo menos Pino hacía que fuera evidente.

Aunque llevaba dos semanas en el campamento, todavía la parecía un misterio. Y la única manera de resolver un misterio es empezar a hacerlo.

Evitó la aglomeración del centro y la mirada intensa de Pino, y dirigió sus pasos hacia la pendiente sin árboles del cuarto lado del campamento. Se encontraba mucho mejor, pero aun así le costaba caminar a un ritmo moderadamente alto. La última vez que había sufrido una herida semejante —también a manos de Lir— había estado sola con Piscis, y aunque esta había rescatado algunas medicinas esenciales de los restos de la Fantasma, se había curado sin la ayuda de un nanoparche. En comparación, esta vez apenas había sentido dolor. Pero necesitaba que su cuerpo se recuperara rápidamente. Cada día que pasaba allí era un día más separada de su tripulación.

El aire era fresco y claro, y el sol permanecía visible en un cielo azul luminoso. Caledonia

pensó que si lograba encontrar el océano, no se sentiría tan atrapada. Cuando alcanzó la base de la colina ondulada, una figura que la seguía por detrás apareció por el rabillo del ojo. Sin tener que girarse supo que era Pino. Hasta su silueta era taciturna.

Tal vez no fuera una prisionera, pero tampoco se fiaban de ella. Sus dientes rechinaron y siguió avanzando, subiendo la colina mientras Pino se mantenía en los límites de su percepción, igualando cada uno de sus pasos. No importaba si aceleraba o ralentizaba, él conservaba la misma distancia. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Huir? ¿Encender un fuego para hacer una señal de humo al siguiente barco que pasara?

A media zancada, Caledonia se dio la vuelta y se dirigió directamente hacia él. Si pretendía irritarla, ella iba a hacer lo mismo.

Al ver que se acercaba, Pino se detuvo. Se colocó de frente pero no hizo ningún movimiento para encontrarse a mitad de camino. Simplemente esperó.

Caledonia sabía que aquello suponía pasar al ataque, pero no le importaba. Acortó la distancia entre ellos y anunció:

—Si vas a seguirme, Pino, por lo menos sé útil.

Pino permaneció exasperantemente impasible. Caledonia le importaba muy poco, y él a sí mismo mucho. Tenía los brazos por detrás de la espalda, confiado y arrogante. Solo dio un paso en su dirección y de este modo quedaron a menos de un brazo de distancia. Aunque no era tan ancho ni alto como Trineo, desprendía un tipo de poder silencioso.

—No pretendo ser te útil, Caledonia.

Ella se obligó a no retroceder; giró la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Trineo me dio permiso para deambular por aquí.

—Por supuesto —dijo, y señaló la colina con una mano—. No voy a contradecir ninguna de sus órdenes. Solo me aseguro de que se cumplen adecuadamente.

Los ruidos del entrenamiento llegaron hasta ellos. Caledonia estaba segura de que su encuentro no había pasado desapercibido.

—Así que si por ti fuera estaría encerrada en la tienda de campaña.

Los ojos de Pino se entrecerraron mientras se acercaba. Caledonia vio una serie de viejas cicatrices naranjas desperdigadas por su mandíbula ensombrecida.

—Si fuera por mí, te habríamos abandonado en la bahía para que te ahogaras con el resto de tus equivocaciones.

—Entonces tuve suerte de que no decidieras tú.

Se alejó mientras asentía.

—Esta vez.

La sinceridad de la afirmación sonó tan intensa como una campana. Pero aunque Caledonia tuviera muchas razones para temer la fuerza y desconfianza de Pino, este era fiel a su líder y la obediencia guiaba en todo momento su comportamiento. Aunque no estuviera de acuerdo con él. De una manera extraña, a Caledonia le pareció reconfortante. No sabía exactamente qué podía esperar de Trineo, pero con Pino las cosas estaban siempre claras.

Sonrió.

—Me temo que me caes bien, Pino.

Él frunció el ceño y finalmente dio un paso atrás.

—Lo superarás.

Pino la dejó marchar por esta vez, quizá satisfecho porque no iba a realizar señales de humo. Era un pequeño alivio, pues Caledonia prefería saludar al océano en soledad.

Aunque la colina era suave y ondulada, su cuerpo le pedía que se lo tomara con calma. Se concentró en poner un pie delante del otro, y no en el pequeño sentimiento de frustración que le pedía ir a más velocidad.

La hierba debajo de los pies era escasa y estaba cubierta de maleza, con tallos gruesos que crecían en una tierra polvorienta. Le recordaba a los Espadas.

El viento se levantó mientras se acercaba a la cima de la colina. Traía el olor de la sal y el sonido distante del agua. Se obligó a avanzar un poco más rápido hasta alcanzar la cumbre, donde el viento azotaba sus mejillas y jugueteaba con sus rizos. El océano brillaba bajo la luz del sol. Bailaba a lo largo de la costa, travieso y juguetón, entrando y saliendo de las calas, lamiendo los acantilados y riéndose en las pozas de marea.

Caledonia dejó que sus ojos siguieran todas las direcciones, y por primera vez en muchos días tuvo la sensación de que sabía dónde estaba.

CAPÍTULO

6



La vigésimo primera vez que Caledonia salió de la tienda de campaña fue para entrenar. Se preparaba para atacar, con una vara de madera pegada al cuerpo. Tenía los músculos cansados, una sensación que le encantaba. Cuatro pasos más allá, Trineo estaba agachado y enseñaba los dientes. También tenía una vara en la mano, que sostenía por detrás del cuerpo, a lo largo del brazo y el hombro.

—¿Crees que puedes ir más rápido? —preguntó Trineo.

—Solo te estaba esperando —sonrió Caledonia. Sabía que sus palabras prometían más de lo que era capaz en aquel momento.

—No deberías dejar que el optimismo nublara tu buen juicio —dijo soltando una risita.

Cada vez más desesperada por volver a estar en condiciones de luchar, Caledonia forzaba su cuerpo, cada día un poco más. Antes de buscar a sus hermanas tenía que estar lo suficientemente fuerte como para sobrevivir en el mar. Encontró en Trineo un compañero paciente y predispuesto; al amanecer siempre aparecía delante de su tienda para preguntarle lo mismo:

—¿Quieres que entrenemos juntos, Caledonia?

Pasaron días antes de que pudiera hacer otra cosa que estirar sus débiles extremidades y realizar ejercicios básicos. Pero por poco que pudiera hacer, Trineo seguía visitándola e insistiendo en lo mismo. Un día se sorprendió incluso a sí misma al ser capaz de seguir la misma rutina que él, más lentamente, con esa vara tan extraña.

Otros se unieron a ellos para ayudarla en su recuperación, y así llegó a conocer a los Espadas al mismo tiempo que redescubría sus capacidades motrices. Uno de ellos se llamaba Harwell; era alto y flaco, con una nariz que parecía marrón por las pecas y unos ojos que lo absorbían todo; Destello era la persona más pálida que había visto nunca y tenía una complexión rocosa; Lutita era igual de pálido y de una delgadez equiparable a la anchura de Destello; Menta le dijo a Caledonia que escogió su nombre porque la planta homónima es imposible de matar.

Sentía que recobraba las fuerzas mientras daba pasos para rodear a Trineo.

—Todavía te estoy esperando.

Una carcajada estalló a su alrededor. No era de Trineo, sino de los muchos Espadas que habían interrumpido su rutina para observarla entrenar con el líder.

—No hay espera en un entrenamiento. Solo hay acción y reacción. Si estás esperando es solo porque te tengo exactamente donde quiero.

Caledonia titubeó. Tenía razón. Había dejado que su poca experiencia le generara dudas, se movía únicamente según los dictados de Trineo. Aquello en sí no la molestaba tanto como el hecho de que Trineo se hubiera dado cuenta y ella no.

Trineo aprovechó ese momento de duda para atacar. Se deslizó hacia ella y volvieron a realizar la rutina de ejercicios a toda velocidad. Caledonia bloqueó su primera embestida con dificultad, y apenas logró hacer lo propio con la segunda. Para alguien que parecía una montaña, Trineo se movía con mucha agilidad. En eso le recordaba a Dienterrojo.

Caledonia siguió el ritmo marcado, dejando que su cuerpo se adaptara. Era estimulante, y quería más. Dejó que Trineo la guiara hasta que encontró un hueco; entonces arremetió contra él para golpear su torso. Trineo soltó una risa de asombro y dio un paso atrás para recibir el golpe.

—¡Un reto! —gritó, mientras agarraba su vara con energía renovada—. ¡Caledonia me ha propuesto un reto!

La muchedumbre se mostró entusiasmada ante la perspectiva de una pelea de verdad. El frío aire matinal se llenó de vítores y silbidos, y alrededor de ellos se formó un círculo. Los ojos de Harwell se agrandaron por el interés y una sonrisa inquisidora revoloteó en el rostro de Menta. Pino sonreía con suficiencia, deseando claramente que Caledonia fuera derrotada.

Un picotazo de adrenalina recorría la sangre de la chica y la hacía sentir ligera y sólida. Era el tipo de emoción que había estado deseando, el momento en que una pelea pasara del control al descontrol, la línea que separa el estudio de la práctica. Había examinado a Trineo lo suficiente como para saber que cuando luchaba no desperdiciaba nada: ni movimientos, ni respiración, ni pensamientos. Forzaba a sus rivales a acercarse y luego los arrollaba con su fuerza bruta. En teoría eso significaba que debería mostrarse ágil en todo momento y obligarle a moverse. Estaba lista para comprobar esa teoría.

—¡Reclamo el reto! —Sonó una voz nueva—. ¿Me das tu consentimiento, Caledonia?

La decepción se instaló en el pecho de Caledonia. Tenía tantas ganas de enfrentarse a Trineo que no se había parado a pensar en cómo sería recibido el reto. Pero al ver que la muchedumbre gritaba cada vez más, y que Triple avanzaba hacia el centro del cuadrilátero con una vara apoyada en el suelo, la decepción dio paso a la excitación.

—Caledonia. —Trineo habló suavemente por encima del hombro—. Ya has forzado lo suficiente por hoy.

Ella se giró para mirarlo a los ojos. Todavía respiraba agitadamente y sus pulmones se quejaban al ensancharse. Le dolían. Pero era un dolor parecido al de la vida.

—El reto lo he planteado yo —le recordó.

Trineo resopló.

—No es necesario aceptar todos los retos.

—¡Chica del mar! —gritó Triple.

Triple había comprobado el estado de Caledonia un puñado de veces desde que le colocó el nanoparche, pero nunca se había quedado más de lo necesario. Había una tensión incómoda entre las dos chicas desde la primera conversación que habían mantenido. Cada vez que Triple se

acercaba, Caledonia ardía en deseos de ganarse su confianza y amistad. Ahora estaba allí, confiada en el centro del cuadrilátero. Sus trenzas apretadas caían por un lado de su cabeza, los mechones dorados brillaban a la luz del sol de la mañana. Su mirada se clavó en Caledonia: escondía mucho más que un deseo de pelea.

Las chicas de la Mors Navis entrenaban las unas con las otras en los interminables días que pasaban en alta mar, para combatir el aburrimiento o cuando las tensiones estaban a punto de explotar. Y si había una pelea, Dienterrojo siempre estaba metida por alguna parte. Una vez que ella y Piscis observaban luchar a Hime y Dienterrojo, Piscis le dijo:

—Ahora entiendo por qué a Rojo le gusta tanto entrenar con nosotras. Para ella es un acto de amor.

Caledonia se retorció de dolor al ver que el codo de Dienterrojo impactaba contra la mandíbula de Hime, que apenas logró mantenerse en pie.

—Eso no parece amor, Pi.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que parece?

Lo pensó durante un instante. Dienterrojo y Hime se pusieron en guardia. Entre la multitud que las rodeaba, Amina sobresalía como una roca, con los nervios de punta pero sin querer intervenir mientras Hime no se lo pidiera. Era la primera vez que Caledonia se percató del vínculo que las unía a ambas. Amina siempre sabía dónde estaba Hime. Aquello sí parecía amor.

Hime esquivó la siguiente embestida y Dienterrojo sonrió.

—Parece más bien supervivencia —dijo Caledonia.

Piscis esbozó una sonrisa.

—A eso me refiero. Para Dienterrojo, enseñarnos a sobrevivir es lo más íntimo que es capaz de hacer. Esa es su forma de querer.

Caledonia estaba convencida de que Dienterrojo había disfrutado de un tipo de amor más placentero con algunas de las chicas, pero entendió a lo que se refería Piscis. Luchaba contra ellas con dureza porque las quería demasiado para no hacerlo.

Triple no solamente le estaba ofreciendo a Caledonia la oportunidad de luchar, sino también la primera rama de una amistad. No podía desaprovechar la ocasión.

—¡Doy mi consentimiento! —gritó Caledonia, utilizando la expresión preferida de los Espadas.

La muchedumbre vitoreó y rodeó a las chicas.

Caledonia giró la vara e hizo que la madera resbalara por sus manos. Dejó que sus músculos se recompusieran antes de empezar el combate. Pero Triple no le concedió ese tiempo. Se abalanzó hacia ella y la atacó con una serie de golpes rápidos que la obligaron a protegerse y retroceder. Era la sacudida que necesitaba, y justo en el momento en que Triple le dio una oportunidad, Caledonia la hizo retroceder con un puñetazo.

No había tiempo para celebrarlo. Triple era muy superior con el arma. Mejor que Trineo. Se movía como si la vara fuera una extensión de su cuerpo. Era hábil y astuta, compensaba su falta de fuerza bruta con agilidad y velocidad. Era un conjunto de habilidades que Caledonia había visto a menudo entre sus chicas.

Los ataques de Triple eran más rápidos que los de Trineo. Más variados y violentos.

Caledonia sintió que estaba siguiendo un patrón defensivo que apuntaba a una debilidad en la estrategia de su oponente. Triple atacaba siempre en series de tres.

Una sonrisa feroz partió el rostro de Caledonia en dos. Una rival cuyos movimientos se pueden anticipar es una rival fácil de vencer. La vez siguiente que Triple realizara una serie de tres movimientos, esquivaría el último y la sorprendería con un golpe.

¡Uno! Caledonia levantó la vara para detener el golpe. ¡Dos! Volvió a impedirlo. ¡Tres!

Justo cuando empezó a girar, Triple arqueó la vara y estuvo a punto de atrapar a Caledonia por la garganta, un centímetro antes del impacto, y la dejó paralizada. La vara de Triple acarició la punta de su mentón, delicada y peligrosa. Caledonia dio un golpe seco contra el suelo con su propia vara, derrotada.

—Sorpresa —dijo Triple, satisfecha y resplandeciente.

Caledonia no pudo evitar esbozar una sonrisa. Triple le había puesto una trampa. Había convencido a Caledonia de que la serie de tres era inquebrantable, y al ver que Caledonia mordía el anzuelo, aprovechó para atacar. Fue maravilloso.

Las dos chicas recibieron palmadas en la espalda; la muchedumbre se regocijaba con la energía de una buena pelea. El resto de Espadas había visto a Triple hacer eso antes, y parecía que a pesar de haber sucumbido de aquella manera la estima que le profesaban a Caledonia crecía en lugar de disminuir.

—Ahora entiendes de dónde sale su nombre —dijo Trineo, divertido y lleno de admiración—. Nos ha vencido a todos con esa treta.

—Y a algunos en más de una ocasión, ¿verdad Trineo? —dijo Lutita en medio del gentío.

—Hmm... —Trineo respondió con los labios apretados.

Se llevó a Caledonia y a Triple lejos de los campos de entrenamiento hacia una tienda de campaña abierta, con agua en el interior de unos sacos solares. Los Espadas no se habían retirado de los mares Bala con las manos vacías, y los pocos objetos que se habían llevado eran portátiles e imprescindibles. Como los sacos solares, cuyas pieles duraderas pasaban de ser transparentes a opacas según el estado del agua en el interior. Cuando estaba purificada, el saco se volvía de color azul oscuro. Trineo cogió uno para cada una.

—No es una treta —protestó Triple de una forma que parecía indicar que se trataba de una vieja discusión—. Una «treta» implica que estoy haciendo trampas, y eso no es verdad. Es una táctica.

—Es muy buena —añadió Caledonia, después de un largo trago—. Serías bienvenida en mi tripulación con movimientos como ese.

—¿La tripulación que abandonaste? —Pino, la sombra incansable, entró en la tienda, que de repente pareció mucho más pequeña con la llegada de una cuarta persona. Se acercó a ella para coger uno de los sacos de agua que colgaba por encima de su hombro; Caledonia sabía que el problema no era solo lo que acababa de decir. No había pasado un solo instante en el campamento sin Pino merodeando a su alrededor.

Con el agua en la mano, dio un paso hacia la salida y añadió:

—¿O fue la tripulación, la que te abandonó a ti? ¿Cómo fue la cosa?

—Pino —le advirtió Trineo.

La rabia, el resentimiento y la culpa estrujaban la garganta de Caledonia con unos dedos fríos. Pino arrojaba alambres de espino, esperaba meter el dedo en la llaga, dar en el centro de la diana. Ella había abandonado a su tripulación. Los había obligado a marcharse, a navegar sin ella, y ahora lo único que podía esperar era que el mar las mantuviera a salvo.

«Están bien —pensó—. Están bien, y las encontraré».

—¿Y eso qué más da? —preguntó Triple—. Todos la vimos luchar contra el Cincohijos Lir. No necesitamos saber nada más.

—¿De verdad? —La mirada de Pino pasó de Triple a Trineo. Su actitud era agresiva, pero templada. Mostraba deferencia hacia Trineo incluso cuando estaba a punto de plantearle un reto. Mantuvo la voz baja y dijo—: ¿No crees que deberíamos preguntar por qué solo intentó matar a Lir?

—Todos tenemos razones para intentar matar a un Cincohijos —contestó Trineo con sobriedad—. Por mí está bien si quiere guardarse la suya.

—¿No se lo podemos permitir! Solo las mareas saben cuántas personas de la embarcación de Lir vieron su cara. —Pino echó una mirada lúgubre a Caledonia—. Está marcada, y lleva demasiado tiempo aquí.

Caledonia no estaba en desacuerdo, y a pesar de que su posición era más precaria a cada segundo, tenía que admitir que si la situación fuera al revés ella habría argumentado lo mismo.

—Creen que está muerta —afirmó Triple.

Pino apretó los puños y la mandíbula en un mismo movimiento de frustración.

—La buscaron y no la encontraron. ¿Qué te hace pensar que no volverán para seguir intentándolo?

—¿Por una sola chica? —preguntó Triple, con los labios apretados de incredulidad—. Estamos hablando de Lir. Él...

—Se la tiene jurada —terminó Pino.

Un silencio se instaló entre los cuatro. Triple estaba llena de dudas, Pino permanecía expectante, Trineo se había refugiado en una deliberación interna. El rostro de Caledonia era como una piedra. No eran sus amigos, y era peligroso olvidarlo. Esa era la posición en la que debería haberse encontrado todo ese tiempo: en aguas turbulentas y desconocidas.

—Si se queda más tiempo aquí nos pondrá en peligro —insistió Pino, que aguantaba la mirada de Caledonia.

Ese era el punto central de su argumento, al que Trineo probablemente se mostraría receptivo. Caledonia no tenía intención de quedarse más tiempo del necesario, pero todavía necesitaba apoyo.

—Ya estáis en peligro —respondió ella hábilmente—. Ya estáis marcados. ¿O me vais a decir que treinta y dos Balas escaparon sin llamar la atención de nadie? —Caledonia clavó su argumento como si fuera un puñal—. No lo creo. Más bien creo que tuvisteis que hacer algo extraordinario para escapar, y que os andan buscando desde entonces.

La curva rígida en la boca de Pino dejó entrever que había dado en el lugar exacto.

—¿Qué fue? ¿Un motín? ¿Robasteis un barco? ¿Cómo es posible que tantos de vosotros simplemente desaparecieran?

Se fijó en que la irritación iba creciendo en el pecho de Pino. Tenía un porte formidable, más alto que ella, con facciones aguileñas y unos ojos de color marrón ahumado. Los músculos de sus brazos se doblaron mientras apretaba los puños y luchaba contra el deseo de ponerla en su sitio. Caledonia esperaba que lo hiciera. Al menos así descubriría algo más de estos Espadas, más allá de sus hábitos.

—Sois Balas que han desertado. Si Lir o alguno de los otros os encuentran, nuestros destinos serán el mismo. La única diferencia es que yo intento hacer algo para evitarlo.

—Hacías. Antes hacías algo —Pino la corrigió—. Ahora estás aquí, y no haces nada más que traer problemas.

Sus dientes chocaron entre sí y su irascibilidad crecía hasta un punto insospechado; había algo en Pino y su mandíbula ensombrecida que le daba ganas de golpearla.

—No estáis seguros. Nunca lo habéis estado. —Luchó para mantener la voz baja, y dirigió las siguientes palabras a Trineo—. ¿Por qué os quedáis aquí? La única forma de escapar de Aric es estar constantemente en movimiento.

—Si lo que quieres es estar constantemente en movimiento, ya puedes empezar. —Pino extendió uno de los brazos.

Caledonia ignoró el gesto, centrada como estaba en Trineo.

—Tienes que saber que este poblado es una ilusión. No durará para siempre.

—Basta. —Trineo era capaz de dominar la escena con una sola palabra—. No nos vamos a ninguna parte —le dijo a Caledonia, y luego añadió mirando a Pino—: Y ella se queda.

No había más que hablar. Trineo dio media vuelta y salió de la tienda de campaña con Triple pisándole los talones. La cabeza de Caledonia zumbaba ligeramente, y ver a Pino a su lado hacía que aún fuese peor. No hubiera debido importarle tanto. Estaba agradecida a los Espadas, pero en el instante en que encontrara una oportunidad para volver al agua, la aprovecharía. Encontraría a su tripulación, sin importarle lo que hacían o dejaban de hacer los Espadas.

Pino se acercó hasta que Caledonia pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo. No dijo nada, ni siquiera la tocó, solo la miró a los ojos y en ese preciso instante vio al Bala que se escondía bajo la superficie. La violencia de su pasado estaba cerca, y quería que se supiera.

—Te estoy viendo —dijo ella.

Pino parpadeó, y por un segundo una tristeza se apoderó de sus facciones. Asintió de forma casi imperceptible y salió.

CAPÍTULO

7



—Despierta, Caledonia. —Hablaban en voz baja, cerca de su hombro.

Caledonia abrió los ojos y vio la tienda de campaña a oscuras, iluminada por una pequeña marca solar de mano. Triple estaba agachada a su lado; la luz azul le daba a su piel leonada un brillo genial.

—¿Qué pasa? —Caledonia apartó la sábana con los pies, sus sentidos se orientaron rápidamente hacia la batalla—. ¿Colonos? ¿Balas?

—No —dijo Triple—. O ambos. Hay algo que tengo que enseñarte. Levántate. —Puso la marca solar en la cama y salió al exterior.

Caledonia obedeció y se vistió rápidamente en la oscuridad, con el frío que mordía su piel desnuda. Se puso una segunda camiseta para calentarse, se ató las botas, metió los dedos en unos guantes estrechos hechos de tela del viejo mundo, y estuvo lista para marcharse. Cuando se unió a Triple, esperaba ver el campamento en movimiento después de haber sido requerida de forma tan apresurada, pero todo estaba en silencio. Inmóvil. Nadie estaba despierto.

—¿Qué...?

Triple levantó un dedo para interrumpirla, y luego la guio hacia el bosque que había detrás del campamento.

Una trampa. Era eso. Los argumentos de Pino habían convencido a Triple, y él las estaba esperando en algún lugar, lejos de allí. La matarían, o de alguna forma la obligarían a marcharse. A Trineo le dirían que había hecho algo terrible o que se había escapado para unirse a los colonos.

«No —se dijo—. Esa es una táctica Bala».

Ellos eran Espadas, y podía confiar en que no harían nada sin su consentimiento.

La luna en cuarto creciente iluminaba el camino sobre el suelo cubierto de escarcha. Solo se oía el crujir delicado de las hojas de helecho debajo de sus botas. Caledonia había pasado poco tiempo en el bosque desde su encuentro con Pino, y encontró que la experiencia de caminar por allí era desconcertante y agobiante, parecida a estar debajo del agua. Excepto que allí apenas conservaba el sentido de dirección, y en el agua siempre sabía que podía subir y volver a encontrarse con el sol.

Cuando estuvieron a cierta distancia del campamento, finalmente rompió el silencio.

—¿Qué es lo que quieres enseñarme?

Triple hizo una pausa lo suficientemente larga como para dibujar una sonrisa de curiosidad por encima del hombro.

—Todo —dijo simplemente.

El suelo era rocoso y pronto se volvió escarpado. Era difícil avanzar. Al menos, Caledonia lo encontraba difícil. Le quemaban los muslos, sus pies resbalaban sobre rocas cubiertas de musgo, y estaba convencida de que cada respiración era más superficial que la anterior. Solo podía concentrarse en el siguiente paso y nada más. Si aquello era parte del «todo» que quería que viese Triple, se lo estaba perdiendo.

Cuando finalmente dejaron de estar protegidas por los árboles, el sol lanzó unos rayos de color miel desde muy arriba sobre un pequeño prado. Al otro lado de este había una roca escarpada que se cernía sobre las chicas.

—¿Hay que subir más?

—Vamos, chica del mar —respondió Triple, divertida—. No has llegado hasta aquí para rendirte.

Empezaron a escalar y Caledonia tuvo que reconsiderar su noción de escarpado. Esta vez necesitó pies y manos; la caída prometía ser terrible si se apoyaba en el lugar equivocado. El peligro era excitante, le recordaba la sensación de escalar uno de los cuatro mástiles de su nave, corriendo hacia el sol con el viento a sus espaldas.

Pronto alcanzaron la cima, y el corazón de Caledonia captó la vista del océano que tenía delante. Centelleaba y estaba lleno de vigor, no tenía límites, era libre y a la vez un punto de origen y destino. Siguió mirando y sintió una gran determinación. Cuando estaba cerca del océano, siempre sabía dónde se encontraba.

—Esta es la razón por la que no podemos marcharnos —dijo Triple, con la voz pesada.

Estaba de cara al norte, de espaldas al océano. Caledonia siguió la trayectoria de su mirada y, a pesar del sol, un escalofrío recorrió su cuerpo como si fuera lluvia repentina.

A poca distancia de donde se encontraban, la tierra descendía por unos valles veteados con bosques de pinos, dulces prados de hierba dorada y pendientes rocosas. Eran lugares donde encontrar lo suficiente para llevar un modo de vida austero. Pero luego se detenía. Seguía habiendo tierra, pero sin vida ni color. Hacia el este, era como si tiempo atrás una gran montaña se hubiera roto como un espejo, dejando parches sin ningún sentido de pequeñas montañas y canales. Al oeste, el paisaje era blanco y sin hojas, descolorido hasta convertirse en un interminable y venenoso paraje de escombros.

La costa era una estrecha franja verde entre el mar y el legado de destrucción del viejo mundo.

Caledonia observaba fijamente, sus pensamientos giraban en torno al misterio de su pasado colectivo. Quería saber cómo, qué y quién. Más aún, quería saber por qué. ¿Por qué le había ocurrido esto a un mundo tan maravilloso? Tal vez aquellas preguntas tuvieran respuestas. Pero habían sido destruidas junto con todo lo demás. Lo único que quedaba era un futuro constantemente amenazado por un pasado que nunca llegarían a comprender.

—¿Qué sentido tiene marcharnos de aquí cuando el resto del mundo está muerto? —preguntó

Triple.

Caledonia —como tanta otra gente— había oído leyendas sobre la cantidad de tierra que había sido destruida. Decían que solo quedaban algunas franjas de vegetación. Pero una cosa era oírlo y otra verlo. Aquello era como un océano, con kilómetros de tierra envenenada que llegaba hasta el horizonte.

—¿Qué pudo causar esto? —preguntó Caledonia, mientras entornaba los ojos. La tierra era tan blanca que reflejaba el sol con la misma intensidad que el océano.

—Una teoría dice que lo hicieron a propósito. Los habitantes del viejo mundo intentaron corregir todo el mal que habían hecho, y creyeron que esto podría resultar de ayuda. Quizá lo fue. —Suspiró y observó las colinas verdes que las separaban del mar—. Creemos que dejaron las costas deliberadamente para tener un lugar en el que esperar mientras el resto del mundo se recuperaba. Pero quién sabe. Quizá fue todo un inmenso error. Quizá llegó un punto en el que solo había alternativas malas para solucionar el problema.

—Solo alternativas malas. —Caledonia respiró profundamente.

—A nosotros nos pasa lo mismo. Esta es nuestra casa. No es perfecta, y daría lo que fuera por tener verdura que no hubiera que cocinar durante un año entero para poder comerla, pero es mejor que el lugar donde estábamos.

—Y es de donde venís —añadió Caledonia, que comprendía por qué habían regresado a las Aguas del Norte—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Casi una *vuelta* entera. Once lunas —respondió de inmediato. Se puso tensa al apartar la mirada de la tierra baldía hacia el norte.

Once lunas atrás, Caledonia estaba con sus hermanas en la Mors Navis, amenazando las barcas de Aric que transportaban farolillos en la zona aledaña a la desembocadura del Bone. No tenía ni idea de que su hermano y el de Piscis estaban vivos. Se sentía enrabiada, resuelta y precavida. Y si alguien le hubiera dicho que en menos de una *vuelta* estaría atrapada en las Aguas del Norte, lejos de su tripulación, habría soltado una carcajada.

—Tenía... tengo una hermana —dijo Triple, que interrumpió el hilo de los pensamientos de Caledonia—. Me la recuerdas un poco. Tozuda y un poco creída. Hubierais sido aliadas perfectas, o enemigas terribles.

—¿Todavía está por aquí? —Caledonia examinó el litoral boscoso hasta que desaparecía por el horizonte. Los colonos se habían escondido bien en ese paraje, utilizaban la espesa protección de los árboles y el terreno hostil para ocultar su número de efectivos de los Balas de Aric.

—No lo sé. Puede ser. Aunque lo más probable es que fuera reclutada poco después que yo.

—¿Alguna vez has intentado localizar a tus padres? —preguntó Caledonia.

—Quería hacerlo. —Triple dibujó una sonrisa titubeante—. Pero luego pensé que si sabía dónde se encontraban, acabaría volviendo con ellos. Y eso sería malo para todo el mundo.

Caledonia casi rio.

—Debo admitir que tienes más autocontrol que yo por haber tomado esa decisión.

—Caledonia, sospecho que hasta la Tormenta Perpetua tiene más autocontrol que tú.

Las chicas rieron al unísono al encontrar afinidades en sus pasados respectivos. Estar tan cerca de casa y no poder regresar debía de ser exasperante y doloroso. Aun así, quizás era mejor

estar lo suficientemente cerca como para dejar carne como regalo, y así estar segura de que tenían todo lo que necesitaban para sobrevivir. Si Caledonia hubiera estado en su lugar, podía imaginarse tomando la misma decisión. Los Espadas estaban lo más cerca de casa posible.

—Lo entiendo —dijo—. Lo que intentas enseñarme. Lo entiendo.

Triple sonrió mientras un viento helado empujaba unos mechones del color del atardecer hacia sus mejillas.

—Me lo imaginaba.

Bajaban por la ladera cuando una corneta sonó en la distancia. Caledonia se quedó inmóvil, los sentidos en alerta.

Triple, sin embargo, no parecía preocupada.

—Es la corneta de un colono. Han avistado un barco de reclutamiento. —Dio una patada a una piedra del camino—. Han tardado más de lo que pensaba en volver. No parecen tener mucha prisa para...

Un estruendo amortiguado hizo que el aire vibrara. Era un sonido tan familiar como el latido de su corazón.

Una explosión.

Triple la miró con los ojos abiertos. Caledonia asintió con una expresión sombría.

Una bomba.

CAPÍTULO

8



Las chicas se quedaron paralizadas. Apenas conseguían respirar al temerse lo que vendría después.

Pasó un minuto. Luego dos. Y antes de que pudieran albergar esperanzas, sonó una segunda explosión.

—Esta ha sido más cerca —dijo Caledonia, que deseaba que no hubieran abandonado la posición elevada en la que se encontraban antes. ¿Era solo un barco? ¿Dos? ¿Acaso el Padre había enviado una flota entera?

—¡Tenemos que marcharnos! —Triple bajó por el camino a toda velocidad.

Ambas corrieron lo más rápido posible, cada explosión las impulsaba hacia delante. Las bombas caían a intervalos cada vez menores, la última pisando los talones de la anterior, cada estallido más fuerte que el precedente mientras ellas seguían descendiendo.

Entonces, tan inesperadamente como habían empezado, las bombas dejaron de caer. Un silencio ensordecedor inundó el bosque. Triple buscó a Caledonia con la mirada: las dos esperaban la reanudación del ataque. Pero esta no se produjo.

Las chicas se precipitaron hacia abajo, y cuando finalmente llegaron al campamento se encontraron con un gran alboroto. La parte occidental estaba destrozada, más de la mitad de las tiendas de campaña habían sido arrasadas o reducidas a fragmentos de tela desperdigados. La tierra estaba quemada, en las cortezas de los árboles había telarañas de fuego, el aire estaba negruzco por el humo y la ceniza. Había mucho ruido. Gritos y llantos, árboles que se agrietaban, fuegos que crepitaban al comerse el campamento: todo contribuía a la cacofonía. Caledonia dejó que la escena la inundara para instalarse finalmente en una especie de orden.

En el centro del campamento había dos grupos de personas, pertenecientes a distintos bandos. Gritaban. Caledonia tardó un instante en comprender que no todos los que estaban en ese pequeño círculo eran de allí.

Vio a Trineo en medio de todos: era la viva imagen de la fuerza que apacigua. Detrás de él estaba Pino, con las manos apoyadas en la cadera. Por su postura, Caledonia adivinó que estaba a punto de atacar al desconocido que en ese momento gritaba a Trineo.

El hombre era alto y delgado, e incluso a esa distancia Caledonia pudo ver las pistolas que

guardaba en la cartuchera, alrededor de la cadera y los muslos. Lo seguían otras tres personas, dos hombres y una mujer, todos vestidos con unas telas sencillas.

—¿Quiénes son? —preguntó Caledonia.

Triple tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, su voz se entrecortó debido a un sentimiento parecido al dolor.

—Colonos —dijo.

La voz del hombre volvió a subir de tono. Esta vez se oyó de forma clara por todo el campamento.

—¡Fuera de aquí! ¡AHORA!

Se hizo el silencio. Los Espadas estaban heridos, y en ese momento poco importaba que los colonos fueran de su familia. Iban a luchar si Trineo se lo pedía. Pero este simplemente meneó la cabeza y respondió con una voz que se oía desde lejos, sin tener que gritar.

—No es culpa nuestra.

—¿Cómo? —respondió el hombre—. Aparecéis por aquí, destrozan un barco de reclutamiento en nuestra bahía, y ahora esto. Nunca habían pasado estas cosas antes de vuestra llegada. Y no volverán a pasar jamás.

Trineo respiró hondo para contener y sopesar su respuesta.

—Buen padre, te prometo que mi gente no tiene la culpa de esto.

Pino miró al suelo. La rabia hervía a fuego lento en sus hombros, y Caledonia sabía que estaba pensando en ella. Los Espadas habían estado allí durante once lunas sin causar incidentes. Era ella quien había provocado ese cambio. Ella era la razón de ese ataque. Trineo la estaba protegiendo.

—Da lo mismo. El barco de reclutamiento todavía está en la bahía. La cuenta atrás del holograma termina mañana por la mañana; entonces esperan que les entreguemos a nuestros hijos. Da lo mismo que acaben de asesinar a doce de nuestros niños y niñas, quieren más. Esos doce murieron porque algo ha cambiado aquí. Creo que fuiste tú —afirmó el hombre, cuyos labios temblaban, llenos de una furia helada—. Marchaos o les diremos que estáis aquí.

Así era como Aric conservaba su poder. Aquello era un ejemplo de su poder en acción. Había doblegado la voluntad de los colonos hasta tal punto que, incluso cuando los atacaba, no le consideraban el culpable. La violencia de Aric no generaba resentimiento contra él, sino contra sus enemigos.

Caledonia dio un paso al frente. Pino echaba chispas por los ojos, Trineo estaba manifiestamente incómodo, pero ninguno de los dos hizo nada para detenerla. El enfado de aquel hombre era como un arma, y eso era algo a lo que ella sabía enfrentarse.

—Soy Caledonia Styx —anunció, y elevó la voz para que todos la oyeran—. Mi hermano fue apresado por el Padre hace muchas vueltas, y a vosotros os han atacado porque intenté rescatarlo. Soy yo quien se enfrentó a la Electra. Soy yo lo que ha cambiado aquí. No esta gente. —Miró rápidamente a Trineo, que tenía los ojos como platos—. Son pacíficos y no se merecen tu indignación. No les delates. No le hagas el trabajo sucio a Aric.

El hombre miró a Caledonia. Pasó la mano por su mentón barbudo y contestó:

—Todos le hacemos el trabajo a Aric, querámoslo o no. Este es su mundo.

—Solo si lo permitimos —argumentó Caledonia—. No sigas permitiéndolo.

Soltó una carcajada que sonó cansada. Levantó un brazo y señaló la destrucción que los rodeaba.

—Hija mía, si pudiera detener todo esto, ¿crees que no lo haría?

Su rabia se evaporó, y por un instante Caledonia pudo entrever lo que subyacía por debajo: miedo, tristeza y un sentimiento apabullante de futilidad. La rendición se había convertido en un modo de vida para esta gente, hasta el punto de que ya no recordaban otra.

—¿De verdad? —le preguntó ella.

La rabia del hombre volvió a aparecer como un fogonazo.

—La única manera de sobrevivir en este mundo es seguir las normas. Y estamos aquí para sobrevivir.

—Yo estoy aquí para algo más que sobrevivir.

—¿Para qué? —ladró el colono.

Al responder, escuchó la voz de Oran en su interior.

—Para contraatacar.

El hombre hizo una mueca. Asintió y dejó que sus labios colgaran para dibujar una sonrisa ahogada.

—Es una buena forma de morir, jovencita. Preferiría no ser la razón de que eso ocurra, pero antepondré a mis hijos a cualquier cosa.

A continuación hizo un gesto a los suyos, y desaparecieron por el interior del bosque en llamas. El mensaje estaba claro: si los Espadas se quedaban, sería su fin.

El campamento se quedó finalmente en silencio.

En las horas sucesivas a la marcha de los colonos, calibraron la gravedad de los daños. Tres Espadas habían muerto en el ataque, y gran parte de las provisiones habían sido destruidas. Reinaba un ambiente de circunspección mientras atendían a los heridos, desmantelaban lo que quedaba del campamento y eliminaban las huellas de las casas. Caledonia les ayudaba cuando era bienvenida, pero era difícil ignorar el hecho de que sus actos les habían llevado a vivir ese momento.

Se repetía a sí misma la conversación que había tenido con el colono, una y otra vez. La conmoción inicial se había desvanecido; ahora solo estaba enfadada. Era el tipo de enfado que sienta bien, o al menos mejor que lo que subyacía en el fondo de ese sentimiento. Estaba enfadada por la sumisión de los colonos, hasta el punto de que delatarían a los Espadas una segunda vez, por estar tan obsesionados con la felicidad de Aric, con todo lo que ello suponía. Al final, su madre había tenido razón. La única forma de vivir sin tener que huir constantemente era perforar la Red. Pero por ahora, los Espadas simplemente tenían que marcharse de allí.

Tan pronto como los heridos se pusieran en pie, se dirigirían a las montañas para esconderse y reagruparse, allí donde los colonos no pudieran localizarlos. Era una solución temporal a un problema permanente. Pero Caledonia no podía sacarse de encima el sentimiento de que aquello era un error.

Esperó a que Trineo estuviera solo. Lo encontró agachado al lado de su maleta, haciendo

comprobaciones respecto al peso y las ataduras. En su espalda colgaba la funda negra de su espada, que reflejaba el brillo intenso del sol del atardecer.

—Trineo. —Caledonia sintió que la tensión se le subía a la mandíbula al oír su propia voz—. ¿Puedo hablar contigo?

—Tenemos que marcharnos, Caledonia. —Estaba cansado, incluso triste. Y con prisas para llevar a su gente a un lugar seguro.

—Lo sé. Por eso quiero hablar contigo. —Se preparó mentalmente para resistir—. Hay algo que deberías considerar.

El suspiro de Trineo fue cortante como un cuchillo.

—Caledonia.

—No podéis quedaros aquí. Ya no. Pero yendo a las montañas tan solo ganaréis un poco de tiempo, no de paz. Hay una nave en la bahía esperando para llenar sus entrañas de niños.

Trineo cruzó los brazos sobre su pecho y separó las piernas. Así parecía incluso más montañoso que de costumbre, y Caledonia se aseguró de que estaba completamente erguida para poder mirarlo directamente a los ojos y no tener que estirar el cuello.

—Puedo apoderarme de la nave —afirmó Caledonia, confiada y segura de sí misma—. Con vuestra ayuda, podemos asaltar la nave y marcharnos de aquí.

—¿Adónde?

Ella sonrió.

—¿No quieres saber cómo o por qué estoy tan segura de que puedo tomar la nave?

—Si hay algo que he aprendido de ti es que eres capaz de hacer realidad lo imposible. Hace unas semanas hubiera dicho que asaltar un barco Bala era imposible. Pero luego te conocí, así que te lo pregunto otra vez: ¿adónde nos marcharíamos?

La respuesta fue tan inesperada que por un momento Caledonia no supo qué decir.

—A la Red —dijo, con la imagen de la Mors Navis en la mente—. Navegamos hasta allí y la perforamos.

Trineo frunció el ceño. Unas arrugas profundas de amargura esculpieron su frente.

—A la Red —repitió, incrédulo.

Ella asintió.

—Eso es territorio del Cincohijos Tassos —afirmó como si esperara que lo entendiera.

—Conocer a tu oponente es el primer paso para derrotarlo o, en este caso, para evitarlo.

—Ignoremos por un momento la mera absurdidad de pensar que saldríamos indemnes de una batalla con su flota de barcos —dijo después de una pausa larga—. La Red está al otro extremo de los mares Bala. Hay infinitas posibilidades de morir de camino hasta allí.

—Lo sé. Pero si os quedáis aquí os pasaréis la vida con miedo a ser delatados, hasta el día en que los colonos decidan que tienen más que ganar entregándoos que dejándoos vivir. Y al ritmo que van las cosas, eso puede ser mañana mismo. Si al menos os dirigís a la Red, tendréis algo por lo que luchar.

—La Red —dijo Trineo otra vez. La incredulidad le arrastró hasta el silencio.

Caledonia necesitaba que tomara la decisión por sí mismo. Si no lo hacía, era imposible que convenciera al resto de Espadas de que se unieran a ella.

—Llegaste aquí en busca de tu hermano. ¿No les dijiste eso a los colonos? —Pino los cogió por sorpresa. Estaba a unos metros de distancia, vigilando y escuchando. Y ahora hablaba—: ¿Lo has encontrado?

—No —respondió ella bruscamente, confundida por el cambio de tema.

Pino la examinó como si la viera por primera vez, o como si hubiera descubierto la primera verdad sobre Caledonia. Sus labios insinuaban una sonrisa que no llegaba a coger forma. Luego asintió, obvió la verdad que había descubierto, y preguntó:

—¿No estabas hecha para contraatacar? Lo que propones se parece mucho a huir.

—Luchemos juntos —dijo—. Vosotros me ayudáis a asaltar la nave y yo me dejaré la piel para que podáis perforar la Red.

El sol alcanzaba finalmente el horizonte, la luz ardía al quemar los troncos de los árboles carbonizados. Parecía que habían pasado días desde que Triple y Caledonia habían escalado hasta el puesto de observación y contemplado la tierra descolorida del norte. Por la mañana había estado montada a lomos de una ilusión que ahora se había roto en torno a sus pies.

—Tiene razón. —Pino avanzó hacia Trineo—. No podemos quedarnos aquí.

Se dirigieron una mirada intensa y silenciosa, llena de un significado que Caledonia no podía descifrar, y tan íntima que prácticamente tuvo que girarse.

Finalmente, Pino añadió:

—Ahora mismo, ella es nuestra mejor opción.

Los ojos de Caledonia se agrandaron de sorpresa. Había esperado que los acontecimientos de la mañana le granjearan todavía más animadversión por parte de Pino; pero allí estaba, defendiendo su mismo punto de vista. Era lo último que se esperaba de él, con diferencia, pero no era el momento de cuestionarse los regalos.

—¿Y qué hay de los colonos? —preguntó Trineo—. ¿Qué pasa si lo hacemos y el Maldito Athair vuelve atacar? ¿Qué les sucederá a ellos?

A pesar de las exigencias de los colonos, a Trineo todavía le importaban lo suficiente como para tener en cuenta de qué manera repercutirían los actos de los Espadas en su futuro. Si los colonos hubieran comprendido el aliado que estaban perdiendo, tal vez se lo hubieran pensado dos veces antes de echarlo. Era otro más de los giros trágicos.

—De todas formas, si los Balas me están buscando a mí, este no será el último ataque —Caledonia se aferró al eco de la compasión que Trineo sentía por los colonos—. Ahora que te han visto, somos un peligro para ellos, nos vayamos o nos quedemos. Si nos vamos, al menos no los pueden maltratar por no entregarte.

Un silencio se desplomó entre ellos mientras Trineo sopesaba aquellas palabras. Levantó el mentón y la observó durante un minuto interminable, a través de aquellos ojos estrechos de felino. Finalmente respondió:

—De acuerdo, Caledonia —dijo—. Tomemos la nave.

CAPÍTULO

9



La nave reposaba en la bahía centelleante, con el holograma naranja que se proyectaba en el cielo contando los minutos bajo los rayos desnudos de una nueva luna.

—Es la Luna de la Juventud —le susurró Pino a Caledonia, agazapado a su lado entre los altos matorrales que se extendían desde el bosque hasta la playa de gujarros—. Una luna impredecible, caprichosa y apasionada.

—No suena muy bien —respondió Caledonia.

—Puede ser una cosa o la otra. Claro que solo es una superstición —dijo, y volvió a echar un vistazo a la luna mientras sus labios se comprimían en una línea fina.

Después de que Trineo hubiera decidido asaltar la nave, Pino no se despegó de ella. La seguridad que mostraba en sí mismo se había desvanecido, y fue reemplazada por una predisposición absoluta, desconcertantemente agradable. Trineo era el líder, pero en cuanto se acercaba una batalla, era Pino quien lo empujaba en la dirección correcta. Hasta la aparición de la Luna de la Juventud se había mostrado sólido como una roca.

—Mantén la calma, Pino —lo tranquilizó Caledonia con un tono firme—. La luna es fina y nos esconderá exactamente como necesitamos.

Era una nave barrendera, llamada así porque emitía una vibración periódica que hacía detonar las minas que pudiera haber en las aguas circundantes. Su objetivo principal era despejar el camino para los barcos más mortíferos que iban por detrás. Trineo explicó que los colonos habían llegado a ser tan expertos a la hora de preparar trampas para los barcos de Aric que las naves barrenderas se convirtieron en la primera opción para las operaciones de reclutamiento. Hacía años que los colonos no contraatacaban, pero todavía utilizaban aquel tipo de naves por la vibración que emitían, y porque además tenían mayor capacidad.

Pino no paraba de moverse a su lado, con los ojos puestos en el resplandor naranja del holograma, que proseguía la cuenta atrás. Colgaba en el aire por encima de la cubierta del barco, claramente visible desde la costa.

—¿Fue una nave como esta la que os recogió? —preguntó Caledonia.

—Pues claro. —La miró con suspicacia y perplejidad—. Y si vas a preguntarme si eso me pone nervioso, sufriré una decepción.

En realidad, había estado sopesando la manera de preguntarle exactamente eso. Piscis hubiera sabido cómo hacerlo. Se lo hubiera preguntado antes de estar agazapados en medio de unos matorrales espesos, a la espera de una señal para avanzar. Y lo hubiera hecho de un modo tan natural que Pino ni siquiera se hubiera dado cuenta. Pero a Caledonia nunca se le había dado bien la parte humana de comandar una tripulación.

Irritada por haber revelado tan claramente sus intenciones, cambió de estrategia. Siempre es mejor ser directo.

—¿Por qué apoyaste mi plan?

Él la fulminó con la mirada.

—Porque era la mejor opción.

—Podríaís haberme entregado a los colonos —apuntó—. Eso os hubiera dado algo más de tiempo y de paso te habrías librado de mí.

—Lo pensé —dijo, y clavó sus ojos oscuros en Caledonia—. Pero no necesito que me caigas bien para estar de acuerdo contigo. Lo otro era una solución temporal, como mucho.

—¿Y yo soy una solución permanente? —preguntó sonriendo.

Al hacerlo, sus dientes brillaron a la luz de la luna. Había untado su piel con barro de color gris oscuro, lo cual hacía que los dientes relucieran especialmente. Caledonia también había camuflado su piel de marfil y sus rizos fogosos para que la luna no revelara su presencia antes de tiempo.

—Para nada —dijo—. Solo eres mejor que la otra alternativa.

Haciendo un esfuerzo para no reír, Caledonia levantó la mirada hacia el cielo: las estrellas estaban esparcidas contra un fondo negro. Involuntariamente, rastreó las formas que Donnally le había enseñado. Encontró el cangrejo y los dos peces, la niña trágica y su héroe, la gran ballena y las notas de la canción que cantaba su hermano.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Pino dijo:

—Perforar la Red supondrá dejarle atrás definitivamente.

Le devolvió la mirada. Sin decirlo, sabía que se refería a su hermano.

—Hiciste todo lo que pudiste —añadió, con la resignación cansada de alguien a quien han abandonado, pero que también entiende la decisión de marcharse.

Los remordimientos se clavaron en el fondo de la garganta de Caledonia, que contrajo la mandíbula y luchó por reprimir una suave oleada de lágrimas.

—¿Pino?

Él se giró, expectante.

—¿Cómo conseguiste dejar de ser un Bala?

La risa ligera de las olas que abofeteaban la orilla se interpuso entre ellos. En el rostro de Pino floreció una mirada de dolor. Sabía por qué lo estaba preguntando. Y aunque no le importaba hacerle daño a Caledonia, tampoco quería darle esa respuesta. Hizo una mueca y se giró hacia los matorrales: a su espalda había trece rostros que esperaban silenciosamente la señal.

Con un suspiro reticente, volvió a mirarla.

—Ninguno de nosotros lo ha conseguido, Caledonia. Eso no es posible.

—Pero...

—Ninguno de nosotros lo ha conseguido —repitió—. Si fuera así, no estaríamos aquí ahora, listos para zambullirnos en un tiroteo desarmados. —Su expresión era dura pero no antipática—. Piensa en nosotros como en barcos: hemos participado en mil batallas, nuestro casco está dañado y aunque pudieras arreglarlo nada volvería a ser igual. El cambio se ha producido a un nivel esencial. No hemos dejado de ser Balas. Simplemente dimos un paso en este sentido.

Era lo que necesitaba oír, no lo que deseaba. Triple le hubiera dicho que el cambio era posible bajo ciertas circunstancias. Trineo le hubiera dicho que todo formaba parte de un proceso. Pero Pino entendía lo que estaba preguntando realmente.

Caledonia volvió a levantar la cabeza hacia el cielo y se tragó un nudo de tristeza. Divisó el cangrejo, la constelación favorita de Donnally, y por primera vez comprendió con todo su corazón que estaba fuera de su alcance. No tendría una segunda oportunidad de encontrarle. Estaba vivo, en algún lugar, y tendría que conformarse con eso.

«Lo siento, Donnally».

—Allí está —murmuró Pino.

Sobre el agua, cerca del extremo oriental de la bahía, una marca solar brilló tres veces. Era Triple, avisando que estaba en posición. Mientras Trineo lideraba un segundo equipo por la costa, Triple había bajado por el acantilado para desatar un pequeño velero.

—O sea, que sí que tenéis un barco —había bromeado Caledonia mientras Trineo enumeraba los recursos de que disponían.

Triple salió con la pequeña embarcación e iba a la deriva, acercándose al máximo a la nave sin riesgo de ser descubierta. Los siguientes pasos dependerían de Caledonia y de Trineo. Con cinco heridos, fuera de combate, eran veinticinco efectivos en total. Caledonia esperaba que fuera suficiente.

Pino transmitió la señal de Triple al grupo de la playa, y cuando Trineo, a su vez, la devolvió con tres destellos, Caledonia hizo un gesto con la mano a su equipo para avanzar hacia las olas que canturreaban.

El agua estaba helada. Le cortó la respiración al instante, y varios Espadas protestaron en el momento en que su piel se puso a arder antes de sentir un agradable entumecimiento. No podrían estar mucho tiempo en el agua, pero si todo iba según lo planeado, tampoco sería necesario.

Nadaron juntos hasta la nave, con cuidado de no mover demasiado el agua y de mantener la distancia adecuada entre los cuerpos. Al otro lado de la bahía, el equipo de Trineo seguía el mismo procedimiento. Caledonia solo vislumbraba unas cabezas que entraban y salían de las aguas oscuras.

Enfrente, la nave parecía cada vez más grande y los detalles se veían más claramente. El casco era profundo y colgaba sobre el agua con una proa sólida. La parte de atrás también caía hacia abajo, y sobresalía ligeramente en el punto en que la hélice se hundía por debajo de la línea de flotación. Alrededor de la cubierta había una barandilla con pinchos de la que goteaban huesos curtidos y ropa hecha jirones. Caledonia sintió un escalofrío al recordar su último encuentro con una barandilla semejante, en el barco de Lir. Pero todavía tenían que acercarse más, y en cualquier caso no servía de nada darle tantas vueltas al asunto. Apretó los dientes y siguió nadando.

Limpio su mente de cualquier pensamiento sobre Lir o Aric y se centró en la tarea que le

esperaba. La nave era un regalo, pero solo si era capaz de orquestar el asalto. Los Espadas no tenían pistolas, lo cual significaba que el primer objetivo debía ser abordarla sin ser descubiertos, y el segundo armarse lo antes posible.

Alcanzó el casco tres brazadas detrás de Pino, que desataba su arco y lo hacía encajar con el gancho de agarre que había diseñado Harwell unas horas antes. Solo tendrían una oportunidad y por eso el arco estaba en manos de Pino. Plantó los pies con sus fuertes piernas mientras el agua golpeaba sus muslos y abdominales. A su lado, Harwell levantó una cuerda con sus brazos delgados mientras sostenía un muelle con la palma de la mano. Pino levantó el arco.

Caledonia se giró y contó a los catorce que formaban parte de su equipo. Siguió al equipo de Trineo con la mirada: avanzaban hacia la hélice por donde iban a empezar el asalto.

—Vamos —susurró.

Pino soltó la flecha con un chasquido húmedo. Esta voló hacia arriba y arrastró la cuerda como lo hace una serpiente con su cola. Aterrizó con un sonido metálico, y todos aguantaron la respiración mientras Pino tiraba con fuerza de la cuerda. Estaba bien fija, aferrada por los dientes del gancho en alguno de aquellos pinchos terribles.

—Después de ti —dijo Pino con una sonrisa satisfecha, sosteniendo la cuerda para Caledonia.

Ella agarró la cuerda con sus dedos entumecidos y tomó impulso para salir del agua. Forzó sus extremidades heladas para subir y avanzar más deprisa, y para olvidarse de que le quemaban las palmas de las manos. Cada músculo de sus brazos y piernas estaba en tensión al tirar metódicamente de aquella cuerda rugosa. Cuando llegó a la punta de la barandilla ya se le había pasado el frío; las gotas de sudor le picaban debajo del barro, a la altura de la sien.

Las puntas estaban dispuestas a intervalos irregulares. Algunas de ellas apuntaban hacia fuera mientras que otras miraban peligrosamente hacia dentro.

Caledonia se encontraba en el borde, lo que la obligaba a calmar su respiración y el latido de su corazón por si oía alguna señal de que hubieran descubierto el gancho. Soltó la cuerda y se agarró a la punta que tenía justo encima. En aquel momento oyó un ruido.

Eran pasos. Alguien se aclaraba la garganta y maldecía el frío. Un guardia.

El metal frío le quemaba los dedos, pero no se atrevía a soltarse y luego volver a coger la cuerda. Colgaba por el costado de la nave; era una diana perfecta. Se concentró en el sonido de los pasos del guardia. Si era lo suficientemente perspicaz como para ver sus manos entre los desechos que adornaban las puntas, su única opción sería dejarse caer. Y el ataque terminaría antes incluso de haber empezado.

Le oyó arrastrar los pies. El sudor goteaba por la columna vertebral de Caledonia, los músculos de sus brazos temblaban y temía que sus dedos no pudieran seguir aguantando.

«Respira», se dijo, mientras buscaba aire en lo más profundo de sus pulmones.

Por debajo sentía la tensión de los Espadas. Sabían por qué se había detenido. Casi podía oír los pensamientos inquietantes de Pino respecto a la Luna de la Juventud.

Silencio.

El guardia se había detenido, pero ¿la había visto?

Le temblaban los brazos y los dedos empezaban a resbalar. Apenas quedaba tiempo.

Con un solo movimiento, balanceó su cuerpo hasta atrapar una segunda punta que se

encontraba debajo de las rodillas. Su altura había jugado a su favor. Confió en que las piernas aguantarían el peso, soltó la primera punta y giró el cuerpo para poder alcanzar la segunda. Se apoyó para quedarse sentada sobre la barandilla, y un segundo después ya había pasado por encima.

El guardia se encontraba unos pasos más allá. Al oír sus pies sobre la cubierta dio media vuelta. Pero Caledonia tenía ventaja. Corrió hacia él y le propinó un puñetazo en la mandíbula antes de que pudiera dar la alarma. Era demasiado lento y estaba demasiado perplejo como para protegerse del siguiente ataque. Le golpeó la garganta y le dio una patada en la rodilla; cuando ya estaba en el suelo le propinó el golpe definitivo, que lo dejó inconsciente. Esa serie de movimientos la había aprendido de Dienterrojo, y utilizarla era lo más parecido que Caledonia había hecho nunca a rezar.

Afianzó el gancho al punto de entrada más amplio antes de silbar a Pino. La cuerda soltó un chasquido al tensarse bajo el peso de un cuerpo, y Caledonia arrastró al guardia inconsciente a la sombra de la torre de mando, le robó las armas y vigiló que no hubiera otras señales de peligro en la cubierta.

Uno a uno, los Espadas aparecieron por el borde de la barandilla, maniobrando cuidadosamente para pasar por encima de las puntas. Trineo y su equipo ya habrían superado el árbol de la hélice, y habrían accedido al barco de la forma más peligrosa posible. Si el Balístico decidía encender el motor y zarpar, el equipo de Trineo acabaría hecho trizas. El silencio que reinaba era el mejor indicio de que Trineo y los suyos estaban vivos y de camino.

El plan era reunir a todos los efectivos. El último miembro del equipo de Caledonia aterrizó en silencio en la cubierta y se unió a los demás, que estaban apoyados contra la pared. Eran manos aferradas a empuñaduras de cuchillos, ojos que saltaban con cada movimiento, nervios como canicas esparcidas por el suelo. Hacía mucho tiempo que habían luchado por última vez. La mayoría de ellos nunca lo había hecho sin estar bajo los efectos del Limo, que refuerza las capacidades. La proximidad de la batalla se veía reflejada en sus ojos. Caledonia respondió con una mirada sosegada; les obligaba a fijarse en ella, que sintieran la nave bajo sus pies, que se empaparan del momento.

Era la hora de Triple. Caledonia cogió la marca solar de las manos de Pino y la sostuvo en el aire, de cara al acantilado. La pequeña luz emitió tres destellos. Pausa. Tres destellos más.

Y ahora a esperar.

La noche caía sobre ellos y los envolvía con una brisa fría que traía consigo el perfume humeante de los fuegos de los colonos quemando en lugares remotos.

Unos minutos después, Pino le dio un codazo a Caledonia. Una chispa salió del agua: primero lentamente hasta que empezó a subir por la vela de la nave y toda ella quedó envuelta en llamas.

En un primer momento nadie reaccionó, pero luego llegaron los gritos de alarma desde la torre que resonaban por todo el barco. Los Balas salieron en tromba de debajo de la cubierta y se giraban para ver el incendio.

Caledonia sonreía. Levantó una mano para que su equipo no se moviera. Con los veinte Balas distraídos con las llamas y las espaldas sin cubrir, dio la señal.

Avanzaron para rodear a los Balas, que ignoraban lo que estaba ocurriendo. Luego levantó la

voz y soltó un grito de batalla terrorífico. Catorce Espadas recibieron la orden de atacar y corrieron hacia delante, aprovechando al máximo la ventaja que tenían. Cogieron completamente desprevenidos a los Balas, que cedieron el control inmediato de la batalla.

La sangre de Caledonia repicaba mientras disparaba con una pistola robada. Luego se abalanzó para rajar las costillas de sus enemigos. El acero de su espada quedó manchado de sangre, que centelleaba en la lúgubre luz anaranjada de la cuenta atrás. En medio de aquella escena, Caledonia sintió un calor reconfortante en sus extremidades. Allí era donde se sentía más cómoda, en la cubierta de un barco, en mitad de una batalla que se estaba desarrollando exactamente según lo previsto. Esa era la primera embestida. La segunda llegaría por la parte de atrás.

Justo cuando pensaba en ello, se oyeron los disparos de unos Balas que llegaban de debajo de la cubierta. Los veinte primeros Balas se habían visto reducidos prácticamente a la mitad, pero aun así suponían una amenaza real para su equipo. Ellos eran más, y ahora les rodeaban.

¿Dónde estaba Trineo?

Ya debería haber llegado. A Caledonia se le detuvo el corazón por un instante; temía que lo hubieran detenido en el interior de la nave junto a su equipo mientras el de Caledonia se encontraba flanqueado. Desechó la idea antes de que hubiera cogido forma. Trineo estaba llegando. Simplemente tenían que aguantar un poco más.

Si sus hermanas estuvieran allí... Pero una vez más desechó la idea.

—¡Venid hacia mí! —gritó por encima del vocerío—. Dejad que se acerquen —insistió, sabiendo que su única oportunidad era permanecer juntos y formar un nudo tan denso y agresivo como fuera posible.

Pino la encontró y con un rictus de preocupación comprendió sus órdenes.

—¡Hacia Caledonia! —gritó.

Los Espadas obedecieron y maniobraron hacia ella para concentrar sus esfuerzos y protegerse las espaldas. Pero era una medida provisional que iba a durar poco.

Los Balas los rodeaban en círculo, con las pistolas y las espadas listas para forjarse un camino a través del grupo de Espadas.

Los Espadas estaban a punto de ser derrotados.

Pero justo entonces se oyó una explosión procedente de la costa. Un misil impactó contra la proa de la nave y un puñado de Balas salieron volando. La batalla se detuvo por un instante y todos los ojos se entornaron hacia la oscuridad de la costa. Solo podía tratarse de los colonos.

La mente de Caledonia empezó a rodar. O los colonos se estaban rebelando o ayudaban a los Balas. Ambas cosas eran potencialmente peligrosas. ¡Especialmente si causaban daños en la nave antes de que pudieran tomarla!

Antes de que pudiera procesar ese pensamiento, llegó un grito desde el interior de la nave, que fue subiendo hasta que se derramó por la cubierta. Primero salieron los Balas, y tras ellos los Espadas. Al mando estaba Trineo, que rugía y brillaba.

Se oyó otra explosión en el casco de la nave, que hizo caer a todo el mundo al suelo. Cuando recobraron la verticalidad, la batalla había perdido su centro. Balas y Espadas corrían por todos lados. La melé giraba alrededor de Caledonia con un frenesí caótico. Acabarían todos muertos si

no hacía algo al respecto.

—¡Venid hacia mí! —volvió a gritar—. ¡Espadas! ¡Hacia mí!

La respuesta fue instantánea. Pino se giró; el placer de luchar bailaba en sus ojos. Los Espadas formaron un círculo alrededor de Caledonia, lo cual les permitía concentrar sus ataques, a diferencia de los Balas.

Caledonia se tomó un respiro para estudiar la escena. Los Balas ya no les sacaban ventaja, pero tampoco mostraban señales de ceder en la lucha. Examinó los rostros que tenía delante y se detuvo en el momento en que identificó a la persona que buscaba. El Balístico.

Se precipitó hacia delante, con los ojos clavados en su objetivo.

Un codo impactó contra su mejilla, y de repente se encontró de rodillas, con un Bala que la doblaba en tamaño por encima, alzándose imponente con los hombros como rocas y una pequeña cicatriz naranja que iba de la comisura del labio hasta la oreja. Su sonrisa era espeluznante, dolorosa. Levantó el arma que tenía en la mano y Caledonia entrevió el brillo de la espada bañada en sangre. Rodó hacia él y al levantarse lanzó su espalda contra su pecho para desequilibrarlo. Antes de que el Bala pudiera rehacerse, le clavó el cuchillo debajo de las costillas y luego lo sacó mientras se desplomaba delante de ella.

No tuvo tiempo para recomponerse. El Balístico corrió hacia ella y Caledonia le alcanzó con un disparo en pleno pecho. Todo había ocurrido en un instante. El líder había caído. Caledonia se mantuvo firme y ofreció a la tripulación la posibilidad de rendirse. Pero ninguno de ellos dio señal de querer hacerlo. Gritaban y seguían avanzando todos juntos.

Caledonia retrocedió, confundida y enrabiada. No había duda acerca de quién iba a ganar la batalla. Los Balas se habían visto superados en número y estaban completamente rodeados, pero seguían luchando. De sus gargantas salían gritos violentos mientras se abalanzaban contra los enemigos. Daban cuchilladas indiscriminadamente, como si cada embestida asesina fuera bienvenida.

Ligeramente consternada, Caledonia comprendió que eso era exactamente lo que estaban haciendo. No se rendirían, sino que lucharían hasta que cayera el último de ellos.

Los cuerpos se fueron desplomando pesadamente sobre la cubierta, o fueron tirados por la borda hasta que a su alrededor se hizo un silencio enfermizo: la nave era suya.

CAPÍTULO

10



El Limo olía como una flor que ha sido arrancada y secada al sol durante demasiado tiempo. Era un tipo de olor dulce desagradable y empalagoso, tan denso que parecía que se pudiera saborear. Perfumaba cada habitación de la nave barrendera, los pasillos con su promesa pegajosa, que provocaba y seducía a cada respiración. En cuanto hubieron peinado el interior del barco por si había algún rezagado, los Espadas regresaron inmediatamente a la parte superior.

En la enfermería, el olor era asfixiante. Trineo estaba en la entrada, y mantenía cada músculo de su inmenso cuerpo rígido e inmóvil. Tenía los brazos cruzados, los labios apretados, y Caledonia llegó a preguntarse si respiraba. La observaba y seguía cada uno de sus movimientos.

—No hace falta que te quedes —dijo—. Puedo hacerlo yo.

Trineo asintió y se quedó donde estaba. Era una montaña gigante y triste.

El Limo estaba empaquetado en cajas y dividido para ser distribuido a diario. Las pastillas de color naranja intenso eran como un faro en los sacos de plástico; había montones de semillas mortíferas esperando a echar raíces. Había suficiente Limo como para alimentar a la tripulación durante algunos meses, pero no más. Aric llevaba la correa bien atada.

Trineo quería el Limo fuera de su vista y Caledonia no estaba en desacuerdo, pero no podían tirarlo simplemente por la borda. Empaquetado como estaba, flotaría y terminaría en la bahía, donde cualquiera podría encontrarlo. Para destruirlo debidamente, Caledonia tendría que desprenderse de cada pastilla que había en el interior de los sacos impermeables. Y Trineo, por lo visto, iba a mirar cómo lo hacía.

—Es una buena nave —dijo, mientras seguía con el trabajo tedioso—. Gracias.

Por un instante, Caledonia temió que Trineo se quedara allí plantado sin hablar hasta que terminara la tarea. Pero entonces cogió una bocanada de aire y respondió:

—Si tiene que ayudarnos a perforar la Red, más vale que sea buena.

Caledonia asintió, pensativa.

—La fuerza de los barcos está en su tripulación. Todos vosotros sabéis luchar.

—Luchar no es un problema para nosotros —respondió Trineo con solemnidad—. Nos cuesta más lo que viene después.

«Ninguno de nosotros lo ha conseguido», susurró la voz de Pino.

Las pequeñas pastillas le iban dejando unas manchas naranjas en la piel que se marcharían fácilmente al lavarse las manos. Pero en el cuerpo dejaban algo más que unas manchas. Aquellas pastillas habían destrozado a los Balas en su fuero interno, donde había tal cantidad de Limo que siempre iban a reclamar más.

«Es como una canción —le había dicho Hime en una ocasión—. La canción más hermosa que hayas oído nunca. Tan intensa que cuando escuchas las primeras notas empiezas a cantar en tu mente, antes incluso de procesar lo que está pasando».

Creía entender lo que decía Hime. Tras los acontecimientos de la noche anterior, estaba convencida de que nuevamente había infravalorado el poder de aquella droga.

—Seguían luchando. —Hablaba con las pastillas amontonadas a sus pies—. ¿Por qué seguían luchando?

Sintió que Trineo realizaba una mueca durante la pausa que precedió a las siguientes palabras:

—Nunca es bueno fracasar, pero hacerlo una segunda vez todavía es peor. ¿Cómo iban a regresar después de una derrota semejante? Sabían las opciones que tenían. Y han escogido la mejor de las dos.

Caledonia se incorporó rápidamente.

—¡Pero aquí estaban tan lejos del alcance de Aric! ¡Podrían haberse rendido! ¡Podrían haber huido! ¿Por qué no hacerlo?

Trineo no respondió.

Caledonia dismanteló los paquetes de Limo y pensó que nunca lograría sacarse ese olor de la nariz y los pulmones. Era tan intenso que por un instante imaginó que notaba sus efectos. Hizo una pausa, con cuidado de no tocarse la cara con los dedos manchados. Trineo se le acercó y colocó una mano ligera pero firme en su codo para ayudarla a llegar a la claraboya. Después de respirar el aire lleno de sal, su mente se aclaró y siguió con el trabajo.

Finalmente, todas las pastillas estaban desempaquetadas y atadas en el interior de una bolsa de tela. Trineo iba por detrás mientras Caledonia se las llevaba a la parte superior de la nave. En su ausencia, Triple había subido a bordo y ahora los Espadas se dedicaban a lavar la sangre de la cubierta y a preparar el entierro de los cadáveres. La mitad observaba cada paso que daba Caledonia, la otra mitad hacía un esfuerzo por no mirar, ocupándose con cualquier cosa mientras ella y Trineo se apresuraban hacia la popa.

Fue como si tirar el Limo librara a los Espadas de un maleficio, y de este modo empezaron a moverse libremente de la cubierta a la parte inferior de la nave. Poco después, tres Espadas regresaron con tres hojas de papel arrugadas en las manos. En cada una de ellas alguien había dibujado una punta de flecha roma, con una mitad coloreada con tinta negra.

—Están en todas las habitaciones. —Sonaba como si Destello se estuviera disculpando, con sus anchos hombros caídos—. ¿Quieres que las descolguemos?

Caledonia recopiló las páginas y rastreó esas formas tan conocidas del emblema familiar que llevaba tatuado en la sien. De modo que Lir no había dado por sentada su muerte. E iba a por ella. Casi era un cumplido.

—Déjalas —dijo. Era un buen recordatorio, para ella y el resto de la tripulación, de que no importaba por dónde navegaran: alguien los estaba buscando.

Destello inclinó la cabeza y siguió a los otros dos hacia la parte inferior de la cubierta. Poco después ya tenían catalogados el contenido y las capacidades de la embarcación, y empezaron a asimilar que ahora aquella nave barrendera les pertenecía.

Estaba bien equipada, lo cual no era una sorpresa. La cocina estaba llena de bloques de proteínas y pasteles de semillas, verdura enlatada de todos los colores e incluso barriles llenos de manzanas grandes y crujientes. Caledonia no había visto nunca una despensa tan llena. Si Far hubiera estado allí, habría sonreído al pensar que podría alimentar a la tripulación de la Mors Navis debidamente. Además, las camas estaban limpias, la enfermería abastecida con todo lo necesario, desde gasas sin utilizar hasta antibióticos, y los compartimentos con armas rebosaban de todo aquello con lo que Caledonia hubiera soñado. Era un barco listo para el combate; solo necesitaba una tripulación.

Cuando llegó la noche, Caledonia dedicó su tiempo a deambular por los pasillos, tratando de dilucidar la distribución de pesos de la nave barrendera, y hasta qué profundidad llegaba el casco por debajo de la línea de flotación. Era una nave amplia en comparación con la Mors Navis, pero más corta y con un casco más denso. Incluso antes de arrancar los motores, Caledonia sabía que tardaría en acelerar pero que luego mantendría una velocidad constante, lejos de las corrientes caprichosas de la costa. Ya se imaginaba cómo iba a encontrar atajos por el mar, cómo rugirían los motores, cómo las hélices abrirían un camino espumoso a través del océano. Pronto sentiría las olas del océano rociar sus mejillas.

Fue en dirección al puente mientras el sol asomaba por el horizonte y mandaba los primeros rayos a través de unas nubes bajas y finas que colgaban del cielo. Era una explosión paulatina de lila y gris, y finalmente de un naranja ardiente que sangraba sobre un mar que le mandaba señales.

El puente era pequeño, con el techo bajo y unas ventanas alargadas que daban a la cubierta de mando. Inspeccionó la sala con una mirada práctica, comprobando todos los mandos y dispositivos de control mientras hacía un repaso mental de los mismos.

—Parece como si ya estuvieras en alta mar. —Trineo, que la había seguido hasta el puente, se encontraba a unos pasos de distancia.

—Lo estoy —respondió sin girarse—. Siempre lo estoy.

Se oyó un crujido en uno de los puestos de control, como si se tratara de una ola que se aleja. Luego, el ruido se convirtió en una voz.

—Baliza, Baliza. Aquí Faro tres. Responde, cambio.

Las radios eran tecnología Bala. Caledonia conocía el mecanismo, pero no cómo utilizarlo. Se giró lentamente y se encontró con la mirada de Trineo.

—Imagino que quieren un informe de situación. Parece que la anterior tripulación no tuvo tiempo de mandar una señal de socorro.

—Dejémoslo así, entonces —respondió, con un plan que empezaba a coger forma allí donde unos momentos antes solo había preguntas.

Trineo frunció el ceño y dio un paso hacia la radio. Al lado había un papel con el emblema de la familia de Caledonia colgado en la pared. Se llevó el receptor a la boca y presionó el botón lateral.

—Faro tres, aquí Baliza. Listos para recaudar impuestos, cambio.

—¿Impuestos? —preguntó Caledonia cuando estuvo segura de que había soltado el botón. Pero Trineo solo respondió encogiéndose de hombros.

—Actualización del Holster: el Padre quiere que los doblemos. —El mensaje se vio alterado por unas interferencias—. Que se enteren de cuál es el precio de la rebelión.

—¡Pero si no se han rebelado! —El corazón de Caledonia se aceleró. La rabia se expandía en su interior como el humo que sale de una llama. Poco importaba que ni un solo colono lo hubiera desafiado, para Aric seguirían siendo culpables. Y de paso, reforzaría la desconfianza de los colonos hacia cualquiera que quisiera oponerse a él. Era brillante. Brillante y terrible.

Trineo levantó una mano para que se callase mientras contestaba.

—Recibido. Los doblaremos, y hasta más. —Trineo respondió con tanta facilidad que a Caledonia hasta le pareció que lo decía en serio.

Una carcajada oscura perforó el aire.

—Que las mareas te protejan.

—Que las mareas te protejan. —Trineo respondió automáticamente, con los ojos clavados en un punto distante. Caledonia comprendió de repente que se trataba de una fórmula para despedirse, una manera de decirse adiós entre Balas.

—Trineo —dijo con impaciencia cuando hubo soltado el receptor—. ¿Puedes preguntarle si han avistado la Mors Navis?

Trineo asintió, reflexionando un instante sobre la mejor forma de preguntarlo.

—Faro tres, una última cosa, cambio.

Unos segundos después la radio volvió a dar señales de vida.

—¿Me echabas de menos, Baliza?

—Terriblemente. —Trineo respondió con un tono irónico—. Hemos divisado un barco que encaja con la descripción del que estaba rastreando el Cinco hijos Lir. ¿Confirma esto los informes más recientes?

Volvieron a oírse las interferencias. Caledonia tenía los puños apretados y se forzó a respirar acompasadamente mientras esperaban la respuesta. Era difícil encontrar un lugar en el que cifrar sus esperanzas. Si habían localizado a su tripulación probablemente la estarían persiguiendo. Y si no, entonces seguiría sin tener ni idea de lo que les podía haber pasado. Quería que le dijeran que habían perforado la Red y que estaban a salvo, al otro lado. Por encima de todo quería una confirmación de que los Balas no sabían dónde se encontraban. Que las chicas estaban a salvo.

Finalmente, la radio soltó un chasquido y las interferencias fueron reemplazadas por la misma voz de Bala.

—Negativo, Baliza; esa nave y su tripulación fueron capturadas hace dos días. Sin la capitana pelirroja. Al resto las han llevado a Puerto de la Marca para ser juzgadas. Lo que sea que estás viendo, no es la nave.

Caledonia vio que Trineo movía la boca para responder a la persona que se encontraba al otro lado de esa terrible radio. Pero en su mente no oía más que un rugido furibundo.

CAPÍTULO

11



Capturadas.

La palabra fue como una bomba en el pecho de Caledonia. Su tripulación se encontraba bajo custodia de los Balas. Puerto de la Marca, el bastión más al norte de Aric, era conocido por ser lo primero que veían los nuevos reclutas Bala del imperio, y lo último que veían los rebeldes. Era una cárcel. Era el lugar al que tripulaciones como la suya iban para morir. Pero no iban simplemente a ejecutarlas. Las interrogarían, las torturarían y finalmente las matarían de una forma cruel.

Caledonia se agarró a la única parte positiva de toda la información que les había proporcionado el Bala: hacía dos días. Por el momento, la tripulación estaba viva. Y si conseguía llegar a tiempo, lo seguiría estando.

Si conseguía llegar a tiempo.

Dejó que las piernas la llevaran al exterior, donde el sol brillaba y podía respirar aire fresco. No sintió absolutamente nada mientras bajaba por la escalera hacia la cubierta llena de movimiento. La marea se retiraba de su corazón y llenaba sus pulmones y mente hasta que estuvo convencida de que se iba a ahogar.

—Caledonia —dijo Trineo por detrás.

No se giró. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea antes de poder lidiar con la compasión, con las opiniones o con lo que fuera que le hubieran reservado. Necesitaba expulsar sus pensamientos al océano antes de poder comprenderse a sí misma. Pero en aquella nave había demasiada gente. Demasiados extraños. Y no podía bajar la guardia ni un solo minuto.

Caledonia respiró hondo para serenarse. Habían capturado a su tripulación. Y ella iba a hacer algo al respecto, a cualquier precio.

—Siento lo de tu tripulación —continuó Trineo. Su voz era delicada, casi incierta en su comprensión, y en su profunda y dolorosa tristeza. No era la voz de alguien que se dispone a ofrecer ayuda—. Ojalá pudiera decirte que no van a sufrir. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

Caledonia lo miró a la cara, su determinación fresca como el sol al amanecer.

—Ven conmigo.

—Cale...

—Ven conmigo y podrás hacer algo, Trineo. Formáis un ejército, y de los buenos. Si vienes conmigo, si luchas conmigo, podemos salvarlas. ¡Estoy segura! —Sus dedos temblaban por el esfuerzo de tener que reprimir toda la fuerza de su pasión—. Sabéis de lo que soy capaz. Nos hemos hecho con el control de esta nave en las narices de una tripulación que nos doblaba en número. Puedo hacer mucho con muy poco; así he sobrevivido hasta ahora. Y así es como he conseguido que sobreviviera mi tripulación. Ayúdame a salvarlas. Por favor.

En los ojos de Trineo apareció una mueca antes de que encorvara los labios.

—Estás hablando de irrumpir en una fortaleza llena de Balas.

—Sí —asintió confiada—. Vosotros escapasteis de una así, ¿verdad?

—Caledonia, esto es diferente. No estamos hablando de un barco. Lo siento por tu tripulación, pero estar entre rejas en Puerto de la Marca es como estar muerto.

—¿Puerto de la Marca?

El nombre fue repetido una y otra vez con terror. Los Espadas en la cubierta detenían sus tareas al oírlo, y los rostros se clavaban en Trineo con expresiones recelosas y aterradas.

Sin pretenderlo, Caledonia perdió el control de sus pensamientos. La corriente de sus miedos era rápida y fuerte, y su mente se inundó de imágenes de sus hermanas. En Puerto de la Marca. Donde nadie se compadecería de ellas. Donde muy pronto sufrirían terribles castigos por haber desafiado al Padre. ¿Por qué, por qué, por qué había asumido que estaban a salvo?

—Necesito vuestra ayuda —dijo sencillamente.

—Parece que es lo único que hemos estado haciendo, chica del mar. —Pino avanzó hacia la primera fila y se plantó delante de ella—. Hemos asaltado la nave para que nos devuelvas el favor y nos ayudes.

—Y lo haré, pero...

—Pero quieres que lo arriesguemos todo y naveguemos hacia un lugar que ninguno de nosotros debería volver a pisar. ¿Tienes idea de lo que nos estás pidiendo? —Los ojos de Pino estaban llenos de rabia, pero la superaba el miedo. Hasta él tenía miedo de aquel lugar.

Les habían arrancado de sus familias, obligado a entrar en un barco como aquel en el que se encontraban, y se los habían llevado a Puerto de la Marca, donde los niños se convierten en soldados. Aunque en realidad tampoco se los habían llevado. Más bien los habían ofrecido. Intercambiado o regalado. Habían sido entregados por gente que los tendría que haber protegido al máximo.

Así funcionaban las cosas. Ella lo había sabido durante toda la vida, pero a partir de la mirada de Pino tuvo un momento de lucidez. El poder de Aric Athair estaba basado en la desconfianza. Había conseguido que todas las personas que vivían bajo su dominio se sintieran completamente solas. Incluso ella.

—Caledonia. —Trineo estaba al otro lado, lo que hacía que ella estuviera en el centro de un grupo creciente de Espadas muy nerviosos—. Entiendo tu impulso, pero es sencillamente imposible.

—No lo creo —respondió.

—No es que no te queramos ayudar, Caledonia. Puerto de la Marca es una fortaleza. Incluso si

pudiéramos entrar, las posibilidades de salir... bueno, serían pocas. —Era Triple quien hablaba.

—¿Y qué hay de la Hermana? —dijo Lutita con una voz fina y las manos entrelazadas.

—¿Quién es la Hermana? —preguntó Caledonia.

Lutita volvió a esconderse entre la multitud, sin querer añadir nada más. Finalmente respondió Pino.

—Es quien manda en Puerto de la Marca. La primera cara que ven los reclutas al llegar. Y la última antes de salir. Si tienes mala suerte o te comportas como un estúpido, la ves más veces. Ella... —Pino se detuvo para escoger las siguientes palabras con cuidado—. Ella se asegura de que escogemos la familia del Padre antes que ninguna otra.

Su terror era tan palpable que Caledonia sintió el eco de un escalofrío.

—Es imposible —escupió Pino, enojado y circunspecto.

—No lo es. —Caledonia plantó los pies en el suelo, resistiendo el temor que Aric había inoculado con tanto éxito en todos ellos. Levantó la voz—: Era imposible que un grupo de Balas pudiera desertar y llevar una nueva vida. Pero lo hicisteis. Era imposible que una sola chica pudiera colarse en un barco Bala, atacar a uno de los Cincohijos y sobrevivir. Pero lo hice. Era imposible hacernos con el control de un barco Bala con poco más que unos arcos y nuestros puños. Pero lo hicimos.

Paseó la mirada por el semicírculo, de Pino a Triple, de Harwell a Menta, de Destello a Lutita. Estaban asustados, pero la escuchaban.

—Os ayudaré exactamente como prometí hacer. Después de encontrar a mi tripulación. Y para ello os pido vuestra ayuda. Nadie mejor que vosotros sabe lo que vivirán en Puerto de la Marca. Nadie mejor que vosotros sabe el reto que supone entrar y salir de allí. —Sus ojos, una vez más, se encontraron con los de Pino. En lugar de fulminarla con la mirada, como esperaba, su frente tenía una expresión taciturna. Sabía lo que era la lealtad—. Podría deciros que salvar a mi tripulación y rescatar mi nave valdrá la pena porque hará que nuestras posibilidades de perforar la Red sean mayores. Pero no es por eso por lo que os pido ayuda. Lo hago porque son mi familia y no dieron su consentimiento a lo que les está sucediendo.

Las manos de Caledonia se pusieron a temblar, expectantes. Aunque el sol calentaba su piel, tenía frío y estaba en alerta como el filo de una navaja. Los Espadas la observaban con un aire de solemnidad.

—Lo que nos pides no es poca cosa —dijo Trineo rompiendo el silencio.

—Lo sé —asintió Caledonia.

Trineo respiró profundamente y caminó dando vueltas lentamente por detrás del grupo de Espadas. Cuando finalizó el circuito, se plantó en medio de todos ellos, en silencio y contemplativo.

—Amigos. —La voz de Trineo estalló—. Durante todas nuestras vidas nos han pedido que lucháramos por razones ajenas a las nuestras. Hemos utilizado nuestra fuerza y habilidad para lograr cosas en las que no creíamos, para hacer cosas que no queríamos hacer. Esta no es una de esas cosas, y no me atrae nada la idea de poner vuestras vidas en peligro. Yo solo he luchado por una cosa en la que creía: vosotros. Quizá no conocemos a estas chicas, pero forman parte de la misma lucha. —Trineo se puso al lado de Caledonia—. Elegís vosotros. Los que estén a favor de

ir a por su tripulación, que se coloquen en el lado de estribor. Los que estén a favor de navegar hacia la Red, que se coloquen en el lado de babor. Decide la mayoría.

La expresión de Caledonia denotaba una resolución feroz. Su estómago se contraía y su mente se aceleraba, pero no dejó que los demás lo vieran. Iba a mostrarse tan dura e impasible como el profundo océano.

Triple fue la primera en moverse. Cruzó la cubierta hasta colocarse delante de Caledonia.

—Hasta hoy hubiera jurado que nada en el mundo me haría regresar a Puerto de la Marca voluntariamente. —Caledonia no se atrevió a sonreír—. Pero prefiero luchar a tu lado que en ningún otro lugar —añadió, mientras asentía ligeramente.

La chica se colocó detrás de Caledonia.

La elección hizo que los demás se decidieran. Uno a uno, los Espadas se ubicaron en lados opuestos de la cubierta. Algunos se decidían rápidamente, otros tardaban más. Se quedaban inmóviles, solos con sus pensamientos o formaban pequeños grupos para discutir. Nadie los apremiaba. Pasó casi media hora, y los dos bandos estaban igualados. Le tocó decidir a una sola persona.

Pino estaba en medio, con las manos cogidas levemente por detrás de la espalda y los ojos clavados en la cubierta bajo sus pies.

—Pino. —Trineo le instó a decidir, con delicadeza.

Él asintió y su mirada se cruzó con la de Caledonia. En la superficie sus ojos estaban tranquilos, pero por debajo se propagaba la rabia contenida. Por un instante, Caledonia estuvo segura de que votaría en contra, pero justo entonces resopló silenciosamente y dio tres pasos a estribor.

—Bien, está decidido. —Trineo habló con firmeza, sin indicios de rabia o decepción, pero sus ojos estaban duros como piedras—. Mañana zarpamos hacia Puerto de la Marca.

CAPÍTULO

12



El viento cortaba las mejillas de Caledonia y dejaba un rastro helado. Le arrancaba lágrimas de los ojos y llenaba su piel de sal. El sol estaba tapado por una capa espesa de nubes infladas, que eran como una versión pálida del océano revuelto. Apenas había amanecido y el mundo ya era una mezcla de gris lechoso y azul oscuro.

Caledonia estaba en un extremo del puente, con las manos apoyadas en dos puntas de metal. Habían sopesado la posibilidad de deshacerse de los huesos. Trineo había argumentado que los cuerpos —lo que quedaba de ellos— merecían descansar. Pero aunque Caledonia podía estar de acuerdo, se mostró favorable a conservar esa corona macabra. Si tenían que dirigirse a Puerto de la Marca sería bajo la apariencia de un barco Bala, y nunca se había cruzado todavía con un barco Bala sin esa colección de trofeos.

Pasó un día y una noche antes de zarpar. Mientras Trineo coordinaba la lista de turnos, Caledonia se centraba en examinar la nueva nave y la tripulación. Conocía a todos los Espadas por su nombre, pero evaluar sus habilidades náuticas era otra historia. Por no hablar de las posibilidades que ofrecía la nave.

Además de la capacidad de la nave Baliza para emitir una pequeña onda expansiva que desactivara minas desde la distancia, descubrieron una provisión de armas debajo de la cubierta, además de redes y brazos desmontables que permitían que el barco pescara con una red barredera. La comida almacenada hubiera bastado para alimentar a una tripulación de Balas, pero era insuficiente para el pequeño ejército de reclutas que se suponía que tenía que albergar.

—Le gusta que nos hundamos para luego poder rescatarnos —explicó Pino, al ver la confusión reflejada en el rostro de Caledonia—. Quiere que el hambre sea uno de nuestros mejores recuerdos. Para los reclutas tanto como para los fieles. Todo el mundo aprende lo que es pasar hambre antes de que te invite a la mesa de su magnífica benevolencia.

La amargura afilaba cada una de las palabras que pronunciaba. Observaba a Caledonia con una mirada cruel, como si ella no pudiera saber lo que es pasar hambre. Eso la hizo enfadar. Por supuesto que sabía lo que era pasar hambre. Estaba a punto de responder cuando Pino bajó la mirada hacia las cajas de comida.

—Un buen Bala tiene que ser duro y estar vacío —dijo, como si recitara una regla

sobradamente conocida—. Para que pueda llenarse de intenciones puras y explosivas.

Era una forma de describir la vida que habían llevado para entender en quiénes se habían convertido. Otra pieza del rompecabezas que encajaba. Cuanto más joven y hambriento antes de tomar Limo, más improbable era cuestionar la dependencia que generaba y, por extensión, a Aric. Era una trampa concienzuda y mortal.

Pino se acercó y rozó su hombro con el pecho.

—Así se forja un Bala —dijo en voz baja.

Sus mejillas se enardecieron y de pronto se dio cuenta de que le había contado aquello para ayudarla a comprender de dónde venían, lo que habían sufrido y tal vez, quién era él.

El instante fue fugaz y las exigencias del nuevo día se lo llevaron por delante.

La primera vez que pusieron en marcha las hélices, Caledonia sintió lo diferente que iba a ser navegar con esa nave. Un zumbido resonaba sobre el casco, y las hélices cortaban ruidosamente a través del océano. El agua se escurría por detrás, dejando una estela de agua revuelta de prácticamente un kilómetro. Hasta la cubierta vibraba de un modo más lento del que estaba acostumbrada. Aquel barco era muy diferente de la Mors Navis, pero aun así tenía que encontrar una conexión con él, centrarse en sus fortalezas —estabilidad, inercia, peso— para, llegado el momento, ser capaz de empuñarlo como un arma.

Una vez los Espadas estuvieron divididos en equipos y con las tareas encomendadas, hicieron un corto recorrido por la costa occidental. Fue como ponerse un abrigo que no te cabe. Cada maniobra era ejecutada de manera diferente a como había esperado Caledonia, y entonces echaba de menos a sus hermanas.

Con ellas a su lado, la tarea que tenía por delante no le hubiera parecido tan abrumadora.

Con sus hermanas a su lado... Era una imagen poderosa que vibraba en su sangre, zumbando sin parar en la base de la columna. Sus hermanas. Sabía dónde se encontraban. Estaban a su alcance. Y las vería pronto.

Finalmente, ordenó probar la onda expansiva. Dejaron caer una mina atada a una boya de color naranja intenso, y cuando estaban a casi medio kilómetro de distancia, Caledonia miró a Harwell, que estaba a los mandos.

—A ver cómo funciona —ordenó, y Harwell puso en marcha la onda expansiva.

Durante unos segundos no pasó nada.

—Creo que se está cargando —explicó Harwell—. Probablemente tiene que...

No se oyó lo que dijo al terminar porque el barco entero sufrió una sacudida. Quedaron rodeados de un ruido y una energía que erizó los pelos de sus brazos y explotó en sus orejas. La vibración atravesó el agua y creó una serie de ondas pequeñas con el barco en el centro. Casi más rápido de lo que podía rastrear Caledonia, la primera onda golpeó la boya. Al instante, la mina explotó y lanzó una fuente de agua hacia el cielo en una única explosión.

Harwell rio y levantó los brazos para celebrarlo.

—Me gusta este botón. Me gustaría pedir formalmente tener la oportunidad de hacerlo alguna otra vez —dijo sonriendo. Sus mejillas tenían un aire rechoncho e infantil.

A Caledonia le costó no sonreír.

—Estoy convencida de que lo podremos arreglar.

Al final del día, el pequeño equipo de veinticuatro Espadas —con cinco que aún se estaban recuperando de sus heridas— se habían convertido en una tripulación disciplinada. Cargaron el remolque de Caledonia sobre la cubierta y Triple distribuyó las tareas y las habitaciones disponibles. La noche pasó deprisa y la mañana llegó con una imagen sorprendente.

Había una serie de figuras en la costa pedregosa. Adultos y niños se abrazaban, envueltos en mantas y abrigos de colores apagados. Eran colonos. Los misiles que habían disparado habían inclinado la batalla a su favor. Incluso queriendo que los Espadas abandonaran las Aguas del Norte, habían tomado partido.

Mientras la Baliza avanzaba lentamente hacia el mar abierto, los colonos levantaban las manos a modo de despedida. Los Espadas devolvieron el saludo con un aire de prudencia y esperanza. Estaban lejos de confiar los unos en los otros, pero tal vez ese vínculo no se había roto de forma definitiva, como había temido Caledonia.

La nave avanzaba por un mar inquieto hacia Puerto de la Marca, y la mente de Caledonia tenía poco que hacer más allá de revolotear como el agua en la estela de la nave. Había muchas preguntas terribles que no podía contestar. Habían pasado tres días desde la captura de su tripulación. ¿Habrían sobrevivido? ¿Qué les estarían haciendo en esos momentos? ¿Y a la nave? ¿Qué quedaría de ellas cuando llegara?

A medida que se formulaba preguntas, su propio miedo las iba contestando. Solo unas pocas habrían sobrevivido a la batalla, y seguirían muriendo cada día que pasaran como prisioneras. Las imaginó heridas, torturadas y drogadas. Imaginó a Piscis llorando de dolor, y luego dejó de imaginar.

—Te vas a encontrar mal —le dijo una voz.

Caledonia se sobresaltó, y de repente se dio cuenta de que sus lágrimas eran reales. Se las enjugó precipitadamente.

—No quiero ofrecerte consuelos vacíos, pero una tripulación como la tuya, que ha derrotado a más de un barco de Aric, será todo un premio. —Triple estaba apoyada contra la barandilla, evitando las puntas que la rodeaban—. No las han llevado a Puerto de la Marca para que mueran de un día para otro. Las han llevado allí porque es donde Manodeacero dejó su marca. Allí la gente va a sufrir. Y eso requiere tiempo.

—Esta nave es demasiado lenta. —Caledonia frotó sus manos húmedas en su estómago, y dejó que el viento arrancara nuevas lágrimas de sus ojos—. ¿Quién es Manodeacero?

Los hombros de Triple se encorvaron, y pareció volverse más pequeña a medida que se zambullía en unos recuerdos que Caledonia no podía compartir.

—Un genio del mal, con una mente hecha para torturar cuerpos de formas simples y complejas. No estará en Puerto de la Marca, pero sus creaciones sí.

—¿Qué clase de creaciones? —El terror brotó de la garganta de Caledonia.

Triple permaneció en silencio durante un largo instante.

—La mayoría no se percibían: castigos para individuos o pequeños grupos que se pasaban de la raya o que se negaban a ejecutar las órdenes del Padre. Pero también tecnología bélica. De la peor clase. Como esa estrella en flor que hay en el compartimento de armas. Una bomba, cien muertes —murmuró.

Caledonia no quiso saber más, y Triple meneó la cabeza.

—No pienses en ello. Solo recuerda que resistir equivale a sobrevivir, y que Aric querrá que su sufrimiento sea largo y público. Eso es el poder, según él. Para nosotras significa que hay esperanza.

—¿Cómo conseguisteis escapar? —preguntó Caledonia—. ¿Cómo es posible que salierais intactos de una experiencia semejante?

Triple asintió.

—Fue gracias a Trineo. Era la mano derecha del Cincohijos Venn, y supervisaba nuestras raciones de Limo. Ni siquiera nos dimos cuenta la primera vez que redujo la dosis. De lo poco que era.

La estrategia se desplegó ante Caledonia como una vela grande y hermosa. La persona encargada de proporcionar el Limo podía, naturalmente, alterar la cantidad que recibía cada persona. Y si iba con cuidado, podía hacer que una tripulación entera se desenganchase de la droga.

—La segunda vez que lo hizo lo pillé. —Su boca se torció al recordarlo—. Casi lo delato en aquel mismo instante.

—Pero no lo hiciste.

—No. —Inclinó la mirada hacia el agua, claramente incómoda—. Me convenció para que le concediese una semana, y por entonces ya era una persona diferente. Empecé a ayudarlo.

—¿Y Pino? ¿Estaba del lado de Trineo desde el principio?

—Pino fue un poco más... difícil.

Caledonia no pudo evitar la carcajada. Empezaba a entender que nunca sería capaz de descifrar a Pino. Siempre parecía moverse en dirección opuesta a sus instintos. Pero aun así, no era veleidoso. Por debajo de una serie de elecciones aparentemente discrepantes, había una persona con un sentido claro de sí mismo y del mundo. Solo porque no acababa de entender su forma de proceder no significaba que dicha forma no existiera.

—Es leal y no siempre le resulta fácil cambiar de dirección cuando ya ha elegido una. Le pusimos ese nombre porque es fuerte como un árbol de ese bosque que era nuestra casa —continuó Triple—. Es fuerte, pero no inamovible. Los árboles se doblan y crecen. Él también.

—Es... un nombre muy bonito —dijo Caledonia, sorprendida—. ¿Todos habéis escogido vuestros nombres?

—Casi todos. Es importante ser capaces de escoger quiénes somos y lo que estamos o no dispuestos a hacer.

—Porque eso es lo que os arrebató Aric —añadió Caledonia, que cada vez entendía mejor a los Espadas—: La capacidad de elección.

Triple se encogió de hombros para protegerse del viento frío.

—Cuando estás enganchado al Limo eres incapaz de elegir otra manera de actuar que la que te garantice una nueva dosis. A veces parece que tengas elección, pero todo nace de una necesidad tan imperiosa que no puedes luchar contra ella. Por lo menos no en solitario.

Aquello era lo que Caledonia había sabido de los Balas durante toda su vida. Eran peligrosos porque la cosa que más necesitaban en el mundo estaba deliberadamente controlada. Si te

interponías entre ellos y la droga, harían lo necesario para obtenerla. A Caledonia eso le había recordado siempre las aguas revueltas que bañaban despreocupadamente la costa. Si estabas metido en ellas podías nadar a una velocidad increíble, mucho más de lo que alcanzarías por ti mismo. Pero si querías cambiar de dirección te encontrabas luchando contra esa misma marea de acero, incapaz de progresar. Muy pronto estabas tan exhausto que dejabas que la corriente se te llevara sin oponer resistencia. Para salir de allí necesitabas a alguien que pudiera sacarte, sin que esta persona cayera en el mismo abismo.

—No debió de ser fácil para Trineo romper su propia adicción sin que Venn lo averiguara — dijo Caledonia.

—Venn lo sabía. Eran amigos. En la medida en que un Bala es capaz de mantener una amistad. En la mente de Caledonia aparecieron por lo menos cinco preguntas, pero solo formuló una:

—¿Por eso no lo mató?

La pregunta hizo que Triple se encogiera de miedo. Apretó los labios para evitar una respuesta que le salió con demasiada facilidad:

—Se suponía que tenía que darle una sobredosis a Venn. Quitárselo de en medio antes de que nosotros diéramos el paso.

—¿No lo hizo?

—No fue capaz.

Triple suspiró y levantó la mano con la palma hacia fuera. Caledonia imitó el gesto y sus palmas se rozaron ligeramente. Aquello hizo que el vello de su nuca se erizara. Se quedaron así un instante: las palmas apenas tocándose, el viento tratando de agarrar las trenzas soleadas de Triple, el beso refrescante del agua que saltaba por el aire y humedecía las mejillas de Caledonia.

—Trineo no fue capaz de hacerle a Venn lo que nos hicieron a todos nosotros. No fue capaz de forzar a alguien a tomar Limo, ni siquiera a un Cincohijos. Tuvo que someterlo de otra manera, que casi nos cuesta la vida.

Sus dedos reposaron contra los de Caledonia. Se tocaban por primera vez desde que le había puesto el nanoparche.

—Pino nunca le ha perdonado. Pero para Trineo, la forma de salir era tan importante como el hecho de salir.

Era difícil pensar más allá de la cálida presión de las puntas de los dedos de Triple. Deseaba que los dedos de ambas se entrelazaran, compartir todo el calor de sus manos tal como lo hubiera hecho con cualquiera de sus hermanas.

—Resistiremos mientras no seamos como ellos —dijo Caledonia en voz baja. Eran las palabras de su madre, pero la última vez que las había escuchado había sido en boca de Piscis, cuando la instaba a dejar con vida a Oran.

—Para nosotros, se trata más bien de dejar de ser ellos. Tenemos que convertirnos en algo diferente, y constantemente tenemos que elegir el qué.

Las dos chicas se quedaron en silencio. El viento hacía que la ropa maltrecha y enredada en las puntas revoloteara. Por detrás, las hélices masticaban el agua. Los Espadas habían elegido una vida solitaria, lejos de la influencia de Aric. Y ahora habían elegido unirse a Caledonia en un viaje peligroso que los llevaría directamente hacia uno de los bastiones Bala.

Caledonia nunca había sentido que elegía su misión. Luchar contra Aric y hundir las barcasas que transportaban farolillos era más bien una obsesión. Tampoco le había parecido una elección ir en busca de Donnally o Ares. O intentar rescatar a su tripulación. Simplemente eran cosas que tenía que hacer.

Mientras navegaban hacia el este, se preguntó cuántos Balas elegirían otra forma de vida si tuvieran la ocasión.

Tal vez el poder de Aric no era tan inquebrantable como suponía.

De repente la nave se inclinó hacia un lado y las dos chicas cayeron sobre la cubierta. La mejilla de Caledonia impactó contra el suelo rugoso, y al intentar levantarse sus pies resbalaron.

Triple rodó hasta quedar en cuclillas, apoyándose en el suelo con una sola mano. Sus ojos se agrandaron por la confusión.

Mientras Triple sentía confusión, la sangre de Caledonia se aceleraba como si se despertara de un largo sueño. Sabía lo que estaba pasando. Y casi sonrió al decir:

—Nos están atacando.

CAPÍTULO

13



Caledonia corrió hacia el puente antes de que una segunda explosión sacudiera el barco.

Eran un barco Bala en territorio Bala, lo cual debería protegerlos de los ataques. Había estado con Triple en la proa, y lo que impactó contra ellos había llegado por atrás. Sin previo aviso, sin que hubieran avistado ningún barco hacia el oeste.

Antes de que Caledonia pudiera seguir con aquel pensamiento, se balanceó por la escotilla que llevaba al puente, con Trineo pisándole los talones.

—¡Informe de situación! —gritaron al unísono.

Caledonia divisó el océano... y no encontró nada.

—No lo sabemos —decía Pino—. No podemos...

Otra explosión hizo que el barco se inclinara. Giraron bruscamente a estribor. Todos se apoyaron contra lo que había más cerca.

Caledonia siguió buscando, pero el mar estaba completamente plano en todas las direcciones, sin ningún barco a la vista. No se veía nada, no había nada que pudiera explicar las explosiones que martilleaban el casco. Si hubiera sido un campo de minas, hubieran impactado contra varias al mismo tiempo y no se hubieran producido esas detonaciones aisladas y separadas en el tiempo. Era otra cosa. Algo que no podían ver. ¿Pero qué?

—¡Registrad la nave! —gritó Trineo—. Tiene que haber un polizón ahí abajo. ¡Encontradle antes de que nos hunda!

Cinco Espadas corrieron hacia la parte inferior. Pero en el momento en que una cuarta explosión sacudió la nave, Caledonia supo que volverían con las manos vacías.

—¡Parad! —gritó—. ¡Detened el barco!

Las miradas pasaron de Caledonia a Trineo. Este dudó un segundo antes de asentir.

—De acuerdo.

—¡Harwell! —gritó Caledonia al salir del puente—. A mi señal, quiero que vuelvas a apretar el botón, ¿queda claro?

—¡Clarísimo! —respondió Harwell, cuya alegría se iba tiñendo de una creciente preocupación.

Subió por la escalera que llevaba a la parte alta de la torre. Los motores callaron y la nave

ralentizó la marcha. Caledonia se subió a la chimenea fantasma con los ojos puestos en el agua por el lado de babor. Esperó tanto como pudo y luego golpeó tres veces el forro exterior inclinado y gritó:

—¡Ahora, Harwell!

Un momento después la nave vibró con una formidable explosión de energía. Caledonia observó las ondas que se alejaban del casco con los ojos tan penetrantes como lo era su instinto. Apenas medio kilómetro más allá se rompió el patrón constante de las ondas.

Cualquier placer que hubiera podido sentir por tener razón se evaporó al instante y dio lugar a un estado feroz de alarma. El ataque había llegado de un barco que se encontraba debajo del agua.

Un barco profundo.

Formaban parte de las leyendas. Eran un resto del viejo mundo que había sobrevivido en los relatos y en alguna fotografía o pintura esporádica. Por lo que se sabía, la tecnología para construirlos ni siquiera estaba disponible. Pero no había otra explicación. Alguien había encontrado un barco profundo o había averiguado cómo construirlos. En aquel momento importaba más bien poco cuál de las dos era la respuesta correcta.

Caledonia se quedó inmóvil. Hacía buen tiempo, el sol brillaba. El océano estaba tranquilo y azul como el cielo. La tripulación esperaba. Si hubiera estado en su nave, les hubiera ordenado que aceleraran para dejar atrás ese misterioso barco profundo. Pero no estaba en la Mors Navis, y esa nave no estaba construida para ir más deprisa que los demás.

La nave volvió a inclinarse tras una nueva explosión que hizo que Caledonia cayera de rodillas y que un enorme chorro de agua salpicara el puesto de mando. Estaban apuntando a las hélices. Caledonia se tiró al suelo y saltó hasta la cubierta.

—¿Están debajo? —preguntó Trineo, inseguro y precavido.

La tripulación entera observaba a los mandos con rostros de pánico. Se habían armado con pistolas y espadas que ahora no les servían de nada.

—Sí. —Caledonia intentó mantener la voz firme y resuelta. Si dejaba entrever la preocupación en su rostro habría perdido la batalla antes de decidir cómo había que lucharla.

—¿Y si huimos? —preguntó, acercándose a ella para que no los oyeran—. ¿No deberíamos huir?

Dobló los dedos hasta terminar cerrando el puño.

—No vamos a huir.

—No podemos luchar contra algo que no vemos —protestó Trineo.

—Entonces tendremos que encontrar la forma de verlo —replicó.

El miedo de Trineo se concentró en los extremos de sus ojos. Caledonia sabía que, más que ninguna otra cosa, estaba preocupado por su gente, y también sabía que si huían probablemente acabarían todos muertos. Tenía que confiar en ella.

Mantuvo la compostura y levantó una mano, con la palma hacia fuera. Trineo siguió el gesto y luego volvió a mirarla a la cara. A su alrededor, los Espadas estaban paralizados, como si la nave aguantara la respiración. Entonces Trineo levantó la mano y colocó su palma contra la de Caledonia.

Era un gesto sencillo, pero tan cargado de significado que ella sintió que se movía en el aire.

Trineo dio un paso atrás y esperó sus órdenes; era una señal para que el resto de la tripulación hiciera lo mismo.

Ella estaba al mando.

—Gracias —dijo Caledonia solemnemente, con el pánico revoloteando en su pecho.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó Trineo.

No había órdenes que dar. No tenía experiencia en luchar contra un barco profundo. Nadie la tenía. Pero si no averiguaba cómo hacerlo, iba a perder la confianza que habían depositado en ella, y probablemente también aquella nave demasiado lenta.

Si las chicas hubieran estado allí, las hubiera sondeado. Piscis, Amina y Hime la rodeaban y ofrecían cualquier idea que se les ocurría en el momento. No todas eran buenas, pero la ayudaban a alcanzar la decisión definitiva. Y era esa la que necesitaba.

—¿Caledonia? —preguntó de nuevo Trineo, cada vez más nervioso.

Tenían pistolas, pero no servían de nada en esa situación; disponían de la vibración, que no era útil para saber dónde se encontraba el barco profundo; y finalmente tenían redes, que eran fantásticas si lo que querían era pescar, pero... ¡Ya lo tenía!

—¡Pino! —gritó—. ¡Trae las redes barrederas! Nos vamos de pesca.

La tripulación se puso en marcha. Pino dio órdenes y los Espadas estiraron las redes por el puesto de mando. La nave volvió a inclinarse, pero siguieron trabajando y atando boyas de color naranja en la parte superior de la malla.

Trineo y Triple se llevaron a cuatro Espadas al compartimento de armas y regresaron con toda la artillería de mayor calibre que encontraron. La pusieron en el suelo bajo la mirada atenta de Caledonia. Había misiles, minas con cables y esa estrella en flor tan letal que escupía cientos de pequeños trozos de metal al ser detonada, capaz de reducir a una tripulación entera a escombros. Pero Caledonia se fijó en los arpones.

No estaban hechos para pescar, sino para perforar un casco. Los Balas los utilizaban para enganchar pequeños barcos y sacarlos del agua antes de que se hundieran. Eran perfectos.

—¡Redes preparadas! —Pino gritó desde el puesto de mando.

—¡Todos los arpones listos! —ordenó Caledonia, de regreso al puente—. Harwell, vas a volver a presionar el botón. Prepárate.

—¡Por supuesto, capitana! —gritó, con un entusiasmo renovado que enrojecía sus mejillas.

Caledonia barrió la cubierta con la mirada y examinó a su nueva tripulación. Había diez personas con las redes en la parte trasera del barco, otras seis habían cargado los arpones y los habían montado encima de la barandilla. Otras tenían la mirada fija sobre el océano que las rodeaba, buscando nuevas señales de peligro. Esperaba que su plan funcionara.

Otra detonación hizo que la nave se inclinara y que la cola virara levemente.

—¡Sujetaos! —gritó Caledonia mientras recobraban el equilibrio—. ¡Ahora, Harwell!

Presionó el botón y el aire se cargó de electricidad. La nave vibró.

Caledonia observó que las ondas rodeaban una mancha que se encontraba justo debajo de la superficie. Era más pequeña de lo que pensaba, ni siquiera llegaba a la mitad de la Baliza. Se acercaban porque creían que tenían ventaja. Caledonia sonrió.

—Cruzaremos por delante de su proa y haremos ver que huimos —gritó a la tripulación del

punte, avanzando hacia el timón—. Tenemos que movernos deprisa, pero no demasiado. Hélices a medio gas. Que el agua esté lo más plana posible para que Pino pueda bajar la red.

—¿Y qué pasa si disparan antes de que estemos listos? —preguntó Harwell.

Caledonia le devolvió una sonrisa contraída.

—Entonces nada de esto servirá.

Las hélices hicieron un ruido terrible al volver a arrancar, y lentamente empujaron a la Baliza por delante de la trayectoria del barco profundo. Pino y su equipo sacaron la red por encima de la barandilla de babor y la dejaron caer suavemente al agua. Después de soltar la última boya, Pino fue llamado al puente y Caledonia guio la nave hacia el lado opuesto a la red.

Había un silencio inquietante. Solo se oía el lento chapoteo de las hélices contra el agua y el suave rugido del motor. Caledonia observaba el hundimiento de la serie de boyas naranjas bajo la estela del barco, y cuando estaban lo suficientemente lejos ordenó poner los motores a máxima potencia. Las hélices soltaron un alarido y la Baliza voló hacia delante.

La tripulación esperaba con los arpones apuntando al atacante invisible. Pasaron algunos minutos, y las boyas no se movían. ¿Acaso habían descubierto la trampa? ¿Se habían desplazado hacia abajo y los estaban persiguiendo de nuevo? Caledonia volvió a sentir un pánico insidioso e incómodo que trepaba por su garganta. No podía luchar contra aquello que no podía ver. Y no podía proteger a su tripulación si no podía luchar.

Estaba a punto de dar la orden de soltar las minas con cables cuando de repente las boyas se movieron. Chasquearon de golpe como si fueran alas, y silbaron por encima del agua de forma violenta.

—¡Esas boyas no durarán mucho! —gritó Pino desde la cubierta.

Un segundo después, una de ellas se separó de la red y rebotó sobre la superficie del océano hasta perderse en la distancia.

—¡Bajad la potencia de los motores! —Caledonia dejó el timón a la tripulación del puente y corrió hacia la cubierta. Había que actuar deprisa y golpear a su enemigo—. ¡Arpones listos!

Trineo, Triple y un pequeño equipo se encontraban separados entre sí por una distancia idéntica a lo largo de la cubierta de popa, cada uno de ellos rastreando el barco que se acercaba. Una a una, las boyas perdían agarre y volaban hacia atrás, después de sufrir una sacudida. Con cada boya que faltaba la forma del barco parecía menos clara. Pero no necesitaban claridad, se dijo Caledonia, solo dirección.

El barco profundo se acercó más, y las boyas siguieron saltando a un ritmo alarmante.

—¡Fuego! —gritó Caledonia.

Justo entonces, la Baliza se inclinó por culpa de una nueva detonación, que apartó a la tripulación de sus puestos. Tres arpones volaron descontroladamente por el aire y cayeron perezosamente al agua, lejos del barco profundo.

La Baliza crepitó. Una de las hélices rodaba a un ritmo diferente de la otra, lo cual los llevó a cruzarse en la trayectoria del barco profundo. Trineo y Triple se pusieron de pie y volvieron a cargar las armas sobre sus hombros.

Dispararon en el preciso instante en que la última boya se desprendía de la red.

Los arpones impactaron contra el objetivo. Las ataduras se tensaron alrededor de la barandilla

de la Baliza. Entonces, los arpones salieron despedidos del agua y arrastraron consigo trozos de metal y de red que se estrellaban contra el casco de la nave.

La superficie del océano borboteaba una y otra vez, de forma violenta, como el agua cuando hierve. Habían alcanzado al barco profundo, que se llenaba de agua y pronto acabaría en el fondo del océano.

CAPÍTULO

14



La tripulación exteriorizaba su alegría, pero Caledonia no apartó la mirada hasta que en la superficie del agua aparecieron los últimos suspiros del barco. Trineo estaba a su lado, solemne incluso en la victoria, mientras Pino, por detrás, ordenaba a la gente que dejara de pavonearse y examinara los daños que había sufrido la nave.

—Los Balas no tienen esa clase de tecnología. —La voz de Trineo era lúgubre.

—Hace tiempo que no estás con ellos. Quizás ahora sí. —Caledonia dudaba de sus propias palabras.

—Tal vez —concedió—. Pero si no hubo ninguna llamada de emergencia, entonces no podían saber que no somos Balas. ¿Para qué atacar a uno de los suyos?

Caledonia se estaba guardando esa pregunta para después. Aric no hubiera permitido que sus barcos se atacaran entre sí. Y si el barco profundo no pertenecía a Aric, entonces probablemente era de un enemigo de Aric. Lo cual significaba que habían hundido a un aliado en potencia. Habían matado a una tripulación que, con toda probabilidad, era como la suya.

—Que el océano os proteja —dijo en voz baja. No podía evitar preguntarse cuántos iban en ese barco, cuáles eran sus nombres, y si hubieran podido resolver la situación de otra manera. ¿Existía alguna opción que no hubiera tenido en cuenta? La duda se filtró por su mente, avanzaba y dejaba espacio para el arrepentimiento.

Apartó la mirada del mar y se encontró con que Trineo la miraba con una expresión compasiva.

—No había otra alternativa, Caledonia.

«No hay ninguna alternativa buena, ¿verdad capitana?». La voz fantasmal de Dienterrojo vibraba más que nunca.

Asintió mientras su corazón se comprimía. Tiempo atrás jamás hubiera cuestionado sus actos de aquella manera. Era capaz de distinguir a sus enemigos de sus amigos, sabía cuándo atacar y cuándo huir, y nunca se hubiera encontrado en una situación como aquella: obligada a luchar contra personas a las que debería estar ayudando. Pero todo se había complicado excesivamente desde el momento en que el Bala apareció en su nave y la convenció para que confiara en él.

—Lo sé —dijo, respirando aceleradamente e intentando dejar de lado los desagradables

remordimientos.

—Es culpa de Aric, recuérdalo. —Trineo cruzó los brazos sobre su amplio pecho y entrecerró los ojos—. No tuya.

—Lo sé —repitió, cada vez más irritada.

Era el tipo de conversación que debería haber mantenido con Piscis y solo con ella. Esa chica le resultaba tan cercana que era imposible esconderle las emociones más confusas y truculentas. Piscis sabía exactamente cómo guiar a Caledonia por el laberinto de sus propias ansiedades e inquietudes, hasta que volvía a pisar terreno sólido. A pesar de odiar todo ese proceso, Caledonia deseaba que su hermana estuviera allí para incordiarla. No Trineo.

—Capitana, eh... capitanes. —La voz titubeante de Harwell fue una distracción bienvenida. Se acercó con cautela, con grasa fresca esparcida por el tabique nasal.

—Creo que ha quedado claro que solo uno de nosotros tiene derecho a exigir ese apelativo —respondió Trineo, sin un ápice de resentimiento. Se hizo a un lado y cedió el honor.

Caledonia colocó los hombros en ángulo recto, fingiendo una confianza en sí misma que poco antes se había desvanecido.

—Informe de daños.

—Sí, bueno, no traigo muy buenas noticias, aunque supongo que podría ser peor ya que nos han dado siete veces y podrían haber sido...

—Harwell —lo interrumpió amablemente—. Informe de daños.

—Entendido. —Harwell se pellizcó el tabique nasal y esparció la mancha de grasa hacia las mejillas, como si fueran dos pequeñas alas—. ¿Quieres que empiece por lo malo o por lo bueno? O, en fin, nada es realmente bueno así que...

—Harwell.

—Entendido. Sí. Hemos taponado provisionalmente dos escapes en el tercer nivel. Uno en la parte media del barco, el otro en la popa. Ambos son menores, aunque habrá que hacer algo definitivo, naturalmente.

—Naturalmente —dijo ella, animándole a continuar.

—Las malas noticias son las hélices. Una de las aspas ha sido golpeada gravemente, y está doblada. Si solo lo estuviera un poco podría hacer algo al respecto, pero tal como está, si arrancamos los motores antes de repararla, causaríamos un daño irremediable.

—¿Tenemos lo necesario para arreglarla? —preguntó Caledonia.

—Sí —respondió Harwell repentinamente—. Pero nos tomará tiempo.

Si había algo que no tenían era tiempo.

—¿Cuánto?

Harwell se preparó como si fuera a una batalla antes de volver a hablar.

—No lo sé... ¿Días? Supongo que algunos días.

Caledonia cerró el puño y apretó los dientes para no exteriorizar su malestar.

Estaban muy cerca de Puerto de la Marca. A un día de navegación, como máximo. Y ahora iban a pasarse ese tiempo estancados en aquel lugar, mientras Harwell y su equipo encontraban la manera de reparar la hélice. Daba igual que supiera lo que se llevaba entre manos. Era un barco desconocido con herramientas desconocidas. Y cada minuto que pasaban allí era un minuto más

que su tripulación tenía que soportar torturas terribles.

Amina hubiera sabido exactamente qué hacer. Se hubiera acercado a ella con un plan para solucionar el problema, y hubieran seguido adelante de inmediato. Amina y su mente maravillosa estaban hechas para este tipo de problemas, pero tal vez no volvería a verla nunca más.

Caledonia sintió que sus nervios empezaban a erizarse, como un papel que se acerca demasiado al fuego. El pánico no le haría ningún bien. Su tripulación era fuerte y valiente. Y estaban juntas. Podrían seguir soportándolo, fuera lo que fuera, hasta que llegara ella. Tenían que hacerlo.

Era un pequeño consuelo, pero la mente de Caledonia se enfrió y sus ojos se posaron sobre la cubierta de la Baliza, donde los Espadas esperaban órdenes. De ella. La estaban observando. Reconocía todas las caras, se sabía todos los nombres, pero aun así era sorprendente hasta qué punto se parecían a la tripulación de un barco Bala. Era comprensible que los hubieran atacado. ¿Cómo iban a distinguirlos?

¿Cómo iba nadie a ser capaz de distinguir!

—Harwell, empieza con las reparaciones, pero solo lo absolutamente esencial. Quiero que la nave parezca más dañada de lo que está. ¿Serás capaz de hacerlo?

Harwell asintió.

—Trineo. —Caledonia se giró y se encontró con Trineo, que esperaba y apoyaba sus decisiones desde la retaguardia—. ¿Qué te parecería imitar a un Bala?

La montaña arqueó una ceja antes de contestar con prudencia.

—Que lo veía inevitable.

Tres minutos después, Caledonia se encontraba en el puente con Trineo, Triple y Pino. Trineo tenía la mano puesta en la radio y los ojos clavados en la consola.

—Si funciona —dijo, sin levantar la mirada de los controles—, tendremos que hacer mucho más que sonar como un grupo de Balas. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Era pedir mucho, pero Caledonia estaba convencida.

—Es nuestra mejor alternativa —confirmó.

Triple estuvo de acuerdo y Pino también.

Sin más preguntas, Trineo levantó el receptor.

—Puerto de la Marca, aquí Baliza. Cambio. —Hizo una pausa para darles tiempo. Unos segundos después, repitió la llamada.

Respondieron después del tercer intento.

—Te recibimos, Baliza. Adelante.

Trineo se aclaró la garganta y enderezó la columna.

—Nos hemos encontrado con un barco rebelde y hemos sufrido daños considerables. Somos incapaces de repararlos. Necesitamos un remolque. Cambio.

—¿En qué estado se encuentra el barco rebelde? Cambio.

Trineo hizo una mueca y soltó la mentira.

—Desconocido. Dañado pero sigue en pie. Se dirige hacia el sur.

Si Aric no estaba al corriente de que alguien tenía un barco profundo —más allá de si era o no el único— no serían ellos quienes se lo dirían. Esa información les confería poder. Si informaban

del lugar en el que habían hundido el barco profundo, Aric mandaría un equipo de recuperación antes de que hubieran alcanzado Puerto de la Marca, robaría la tecnología y la haría suya. Era mejor que el barco siguiera siendo un secreto, por lo menos durante un tiempo.

Se hizo el silencio en la pequeña sala. Entre cada mensaje había una demora, pero esta duraba más que las otras. Si no funcionaba, habrían desvelado sus intenciones y el camino que tendrían por delante sería considerablemente más arduo.

Finalmente, la radio recuperó el aliento.

—Mantente en posición, Baliza —replicó la voz—. Estamos de camino.

CAPÍTULO

15



Pino la miraba fijamente.

Lo había estado haciendo durante varios minutos. Primero Caledonia lo ignoró, pero como cada vez resultaba más irritante acabó deseando revolverse. No iba a darle esa satisfacción a Pino el Taciturno.

—Habla o deja de mirarme —gruñó.

—Tenemos que hacer algo con tu pelo —dijo, subido a una mesa de la cocina, con los pies apoyados en una silla, desde donde había estado supervisando la transformación de Espadas en Balas.

Había pasado medio día desde que habían contactado con Puerto de la Marca: ahora esperaban ser interceptados por los Balas en cualquier momento. Cuando llegaran, los Espadas tendrían que convencerles de que eran la tripulación auténtica de la Baliza, y que habían tenido que abortar su misión de reclutamiento por culpa del ataque de un barco rebelde. Desde allí los remolcarían hasta el célebre Puerto de la Marca. Esa era la primera parte del plan. Luego las cosas se complicaban.

Aunque todos los Espadas habían estado en Puerto de la Marca de niños, solo un puñado de ellos había estado allí en las dos últimas *vuelatas*. Harwell era el que tenía una experiencia más reciente, por lo que pasaron unas cuantas horas escuchándole describir desde los procedimientos portuarios hasta los horarios de comida. Cuanto más hablaba, más peligroso parecía el lugar. Vista desde fuera, la sociedad Bala era violenta, un rugido sin rostro, todo furia y caos. Pero desde dentro, era la viva imagen del orden. Cualquier paso en falso levantaría suspicacias.

—El puerto tiene un horario muy estricto. —Esa era la única información alentadora que podía ofrecer—. Los barracones se reservan para estancias de más de seis noches. Mientras podamos entregar un manifiesto de la tripulación...

—Ahora no somos una tripulación, sino un equipo de Balas —corrigió Pino.

—Sí, claro. Nuestras reparaciones, a fin de cuentas, son mínimas y no deberían tardar más de uno o dos días. Así que nuestro equipo de Balas se quedará a bordo de la Baliza. Solo tenemos que comprobar que los papeles están en regla, lo cual no será difícil.

—¿Y la cárcel? —preguntó Caledonia.

—Ah... —Los ojos de Harwell se agrandaron, con una mirada compasiva—. Acerca de eso —dijo, alcanzando una hoja de papel y empezando a dibujar un mapa aproximado de la ciudad—. Hay, o había, tres. Aquí, aquí y aquí.

Trineo maldijo su suerte antes de que Harwell colocara la tercera señal. Las prisiones estaban separadas por una distancia considerable.

—No podremos actuar hasta que sepamos en cuál de ellas se encuentran. —Trineo casi gruñó—. ¿Y qué pasa si no están todas en la misma?

Caledonia levantó la mano antes de que el pánico se apoderara de los demás.

—Paso a paso.

Decidieron que Trineo se quedaría a bordo para vigilar la nave y la tripulación, y que Caledonia, Pino y Triple bajarían a tierra para investigar las prisiones. Para ello, Caledonia tendría que hacerse pasar por Bala.

Escoger un nombre había sido fácil. No había nombre al que respondiera de forma más inmediata que el de su madre: Rhona. Lo más difícil iba a ser lo siguiente.

Se contuvo para no tocarse la trenza pelirroja.

—La esconderé debajo de la gorra.

—Es demasiado reconocible. Te están buscando, ¿recuerdas? —Los ojos de Pino, desafiantes, le impedían moverse. Caledonia tampoco conseguía apartar la mirada—. Sería mejor si te la cortaras.

Se acarició las puntas rizadas y pensó en su madre, orgullosa sobre la proa de la nave, con los rizos pelirrojos volando al viento. En su mente, el pelo de su madre era una señal de fuerza, y el último vínculo real que compartían. No se había dado nunca cuenta de lo atada que estaba a su pelo hasta ese momento: cortárselo era como cortar una parte de Rhona Styx.

—También lo podemos cubrir de grasa. —Triple estaba sentada en el suelo, unos pasos más allá. Se había arremangado la camiseta delgada de algodón, descubriendo una cicatriz viscosa en su bíceps izquierdo. No era necesario que todos mostraran sus cicatrices, solo algunos para mantener las apariencias—. No sería muy agradable, pero funcionaría. Y no tendrías que cortarte el pelo.

Pino torció la boca.

—Estamos llevando a Caledonia Styx, capitana de la Mors Navis, buscada por el Cincohijos Lir, y el maldito pez gordo en persona, Aric Athair, a una de las fortalezas Bala, donde su nave y su tripulación llevan varios días prisioneras, ¿y tú quieres esconder su pelo extremadamente reconocible con grasa?

—Solo tiene que funcionar un rato —respondió Triple, menos convencida de lo que dejaban entrever sus palabras.

—Claro —dijo Pino con una pizca de escepticismo—. Una idea genial. Y si no funciona, nos matarán a todos. Vale la pena arriesgarse. —Balanceó las piernas fuera de la silla y dio un brinco hasta caer al suelo. Se detectaba una cierta irritación en sus movimientos—. Por lo menos haz algo respecto a ese maldito tatuaje. —Señaló el emblema familiar en su sien—. También podrías gritar tu nombre en el puerto para que te oigan.

Tenía razón. El pelo era un sacrificio insignificante para poder salvar a toda su tripulación.

—Haremos las dos cosas —concedió Caledonia.

Caledonia y Triple se pasaron la media hora siguiente solas en el baño con un par de tijeras y un bol de decolorante intenso. Triple intentó distraer a Caledonia con historias sobre las veces que Trineo había roto un arco por la mitad, al intentar disparar una flecha, cuando llegaron para instalarse en la bahía, pero las anécdotas se terminaron y las dos chicas hicieron esfuerzos por no lamentarse cada vez que las tijeras cortaban el espeso pelo de Caledonia. El suelo gris pronto se cubrió de rizos de color naranja intenso.

El decolorante suponía un reto mayor. Harwell lo había condensado con una mezcla empalagosa de harina y agua. Caledonia tuvo que inclinar la cabeza sobre el lavabo y cerrar los ojos mientras Triple perseguía las gotas errantes que le caían por la sien. Al terminar, el pelo de Caledonia era como una explosión de pinchos rubios. Apenas se reconocía.

—No diré que te queda mejor —dijo Triple, quitando algunas gotas de agua de las mejillas y el cuello de Caledonia—, pero no se les ocurrirá pensar que eres la chica pelirroja que andan buscando.

Triple la rodeó hasta quedar delante de ella. Apartó los pelos cortos que se arremolinaban en torno a las orejas y que se desparramaban por la frente. Se detuvo en el tatuaje, con los dedos ligeros como plumas, todavía calientes por el agua. Caledonia estaba tan necesitada del contacto afectuoso de sus hermanas que tuvo que contenerse para no entregarse a esas caricias.

—¿Una marca de familia? —preguntó Triple.

Caledonia asintió solo una vez para no romper el ligero contacto entre ellas.

—Mi hermano tiene una igual.

La siguiente pregunta se hizo visible muy brevemente en los ojos verde avellana de Triple, antes de que parpadeara y desapareciera.

—Tenía buenas razones para pensar que se encontraba en la nave Electra, y que tal vez podía... —Caledonia se detuvo al sentirse de repente mucho más vulnerable de lo que pretendía.

—¿Rescatarlo? —propuso Triple. Sus cejas se levantaron y sus labios esbozaron una sonrisa mientras alcanzaba la lata de grasa, desenroscaba la tapa y dejaba a la vista la pasta negra—. Así que crees realmente que los Balas pueden cambiar. Siempre que sean Balas que has querido.

Caledonia se avergonzó. Era un comentario justo, aunque le doliera.

—Sé que los Balas pueden cambiar.

—Tiene suerte. Cuando Aric se lleva a una persona, se lleva también el amor que sienten hacia él sus allegados. Para que duela menos. Y lo único que queda es el miedo. —Triple hundió los dedos en la lata y esparció una línea de grasa negra por el rostro de Caledonia, desde la sien hasta el mentón. Su aliento resbaló hacia abajo por la mejilla de Caledonia, cálido como el de un fantasma.

La respuesta de Caledonia no fue más que un murmullo.

—Creo que a mí también me da miedo. ¿Puede ser que lo quiera y que al mismo tiempo tenga miedo de quién es?

Triple resopló y una sonrisa triste apareció fugazmente en sus labios.

—No puedo hablar por él, pero sí puedo decirte que antes de salir, tenía miedo de mí misma y de quién iba a ser si no era una Bala. El miedo es fácil. No dejes que ensombrezca el amor que

todavía sientes.

Aunque no le había pedido nada directamente a Caledonia, las palabras sonaron a súplica.

—No lo haré —dijo.

Delicadamente, puso a Caledonia frente al espejo empañado. Entre el pelo y la grasa, no parecía la misma persona. Su piel pálida contrastaba con los pinchos rubios, y la mancha negra en cierta manera enturbiaba el marrón de sus ojos. Vestida con los mismos colores tostados y marrones que el resto, tenía aspecto de Bala, y se vio obligada a reconocer que lo que había allí delante no era necesariamente una chica.

Antes de poder añadir más cosas, Pino apareció en la entrada y golpeó la escotilla con el puño hasta que esta se abrió.

—Todo el mundo atento. Tenemos compañía. Es hora de probar estos disfraces.

En cubierta, la transformación de los Espadas era formidable. Habían pasado de ser una pandilla de ojos claros a un grupo que merodeaba por la cubierta con una agresividad a duras penas contenida y los mentones y los ojos recogidos como velas. Llevaban cartucheras en los hombros y caderas, y algunos habían cortado las mangas de sus camisetas para dejar al descubierto las cicatrices naranjas de sus bandoleras. Caledonia se colocó en medio, y tuvo que recordarse: no son Balas, sino Espadas. No es un equipo de Balas, sino una tripulación. Su tripulación.

Colgado pesadamente hacia el oeste, el sol quemaba en el horizonte y goteaba fuego a lo largo del oscuro mar. Por el este, un segundo barco se aproximaba lentamente. Era pequeño, más ladrador que mordedor, y estaba lleno hasta arriba de Balas.

Caledonia no pudo contener el escalofrío que recorrió su espalda. Su instinto le decía que había que luchar o escapar, cualquier cosa menos quedarse allí y esperar a que llegaran.

Trineo estaba de pie en la cubierta de mando. Incluso desde la distancia su porte era seguro y rígido. Las trenzas le caían por la espalda, como una lanza entre sus omoplatos. Cada parte de él transmitía fuerza y control.

Pero no controlaban nada. El plan entero exigía que se pusieran en situaciones cada vez más difíciles, y que fueran convincentes en su representación.

Lentamente, Caledonia subió al puente para ser igual de visible que Trineo. Estaba lo suficientemente cerca como para oír lo que decían sin estorbar los procedimientos de los Balas. El remolcador se acercaba de frente con el capitán en la misma posición que Trineo. Era bajo, con años de batallas marcados en una cara tan plana y ancha como el océano. Su rostro malhumorado estaba grabado en sus huesos, como si llevara años así.

Pino cogió a Caledonia del codo y la acercó a la barandilla.

—Que te vean bien.

Si alguien iba a reconocer a Caledonia Styx, quería que fuera cuando todavía tenían posibilidades de luchar. En mar abierto, las opciones de sobrevivir serían mayores que en Puerto de la Marca. Aquel encuentro iba a ser el único ensayo.

—¿Y qué hay de él? —añadió Triple, que dirigió una mirada penetrante a Trineo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caledonia, apenas capaz de mantener la compostura. Cuando ninguno de los dos contestó, rodeó a Pino y se acercó para hablar.

—Pino.

Hizo el gesto de avergonzarse, pero tan fugazmente que Caledonia ni siquiera estaba segura de haberlo visto.

—Trineo era...

—La mano derecha de Venn.

La mente de Caledonia se tambaleó. La expresión de Pino era plácida.

—¿Entonces por qué no estás tú allí arriba, en lugar de él? —Caledonia estaba a punto de perder el control, muy frágil ya de por sí. Estaba furiosa porque no habían sacado el tema a colación hasta la llegada del remolcador, y porque ella había olvidado lo que le había contado Triple recientemente.

El remolcador ajustaba el rumbo y se preparaba para colocarse en paralelo; con los lados de babor de ambas naves casi tocándose.

—Pino... —dijo, nerviosa y agitada—. No pasa precisamente inadvertido.

—Efectivamente —asintió él—. No era el único zopenco que había por allí, y nunca lo enviaron a Puerto de la Marca, pero si van a interrogarlo necesitamos saberlo ya.

—¿No crees que deberías haberlo dicho con un poco más de antelación?

Se encogió de hombros.

—¿Qué hubiera cambiado? Aparejo es un desertor al que están buscando. Pronto sabremos si la descripción es pública y notoria.

—¿Se llamaba así? ¿Aparejo? —preguntó Caledonia, mientras procuraba que su sangre la empujara a luchar.

—El nombre de un niño y la parte de un barco al mismo tiempo. Aunque nunca llegara a capitanearlo.

La proa del remolcador pasó velozmente por el lado de la Baliza. Aunque Caledonia todavía estaba furiosa porque la habían cogido desprevenida, la hora de discutir ya había pasado.

—¿Ves eso de allí? —Pino se acercó para susurrarle algo al oído—. Un rostro de Bala perfecto. —Caledonia frunció el ceño todavía más, con lo que se ganó la aprobación de Pino—. Genial —repitió.

Triple llegó por el otro lado, escurrió su cuerpo entre dos puntas y dio un salto hacia la barandilla. Se estiró por encima del agua y dejó que su pelo soleado revoloteara como la ropa hecha jirones en los huesos que la rodeaban. Caledonia decidió mantener los pies sobre la cubierta, con una expresión amenazadora en el rostro. Cuando los Balas la vieron, sufrió para mantener la compostura.

El primero pareció atravesarla con la mirada. Sus ojos examinaron el rostro de Caledonia y se agrandaron. Dio un ligero golpe con el codo al Bala que tenía al lado y asintió. La reacción de su compañero fue parecida; un fognazo de sorpresa acompañado de un desgarró de tensión.

Caledonia les devolvió la mirada, con el pulso palpitando en las orejas y una capa de sudor que le refrescaba el cuello. Todos sus instintos le pedían luchar, luchar, luchar. El saludo de Trineo al capitán quedó ahogado por el rugido en sus oídos. La habían reconocido, sabían quién era, iban a por ella. Estaba segura.

Una mano se posó sobre la de Caledonia. Unos dedos ásperos apretaban sus nudillos. De

forma inadvertida, Pino colocó su cuerpo por delante e inclinó el rostro hasta casi tocar el de ella.

—Relájate —dijo con voz grave, en tono de advertencia—. Aparta la mano de tu pistola.

¿Su pistola? Sí, su pistola.

Sin darse cuenta, había colocado los dedos alrededor del arma que colgaba de su cintura. Pino inclinó la cabeza hacia delante, esperando a que la mano de Caledonia se relajara bajo una presión suave pero constante. Estaba dejando que los nervios se apoderaran de ella.

—Gracias —susurró él, y Caledonia se quedó sorprendida porque realmente se sentía agradecido—. ¿Estás mejor?

—Con los nervios de acero —replicó, respirando hondo para calmarse. Si desenfundaba el arma y apuntaba a un grupo de Balas, poco importaría si la habían reconocido o no. Sería el final.

Pino asintió y dio un paso al lado sin alejarse demasiado. Era como un escudo en su flanco izquierdo.

—Para ellos solo eres otro Bala. Así que... actúa como tal.

Caledonia hizo rechinar los dientes para dejar entrever su malestar. Los barcos estaban a punto de tocarse, y el Balístico examinaba a Trineo con recelo.

—¿Por qué no tenéis reclutas a bordo? —preguntó agresivamente—. Llamasteis desde las Aguas del Norte hace dos días.

La respuesta de Trineo retumbó por el espacio que los separaba.

—Avistamos un barco rebelde. Lo perseguimos antes de recolectar los impuestos, entramos en combate y terminamos exactamente como nos has encontrado.

Los ojos del Balístico se entrecerraron. A Caledonia le parecía una mirada de profunda desconfianza, lo cual hizo que su mano volviera a buscar la pistola. Pero Pino no se movió, y ella se obligó a permanecer inmóvil. Eran mensajes entre Balas. Tenía que dejar que los Espadas los interpretasen.

—¿Y el otro barco? ¿Cómo logró escapar? —La pregunta llevaba implícita una crítica.

—Tuvieron suerte —respondió Trineo, sin inmutarse.

—La que no tendrás tú. —La voz del Balístico llevaba incorporada una advertencia que a Caledonia le sonaba ligeramente sospechosa.

Pero Trineo no parecía preocupado.

—Solo hemos perdido algo de tiempo. Nada más.

El Balístico examinó a Trineo durante un minuto interminable. Cada segundo era más doloroso que el anterior. Luego se volvió hacia su tripulación, emitió un silbido penetrante y gritó una orden:

—Pongámonos delante y preparad el cordaje.

Durante el minuto siguiente, el remolcador alineó su cubierta posterior con la proa de la Baliza. El grupo de Balas preparaba las cuerdas para enlazar las dos embarcaciones. La trampa había funcionado. Por muy poco. Ahora navegaban a un ritmo constante hacia Puerto de la Marca, y era demasiado tarde para cambiar el rumbo. Caledonia no quería salir de la cubierta, convencida de que algo estaba a punto de ir mal. No quería perder de vista al remolcador, por lo que se plantó en el puente y permaneció allí, incluso cuando el sol se hundió por debajo del horizonte y el remolcador echó el ancla durante la noche.

En algún momento, Pino le hizo compañía en la estación de comunicaciones, con las piernas apoyadas en la radio y los brazos cruzados sobre el pecho. Juntos pasaron la noche en silencio, siguiendo los esporádicos movimientos de los centinelas del barco Bala. Ambos esperaban el momento en que descubrieran su identidad falsa, pero nunca llegó.

Los motores del remolcador arrancaron al salir el sol y reemprendieron la lenta marcha hacia Puerto de la Marca. Mientras iban surcando el mar, Caledonia se dio cuenta de que solo habían superado el primer obstáculo, y que las cosas iban a ponerse mucho más feas.

CAPÍTULO

16



Puerto de la Marca apareció iluminado por la luz del atardecer; era como si el sol hubiera desenvainado una espada.

Los ojos de Caledonia se fijaron en los muros resplandecientes que protegían la ciudad. Aric había ubicado Puerto de la Marca en el interior de una cala natural con penínsulas que se encorvaban como si se tratara de dos brazos largos. Aquello podría haber bastado como protección, pero no para Aric, y no para el lugar en el que hospedaba a sus preciados reclutas. En la punta de cada península había unos muros inmensos que llegaban hasta el agua. Se alzaban doce metros por encima del mar, y se encontraban en el centro para formar una barrera impenetrable diseñada para que las naves enemigas no pudieran entrar.

Caledonia había hecho todo lo posible para imaginarse ese muro, pero no fue suficiente. Al observarlo en aquel preciso instante, no podía librarse de la sensación de que Puerto de la Marca era una trampa de la que no tenía ni idea de cómo salir.

—No es lo que se llama un paisaje acogedor —dijo Pino, que estaba a su lado. Aunque estaba tumbado sobre la cornamusa más cercana, ostensiblemente concentrado en remendar la camiseta que tenía en las manos, había escogido ese lugar para estar cerca de ella. No se había separado de Caledonia desde la noche anterior.

El remolcador navegó ininterrumpidamente, y los Balas a bordo se turnaban para vigilar la Baliza. Era una medida de seguridad para que no chocaran, pero les dejó la preocupante sensación de que su identidad falsa había sido descubierta, y que los estaban arrastrando hacia la prisión en la que se encontraba su tripulación.

—¿Qué es eso de allí? —preguntó Caledonia entornando los ojos hacia el brillo penetrante de Puerto de la Marca, donde unas formas oscuras parecían cernirse sobre el océano—. ¿Puestos para cargar combustible?

Mientras formulaba la hipótesis, ya sabía que era equivocada. Las estructuras eran redondas, con las partes superior e inferior planas, y emergían del agua encima de unos trípodes. Unos puestos para repostar no hubieran estado anclados, sino que se hubieran mantenido a flote para subir y bajar con la marea. Estos estaban fijos y la marea alta los cubriría hasta arriba, lo cual hacía que fueran inútiles para cualquier función que se le pudiera ocurrir a Caledonia.

—Son bidones de marea.

—¿Para qué sirven? —Al estar más cerca, las formas adquirieron mayor profundidad y dimensión. Por los lados había hendiduras de óxido que resbalaban por las paredes ondulantes.

Pino dudó, con los ojos clavados en los bidones. Respondió con una voz monótona.

—Primero entras y cierran la puerta. Cuando sube la marea, los bidones se llenan, pero no del todo. Hay espacio para respirar, y pateas en el agua hasta que no puedes más. O hasta que decides que ya basta.

Caledonia no sabía qué responder. La marea estaba subiendo, abofeteando la parte baja de los bidones mientras el agua caía por unas ventanas estrechas. Estaban lejos de la orilla, la marea subía y bajaba varios metros, lo suficiente para llenar aquellos bidones sin tener que sumergirlos del todo. Dos veces al día, quien estuviera dentro se vería obligado a patear en el agua durante unas cuantas horas, o moriría ahogado.

—¿Cómo sabemos...? —La voz le fallaba.

—Tu tripulación no está allí —le garantizó Pino. Lo miró como si pidiera una explicación, y el chico dejó de remendar y se unió a ella en la barandilla—. Colocan unas banderas en la parte de arriba cuando los bidones están llenos. Y las bajan, una a una, cuando van muriendo. La tortura solo funciona si todo el mundo es consciente de ello. —Las manos de Pino se aferraron a la barandilla; tenía los nudillos blancos—. Fueron un regalo de Manodeacero.

Otra vez ese nombre que Trineo, Triple y Pino habían pronunciado con una veneración lúgubre. Quienquiera que fuera había marcado a sus amigos, casi tanto como aquel lugar. La sombra siempre presente de Aric había arruinado la vida de Caledonia, pero ese trauma en particular lo había superado.

—No debería haberos pedido que vinierais —admitió.

—Quizás estaba escrito que nunca íbamos a escapar —murmuró Pino, mientras divisaba lo que había más allá de los bidones de marea—. Quizá no volveremos a salir de aquí.

Un escalofrío recorrió la espalda de Caledonia.

La tripulación estaba silenciosa como un bosque, los cuerpos tensos y rígidos como árboles, los ojos poseídos, clavados sobre el muro donde estuvieron prisioneros antes de ser devueltos al mundo como Balas. Su miedo afectó a Caledonia, que observaba el muro con una esperanza que le estrangulaba el corazón. Al otro lado estaban sus hermanas y su nave. Si era prudente, actuaba con inteligencia y tenía suerte conseguiría sacarlas de allí muy pronto.

El remolcador anunció su llegada con tres toques de sirena.

Caledonia y Pino se giraron y juntos fueron hacia el puente. Allí estaban Trineo y Harwell con la radio. Trineo tenía el auricular en una mano y el libro de códigos de la nave en el otro.

Se oyeron unas interferencias.

—Baliza, comunica las señas cuando estés listo.

Harwell le arrebató el libro de códigos y pasó las páginas apresuradamente hasta encontrar lo que estaban buscando.

—¿Estás seguro? —preguntó Trineo.

—Lo suficiente como para arriesgar mi vida —respondió Harwell con el miedo bajo control.

—Aquí Baliza —empezó Trineo, con el auricular pegado a la boca—. El código es: Cobre-

Ocho-Tres-Gatillo-Nueve-Nueve.

La radio soltó un chasquido. Luego se hizo el silencio.

—¿Estamos nerviosos? —preguntó Caledonia.

—Sí —respondió Trineo con un susurro—. Pero solo es el procedimiento habitual.

Pasó un momento antes de que la radio volviera a funcionar.

—Permiso para atracar.

Trineo sonrió a Harwell, que tembló al soltar aire. Solo era una pequeña victoria, pero el plan al completo estaba hecho de pequeñas victorias.

—Antes de aproximarte, deja paso al barco saliente —continuó el Bala.

La radio quedó en silencio justo cuando los muros inmensos de Puerto de la Marca empezaron a plegarse hacia el exterior, abriendo un espacio entre las dos secciones.

Una nave asomó la nariz entre las garras, y Caledonia sintió un pinchazo en el estómago. Corrió del puente a la cubierta y solo se detuvo cuando sus manos tocaron la barandilla. Por un instante negó que aquello estuviera sucediendo realmente, pero cuando apareció la nave al completo ya no tuvo ninguna duda al respecto.

Era la Mors Navis.

Su nave se deslizaba sobre el agua como un pájaro que planea por el cielo. Había sido elegantemente esculpida y pintada de un color gris metálico, con algunas marcas más claras debido a los daños que había sufrido en el pasado y a las reparaciones. En una punta del puesto de mando, el brillo de la vela de sol era como las escamas de un pez negro; absorbía la luz con destellos de un rojo intenso y del dorado más resplandeciente. Los cuatro mástiles a lo largo del eje central estaban replegados.

Navegaba orgullosa y estaba llena de Balas.

Tan pronto como la nave franqueó los muros, el remolcador arrancó los motores y arrastró la Baliza hacia el puerto. Lejos de la Mors Navis.

Caledonia permaneció de pie mientras sus pensamientos cruzaban dolorosamente el pequeño espacio que la separaba de la nave en la que había crecido. En su día la había abandonado pensando que no volvería a verla, confiando en que protegería a las chicas. Pero ahora se la habían arrebatado.

No había forma de poder salvar a la Mors Navis.

Estaba en manos de unos Balas que no la querían. Nadie escucharía el leve suspiro del transformador con la misma alegría, ni apreciarían el triunfo que suponía el despliegue de los mástiles o de la quilla. No conocían su historia, y le acabarían dando el futuro más violento que se pueda imaginar.

Había muchas posibilidades de que la próxima vez que se encontrara con la Mors Navis tuviera que luchar contra ella. Esa idea la dejó helada y vacía, pero no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Era una despedida, el final de la Mors Navis.

Caledonia apretó los dientes hasta que la mandíbula le empezó a doler. Se obligó a apartar la mirada. La nave se había ido, pero sus hermanas todavía estaban allí.

El remolcador pasó entre los largos brazos del muro y entró en el puerto. Unas pequeñas

embarcaciones salieron disparadas a saludarles y a guiarles por el interior de los inmensos muros que se cerraban por detrás y bloqueaban la salida.

Caledonia no perdió de vista la ciudad en forma de cuchillo que tenía delante. Había filas de edificios bajos con ventanas solares negras resplandecientes que llegaban hasta una punta afilada en las montañas del este. En la base del cuchillo se asentaba una impresionante red de muelles. Era la ciudad más grande que Caledonia había visto nunca, e incluso desde la distancia podían apreciarse los criterios con los que había sido construida. Era una ciudad de orden en la que esconderse sería imposible.

Afortunadamente, esconderse no era uno de sus objetivos. Su intención era estar a la vista de todos, a bordo de la Baliza. El plan era atracar, ponerse en contacto con el supervisor del puerto y luego reparar el barco mientras Caledonia, Pino y Triple buscaban a su tripulación. Era un plan con un plazo límite. Si no encontraban a las chicas antes de que la nave estuviera reparada, tendrían que marcharse igualmente.

La pasarela golpeó la cubierta con un ruido seco. Les conectaba con firmeza a un territorio Bala. De allí en adelante tendrían que hacer las cosas cara a cara, lo cual exigiría una astucia y una sutileza tan extrañas para Caledonia como la vida en tierra. Examinó la ciudad, brillante y repleta de actividad, y una sombra de miedo le recorrió la espalda.

—Es el procedimiento habitual —dijo Pino, con la mano en su codo—. Esperan que seamos Balas, y eso es lo que van a ver.

Trineo se unió al grupo con Triple un poco más atrás.

—¿Estáis listos?

—Listos —dijo Triple, y levantó una tabla sujetapapeles con una mano—. Tenemos los nombres y rangos de todo el mundo.

—Pues entonces... —Trineo ya estaba pensando en el otro lado de la pasarela, donde les esperaban seis Balas.

Iban a rodearlos en cuanto pisaran el puerto, de forma intencionada. El pecho de Caledonia se contrajo, y aunque el aire fuera fresco, empezó a notar un hormigueo en los omoplatos y en la sien por culpa del sudor. A su lado, Triple chasqueó los dientes y frunció el ceño para recordarle que tenía que hacer lo mismo. Entonces apretó los dientes y fijó una mueca de disgusto en la frente. Ya no había marcha atrás.

Una mujer mayor destacaba entre todos los Balas. Tenía la piel curtida, rojiza y llena de cicatrices naranjas, el pelo de color plata, corto alrededor del cuello y las orejas, y se manejaba con aires de exacerbada autoridad. Por detrás había una chica joven, quizá diez años mayor que Caledonia, con los ojos claros, de un marrón descolorido que resultaba más claro aún por el tono tostado de su piel. Como Triple, llevaba un montón de papeles sujetos a una tabla y en la otra mano tenía agarrado un lápiz. Por detrás había cuatro jóvenes que todavía no se habían ganado la primera cicatriz de su bandolera.

La mujer mayor los observaba aproximarse con una mirada astuta que no revelaba sus intenciones, mientras que la chica de los ojos marrones escrutó a Caledonia con una mirada insistente. Tuvo que controlarse al máximo para seguir caminando como si no tuviera nada que esconder.

Porque tenía que esconderlo todo.

Y podía perderlo todo.

—Balístico Dair —dijo la mujer mientras daba un paso hacia Trineo. ¿Había hecho una pausa al pronunciar ese nombre? ¿Sabía quién era Trineo realmente? Caledonia sintió una serie de pinchazos en el fondo de su garganta. Pino tendría que haber fingido ser el Balístico. ¿Por qué no lo había propuesto? Incluso Harwell hubiera sido una mejor opción—. La última vez que vi la Baliza estaba capitaneada por Merrant.

Hizo una pausa y Caledonia reconoció la trampa. Era una prueba para deshacerse de impostores como ellos.

Trineo tenía que dar una respuesta, pero cualquiera que fuera iba a delatar su identidad.

—El mando pertenece a quien es capaz de hacerse con él —dijo como si estuviera recitando una regla.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

Los habían descubierto. Los habían descubierto. Los habían...

—Efectivamente. Soy Lyall, la supervisora del puerto —continuó la mujer, con una sonrisa asimétrica en los labios—. Bienvenidos a Puerto de la Marca.

CAPÍTULO

17



En cierto sentido, después de la sonrisa de Lyall, la supervisora del puerto, todo fue a peor, como si un nudo se enredara lentamente alrededor del cuello de Caledonia a pesar de no parecer peligroso.

La mujer examinó el manifiesto de carga y la lista de reparaciones necesarias antes de pasárselas a la chica de los ojos marrón claro.

—Llegáis en buen momento —dijo la supervisora del puerto mientras echaba un vistazo a la Baliza—. Acaba de salir una embarcación así que vuestras reparaciones tendrán prioridad. El barracón D está disponible para vuestro equipo. Podéis dormir allí.

El nudo se cerró de golpe, pero Caledonia forzó un rostro inexpresivo para no liberar la conmoción que sentía en su interior. No estaba previsto que pasaran la noche en la ciudad. La última vez que Harwell había estado allí, los equipos permanecían en los barcos porque no había espacio para acomodarlos durante estancias cortas. Que la tripulación permaneciera en la nave jugaba a su favor. Reducía las posibilidades de que los descubrieran. Les mantenía a salvo mientras buscaban a las hermanas de Caledonia de forma cuidadosa y estratégica. Quedarse en la ciudad no formaba parte del plan.

La supervisora Lyall siguió hablando:

—La Bala Gloriana os pondrá al corriente de vuestras tareas, calendario de reparaciones y lista de turnos. Si tenéis preguntas se las hacéis a ella. Podéis desembarcar cuando estéis listos, pero una vez piséis el puerto estaréis sometidos a mis normas. Los equipos bajan, las armas se quedan. Que las mareas te protejan, Balístico.

—Que las mareas te protejan —respondió Trineo mecánicamente.

La supervisora Lyall dio media vuelta y regresó al muelle, dejando atrás a Gloriana y a los otros cuatro Balas. Gloriana estaba ocupada con su tabla sujetapapeles y no hablaba con nadie mientras realizaba su trabajo metódicamente. Caledonia buscó la mirada de Trineo. El sólido plan se había convertido en arena bajo sus pies. El poco control sobre sí misma que había logrado reunir ahora se desvanecía. Solo quedaba seguir las órdenes de Trineo, pero este ni siquiera le ofrecía una mirada para tranquilizarla.

Bajó la mirada y respiró hondo. Sangre. Pólvora. Sal.

Cuando volvió a levantarla, Gloriana la estaba mirando fijamente.

Caledonia la observó con la misma firmeza, tratando de imitar la expresión de alguien bajo la influencia del Limo.

—Vuestras tareas —dijo Gloriana, arrancando una hoja de papel de la tabla y entregándosela a Trineo—. El Bala Cade os llevará al barracón D. Empezaremos las reparaciones por la mañana. —Se colocó en un extremo de la pasarela—. Cuando quieras, Balístico.

Se quedó ahí plantada para identificar a cada Bala que bajaba de la nave y comprobar que los nombres coincidían con el manifiesto que le habían entregado. Por eso los miraba a la cara a todos. Caledonia respiró hondo para esconder su incomodidad. No tenía otra alternativa que actuar como si aquello fuera exactamente lo que se esperaba.

—¡Rhona! —Caledonia giró la cabeza al instante, contenta de haber elegido un nombre tan familiar. Trineo ni siquiera la miraba, como un Balístico que le da una orden a un Bala—. Ayuda a la Bala Gloriana.

Caledonia dio un paso hacia ella; Pino ascendió por la pasarela para coordinar la parte de arriba de la nave; y Triple seguía a dos de los Balas para inspeccionar conjuntamente el casco. Trineo miró al Bala Cade, y con un gesto le instó a que los acompañara hasta el barracón D para preparar la llegada de la tripulación.

Se estaban separando y Caledonia sintió que el nudo se estrechaba.

«Saben lo que tienen que hacer», pensó. A diferencia de ella, los Espadas habían sido Balas y sabían interpretar esos roles. Pero Trineo no la hubiera dejado en una situación que no supiera gestionar.

—Bala Rhona —dijo Gloriana con un tono inexpresivo.

—Bala Gloriana —respondió, esperando que no hubiera que añadir algo más en una situación como esa.

—¿Eres experta en tecnología náutica?

Caledonia buscó la respuesta adecuada, pero no la encontraba. Había elegido un nombre, no un título. ¿Cuáles eran las formas habituales que utilizaban los Balas para dirigirse unos a otros?

—Soy lo que necesitan que sea —contestó de forma evasiva.

Se ganó una sonrisa llena de curiosidad de la Bala Gloriana, que señaló la mejilla de Caledonia, donde un mancha de grasa cubría el tatuaje.

—La tienes sucia. Lávate cuando llegues al barracón.

Caledonia levantó la mano instintivamente para cubrir el emblema en la sien, pero se detuvo antes, dejando que la mano cayera sin tocar la grasa. Gloriana la observaba y arqueó una ceja. Entonces Caledonia se dio cuenta de que el gesto estaba fuera de lugar. Alguien que no tuviera nada que esconder se habría quitado la mancha, no hubiera ido con cuidado de no tocarla.

—Gracias por avisarme —dijo Caledonia de inmediato, mientras la frente le empezaba a sudar.

Los Espadas bajaron por la pasarela con los macutos en sus hombros, sin una sola arma encima. Dijeron sus nombres y Gloriana comprobó que los veintiséis que ahora se encontraban en el muelle, rodeándola, estaban en la lista. En su favor hay que decir que consiguieron parecer irritados en lugar de ansiosos, porque sus planes se habían ido al garete.

—¡Vámonos! —gritó Pino, acercándose a Caledonia. Luego, en voz baja para que solo le oyera ella, añadió—: Saben lo que tienen que hacer.

Estaba convencida de ello. Sabían desenvolverse en la sociedad Bala mucho mejor que ella. Pero aun así, de camino a las colinas del este no pudo evitar sentir que cada paso les acercaba más al momento en que sus ilusiones se desvanecerían, al momento en que su vulnerabilidad quedaría expuesta. El sol se escondía en el horizonte y la ciudad se abría ante ellos como un gran laberinto, la luz resbalaba por los paneles solares como sangre por los dientes. La ciudad se los iba a comer.

«Basta», se reprendió. Se fijó en cómo estaba organizada la ciudad y trató de memorizar el camino que seguían. En alguna parte de ese laberinto se encontraban sus hermanas: secuestradas, interrogadas, torturadas. Cuanto antes aprendiera a orientarse, antes las encontraría.

Aquel lugar no se parecía en absoluto al caos multitudinario de Nuberrota, donde podías esconderte con la misma facilidad con la que respirabas. Aquí estaban rodeados de edificios pulcros de una piedra azul grisácea, cuyas partes obedecían siempre a algún propósito, desde las placas solares hasta las chimeneas en las azoteas, pensadas para reutilizar el agua de la lluvia. No se desaprovechaba ningún espacio. Como en un barco, todo estaba diseñado para cumplir múltiples funciones, cada esquina estaba definida, cada calle limpia y ordenada, cada individuo a la vista de los demás.

Especialmente los veintinueve intrusos que marchaban hacia el barracón D.

Las sombras se volvían más profundas, el aire más frío, la circulación de personas menor. Habían dejado atrás los edificios bajos y pasaban junto a la única estructura que superaba los dos pisos de altura. Era la torre que había divisado desde el mar, el lugar desde el cual se veía todo Puerto de la Marca.

—La Torre de la Hermana —dijo Pino, apartando la mirada del edificio, como si brillara demasiado.

Proyectaba una sombra larga, tanto en la ciudad como en las mentes de los Espadas. Sin darse cuenta, el grupo aceleró hasta dejar la torre atrás.

El barracón D era el último de una fila de edificios idénticos, en mitad de la colina. El aire olía a comida, más concretamente a pan horneado y a pescado asado con mantequilla. A Caledonia se le hizo la boca agua mientras entraba en un recibidor amplio e impecablemente limpio.

Uno de los ayudantes de la supervisora Lyall terminó de escribir sus nombres en fichas de identificación, que introdujo en una cuadrícula que colgaba de la pared. En el lado opuesto había estanterías que contenían montones de sábanas y toallas. Era todo lo que podían necesitar, y más de lo que solían tener a su disposición habitualmente.

Trineo esperó en el centro de la habitación, con una mirada agresiva, mientras la tripulación entraba y se agrupaba a su alrededor. Dos jóvenes Balas tenían en sus manos el manifiesto del equipo y estaban listos para recibir a cada Espada y entregarles vales para las comidas. Habían llevado la pantomima muy lejos, y la tensión empezaba a revelarse en los puños apretados. No se habían preparado para esta situación, y cada segundo que pasaban allí podían ser descubiertos.

Trineo, sin embargo, seguía relajado como si todo siguiera su curso.

—Encontrad vuestro nombre y recoged el kit. El comedor está dos puertas hacia el sur. Estad

listos para cenar en diez minutos. Quiero ver a todo el mundo en la sala cuando salga el sol. Sin excepciones. —Hizo una pausa. Caledonia sintió que su incomodidad se expandía hasta llenar el pequeño espacio que la rodeaba. Eran las órdenes que un Balístico daría a su equipo, no órdenes que Trineo daría a su tripulación. Cuando volvió a hablar, fue con una voz grave y pesada:

—La ración del día se distribuirá cada mañana con la comida.

Nadie se movió. Estaban preparados para hacer ver que en su cuerpo había Limo. Sabían cómo fingir. Pero aquel nivel de exposición era peligroso. Porque suponía una tentación.

—Coged los kits —repitió Trineo sombríamente, echando un vistazo a los Balas que lo rodeaban.

Triple guió a Caledonia a la hora de extraer los nombres de las cuadrículas en la pared, coger las sábanas y toallas, y luego seguir al grupo hacia el dormitorio para asignar las literas. Los colchones eran duros, los somieres estaban en buen estado y las sábanas estaban hechas de un tejido tan suave que Caledonia ya tenía ganas de dormir envuelta en ellas. Cuando todas las camas habían sido asignadas, el grupo se dirigió al comedor.

—¿No será sospechoso si vamos todos juntos? —preguntó Caledonia, mientras salían a la calle y volvía a oler el pescado fresco, que le hacía entrar el hambre.

—Es habitual que los equipos no se separen —respondió Triple con suavidad, con los ojos alerta en la calle oscura—. Quizá sea mejor que no nos alejemos del grupo.

Triple se metió entre el corro de Espadas mientras Caledonia avanzaba por detrás. Caía la noche y la calle estaba perfectamente iluminada con filas de marcas solares que colgaban en lo alto de unos finos brazos metálicos pegados a cada edificio. La luz era tan delgada y glacial que los pocos Balas que pasaban por debajo parecían fantasmas.

Era una ciudad sistematizada. Al principio les habían cogido por sorpresa, pero no derrotado. Estaban dentro y posiblemente sería mejor confiar en que su tripulación sabía más que ella. Odiaba no saber algo. Pero en aquellos momentos, tenía que aguantarse y dejar que su tripulación la sostuviera.

Su corazón empezaba a relajarse justo cuando se fijó en una figura que caminaba a su lado. Era una sombra oscura en la esquina del ojo, con el pelo castaño que le caía por la frente y una nariz chata. Era un Bala. Un desconocido.

Empezó a dar zancadas más largas para alcanzar a los Espadas, que iban unos pasos por delante. El desconocido seguía a su lado, a su misma velocidad. Cuando se atrevió a mirar, comprobó que tenía la vista clavada en ella. Sus miradas se cruzaron y él sonrió. Sus labios se enrollaron de una manera extraña.

Pino apareció antes de que pudiera reaccionar.

Le dio un puñetazo en la cara y giró su cuerpo alrededor del chico en un movimiento que pareció casi elegante. Rodó y con la inercia se lo llevó hacia un callejón oscuro. Con la mano cogió al chico por el mentón y antes de que Caledonia pudiera respirar, le clavó un puñal detrás de la oreja, directamente al interior del cráneo.

La sangre resbalaba por la empuñadura. El chico agonizaba y finalmente cayó sin fuerzas sobre los brazos de Pino.

Las sombras se cernían sobre ellos con unos brazos fuertes. Solo se oían los pasos cada vez

más distantes de sus compañeros, que se dirigían al comedor.

—Pino... —fue lo único que consiguió decir.

La miró directamente a los ojos. Finalmente apareció el Bala que acechaba por debajo de la superficie. Cruel, inflexible, despiadado. Cambió el cuerpo del chico de posición y sostuvo el puñal para controlar el flujo de sangre. Luego merodeó por el callejón oscuro para encontrar un lugar donde esconder el cuerpo.

Caledonia esperaba, y lo único que conseguía ver era una gota de color escarlata que empapaba la pálida acera al lado de su dedo gordo del pie.

Ella mataba para sobrevivir. Lo había hecho muchas veces, pero nunca de aquella manera. Nunca fuera del contexto de una batalla. ¿Acaso la habían reconocido? ¿Acaso Pino había visto algo que a ella le había pasado por alto?

No. Había visto incluso menos que ella. Estaba segura. Había reaccionado ante la más mínima amenaza porque es lo que le habían enseñado.

Pino regresó a su lado. Iba a cogerla por el codo, pero se detuvo.

Sus ojos se encontraron y el conflicto afloró.

—Pino —repitió, porque era incapaz de pensar en otra cosa.

Él asintió tristemente con la cabeza.

—Vámonos.

CAPÍTULO

18



El comedor era ruidoso y demasiado claro después del callejón oscuro. Estaba lleno de mesas y sillas ordenadas en fila, prácticamente todas ocupadas por Balas que disfrutaban de unos platos copiosos. Se formaron filas a ambos extremos de la sala. En un lado, la fruta y la verdura se amontonaban hasta arriba. En el otro, se ofrecían platos calientes de todo tipo. Había pescado asado con salsa de mantequilla, verdura fresca aliñada con vinagre agridulce, puré de patatas y pan fresco con semillas horneadas y la corteza crujiente. También había mantequilla y salsa espesa, y todo aquello estaba a su disposición.

La mente de Caledonia se esforzaba por olvidar lo que había ocurrido en el exterior y comportarse como una Bala. Una y otra vez recordaba la sonrisa del chico. ¿Había sido amenazante? ¿Estaba flirteando con ella? ¿O simplemente había sido un gesto de amistad? Se horrorizó al darse cuenta de que no lo sabía, y cada vez que recordaba aquellas imágenes interpretaba la sonrisa de manera diferente. Nunca sabría si había sido una amenaza o solo un Bala que sonrío a la persona equivocada en el momento equivocado.

También estaba horrorizada por su propio comportamiento. No culpaba a Pino. Él había identificado un peligro potencial y se había encargado de neutralizarlo. No podía enfadarse con él por ello. Pero debería de haber sentido más arrepentimiento del que sentía. ¿O no?

Perdida en estos pensamientos, Caledonia rellenó su plato hasta que ya no se podía ver el fondo. Cada vez tenía más hambre y le pedía al cocinero que añadiera más de todo: cereales, verduras, carne picada y una cucharada de salsa espesa. Coronó el plato con una rebanada de pan, lo cual hizo que el cocinero al otro lado del bufé soltara una carcajada. Era un hombre viejo, mucho mayor que cualquier otro Bala que se hubiera encontrado en el océano, con un rostro tan arrugado y agrietado por las cicatrices que se había convertido en un rompecabezas.

—Os debisteis encontrar con una mar picada la pasada luna —dijo, y Caledonia casi sonrío como respuesta. Luego añadió—: El Padre provee.

Su expresión se endureció y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. De repente, la comida en su plato representaba mucho más que dejar de tener hambre de forma provisional. Representaba el control absoluto de Aric. Más allá del Limo, Aric controlaba a su gente negando cosas que deberían haber sido accesibles para todos. De alguna manera había averiguado cómo

preparar la tierra para que diese frutos y lo había guardado como un secreto. ¿Cómo iba a disfrutar algo que venía de él?

—El Padre provee —dijo una voz por detrás. Luego una mano presionó su codo y la empujó con firmeza hacia delante.

Ella se zafó y sintió que una creciente irritación ocupaba el lugar de todas las demás emociones.

—No necesito que me rescaten.

—Pues muévete —respondió Pino en voz baja.

Localizaron a Trineo y se reunieron con los demás Espadas en un extremo de la sala. Al sentarse Caledonia no podía dejar de pensar que afuera había el cuerpo de un Bala en un callejón. Cuando lo encontraran todavía estarían más en peligro que ahora.

—Come —refunfuñó Pino al sentarse a su lado.

—No me digas lo que tengo que hacer —repuso ella, clavando el tenedor en su pescado. Los Balas que había en el comedor no les quitaban los ojos de encima—. Nos están mirando.

—Claro. Porque somos nuevos en la ciudad. No les mires —la instruyó Pino—. Deja que pase.

Respiró el olor de la sal, las hierbas y la mantequilla, y un solo bocado hizo que su hambre resucitara. La sensación que tuvo la primera vez que se llevó el tenedor a la boca fue sobrecogedora. Durante un segundo se encontró paralizada por la culpabilidad. Sus chicas no estarían comiendo manjares tan deliciosos, y le parecía que disfrutarlo era una traición. Pero iban a necesitar que Caledonia estuviera fuerte para liberarlas. Y la comida da fuerza, como bien sabía Aric.

—¿Y ese quién es?

Caledonia levantó la cabeza. Había un Bala de pie, junto a su mesa, con una sonrisa amplia y entusiasta. A su lado, Pino se contrajo como un muelle a punto de saltar.

El Bala sonrió aún más acusadamente y hablaba lo suficientemente alto como para que lo oyera toda la sala:

—¿Es este el equipo de blandengues que ha llegado al puerto con un tornillo roto y nada que ofrecer?

Los Balas de las mesas aledañas sonrieron con suficiencia, y el pulso de Caledonia se aceleró. Pero un toque suave en el muslo le advirtió que debía mantener la calma. Caledonia asintió para que Pino supiera que había captado el mensaje.

Trineo se acomodó en la silla.

—No soy un blandengue —dijo.

El Bala cogió un pez muerto con la punta de los dedos. Solo medía algunos centímetros. Estaba entero, sin despellejar y crudo.

—Demuéstralo. —Acercó el pez a Trineo.

La sala esperaba que pasara algo. Habían parado de comer y no quitaban ojo a la escena que tenía lugar allí delante. Caledonia miró al Bala y después a Trineo. Esperaba que la confusión no se reflejara en su rostro.

Un momento después, Trineo se puso en pie y cogió el pez muerto. Los Balas empezaron a

tamborilear con los dedos en las mesas. Entonces, Trineo echó la cabeza para atrás y se tragó al pez de un bocado.

La sala estalló en aplausos. Trineo y el Bala se dieron la mano y todo el mundo siguió comiendo. Significara lo que significara aquel gesto, había funcionado. Les habían aceptado en el comedor como si fueran de allí.

—Podría haber sido peor —susurró Pino.

Caledonia solo pudo menear la cabeza, clavar el tenedor en un trozo de carne salada y comer un bocado. Entre el Bala asesinado y el pez muerto, su estómago empezaba a perder interés por la comida. Pero aun así, seguía engullendo. Había verduras cuyo nombre desconocía, cereales que solo había probado como ingredientes del pan con semillas, y la carne era tan tierna que podía masticarse casi con la misma facilidad que el pan. Era más de lo que había visto crecer en la Agriflota de Aric. Esos barcos cargaban casi siempre con farolillos, no cultivos y desde luego no animales. Pero la actividad agrícola de Aric era mayor de lo que había imaginado.

Como estaba distraída, a Caledonia le pasó inadvertida una nueva escena de tensión. Trineo se enderezó en la silla y pareció crecer por lo menos medio metro por encima de la cabeza de sus Espadas. De un instante a otro, la cháchara pasó de ser un murmullo de socialización en voz baja a algo más frenético y excitado.

El pánico recorrió la espalda de Caledonia como un sudor frío. Dejó caer el tenedor y echó un vistazo a la sala, convencida de que habían descubierto al chico del callejón y que ellos iban a ser los siguientes. Pero en lugar de gente entrando en el comedor, lo que vio fue lo contrario. Los Balas se levantaban de sus mesas y salían.

Trineo, Pino y Triple se dirigieron una mirada cómplice, y los tres se levantaron lentamente de sus asientos.

—¿Qué pasa? —dijo Caledonia entre dientes.

—Ahora toca un poco de teatro. —Triple respondió de forma sombría, con rodeos. Por el momento no podía añadir nada más.

La sala se quedó casi vacía. Si no seguían a los demás, probablemente se fijarían en ellos. Hasta el cocinero guardaba las bandejas de comida y se preparaba para salir. El teatro no era opcional.

Fueron arrastrados por una serie de calles oscuras hasta llegar a una plaza abierta. Por todos lados había edificios con las puertas abiertas. La música flotaba por encima del coro de la multitud, y el aire olía ligeramente a alcohol. La cacofonía contrastaba con el ritmo acompasado que gobernaba el resto de la ciudad.

Iban llegando más Balas que se abrían paso entre el gentío y que obligaban a los Espadas a reubicarse. Pino le agarró la muñeca mientras la presión los acercaba cada vez más a la primera fila, donde sobre dos postes se levantaba un escenario de madera. No había manera de escapar de la multitud. Los Balas llegaban a raudales y Caledonia se encontró peligrosamente cerca del escenario.

A un lado había dos docenas de niños y niñas, más jóvenes que Ortiga, con una vista completa del escenario. Estaban quietos y alerta. Fuera lo que fuera que iban a presenciar, no era la primera vez para esos reclutas. El único pensamiento que consolaba a Caledonia era que aquello no tenía

nada que ver con ella o con el cuerpo que junto con Pino habían dejado atrás. Era un asunto entre Balas.

En alguna parte, por delante de ellos, empezó un golpeteo rítmico. Resonaba en los edificios aledaños, cada vez más fuerte hasta que inundó la plaza de un ritmo amenazante. Un momento después, Caledonia localizó el origen del ruido: un tren de Balas avanzaba hacia la tarima y al entrar en la plaza golpeaba el suelo con unas varas. Por delante, un chico atado y desnudo de cintura para arriba, se dirigía tranquilamente hacia el escenario.

La procesión se detuvo y una única persona subió la escalera. Una mujer con el pelo plateado y enrollado alrededor de la cabeza se giró hacia el público. Llevaba túnicas de color naranja y crema con un cinturón hecho de farolillos. Era tan vieja como el cocinero, y su aspecto era impactante.

—Buena marea, hermanos. —Su voz se alzó por encima de ellos como una pluma en el aire. Era cautivadora y aparentemente frágil.

—Buena marea, Hermana —respondieron gravemente.

Efectivamente, aparentemente frágil.

—Esta noche estamos aquí para homenajear a uno de nuestros hermanos más brillantes. Ha escogido dejarnos, y tenemos que cortar los lazos de afecto. Poco a poco. —Sus palabras estaban bien modeladas y eran peligrosas. Claramente eran más elocuentes para los que se habían congregado a su alrededor que para Caledonia—. Traedlo.

Dos de los guardias más jóvenes levantaron las varas y se acercaron al chico atado. Aunque le superaban en número y estaba desarmado, se movían con una cautela inexplicable. En lugar de empujarlo, como Caledonia hubiera esperado que hicieran, se detenían antes de tocarlo, manifiestamente nerviosos por la manera que tenían de estrangular sus armas. La multitud rugió, con ganas de que el espectáculo comenzara. Los guardias se alimentaron de esa rabia y clavaron las varas en la espalda del chico, que tropezó. Un largo segundo después, subió la escalera hasta el escenario con determinación e incluso orgullo. Cuando se giró hacia el público, Caledonia casi se quedó sin aliento.

Era Oran.

CAPÍTULO

19



Oran estaba perfectamente tranquilo sobre el escenario, pero a Caledonia el corazón se le aceleró.

Lo escudriñó de arriba abajo, desde sus ojos color marrón cálido con forma de anillo de árbol hasta el corte en el labio inferior, desde la sombra de una magulladura en la mandíbula hasta la amplia llanura de sus mejillas. Estaba más delgado que antes, cada músculo de su torso tostado perfectamente esculpido. Tenía las costillas ensombrecidas por moratones en forma de nubes, pero lo que atrajo su mirada fueron las cicatrices naranja intenso que atravesaban las magulladuras como relámpagos.

Levantó el mentón y examinó la plaza. Por un instante pareció que el público daba un paso atrás, y de repente se hizo un silencio inesperado. Luego, el miedo se transformó en rabia y empezaron a rugir.

La Hermana dio un paso hacia Oran y levantó la mano, que sostenía un puñal reluciente.

—Nuestro hermano era un orgullo para nosotros. El Cincohijos Oran. Pero todos recordamos el momento en que decepcionó al Padre y cayó en desgracia. ¡Pero es que ha caído todavía más bajo, si cabe! —Hizo una pausa para que el público pudiera expresar su desaprobación—. ¡Se unió a esa radical amotinada que sigue en paradero desconocido, Caledonia Styx! —La multitud fue un clamor—. ¡Nos atacó después de haber jurado lealtad! —Otro rugido se alzó hacia el cielo de la noche—. Ha llegado el momento de darle lo que desea. Vamos a cortar los lazos con él.

Con el cuchillo rasgó uno de los bíceps de Oran, allí donde se encontraba la bandolera.

La sangre lloraba por el brazo de Oran y caía sobre el escenario, junto a sus pies. No mostró ninguna señal de dolor. Su único movimiento fue inclinar levemente la cabeza para mirar a la Hermana. Su mirada era fría y mortífera. El público aguantaba la respiración con un sentimiento parecido al terror.

Caledonia se dio cuenta de que no era la Hermana quien provocaba ese miedo. Sino Oran.

Era el chico que había conocido en la cubierta de su nave y una persona nueva al mismo tiempo. Aquellos Balas no lo conocían tan bien como ella. Lo conocían como algo distinto, y empezaba a comprender que para ella todavía era un desconocido.

La Hermana recogió las túnicas por detrás y gritó:

—¡Reclutas!

Los jóvenes corrieron hasta llegar junto al escenario y la Hermana les habló con las manos cuidadosamente ahuecadas:

—Vosotros sois las siguientes generaciones. Seréis mejores que nosotros, y eso empieza esta noche demostrando vuestro compromiso con nuestra familia. Recordad que no queremos matarles esta noche —añadió con una sonrisa casi maternal—. Esta noche es solo el principio. —Al dirigirse a Oran la sonrisa se convirtió en algo más venenoso—. Si recuerdo bien, este era uno de vuestros favoritos. Espero que lo disfrutéis desde el otro lado.

Trineo, Pino y Triple sabían lo que se avecinaba. Pero Caledonia era incapaz de esconder que ella no tenía ni idea.

—¡Empezad! —dijo la Hermana.

Un niño dio un paso al frente. Era alto y desgarbado, con los hombros estrechos y los dedos largos. Metió una mano en un cesto que había en el suelo y sacó una pequeña daga. Se la acomodó en la mano y comprobó si pesaba antes de apuntar, echar el brazo hacia atrás y lanzarla.

La daga se clavó en el brazo de Oran. Esta vez hizo un gesto de dolor, y una segunda pista de sangre empezó a resbalar por el bíceps. La daga cayó al suelo del escenario con un golpe seco. El filo no era lo suficientemente largo como para que se clavara. Solo para provocar una herida.

Voló otra daga por el aire. Esta vez se hundió en la pierna, donde colgó durante un instante antes de caer. Después, empezaron a aparecer cuchillos de todas partes. Los niños se acercaban uno tras otro y las dagas volaban como abejas que clavaban sus agujones en la carne expuesta de Oran. Quedó cubierto de heridas, desde las mejillas hasta las espinillas.

Caledonia quería detener aquello aunque sabía que era lo último que debía hacer. Pero sí que podía forzar que sus miradas se encontrasen. Estaba muy cerca de la primera fila. Si solo pudiera llamar su atención, Oran sabría que pronto lo iban a ayudar.

Ignoró el tirón en la muñeca que recibió de Pino y avanzó hacia el campo visual de Oran, obligándole a que levantara la mirada y la encontrara en ese mar enemigo que tenía delante. En pocos pasos llegó al lugar exacto en el que sus ojos reposaban antes de volver a recibir otro corte.

Sus ojos la encontraron. Caledonia permaneció inmóvil, segura de que la había visto. Pero el momento se desvaneció tan rápido como había sucedido. Una daga se le clavó en el hombro y sus ojos se cerraron de dolor.

—¿Qué estás haciendo? —le susurró Pino al oído.

Lo ignoró y siguió observando a Oran, deseando arrancarle la mirada como si sus ojos fueran dos imanes. Contrajo la mandíbula en el instante en que una nueva daga resbalaba por su piel y lentamente volvió a abrir los ojos, llenos de rabia hacia la multitud.

Caledonia lo miraba fijamente y de repente él le devolvió la mirada. Su rostro dejó de mostrarse enrabietado. La vio. La conocía.

Pino le pellizó la muñeca con fuerza pero ya era demasiado tarde. La Hermana había visto el cambio en la expresión de Oran, y ahora examinaba a Caledonia con detenimiento. La mano de Pino era como un tornillo que sujetaba su muñeca, su cuerpo entero estaba en tensión.

—¿Una vieja amiga? —preguntó la Hermana, mientras se acercaba a Oran.

Oran le lanzó una mirada asesina.

—Los hijos de Aric no tienen amigos.

La Hermana sonrió con superioridad y dirigió su atención a Caledonia.

—Hermanita, ¿cómo te llamas?

Se hizo el silencio. Aunque no se atrevía a girarse, sintió que todas las miradas de la plaza la estaban buscando y que Trineo se convertía en una montaña a sus espaldas.

—Rhona —respondió con toda la firmeza de la que fue capaz.

—Un nombre fuerte para una Bala fuerte. ¿Quieres ser nuestra primera voluntaria?

No era una elección. Era una prueba que tendría que completar sin que Pino, Trineo o Triple la guiaran.

—Pelearé con cualquiera simplemente por placer —dijo.

La Hermana rio.

—Entonces acércate.

Pino le soltó la muñeca y Caledonia se acercó al cesto; todo el calor de su cuerpo se estaba evaporando. Las dagas eran cortas. No estaban hechas para matar, sino para perforar sin dañar ningún órgano importante. Teatro. La palabra resonó en su cabeza hasta que finalmente comprendió su significado. Era un espectáculo, una exhibición de dolor y sufrimiento que querían que durara el máximo posible.

Escogió una de las dagas más pequeñas y se la acomodó en la mano. Sus dedos temblaban. Los apretó con mayor firmeza contra el frío acero.

—Enséñanos cómo tenemos que cortar los lazos con este traidor. —La voz de la Hermana era suave y melodiosa, pero su mensaje era exactamente el contrario.

Caledonia levantó la mirada de la daga. Oran la observaba con los párpados pesados del cansancio. Sus rizos negros estaban empapados de sudor alrededor de las orejas y los pómulos, su porte esbelto estaba manchado de suciedad y sangre vieja.

Apretó los dientes y le aguantó la mirada.

El frío se apoderó de Caledonia. Le estaba dando permiso.

Clavó los ojos en su pecho. La daga era poco profunda para llegar a perforarle el corazón. Por lo menos, es lo que se dijo al echar el brazo hacia atrás. Hizo un giro de muñeca y la daga voló por el aire.

El grito de Oran fue como un latigazo contra el corazón de Caledonia. Inclino la cabeza y trató de forzar las ataduras con los brazos. Su cuerpo entero se contrajo alrededor de la nueva herida. ¿Estaba actuando? ¿Hacía ver que esa herida le dolía más que las otras para protegerla? ¿O era dolor de verdad?

Caledonia reprimió esos pensamientos antes de que la delataran. La Hermana acabaría descubriendo cualquier gesto de compasión.

—Muy bien —dijo esta con un suspiro.

Allí, perfectamente localizada sobre el corazón de Oran, estaba la empuñadura de su daga. Alrededor florecía la sangre, como una pequeña flor roja. Caledonia apretó los dientes y esperó que la rabia en su expresión fuera interpretada como repugnancia hacia el traidor y no hacia sí misma.

Sintió que una mano la agarraba de la muñeca y la estiraba. Dejó que Pino se la llevara de vuelta entre la multitud mientras la Hermana preguntaba dulcemente:

—¿Siguiente?

CAPÍTULO

20



Al abandonar la plaza, Caledonia sabía que no saldría indemne de Puerto de la Marca.

No solo tuvo que participar en la representación teatral de la Hermana, sino que la habían obligado a quedarse hasta que lanzaron la última daga. Al final, Oran tenía tantos cortes que era más sangre que chico, con los ojos abiertos y el mentón levantado. El espectáculo no había logrado disminuir el miedo que infundía, pero Caledonia recordó las palabras de la Hermana: «Esta noche es solo el principio». Sabía que vendría mucho más.

Si eso era lo que hacían a sus líderes, no podía ni imaginarse lo que sufrirían sus hermanas. Estaban atrapadas en algún lugar de la ciudad y Caledonia no podía hacer nada para remediarlo. Llevaba casi doce horas en Puerto de la Marca y no había tenido ocasión de averiguar en qué prisión estaban. Después de aquella noche, la idea de liberarlas o de sacar a alguien de la ciudad empezaba a parecer risible y absurda.

Estaba tan consumida por sus fracasos que no se dio cuenta de que Trineo estaba enfadado hasta que llegaron al barracón D. Abrió la puerta de un golpe y se detuvo en el centro de la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —exigió, con la voz espolvoreada por un veneno que cogió a Caledonia por sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—¡¿Qué quiero decir?! —Aunque estaban a oscuras, podía ver el brillo de sus mejillas. No solo estaba enfadado. Estaba furioso.

Por la habitación se esparció una risa incrédula. Caledonia se giró y vio que el resto de Espadas se agolpaban detrás, con el ceño fruncido y los cuerpos rígidos, como un eco de la ira de Trineo. Toda dirigida hacia ella.

—Tenemos que saberlo, Caledonia —dijo Triple al dar un paso al frente. La sensación de haber sido traicionada también era visible en su rostro, quizá de forma más suave pero igualmente cortante.

—¿Saber qué? —preguntó, mirando a Triple y después a Pino, el único que no parecía sorprendido.

Trineo la cogió del brazo con un ruido parecido a un gruñido y se la llevó a un extremo de la

sala. Cuando pararon de moverse, Caledonia liberó su brazo y puso los hombros en ángulo recto.

—Trineo, si no...

—Caledonia, te hemos seguido en esta batalla infernal porque nos necesitabas para salvar a tu tripulación. Eso es bueno. Pero tienes que responderme inmediatamente: ¿qué ha pasado en esa plaza?

Ahora era Caledonia quien estaba enfadada, con la mente completamente alerta y la respiración acelerada.

—Pues que hemos visto una exhibición de poder abominable. ¡Cientos de personas juntas para ver cómo se tortura a una!

—No era solo una persona —dijo Trineo rápidamente—. Esa persona se lo merecía. ¡Fue él quien se lo inventó todo!

Aquello la dejó descolocada y con la boca abierta. Entendía la rabia, pero en Trineo fue completamente inesperada.

—Vi la mirada que os cruzasteis —continuó, temblando ligeramente—. Suerte que la Hermana asumió que eras una Bala. Podrías habernos metido en un buen lío. ¿Y por ese?

—¿Oran?

—Oran —dijo, pasmado y con vehemencia—. Lo llamas por su nombre.

—Oran forma parte de mi tripulación —afirmó, dando importancia a cada palabra.

—¿Y no te pareció relevante mencionar que en tu tripulación hay un Cincohijos? ¿Que nos estabas pidiendo que salváramos a un Cincohijos? —Trineo se cernía sobre ella, con dificultades para contener el mal genio—. ¿Recuerdas quiénes somos?

—Sí —tartamudeó Caledonia—. Y él es igual que vosotros: un Bala que ha desertado.

—No. No es igual. —Trineo marcó una frontera entre ellos—. Y no arriesgaré ni una sola vida de los míos para salvar a ese. ¿Quieres hacerlo? Pues lo haces sola.

—¿Qué? —preguntó Caledonia, y aunque temía conocer la respuesta de antemano, añadió—: ¿Por qué?

—Porque el Cincohijos Oran es Manodeacero —dijo Trineo inclinándose hacia ella.

La palabra fue como una riada que se la llevó por delante de forma repentina. Se le llenaron los pulmones, la garganta, la nariz y las orejas hasta que quedó envuelta en un abrazo violento.

Manodeacero.

Esperaba quedar consternada, sorprendida, en cierta manera horrorizada por la revelación, pero solo sintió un punto de comprensión. Parte de ella había sabido siempre que el pasado de Oran incluía una violencia que destrozaba vidas, familias y mentes. Pero ahora que salía a la luz casi se sentía aliviada.

—Quizás eso no significa nada para ti —continuó Trineo—. Pero para nosotros sí. Nadie se parece tanto a Aric como los Cincohijos. Y hubo un tiempo en que Manodeacero era más temido que Lir.

Al oír el nombre, una imagen de Lir atravesó su mente como un fantasma. Caledonia supo con una certeza implacable que si alguien le hubiera pedido que salvara al chico que había matado a su familia, reaccionaría de la misma manera que Trineo. La única diferencia era que Oran quería cambiar. En su día no le hubiera parecido una diferencia sustancial. Pero ahora tenía que serlo.

—Claro que significa algo —dijo, esperando que Trineo escuchara la verdad de sus palabras, incluso si encendían su cólera—. Pero sigue formando parte de mi tripulación.

Los músculos de la mandíbula de Trineo exhibieron su fuerza y sus ojos se entrecerraron hasta parecer rendijas.

Caledonia dejó que la rabia de Trineo la inundara sin alimentar la suya.

—Él es parte de la razón por la que he venido —añadió—. Y no pienso irme sin él.

Trineo se mantuvo en silencio un instante. Tenía la espalda contra la pared y las sombras que se amontonaban sobre sus hombros le hacían parecer todavía más montañoso que de costumbre. Finalmente dio un paso al frente y se puso a la misma altura que ella.

—Te ayudaremos a rescatar a tu tripulación, pero será mejor que ninguno de nosotros se acerque a ese Cincoojos —dijo, asintiendo como si aquello fuera lo máximo que pudiera hacer para llegar a un acuerdo, y luego se fue.

CAPÍTULO

21



Ala mañana siguiente Caledonia se despertó antes del amanecer. Había dormido mal. Nadie se movía, por lo que se deslizó silenciosamente hacia el baño para tomar una ducha rápida. Una vez vestida y con una mancha de grasa nueva para cubrir el tatuaje, salió del barracón D.

A aquellas horas de la mañana, la ciudad de Puerto de la Marca estaba tranquila. Había algunas figuras que corrían en distintas direcciones por la calle, y el aire olía a levadura de pan fresco. En la distancia, el puerto se despertaba con los suaves graznidos de los pájaros costeros. Las luces solares parpadeaban a lo largo de la calle y se apagaban por el este con la llegada de la luz del amanecer que iluminaba el cielo.

La tranquilidad reinaba en Puerto de la Marca, pero en la mente de Caledonia llovía de forma torrencial. No podía quedarse más tiempo en el barracón. Necesitaba espacio para pensar. Apoyó el mentón contra su pecho y empezó a subir la colina, alejándose del puerto.

Durante la noche su mente la había acribillado a preguntas. ¿Dónde estaban las chicas? ¿En qué estado se encontraban? ¿Cómo iba a rescatarlas de ese lugar en el que la tortura era un espectáculo? ¿Cómo iba a sacarlas por esos muros inmensos? ¿Y cómo iba a salvar a Oran sin la ayuda de Trineo?

Oran. Manodeacero. Arquitecto del sufrimiento y la sombra que perseguía a los Espadas después de tanto tiempo. Habían estado bajo las órdenes del Cincohijos Venn, pero era a Manodeacero a quien temían.

Era más que eso: Trineo le odiaba. Y Caledonia estaba segura de que si se encontraba a solas con Oran, uno de los dos moriría. Lo cual era un problema importante si iban a estar en la misma nave.

Pero ahora no era el momento de preocuparse de aquello. Tenía que establecer prioridades y elaborar una estrategia. Oran estaba vivo, y seguiría estándolo hasta que la Hermana hubiera terminado con él. Su prioridad tenía que ser, pues, localizar a las chicas. Hoy investigarían en cada una de las prisiones. Y después tendría que pensar en cómo liberarlas.

Era probable que Oran estuviera retenido en otro lugar, lo cual significaba que tendría que planear no uno, sino dos rescates. Y uno de ellos debería llevarlo a cabo sin la ayuda de los Espadas.

Caledonia dio una patada al suelo asfaltado, lo cual hizo que un Bala que avanzaba en dirección contraria la fulminara con la mirada. Ella hizo lo propio, y siguió subiendo la cuesta. Necesitaba más tiempo, pero cada minuto en Puerto de la Marca era asumir un riesgo. Antes o después alguien iba a averiguar que la Baliza había llegado a puerto con la tripulación equivocada. O Pino iba a asesinar a demasiados Balas.

De una bocacalle a la siguiente los edificios pasaron a ser más bajos, dejaban pasar más luz sobre los canales. Caledonia hizo una pausa para asimilar los cambios en su entorno, y se sorprendió al fijarse que aquellos edificios no estaban hechos con la misma piedra azul grisácea que los demás, sino de infinitos paneles de cristal autorreparable.

En el primero, el cristal estaba tan densamente empañado que no podía ver más que vagas sombras en su interior. El siguiente era más de lo mismo, pero el tercero era transparente y a través de las ventanas vio filas de mesas con tierra amontonada encima.

Caledonia echó un vistazo al interior por si había alguien. La sala estaba vacía, igual que la calle. Corrió hacia la puerta, esperó un minuto más, y entró.

El aire en el interior era extremadamente fresco, con un olor margoso. Caledonia solo había oído algo parecido una vez, después de una fuerte lluvia en el campamento de los Espadas, mientras la tierra, el helecho y el musgo suspiraban de alivio. Aquello la hizo anhelar algo que nunca había tenido, y desear poder recuperarlo algún día.

Avanzó entre las mesas y se fijó en las variaciones del tono marrón de la tierra. En la última mesa, era casi blanca. Se colaba entre los dedos con mayor facilidad que si hubiera sido arena fina, dejándolos recubiertos de un polvo fantasmal. Lo reconoció de inmediato. Aquella tierra descolorida era la razón por la que las colonias del norte seguían siendo tan dependientes del litoral para subsistir. Era la razón por la que todos dependían de los océanos, por la que tan pocas islas habían sobrevivido, por la que Aric había llegado al poder. Había encontrado la manera de almacenar aquel polvo, y luego lo había mantenido en secreto.

Lo almacenaba allí.

Caledonia examinó la amplia sala y comprendió exactamente lo que estaba viendo. En cada mesa había tierra en un estado diferente de recuperación. Lo que estaba planeando Aric requería tiempo. Y tecnología. Tenía que estar por allí, en alguna parte.

—¡Caledonia!

El murmullo venía de detrás.

Caledonia alcanzó el puñal que tenía escondido en el cinto mientras se giraba, y con él estuvo a punto de rajar a la niña que tenía delante. En sus mejillas había unas filigranas de color marrón claro para intimidar. En su piel no había restos del pigmento naranja intenso del Limo.

—¡Ortiga!

—Noru —corrigió la chica.

—Rhona —dijo Caledonia.

—Ya lo sé. ¿Cómo crees que he encontrado a «La que apunta al corazón»? —dijo Ortiga con una mirada de desaprobación—. No es la mejor manera de pasar desapercibida. Pero ha hecho que me sea fácil encontrarte.

Iba vestida como Caledonia, con las capas marrones que llevaban los Balas, y una única cinta

naranja para atarse con fuerza el pelo negro. A Caledonia le pareció que había crecido y que le llegaba más allá del hombro.

La chica corrió hacia delante y la abrazó con fuerza.

—Sabía que no estabas muerta. Sabía que vendrías.

Caledonia sintió un pellizco en la garganta, y se concedió un instante para devolverle el abrazo antes de zafarse y preguntar:

—¿Dónde están las otras?

—En la Cárcel del Este. —Ortiga apuntó más arriba de la colina.

No eran buenas noticias. Eso significaba que estaban lejos de los barracones y más lejos aún de la Baliza.

—Noru —dijo de repente desconfiada—. ¿Cómo lograste escapar?

Ortiga sonrió petulante y satisfecha.

—Secreto profesional.

Caledonia tenía muchas preguntas que hacerle a la chica, empezando con:

—¿Cómo las sacamos?

—Aquí no —dijo Ortiga, que cogió la mano de Caledonia y la arrastró hacia la puerta—. Tenemos que sacarte a ti antes de que...

—Ortiga, espera. Tengo que saber cómo consigue esto. ¡Necesito esta tecnología! —Intentó zafarse pero Ortiga no la soltó hasta que estuvieron fuera.

Durante su ausencia el amanecer había inundado la ciudad, y por todas partes se oían los sonidos de los Balas que iban a trabajar.

—He oído unos rumores —dijo Ortiga en voz baja y rápidamente, a pesar de que no había nadie lo suficientemente cerca para escucharlas—. Van a trasladar a la tripulación a los bidones de marea.

—Los bidones de marea —repitió Caledonia mientras la sangre desaparecía de sus labios—. ¿Cuándo?

—No lo sé, pero puedo averiguarlo. Dame...

—¡Noru! —Una voz las asaltó como el chasquido de un rifle. Las chicas se giraron.

Una mujer que triplicaba en edad a Caledonia se dirigió hacia ellas con paso y expresión firmes. Por detrás de ella marchaban una fila de niños y niñas de una edad parecida a la de Ortiga.

—Llegas pronto —la acusó la mujer, con un gesto de disgusto en la comisura de la boca—. ¿Y tú quién eres?

—Rhona —respondió Caledonia inmediatamente, con un tono agresivo parecido al que había utilizado la mujer. No era buena idea. Tenía que controlarse.

—¿Qué estás haciendo en mi sector, Rhona? ¿Y con una de mis Valles? —La pregunta escondía más amenazas de las que Caledonia era capaz de desentrañar. ¿Qué significaba para un Bala que lo encontraran en otro sector? ¿Qué podía traer a un Bala a un sector que no era el que le habían asignado? No tenía ni idea. Apenas sabía lo que era un Valle.

—Se ha perdido —dijo Ortiga—. Su equipo llegó ayer.

—Se ha perdido —repitió la mujer, mientras reflexionaba.

Era una muestra de incompetencia. Caledonia sospechaba que eso no gustaba entre los Balas,

pero si a Ortega le había parecido la mejor respuesta, no iba a discutírselo. Esa niña tenía muchos recursos.

—¡Lanning! —El grito de la mujer hizo que una de las jóvenes Valle se le acercara con tres pasos rápidos—. Llévate a los Valles a trabajar. Tú, Rhona, tendrás que acompañarme.

Caledonia dudó, reticente a obedecer las órdenes de aquella mujer.

—¡Bala Rhona!

El grito fue como el estallido de una tormenta: penetrante, familiar, inoportuno. Gloriana caminó hacia ellas, acortando la distancia con pasos largos y rápidos.

Los ojos de Ortega se agrandaron al verla, y Caledonia empezó a sudar entre los omoplatos.

—¿Es una de las tuyas, Bala Gloriana? —preguntó la mujer.

—Pues no. La han visto fuera de su sector. He venido a interceptarla. —La miró de una forma que daba a entender que sabía más de lo que decía—. Yo me encargo de ella.

—No vuelvas a salir de tu sector en el futuro —dijo la mujer mientras acompañaba a Ortega hacia el invernadero—. Nadie se pierde en Puerto de la Marca.

—Por lo menos ningún Bala —añadió Gloriana en voz baja.

Caledonia sintió un pinchazo en el estómago.

Ortiga se atrevió a dirigirle una última mirada por encima de la espalda mientras la mujer la empujaba hacia delante. Caledonia le devolvió una sonrisa alentadora: era una promesa de que volverían a verse. Con Ortega merodeando por allí, no dudaba de que sería así. Pero con Gloriana a su lado, temía que se verían a través de las barras de una celda.

—Después de ti... —dijo Gloriana, y con la siguiente palabra conjuró todos sus miedos—, Caledonia.

CAPÍTULO

22



Puerto de la Marca se había despertado lleno de griterío y del ruido sordo de pasos sobre el asfalto; los Balas marchaban por la calle en perfecta formación. Cantaban para mantener el ritmo y cada vez que se cruzaban con otra tropa que hacía lo mismo rugían al unísono.

Caledonia lo observaba todo con una especie de terror distante, mientras una única palabra cruzaba su mente como una nube que cubre el sol: atrapada.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, girándose para mirarla por encima del hombro.

La Bala Gloriana no respondió. Seguía avanzando como si se hubiera olvidado de que Caledonia estaba allí.

Había tantas cosas de la ciudad en las que no había reparado. Desde las patrullas regulares formadas por tres personas hasta los hologramas que reflejaban la hora con números de color naranja sobre las paredes azules. Era la hora de presentarse en el comedor para el desayuno, tras lo cual regresarían al barco y empezaría las reparaciones. Se darían cuenta de que no estaba, si no lo habían hecho ya, y cuando Trineo supiera que se había ido uno de los Espadas iría a buscarla. Estaba segura. De lo que no estaba segura es de si serviría de algo.

Tomaron un atajo hacia el centro de la ciudad, donde se alzaba la Torre de la Hermana. Estaba construida con piedras de un azul claro y los bordes estaban pintados de un color dorado como la luz del sol. Parecía una espada forjada desde el cielo. En la punta había una terraza estrecha que rodeaba el edificio como un anillo y que ofrecía vistas del puerto y del resto de la ciudad.

Gloriana giró por un callejón estrecho y de repente Caledonia comprendió que se dirigían a la torre. Notó un gusto agrio en la boca, y por un instante sopesó la idea de clavar su cuchillo en el costado de Gloriana. De ser Pino, lo hubiera hecho en el instante en que pronunció su verdadero nombre. Pero aquello era un plan sin estrategia. Y de momento seguía teniendo la oportunidad de ver a las chicas.

Si no podía salvarlas, por lo menos moriría con ellas.

Llegaron a una puerta en el lateral de la torre. Caledonia se fijó en que no era la entrada principal, sino una que se utilizaba tan poco que las bisagras gimieron al abrirse. En el interior había un vestíbulo oscuro que llevaba directamente a unas escaleras.

—Abajo —dijo Gloriana, mientras cerraba la puerta.

Las escaleras caracoleaban hasta llegar a otro vestíbulo que se extendía en dos direcciones. Había un silencio artificial y varios metros de mampostería hacían que el mundo exterior desapareciera de la vista. Estaban muy, muy solas.

—Por aquí. —Gloriana la obligó a pasar por otra puerta, al otro lado de la cual había una habitación pequeña y cuadrada con pilas altas de libros.

Caledonia se olvidó por un momento de sí misma, cogió uno de los libros y empezó a hojearlo. No estaba roto. Era un libro con un principio, un final y con todas las páginas entre medio. En la Mors Navis nunca habían tenido la suerte de encontrar uno que no estuviera dañado, pero Piscis los utilizaba igualmente para enseñar a las chicas a leer y a reflexionar.

Aquella habitación debía de contener decenas de libros. Decenas de historias atrapadas allí abajo, sin que a nadie le importara, sin ser leídas.

—Aquí podremos hablar —dijo Gloriana.

Caledonia soltó el libro y miró directamente a su captora.

—¿Hablar?

—Acerca de que no eres una Bala.

Caledonia tragó saliva. No estaba atada y Gloriana no le había quitado el arma. En realidad, había actuado de modo que no pareciera que estaba conduciendo a una prisionera por la ciudad. Caledonia se dio cuenta de ello de repente, y se sintió ridícula por no haberse fijado antes. Pero fuera lo que fuera que Gloriana quería de ella, no debía de ser nada bueno.

—No soy quien crees que soy —dijo Caledonia.

Era la invitación que Gloriana había estado esperando. Se le acercó, y sus labios se torcieron en una leve sonrisa.

—Te has dejado un poco de grasa. —Levantó el pulgar y lo frotó por el pómulo de Caledonia. Cuando lo quitó estaba sucio—. Qué curioso. En el mismo punto que te la dejaste ayer.

Estaba muy cerca. Caledonia podía oler la sal de su sudor y el perfume acaramelado del Limo.

—No es tan curioso si trabajas en un barco.

La respuesta no la disuadió.

—Tal vez escondes algo que no quieres que vea nadie.

Caledonia se puso rígida, lista para responder a una agresión con otra agresión, como hacía Trineo. Pero las siguientes palabras de Gloriana lo cambiaron todo.

—Sé quién eres. —La voz de Gloriana se convirtió en un murmullo—. Y sé que has venido a buscar a tu tripulación. —Hizo una pausa y Caledonia vio aparecer un fognazo de incerteza en sus ojos. Luego añadió—: Quiero ayudarte.

Caledonia no había pensado mucho en ella desde su llegada el día anterior por la tarde, pero ahora la examinaba: unos años mayor que Caledonia, completamente bajo la influencia del Limo y en una posición de poder relativa como mano derecha de la supervisora del puerto. Era una Bala. Una desconocida. Y sabía lo suficiente de Caledonia como para destruir su plan en ese mismo instante.

Pero no lo hacía.

«Corre», dijo su madre.

«Confía en ella», dijo Piscis.

Sabía que Piscis tenía razón. Tenía que confiar en que podían cambiar o nada cambiaría jamás. Pero confiar era arriesgado. Cuando confiaba, arriesgaba más que su propia vida. Arriesgaba la vida de todos aquellos que confiaban en ella.

Consciente de que se lo jugaba todo en el próximo movimiento, le preguntó:

—¿Por qué?

Gloriana dio un paso atrás y apoyó la espalda contra la puerta.

—Porque yo me largo con o sin vuestra ayuda. Y me gustaría hacerles daño antes de irme. Y porque no he visto nunca a alguien enfrentarse a ellos como lo haces tú.

—¿Qué quieres a cambio?

La pregunta provocó una sonrisa en el rostro de Gloriana. Por un instante pareció mucho más que una Bala.

—Salir de aquí.

—¿Nada más?

—Me puedes dejar en el primer puerto amigo que encontremos.

Caledonia tardó un segundo en comprender que Gloriana le ofrecía la ayuda que necesitaba para salvar a su tripulación, y que todo lo que quería a cambio era desaparecer de Puerto de la Marca. Se giró hacia las pilas desordenadas de libros y dejó que sus dedos recorrieran las cubiertas resquebrajadas mientras ordenaba sus pensamientos.

—¿Por qué me has traído a la Torre de la Hermana? —preguntó.

—¿No es evidente? —Gloriana respondió con suavidad—. Necesitaba hablar contigo en privado, y este es un buen lugar. Nadie viene aquí. Ni siquiera la Hermana. —Hizo una pausa para echar un vistazo a la habitación—. Es obligatorio aprender a leer, pero los libros están prohibidos. Nunca he entendido por qué.

Caledonia se giró levemente. Aquellos libros eran un tesoro. Contenían historia, información, relatos, y Aric sabía que todos juntos eran más poderosos de lo que él podría serlo nunca. Así que los encerró. Todo lo que hacía tenía que ver con un equilibrio entre escasez y abundancia. Pero solo allí, en el sótano de la Torre de la Hermana, Caledonia comprendió que temía la mente de todos los Balas que formaban parte de su ejército. Les daba Limo para anestesiarnos y apaciguar su intelecto.

Esa era una pieza más del poder de Aric. Darse cuenta de ello la calmó y le generó una sensación de posibilidad. Cuando el poder se revela abiertamente, puede ser desmantelado.

—De acuerdo, Gloriana —dijo—. Te ayudaré a salir si tú me ayudas antes.

Gloriana asintió e intentó contener su alivio. Estaba más nerviosa de lo que parecía.

—Muy bien. Haré lo que necesites que haga, pero espero que tengas un plan porque sacar a tu tripulación de la Cárcel del Este no va a ser fácil.

No, no lo era.

Ahora que conocía la disposición de la ciudad y dónde se encontraban sus chicas, a Caledonia le resultaba fácil pensar en distintos escenarios. La tensión y el miedo todavía estaban presentes, pero en cierta manera apaciguados por el consuelo de poder diseñar un plan.

No importaba cómo lo hicieran, sacar a las chicas de la Cárcel del Este, cruzar la ciudad y subir a bordo de la Baliza frustraría cualquier posibilidad de salir del puerto. O lograban escapar

a hurtadillas de prisión y se arriesgaban a llamar la atención durante el paseo de kilómetro y medio a través de la ciudad, o hacían explotar las celdas y las descubrían incluso antes. En cualquier caso, en el momento en que sonara una alarma los muros del puerto se cerrarían y la única manera de escapar sería a pie, lo cual no les servía.

—No las rescataré en la Cárcel del Este —dijo, convencida de haber encontrado la solución—. Dejaré que sea la Hermana quien las saque de Puerto de la Marca.

Los ojos de color marrón claro de Gloriana se agrandaron.

—Los bidones de marea.

—Exactamente. Fuera de los muros del puerto puedo llegar hasta ellas sin estar tan expuesta.

—¿Entonces qué necesitas que haga?

Todos los planes de Caledonia empezaban con una intuición, una pequeña semilla en el fondo de su estómago que parecía ser el centro de todo. Cuando esa intuición crecía, sabía que era la correcta. En aquel momento sentía exactamente eso.

—Si un barco intenta salir de la bahía sin autorización, ¿los muros se cierran?

Gloriana asintió.

—Tardan cinco minutos en cerrarse.

—Bien. ¿Y tardan otros cinco minutos en volver a abrirse?

—Sí, pero una nave pequeña solo necesitaría tres minutos para poder pasar.

Esa ya no era una buena noticia, pero Gloriana no tenía por qué saberlo.

—¿Qué te parece si utilizamos explosivos? ¿Puedes ayudarnos a sabotear los brazos del muro?

—Si consigues las bombas, yo puedo colocarlas —dijo confiada—. Solo necesito tiempo.

El plan iba cogiendo forma, poco a poco.

—Te conseguiré las bombas, y después lo único que necesitaré de ti es que abras el muro cuando te dé la señal.

—¿Eso es todo?

—Sí. Abres el muro y subes al barco. Nosotros nos encargaremos del resto.

Gloriana cruzó los brazos sobre el pecho, meneó la cabeza y dijo:

—¿Sabes?, he oído historias sobre ti. Cómo empezaste atacando las barcazas que transportaban farolillos en el sur y acabaste enfrentándote a Lir en el norte. Prácticamente en cada historia que cuentan apareces por debajo de las olas como una hidra de varias cabezas, esperando el momento para volver a atacar.

—¿Una hidra? —Soltó una carcajada al imaginársela.

—Creo que entiendo a lo que se refieren. —Gloriana avanzó hasta la puerta y se detuvo con la mano en el cerrojo—. Espero que seas tan difícil de matar como cuentan esas historias.

Abrió la puerta y la acompañó de nuevo por el vestíbulo y las escaleras. Había el mismo silencio que antes, pero esta vez Caledonia se movía con mayor soltura. Todo empezaba a encajar. Excepto una pieza.

—Una cosa más —dijo, justo antes de que Gloriana abriera la puerta que daba al callejón—. ¿Sabes dónde esconden al Cincoojos Oran?

Gloriana frunció el ceño.

—Ni lo sé —dijo, solemnemente—, ni me importa.

Caledonia reconoció la misma mezcla de miedo y rabia que había visto en los Espadas cuando mencionaba a Oran, pero siguió insistiendo.

—¿Puedes averiguarlo?

La mueca de Gloriana se hizo más profunda. Asintió de mala gana.

—Puedo intentarlo.

—Bien. Hazlo.

La mueca siguió penetrando en su interior al tiempo que expresaba su predisposición. Se giró rápidamente, abrió la puerta con fuerza y salió. Aparecieron juntas en el callejón, a plena luz del día.

—Esperaré tu señal —dijo Gloriana—. Mientras tanto, no salgas de tu sector. No puedo vigilarte constantemente.

—¿Me estabas siguiendo?

—Pues claro —respondió muy sorprendida—. ¿Creías que había sido suerte? —La mujer rio—. En Puerto de la Marca la suerte no existe, amiga.

Caledonia esperaba que eso no fuera verdad. Porque su plan era bueno, pero iba a necesitar un poco de suerte para que las piezas acabaran de encajar en el orden correcto.

—Yo he tenido suerte al encontrarte —replicó Caledonia. Luego hizo una pausa—. ¿Cómo lo supiste? No pudo ser solo la grasa.

—No, no fue solo la grasa. Pero si no os vais pronto empezarás a parecerle sospechosa a más gente. Si fuera tú, fingiría una pelea y utilizaría una venda —le advirtió—. Fue vuestro Balístico. Dair. Utilizó un código anticuado en el manifiesto. Me picó la curiosidad y cuando empecé a fijarme en ti tuve una intuición. Eso, más el espectáculo que montaste anoche en la plaza. Pensé que valdría la pena arriesgarse.

—Tienes una intuición muy aguda, Gloriana —dijo Caledonia. Se preguntó hasta qué punto sería aguda sin la influencia del Limo.

—Sí, es verdad —respondió mientras bajaba por el callejón—. Soy bastante aguda.

CAPÍTULO

23



En la mente de Caledonia empezó a florecer la esperanza, que pronto se convirtió en una determinación de hierro. Había muchos detalles que atender, pero el plan era realista. Solo tenía que tirar de los hilos adecuados y los nudos se irían deshaciendo.

Siguió a Gloriana por el callejón con una renovada sensación de control. Y eso era clave para que el plan tuviera éxito.

Justo antes de llegar a la calle principal, Ortiga dobló corriendo la esquina. Gloriana se puso firme; emanaba oleadas peligrosas de autoridad. Pero antes de que pudiera reprender a la chica, Ortiga se detuvo con unos ojos grandes que iban de la una a la otra.

—Todo va bien —dijo Caledonia a su compañera y a la niña—. Somos amigas. ¿Qué querías?

Ortiga infló las mejillas con un gesto de escepticismo, pero se apresuró a dar el asunto por cerrado.

—Se están llevando a la tripulación.

Caledonia asintió.

—Ya me lo has dicho antes.

—No —dijo Ortiga con premura—. Se la están llevando ahora.

No esperó la respuesta de su capitana, dio media vuelta y corrió hacia atrás, por donde había venido. Caledonia la siguió, mientras el corazón se aceleraba en su pecho. Por detrás, Gloriana seguía el ritmo. Tenía la suficiente claridad como para pensar que si había que detenerla, si había algo completamente fuera de lugar en una Bala que corría hacia unas prisioneras que estaban siendo desplazadas de un lugar a otro, entonces alguna de sus dos compañeras la detendría.

Ortiga las acompañó hasta el puerto, donde se agrupaba una densa y ruidosa multitud, que disfrutaba de la exhibición de la tripulación de chicas, y de lo que les esperaba en los bidones de marea.

Dieron un rodeo alrededor de los Balas que abucheaban a las chicas, y bajaron por un muelle sin gente desde donde se veía claramente a la tripulación. En el muelle opuesto al que se encontraban, los Balas conducían a las chicas por una pasarela hasta la cubierta de un barco. Una a una, aparecieron todas con las manos atadas a la espalda.

Amina era la primera del grupo; sus largas trenzas negras caían por detrás. Parecía más

delgada y no paraba de mirar al cielo, sin duda buscando alguna señal de los espíritus. A su lado estaba Hime, más bajita, con las manos pegadas al pecho mientras contaba a cada miembro de la tripulación que subía a bordo tras ella. También estaban Tina y sus hermanas Pippa, Folly y Far, e incluso Ares, llenas de magulladuras y sangre seca.

El pecho de Caledonia se contrajo. Por un lado estaba increíblemente aliviada al comprobar que estaban vivas, pero por el otro luchaba contra una voz que le llegaba desde el fondo de la mente que le decía que era demasiado pronto. No estaban listos. La nave no estaba lista. A duras penas había logrado concebir un plan.

La última de la tripulación que subió fue una chica alta y ancha de espaldas, con el pelo negro. Era Piscis. Caledonia apretó la mandíbula para no ponerse a llorar.

Entonces se oyó una voz en el puerto.

—¡Cinco hijos Oran! —gritó la Hermana—. Te dejamos elegir.

Caledonia había estado tan pendiente de observar a la tripulación subiendo a bordo del barco que se había perdido el grupo que esperaba en el embarcadero. Allí estaba la Hermana con sus túnicas naranja y crema, delante de la figura de un chico malherido. Su voz les caía encima a través de unos pequeños altavoces.

—Demuestra tu arrepentimiento y lealtad matándolas a todas, o une tu destino al de ellas.

Dos Balas aparecieron entre la Hermana y Oran, con las pistolas cargadas. Se las ofrecieron a Oran; si decidía disparar a cada una de las componentes de la tripulación de Caledonia pondría fin a su propio sufrimiento.

Ortiga respiró hondo.

Oran avanzó hacia los Balas, intentando poner los hombros rectos con mucho esfuerzo. Luego giró y caminó lentamente hacia la pasarela para unirse a la tripulación de Caledonia. Su tripulación.

La Hermana asintió y el motor del barco empezó a gruñir. Se preparaba para llevarse a la tripulación y encerrarla en aquellos bidones espantosos donde se verían obligadas a mantenerse a flote hasta quedarse sin fuerzas.

—Levantad la mirada —susurró Caledonia, aunque sabía que no podían escucharla.

Pero Piscis giró la cabeza y miró directamente a Caledonia. Y a pesar de la distancia que las separaba, a pesar de la ropa Bala y de los pinchos rubios del pelo de Caledonia, Piscis reconoció a su hermana.

«Te rescataré», gesticuló Caledonia tan marcadamente como se atrevió. «Aguanta».

Piscis se limitó a observarla un instante y luego asintió muy brevemente. La había visto, había comprendido e iba a pasar el mensaje a sus hermanas.

Todavía no estaban preparados para el rescate, pero Caledonia iba a asegurarse de que pronto lo estarían.

—Gloriana —dijo mientras miraba el barco que se llevaba a su tripulación—. ¿Cuándo es la próxima marea baja?

—Aproximadamente a medianoche.

Caledonia asintió.

—Ese es nuestro objetivo. Te entregaremos las bombas en un par de horas. Las colocaremos,

abriremos los muros sobre la medianoche y luego subiremos a la nave.

—Nos vemos pronto, capitana —respondió Gloriana, que regresó por el muelle con paso ligero.

Caledonia se sintió llena de una terrible sensación de esperanza mientras observaba el barco que se llevaba a sus hermanas al otro lado del muro, hasta los bidones de marea. Iban a encerrarlas en el interior y una vez que hubiera entrado la marea no habría manera de abrir las escotillas. Tendrían que aguantar una marea entera antes de que pudieran rescatarlas. Aquello ya hubiera sido un reto para muchas de ellas sin estar pasando hambre ni estar tan débiles, después de días de maltrato. En su estado actual, podían morir fácilmente.

—Aguantad —susurró Caledonia—. Os rescataré.

CAPÍTULO

24



Caledonia se pasó el resto del día a bordo de la Baliza para asegurarse de que estaba lista para lo que les esperaba, y explicando el plan a Trineo.

—Vuélvemelo a explicar —dijo, en una pequeña sala debajo del puente.

—A medianoche, Gloriana abrirá el muro. Cuando se den cuenta de lo que está pasando, los Balas lo cerrarán, pero nosotros ya estaremos en marcha. Tendremos cinco minutos para cruzarlo con la Baliza. Y cuando se cierre detrás de nosotros, provocamos una serie de explosiones. Liberaremos a mi tripulación y saldremos de aquí antes de que nos puedan perseguir.

—Haces que suene muy sencillo —refunfuñó—. ¿Cómo estás tan segura de que podremos pasar? ¿Qué sucede si vamos demasiado despacio?

Caledonia le devolvió una sonrisa crispada.

—No podemos permitirnos ser lentos. Ni ningún retraso.

Se inclinó hacia atrás y la miró durante un buen rato. Había más distancia entre ellos, como si una vara puntiaguda les empujara en direcciones opuestas. Oran estaba con su tripulación. A Trineo podía no gustarle, pero tampoco estaba dispuesto a desafiarla abiertamente, de modo que decidieron no hablar del tema. Era incómodo, aunque soportable. Por el momento.

Alguien llamó a la puerta apresuradamente. Era Triple. La frente le brillaba de sudor y oscurecía el pelo en su sien. Le tiró un control remoto a Caledonia mientras asentía confiada.

—He entregado los explosivos a Gloriana —dijo—. Los colocará en el interior de cada torre de la muralla antes de encontrarse con nosotros esta noche.

—¿Alguna señal de peligro? ¿De cualquiera? —preguntó Trineo, con énfasis en la última palabra.

Caledonia saltó antes de que Triple pudiera responder.

—Gloriana podría haberme entregado a la Hermana. ¿Por qué no lo hizo, si no es para ayudarnos?

—Porque ha oído historias sobre ti y quiere animarte a planear algo elaborado para ser ella quien te detenga —replicó Trineo—. Exactamente lo que estamos haciendo ahora.

Caledonia entendía sus dudas, pero a estas alturas ya no se las podía permitir. Tenían que confiar en el plan o este sería demasiado frágil.

—Sé que es un riesgo —dijo, mirando a Triple y luego a Trineo—. Todo lo que hemos hecho era un riesgo. Pero lo dijisteis vosotros mismos. Tenéis que dejar de ser ellos. Tenéis que convertirlos en otras personas, y tenéis que elegir permanentemente qué implica eso.

A Triple no le hizo mucha gracia que utilizara sus palabras para ir en contra de Trineo.

—¿Y eso qué tiene ver?

Caledonia respiró lentamente.

—La primera vez que un Bala me dijo que quería dejar de serlo le creí. Y murió mucha gente a quien quería.

—Lir —dijo Triple, cuyos ojos se agrandaron al comprender—. Por eso le buscabas.

—Sí. —Hizo una pausa larga para encontrarse con los ojos de Trineo—. Me ha costado confiar en alguien que pronuncia esas palabras.

—Pero ahora lo haces —afirmó Triple, menos incómoda que un segundo antes.

—No me queda otra opción. —La verdad la dejó asustada—. Las dos últimas veces que he oído que un Bala quería dejarlo era verdad. Y quiero creer que ahí afuera hay Balas que dirían lo mismo si tuvieran la ocasión. —Su garganta se contrajo al pensar en Donnally. Vivo e inalcanzable—. Si dejamos de confiar en ellos, entonces dejaremos de creer que merecen ser salvados.

—Hay gente que no lo merece. —Trineo caminó abruptamente hacia la puerta y la abrió de un empujón—. Estaré listo cuando me necesitéis.

—¡Trineo! —gritó Triple, sorprendida.

Pero ya no estaba. La puerta se había cerrado. Cuando regresó con Caledonia, el rostro de Triple parecía consternado, sus ojos de color avellana sumidos en el conflicto. Aguantó la mirada de Caledonia durante un minuto largo en el que compartieron muchas cosas. Luego resopló.

—Trineo nos ha pedido que respetemos tus deseos —empezó—. Deberías saberlo. Es duro para nosotros, pero si Trineo nos pide hacer algo, lo hacemos. Dices que Manodeacero forma parte de tu tripulación, y lo vamos a respetar.

—Oran —propuso Caledonia delicadamente, pero Triple le devolvió una sonrisa triste.

Caledonia asintió y deseó que Triple, Trineo y el resto de Espadas comprendieran que el Oran que ella conocía no era el Manodeacero que ellos recordaban.

—Confiamos en ti para que seas nuestra líder —añadió Triple—. Pero esto no va de confiar en nadie. Esto va de historia. Lo abandonamos en el pasado y tú nos pides que juegue un rol en nuestro futuro. Es lo último que esperábamos de ti.

Caledonia sonrió.

—A mí también me sorprende. Intenté matarlo la primera vez que lo encontré. —Hizo una pausa—. Y después unas cuantas veces más.

Triple rio y pasó sus trenzas por encima del hombro.

—Primero Oran y después Lir. Los Cinco hijos son todos iguales. Peces gordos imposibles de matar.

Caledonia sintió un calor inesperado en las mejillas.

—Hay una diferencia esencial entre ellos.

—¿Cuál? —preguntó Triple al arquear una ceja.

—Oran nunca intentó matarme a mí.

La noche era cada vez más espesa en las azoteas de Puerto de la Marca. Uno a uno, los Espadas salieron del barracón D. Escogieron caminos diferentes para llegar a la Baliza, pero toda la tripulación logró subir a bordo.

Caledonia y Trineo fueron los últimos en llegar, trotando juntos al unísono. La luz solar iluminaba las calles mientras en el cielo una serie de nubes infladas brillaban a la luz de la luna. Los únicos sonidos eran el susurro de los pasos y la respiración constante. Caledonia intentó centrarse en el plan, pero su mente no paraba de proyectarse hacia su tripulación, que soportaba la marea alta dentro de los bidones. Quería creer que todas ellas iban a sobrevivir, pero no era seguro. Hasta improbable.

Pero sus chicas ya habían sobrevivido a lo improbable en otras ocasiones, se recordó. Eran listas, fuertes y con recursos. Había formas de sobrevivir en el agua, y sobrevivir era su tarea en aquel instante. Lo demás dependía de ella.

Caledonia volvió a centrarse en el puerto. Había pocos elementos que jugasen a su favor, pero uno de ellos era que los Balas de Puerto de la Marca habían pasado tanto tiempo protegiéndose de amenazas externas que no se esperarían en absoluto ser atacados desde dentro.

Caledonia y Trineo aparecieron casi cien metros al norte de donde se encontraba la nave, e hicieron una larga pausa para asegurarse de que el muelle estaba despejado. Todo parecía más grande sin las aglomeraciones de Balas. Las luces solares se fueron atenuando y su luz azul hizo que el muelle pareciera un paisaje invernal. Con precaución se pusieron al descubierto y corrieron por debajo de los cascos de los barcos, que era donde las sombras eran más profundas.

Al acercarse a la Baliza, lo único que les sorprendió fue que las cuerdas estuvieran sueltas. Habían sido desatadas de las bitas en la cubierta, por lo que estaban listos para salir volando en el momento en que Gloriana pisara la nave.

Trineo aceleró mientras se aproximaban a la pasarela. Harwell les saludó desde la cubierta con una sonrisa amplia, mezcla a partes iguales de entusiasmo y ansiedad.

—Informe de situación —dijo Caledonia en voz baja.

—Todos a bordo excepto Gloriana. Motores en buen estado, hélices en su sitio. Listos para recibir la señal, capitana.

—Bien —asintió. Luego examinó el muro y murmuró—: Ahora solo nos queda esperar.

—Espero que funcione —dijo Trineo, como un eco de sus propios pensamientos.

—Funcionará —respondió Ortiga con absoluta confianza—. La capitana Caledonia es la más dura de los mares.

—Nos has traído un pececito —bromeó Triple, tirando a Ortiga de uno de sus lazos multicolor, que habían reaparecido en todo su esplendor.

—¿Un pececito? —Ortiga hizo lo posible para parecer ofendida—. ¿Y entonces tú qué eres?

Triple sonrió y se acercó cada vez más a la chica.

—¡Un pez emperador!

Ortiga rio y le dio un amago de bofetada a Triple. Aquella niña sabía cómo ganarse a la gente,

probablemente por eso había sobrevivido tanto tiempo. Ciertamente era como había conseguido encontrar un hueco en la tripulación de Caledonia.

—¡Mirad! —exclamó Ortega en voz baja, saltando sobre los dedos de sus pies y señalando.

El grupo se giró hacia el muro, cuya parte de arriba era visible gracias a la luz naranja parpadeante. En un primer momento era difícil atisbar si se estaba moviendo. Luego, un fragmento de océano negro apareció en el sitio donde antes solo había metal. Se estaba abriendo.

—Lo ha conseguido —dijo Trineo asombrado.

Una pequeña sensación de victoria se instaló en el pecho de Caledonia. Se la sacudió de encima.

—Ahora solo tiene que llegar hasta aquí y nosotros haremos el resto.

—¡Allí está! —susurró Ortega.

Una figura en el muelle corría entre las sombras en dirección a la Baliza. Todavía estaba a cierta distancia cuando aparecieron otras tres figuras por detrás. Era una patrulla.

—No lo conseguiré —dijo Triple, sacando la pistola—. Necesita ayuda.

—Si disparamos perderemos la ventaja —intervino Caledonia, con los ojos puestos en Gloriana, deseando poder hacer otra cosa que observar y esperar—. No dispaes.

Triple envolvió la pistola con los dedos. Caledonia sintió que sus nervios se convertían en acero. Quería ayudar a Gloriana e iba a hacerlo, pero no poniendo en riesgo a los demás. Tampoco iba a poner en riesgo a su tripulación.

En el muelle, la patrulla se acercaba a Gloriana y le exigía que se detuviera. Esta paró en seco y levantó las manos. La habían pillado, y lo sabía. Antes de girarse para enfrentarse a la patrulla, los saludó con una mano. Era un mensaje: marchaos.

—Arranca los motores, Harwell —ordenó Caledonia—. Trineo, ve a las ametralladoras de popa. Pero no dispaes hasta que sea necesario.

—¿Y qué pasa con Gloriana? —preguntó Ortega, alarmada—. Lo arriesgó todo por ayudarnos. ¡No podemos dejarla!

Caledonia sintió un nudo que conocía bien en el estómago, hecho de culpabilidad y arrepentimiento.

—Lo hizo, y sí que podemos. Te quiero al timón.

—¡Espera! —gritó Ortega, que corrió hacia la pasarela con algo pequeño escondido en la mano—. ¡Puedo ayudarla!

—¡Ortiga! —chilló Caledonia, pero era demasiado tarde.

La niña esprintaba por el muelle buscando el cobijo de las sombras. Corrió con todas sus fuerzas y cuando estuvo a pocos metros lanzó un objeto al aire.

No se oyó nada, pero el destello fue tan violento que cegó a Caledonia.

—Mierda —se lamentó, mientras parpadeaba para recobrar la vista—. No veo nada. ¡Informe de situación!

—Han caído, pero... —la voz de Triple fue interrumpida por un disparo.

Estaban oficialmente fuera de tiempo.

—¿Le han dado? —preguntó Caledonia, que tenía en la mente una imagen del cadáver de Ortega en el suelo.

—No. Pero Gloriana se está alejando. Está en retirada. Y Ortiga...

Otro disparo.

—Le han dado. —Triple habló de forma apresurada y corrió por la pasarela para ayudar a Ortiga.

—¿Pino? —gritó Caledonia, mientras iba creciendo su frustración.

—No tengo una línea de tiro clara —gritó desde la cubierta trasera.

Quería preguntar si Ortiga estaba malherida, si había alguna posibilidad de que alguien las alcanzara a tiempo, pero no podían distraerse más.

Cada vez había más distancia entre las luces naranjas parpadeantes. Los motores de la Baliza rugían bajo los pies de Caledonia. Empezó a ver un poco mejor y se fijó en que los Balas del muelle también tenían problemas con la vista. Gloriana había desaparecido y Ortiga corría de vuelta a la Baliza, aunque apenas era capaz de sostenerse en pie.

Otro disparo.

Triple esprintó más allá de donde se encontraba Ortiga en dirección a los tres Balas. Disparó y alcanzó a uno de ellos en el hombro. Luego blandió su espada.

—¡Mi gloria será vuestra si conseguís derrotarme! —retó a los Balas y se convirtió en el escudo de Ortiga.

Caledonia sentía que su corazón daba vueltas como un motor y que su sangre se arremolinaba.

Los Balas cambiaron las pistolas por espadas. Sonreían, aullaban y se acercaban cada vez más.

—¿Pino? —volvió a gritar Caledonia.

—¡No tengo tiro! —gritó. Las palabras estaban teñidas de rabia.

Trineo se dirigió a la pasarela pero Caledonia le agarró la muñeca de forma inflexible. Lo fulminó con la mirada.

—No más retrasos. —Sus palabras eran como cuchillos.

Una vez más, Caledonia se encontró en la situación de tener que elegir entre personas que quería. Si los Balas averiguaban que la Baliza se estaba preparando para escapar, no malgastarían su tiempo con Triple. Harían sonar la alarma y la situación de Caledonia sería mucho más precaria. Triple les estaba regalando tiempo. Y le tocaba a Caledonia aprovecharlo.

En tierra, Triple levantó la espada. Los Balas estaban de pie a su alrededor en un alegre semicírculo, con los ojos encendidos ante la posibilidad de matarla.

Atacaron todos a la vez. El metal chocó contra el metal, Triple resistía las embestidas.

Ortiga estaba a diez metros de distancia de la nave. Se impulsaba con fuerza con los brazos.

—¡Listos en la pasarela! —gritó Caledonia, dispuesta a recoger la plataforma en el instante en que Ortiga pusiera el pie en la cubierta. Dispuesta a dejar atrás a Triple.

Triple giraba como una estrella y hacía girar a los Balas en su órbita. Los engañó con gran elegancia gracias a su serie de movimientos de ataque. Uno. Dos. Y a la tercera ya los tenía. Rompió el patrón que les había enseñado a esperar y clavó la espada en el pecho de uno de los Balas.

En la cubierta, los Espadas la vitoreaban. Pino disparó y derribó al segundo de los atacantes. Caledonia empezó a concebir esperanzas de que lo conseguiría. Que podía esperar un segundo

más para que regresara.

Pero justo entonces, los vítores se convirtieron en chillidos. El último Bala contraatacó con gran velocidad y obligó a Triple a dejar su flanco desprotegido. Cuando levantó el brazo, le clavó la espada debajo de las costillas.

Se desplomó sobre sus rodillas. El Bala sacó la espada y al instante Triple se puso en pie para atacar con todo lo que le quedaba dentro.

Luchó maravillosamente. Pero el Bala utilizaba argucias. Cuando tuvo que girarse para esquivar un puñetazo, fue alcanzada en la espalda. Entonces se detuvo, paralizada en un arco perfecto, como una pluma a punto de ser levantada por la brisa.

Luego se desmoronó.

CAPÍTULO

25



Caledonia gritó. El aire se llenó del sonido de una violenta lluvia en el momento en que Pino abría fuego con la ametralladora.

Ortiga estaba en la cubierta, respiraba agitadamente y sangraba por un rasguño en el brazo causado por una bala. Pero por lo demás estaba ilesa.

—Capitana —resopló mientras Caledonia la ayudaba a incorporarse—. Lo siento. Yo...

—Te necesito en el timón —dijo Caledonia—. ¿Te sientes capaz?

Ortiga enderezó la espalda y asintió con determinación.

—Cuenta conmigo, capitana.

Caledonia miró una última vez a Triple, tumbada en el suelo, donde había caído, mientras el atacante huía para refugiarse. Quería llorar, soltar lágrimas y gritar de rabia, pero ese no era el momento. Se mordió el labio y miró hacia el puerto.

La noche estaba llena de ruidos; la ciudad se despertaba y los Balas convergían en el muelle desde todas las direcciones. No había tiempo para esperar a Gloriana. Tenían que confiar en que sabría cuidar de sí misma. Si se demoraban un segundo más, todo el esfuerzo habría sido en balde.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

—¡Agachaos! —dijo Pino.

Alcanzaron la cubierta justo en el momento en que un grupo de Balas corría por el muelle disparando a diestro y siniestro a la nave que zarpaba.

—¡Apartaos! —gritó Pino, mientras se alejaban de la línea de fuego—. ¡Ametralladoras listas! ¡Quiero a tres equipos en la cubierta trasera!

Caledonia se dirigió al puente y escaló hasta llegar al techo desde donde podía ver la bahía y los muelles. El rugido de los motores llenó el aire mientras grupos de Balas corrían hacia sus barcos para prepararse para la persecución.

La Baliza era lo único que se movía en toda la bahía. Arrastraba una cola de agua revuelta y se dirigía a la única abertura que había en el muelle. Pero eso iba a cambiar antes de lo esperado. Caledonia examinó la situación y sopesó las distintas opciones que tenían.

De los barcos amarrados en el puerto, quizás había dos lo suficientemente rápidos como para poder darles caza. Pero aún iban a tardar varios minutos en zarpar. Entretanto, las embarcaciones

más pequeñas podían incordiar a la Baliza, obligándoles a entrar en combate mientras los barcos más grandes se preparaban para destrozarlos. Por el momento su mejor opción era la velocidad.

Las compuertas volvieron a moverse, esta vez para cerrarse. Las estructuras se deslizaban más deprisa, formando grandes ondas al desplazarse hacia dentro. Si se cerraban antes de que pudieran cruzar al otro lado, ya no habría forma de escapar de la bahía. No habría forma de salvar a su tripulación.

Aunque había anticipado ese momento, el pulso de Caledonia se aceleró.

—¡Nos persiguen tres barcos! —gritó Pino desde la popa—. ¡Dos zumbadores y un barco *mag*!

Saltó a la cubierta de mando e irrumpió en el puente. Ortega pilotaba con la mirada resuelta.

—Ortega, necesito que ralentices un poquito —dijo Caledonia.

La chica respondió alarmada.

—Este trasto ya es suficientemente lento. Nos cogerán.

—Necesito que nos cojan —explicó Caledonia—. Pero no será por mucho tiempo.

La chica sonrió y enseñó los dientes.

—Qué bien que estés de vuelta. Quiero decir, qué bien que todo sea como antes.

Caledonia le devolvió una sonrisa crispada antes de dirigirse a Harwell:

—Listo cuando te dé la señal, Harwell.

—Será un placer —respondió este sentado ante el tablero de control.

Avanzó hacia la cubierta de mando, donde el viento azotaba sus mejillas. Los zumbadores estaban haciendo exactamente lo que había previsto, hostigando a la Baliza por un lado mientras el barco *mag* se acercaba por el otro. Los tres acertaban las distancias respecto a la Baliza mientras las compuertas se cerraban.

—Espero que sepas lo que haces —dijo Trineo desde su posición.

—Confía en mí —respondió Caledonia.

El barco *mag* dio un acelerón, se impulsó hacia delante y desplegó sus arpones magnetizados. Oyó el ruido seco de cada uno de ellos al alcanzar el casco de la Baliza. Las seis ataduras que conectaban a los dos barcos se tensaron. Luego, el barco *mag* apagó los motores y lanzó tres anclas en su estela.

Las ametralladoras de Pino disparaban a discreción y obligaban a la tripulación del barco *mag* a esconderse. Pero el daño ya estaba hecho. Las anclas se clavaron y se abrieron como velas para llenarse de agua y crear la suficiente resistencia como para frenar a la Baliza.

Caledonia dejó que todo siguiera su curso, que el barco *mag* creyera que los habían detenido, que los zumbadores rompieran su propia inercia mientras ralenticaban por el flanco de la Baliza.

El espacio entre los brazos del muro era cada vez menor. En menos de un minuto, iban a cerrarse. La tripulación observaba al límite del pánico, con los ojos midiendo la distancia que los separaba de la libertad. Caledonia dejó que el muro se cerrara un poco más, y luego fue el momento.

—¡Máxima potencia! —ordenó Caledonia.

Los motores tiraron de la nave para superar la fuerza de los arpones magnetizados del barco *mag* y llegar hasta el muro. Por detrás, los tres barcos Bala reducían la velocidad ya que la Baliza

parecía atrapada.

Caledonia sonrió. Justo antes de que los brazos se cerraran, gritó:

—¡Ahora, Harwell!

La nave vibró. El agua se alejó del casco con unas fuertes ondas, y los seis *magones* perdieron agarre al ser desmagnetizados.

La Baliza encontró la fuerza para avanzar, casi dando pequeños saltos mientras las hélices giraban a toda velocidad. Habían logrado distanciarse unos cincuenta metros cuando los zumbadores consiguieron virar y volver a coger velocidad. No era mucha ventaja, pero sería suficiente.

Ortiga no necesitaba que le diesen indicaciones. Apuntaba al estrecho canal de agua entre los brazos del muro, y se mantenía firme.

Nadie respiraba. Todos los ojos estaban puestos en aquellos pocos metros que quedaban.

Al lado de Caledonia, Trineo soltó una predicción de la que Dienterrojo se hubiera enorgullecido:

—No lo vamos a conseguir.

Pero ella estaba convencida de que sí.

Irrumpieron en el canal de agua con escasos centímetros de margen a cada lado. Cuando ya casi habían salido, los brazos pellizaron la popa del casco que dejó un rastro de chispas por detrás.

El muro se cerró y los barcos que los perseguían se quedaron en el interior. Por el momento eran libres. Caledonia presionó el mando a distancia. Pasaron dos segundos y luego una explosión destrozó la torre sur de la muralla.

La tripulación dirigió su atención hacia la torre norte, pero cinco segundos más tarde estaba claro que algo había fallado. No había tiempo que perder.

—¡Llebadme hacia mi tripulación! —gritó Caledonia.

CAPÍTULO

26



Los bidones de marea se alzaban en la noche como demonios que salen de las profundidades del océano. En tres de ellos había banderas naranjas ondeando.

—¡Ortiga, acércanos! —gritó Caledonia—. Pino, necesito los perforadores de acero.

—¡Capitana! —gritó Lutita desde la proa—. ¡Las del bidón de en medio ya están libres!

Unas luces se encendieron en cubierta y buscaron el bidón que estaba justo en medio de los cinco. Allí, subidas sobre la estructura, había por lo menos doce chicas. Se ponían de pie, apiñadas, y se cubrían los ojos por la luz. Caledonia las vio —eran Neece, Britta, Pippa, Wen y Amina—, empapadas y temblando pero vivas y enteras.

Alguien las había liberado. Echó un vistazo a los demás bidones y se encontró con una figura en la sombra, aferrada a uno de ellos. Iba descamisado, estaba cubierto de heridas y trataba de abrir la escotilla.

—¡Oran! —gritó. El chico giró la cabeza y enseguida la vio—. ¡Aléjate de la escotilla!

Entendiendo lo que le decía, el rostro de Oran se iluminó de alivio. Se subió a un bidón y retrocedió mientras Ortiga escoraba la nave hacia él. En los bidones restantes se oían golpes en las paredes.

—¡No perdáis la calma, chicas!

—Las escotillas están demasiado bajas —dijo Pino, con los perforadores de acero en la mano—. Van a tener que nadar y escalar.

Caledonia había llegado a la misma conclusión, y aunque no le gustaba, no había tiempo para encontrar otra solución. Si el brazo norte del muro se abría se verían obligados a huir con o sin la tripulación.

—Pueden hacerlo.

Pino le pasó un perforador de acero a Trineo. Cuando Caledonia fue a por el tercero, soltó una carcajada.

—Ni de broma, capitana. ¡Tú, Estornino! —Lanzó el perforador a un chico a quien habían puesto ese nombre por su canto—. Al agua.

Estornino agarró el perforador y saltó al agua. Trineo iba detrás de él.

—¡El muro se está moviendo! —anunció Menta desde la cubierta trasera.

Pino se tiró al agua mientras Caledonia regresaba a la cubierta de mando. El cielo estaba completamente oscuro por todas partes excepto sobre Puerto de la Marca. La ciudad estaba iluminada; un azul blanquecino contrastaba con las garras negras de las colinas. En la bahía, empezó a abrirse el brazo norte del muro.

—¡Ametralladoras listas! —gritó.

Por detrás, los perforadores de acero causaron varios pequeños estruendos. Las escotillas de los bidones restantes se abrirían en unos segundos, y las chicas podrían salir al agua. ¡Si solo dispusieran de unos minutos más!

En la cubierta principal, cinco Espadas corrieron hacia la barandilla y lanzaron escaleras de cuerda para que las primeras chicas de la tripulación subieran a bordo. El corazón de Caledonia revoloteaba en su pecho. Quería correr hacia ellas, rodearlas con los brazos y besar sus mejillas, pero se mantuvo impasible. Era imprescindible seguir concentrada en la batalla.

Como si lo hubiese convocado con la mente, un misil perforó el bidón central, que explotó con el impacto. Su estómago sufrió una sacudida. ¿Habían conseguido salir todas las chicas?

Por detrás, el muro se iba abriendo y un único barco asomó por la abertura. Rugió hacia ellos y un segundo misil silbó por encima de otro bidón y explotó a una cierta distancia.

—¡Más rápido, más rápido! —oyó que decía Trineo, cuya voz retumbaba sobre el agua.

Las chicas necesitaban ánimos. Se zambullían en el agua cada vez más rápido y nadaban hacia la Baliza.

Caledonia no apartaba la mirada del barco que se acercaba. Tenía que tomar una decisión: virar para proteger a las chicas que todavía estaban en el agua y ralentizar el rescate varios minutos, o seguir adelante y confiar en que la oscuridad iba a ocultarlas hasta que la última estuviera a bordo.

Un segundo barco logró salir de la bahía.

—¡Ametralladores! —gritó—. ¡Apuntad al primer barco! ¡Cubridnos en todo momento!

El aire entró en erupción. Los ametralladores dispararon sin parar y gastaron incontables balas en el esfuerzo de evitar el fuego enemigo.

Pero no era suficiente. Un tercer misil impactó contra el casco, la nave se balanceó y la metralla cayó sobre las chicas que todavía nadaban. Dos escaleras se rompieron y cayeron al agua.

Iba a tener que girar de costado para proteger a las chicas, aunque la maniobra ofrecería una diana mayor al barco Bala. No le quedaba otra.

Justo cuando iba a dar la orden, el segundo barco Bala hizo algo inesperado: disparó contra el primero.

—¡Gloriana! —gritó Ortiga desde el timón—. ¡Tiene que ser ella!

—¡Seguid disparando! —gritó Caledonia a los ametralladores—. ¡Y ayuda a las chicas a subir a bordo!

Durante un minuto las chicas fueron saltando la barandilla. Llegaban una detrás de otra y formaban pilas temblorosas mientras el cielo explotaba.

Otro misil impactó contra la nave. Viraron a estribor en medio de ruidos de metal que se contorsionaba.

—¡Trineo! —gritó.

—¡Vámonos, capitana! —Trineo gritó desde su posición, junto a las escaleras, con una voz fuerte apenas audible por encima de la tormenta.

Un tercer barco cruzó el muro y obligó a Gloriana a girar hacia el sur. Caledonia esperaba que fuese ella, y que terminara en algún lugar mejor que Puerto de la Marca.

—¡Ortiga! ¡Sácanos de aquí! —gritó con convicción.

La nave emitió un ruido sordo, rugió y se alejó de Puerto de la Marca. Pronto el océano de la noche escondería su pista.

Caledonia dirigió una última mirada al grupo de chicas apiñadas en la cubierta —sus chicas, su tripulación, sus hermanas— y sonrió.

CAPÍTULO

27



La victoria nunca es fácil de gestionar.

Habían logrado lo que se habían propuesto. Habían hecho lo que nunca antes nadie había hecho, y merecían celebrarlo. Merecían celebrar el retorno de la tripulación. Pero también habían perdido a Triple, y había que llorar su muerte.

Caledonia no era capaz de encontrar espacio para ninguna de las dos cosas. No hasta que estuvo convencida de que no las seguían, no hasta que había puesto la suficiente distancia entre ellos y Puerto de la Marca. Durante una hora tuvo los ojos clavados en la estela que dejaban en el mar, buscando señales de peligro hasta que finalmente se convenció de que estaban a salvo.

—Ortiga —dijo por fin—. Deja el timón y ve a que te curen el brazo.

—Sí, capitana —respondió con una voz cansada.

Cuando la niña se hubo marchado, Caledonia se dirigió al interior de la nave con pasos ligeros y la respiración acelerada. El comedor se había convertido en un barracón. Había camas apoyadas en las paredes; mesas y sillas dispuestas en un espacio común improvisado; se estaban sirviendo platos de sopa caliente.

Las chicas estaban vestidas con ropa seca, sentadas, envueltas en mantas, con tazas de sopa entre sus finos dedos, murmurando entre sí en tonos reconfortantes.

Caledonia se detuvo a pocos pasos de la entrada. El silencio tejió una red perfecta mientras las chicas se giraban para mirarla. Vio a Tina, de pie en medio de las hermanas María, que consolaba con los brazos a la más pequeña. Vio a Folly acurrucada debajo de una manta, con un corte profundo en la frente. Estaba Amina, sentada y dándose la mano con Hime, envuelta en una gasa nueva. Había chicas apelotonadas y reunidas en torno a las mesas, chicas atendiendo las necesidades de otras, chicas incapaces de levantarse de las camas. Ares estaba agachado al lado de Wen, cosiendo una serie de puntos. No había señal de Oran; sus heridas eran tan graves que probablemente estaba en la enfermería. Y allí, en el centro de la sala, reconoció a Piscis.

Todas la observaban. Luego Hime se movió —su manta cayó al suelo— y cruzó la sala hasta llegar a Caledonia.

—*Capitana* —gesticuló y se golpeó el hombro enérgicamente.

El alivio se llevó por delante a Caledonia como el agua de una presa. Un sollozo que tenía

algo de risa se le escapó de los labios, y se acercó para abrazarla, pero Hime dio un paso atrás y le pegó una bofetada.

Le dolió tanto en el corazón como en la piel. Caledonia dejó que la sorpresa se congelara en el rostro mientras volvía a mirar a Hime. La pequeña respiraba agitadamente.

—*Nos abandonaste* —gesticuló. La rabia brillaba en sus ojos acusadores, y por la sala hubo ecos de la misma rabia.

Caledonia asintió.

—Me lo merezco.

En ese momento, Hime soltó una sonrisa como un amanecer.

—*¡Sabíamos que volverías!*

Hime dio un paso adelante y envolvió sus brazos ágiles alrededor de Caledonia, estrujándola fuerte. Estaba muy delgada y fría, pero no había nada mejor que abrazar a sus hermanas. Caledonia la apretó con la misma fuerza hasta que sus lágrimas resbalaron por el cuello de Hime.

Amina fue la siguiente, con su mejilla contra la de Caledonia y un beso cerca de la oreja.

—Capitana —dijo en voz baja, con sobriedad.

Llegó el turno de las demás. Las chicas la rodearon para abrazarla. Le cogían las manos, le agradecían el rescate o manifestaban haber estado seguras de que volvería. Intentó decir los nombres de todas ellas mentalmente, pero no lo consiguió. Simplemente estaba aliviada de que tantas hubieran sobrevivido.

La única que no se acercó fue Piscis. Se mantuvo a cierta distancia; observaba sin hacer ningún ademán. Caledonia lo entendía, y aunque le hubiese encantado llevarse a su hermana de allí, abrazarla, y contárselo todo, no era el momento ni el lugar. La reunión tendría lugar después.

Después de saludar a todas las que eran capaces de andar, se dirigió a las que estaban demasiado débiles para levantarse. Se arrodilló al lado de sus camas y les apretó las manos, miró al interior de sus ojos y pronunció sus nombres. Estaban contentas de verla a pesar de que también estaban enfadadas. Notaba que tenían un conflicto entre el resentimiento y el alivio, y comprendió que se lo había ganado por haberlas abandonado. No era agradable, pero pronto sería agua pasada, unos hechos que formaban parte del entramado de sus vidas.

—¿De quién es esta nave? —dijo Folly con un tono cortante, cuando generalmente solía ser apacible.

—Mía —dijo Caledonia simplemente—. Y de mis nuevos amigos.

Caledonia miró a Piscis. Era difícil hacerlo sin sentir orgullo y afecto. Estaba más delgada, con los rasgos afilados y los músculos bien definidos en su complexión fuerte. Tenía la tensión esculpida en la piel alrededor de los ojos. Había mantenido a la tripulación junta durante los meses de ausencia de Caledonia. Ahora Caledonia había regresado y todas esperaban un nuevo plan de acción.

Respiró acompasadamente, observó a las chicas e identificó los rostros que faltaban.

—Darlo. Kit. Ginebra.

—Perdimos a Kit durante el ataque —dijo Tina.

—Darlo y Ginebra murieron en Puerto de la Marca —añadió Amina—. Sus heridas eran demasiado graves.

Folly dio un paso adelante. Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas.

—Pippa se hundió.

Caledonia frunció el ceño. Había visto a Pippa sobre el bidón que Oran había abierto. Había sido una de las primeras en saltar al agua, por lo que tendría que haber sido de las primeras en subir a bordo.

—Me esperó. —Folly respondió a la pregunta que Caledonia no llegó siquiera a formular—. Y la abatieron. No pude hacer nada para salvarla.

Caledonia sintió que sus propias lágrimas caían como un riachuelo por sus mejillas.

—Perdida —dijo.

—Pero no olvidada —respondió el resto solemnemente.

Cuatro. Habían perdido a cuatro chicas. Contando las cinco que habían perdido en las Aguas del Norte, ahora eran una tripulación de cuarenta y cinco, contando a Ares.

—Comeos la sopa —ordenó Piscis con delicadeza, e hizo un gesto a Caledonia para que la acompañara.

Piscis se giró y desapareció por el pasillo. De repente, Caledonia tuvo la marcada impresión de que quería luchar. Pero eso era absurdo, ¿no?

Piscis no se enfadaba fácilmente. De niñas discutían por pequeñas cosas como por ejemplo quién utilizaba más pintura de la que le correspondía para escribir, o quién había cogido la mejor caña de pescar. Piscis siempre había sido tranquila y respetuosa con los demás, especialmente con Caledonia, y aquella habilidad le había permitido detectar conflictos potenciales antes de que se manifestaran. Era como la calma sobrecogedora del fondo del océano, mientras que Caledonia era la superficie caprichosa, constantemente en movimiento. Ahora Piscis estaba enfadada. Caledonia estaba convencida de ello, y no sabía cómo enfrentarse a la situación.

—Tú primero —dijo Piscis, dejando espacio a Caledonia para que pasara.

El estómago de Caledonia cabeceaba como un pequeño barco en una enorme tormenta. Asintió con la boca torcida y crispada mientras su corazón volvía a su sitio.

—Vamos a mi habitación —dijo, tomando la iniciativa.

Su habitación era pequeña y contenía dos literas que se desplegaban de la pared cuando era hora de dormir. Apenas había espacio para dos personas de pie. Durante un instante, ninguna de las dos habló. Estaban solas, y parecía que aquello ponía tan incómoda a Piscis como a Caledonia.

En otro momento no hubiera sido así. Nunca había sido así.

—Te has cambiado el pelo —dijo Piscis, rompiendo el silencio—. No me gusta.

—A mí tampoco. —Caledonia quería reírse, pero su garganta estaba demasiado tensa—. El rojo era demasiado reconocible en Puerto de la Marca. No quería echarlo todo a perder antes de encontrarte.

El pelo de Piscis había crecido casi tanto como los rizos cortos de Caledonia. En cualquier otro momento, Caledonia habría ofrecido rapárselo. Esa no era la reunión que había deseado, y no sabía cómo seguir adelante.

—Pi, yo...

—No quiero ser su capitana —la interrumpió Piscis—. Tú siempre has sido su capitana y a

pesar de todo, te prefieren a ti que a mí. No me duele admitirlo.

Caledonia no se lo esperaba, y se quedó sin habla.

—No quiero desafiarte. No le haría ningún bien a la tripulación —continuó Piscis—. Y yo no debería estar al mando. He conseguido que nos capturen y que nos metan en la cárcel. No solo no quiero ser capitana, es que no lo merezco.

—¿Y yo?

Piscis se quedó en silencio durante un instante, sus ojos se posaron fugazmente en el suelo.

—No. Pero ellas, nosotras, nos merecemos a una capitana como tú. Sería egoísta y estúpido no reconocerlo. Eres mi capitana. Desde el principio lo has sido, y también la de ellas.

Caledonia sonrió. Toda la ansiedad que le había producido la reunión empezó a esfumarse.

—Pi, me alegro tanto de que...

—Para.

La voz de Piscis era dura y penetrante. Examinó el espacio entre ellas como si fuera un libro en el que podría encontrar las respuestas que necesitaba. Entonces, sin avisar, dio un paso adelante, tiró del brazo a Caledonia para abrazarla y presionó su mejilla contra la de ella. Rompió el abrazo con la misma rapidez, cogió el rostro de Caledonia entre sus manos y le estampó un beso en los labios.

Luego volvió a surgir esa distancia y Piscis cogió aire antes de hablar.

—Eres mi capitana. Y mi hermana. Y estoy muy decepcionada contigo. —Levantó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas—. Eres mi hermana, pero me abandonaste. Escogiste la venganza por encima de mí, y me forzaste a adoptar un rol que nunca quise. —Hizo una pausa y apretó los puños—. Estoy segura de que tomaste esa decisión racionalmente. Estoy segura de que pensaste que podía hacerlo, pero no se trata de eso. No me preguntaste. Así que ya no sé lo que significa para ti lo de «hermana». Hasta que lo descubras, y hasta que yo descubra cómo puedo perdonarte... no te me acerques.

Piscis se dio la vuelta y salió de la habitación, llevándose todo el aire consigo.

CAPÍTULO

28



—Los daños, dadas las circunstancias, han sido mínimos. Nada que no podamos solucionar mientras navegamos —Harwell caminaba a su lado y le iba recitando el informe. Aunque eran buenas noticias, Caledonia no podía estar de acuerdo en que los daños habían sido mínimos.

—Gracias, Harwell. Seguid con ello. Quiero esta nave reparada antes de que nadie se vaya a dormir.

Era una orden cruel. Todos necesitaban descansar después de una larga noche, pero en aquellos momentos era importante permanecer alerta y prepararse para seguir avanzando a toda máquina cuando amaneciera.

—Sí, capitana. —Harwell salió con menos entusiasmo del que Caledonia se había acostumbrado a ver en sus pasos. Estaba cansado. E iba a ser peor aún, para todos.

Continuó con la ronda, evitando el comedor. Quería volver a ver a las chicas, pero cuando se acercaba oía la voz de Piscis. «No te me acerques». Aquellas palabras eran como balas que impactaban una y otra vez contra su corazón, agujereaban sus pulmones, se extendían por sus venas y le abrasaban la piel.

Se había esperado que la conversación fuera difícil. Se había esperado tener que defender sus acciones y que Piscis estuviera enfadada con ella. Se había esperado también que Piscis no quisiera cederle el mando. A fin de cuentas, Caledonia se lo había entregado todo, y no era justo que regresara con exigencias. Se había esperado una negociación.

Pero no se había esperado aquello.

Era mucho peor, como una piedra que cae por el agua y rueda cada vez más rápido hacia lo desconocido. Había perdido el sentido de dirección. No había ni arriba ni abajo, nada excepto la caída libre. No sabía cómo disculparse. Ni siquiera sabía si tenía que hacerlo.

¿Había rescatado a Piscis solo para descubrir que nunca más iban a ser amigas? ¿Podía ser capitana sin su hermana a su lado?

Cada pregunta parecía llevar a otra más devastadora que la anterior. Ninguna tenía respuesta. O no eran respuestas que Caledonia quisiera imaginar.

Caminó confiada por los estrechos pasillos de la nave, agachándose cuando las tuberías eran demasiado bajas y pasando por encima de la escotilla ocasional. Esta vez tomó los pasillos menos

concurridos que llevaban a los espacios de almacenamiento de la proa de la nave. Allí se encontró a Pino.

Estaba de pie, al lado de una mesa grande con una vieja colección de extraños objetos encima. Había piedras y balas, una serie de esculturas de madera, retales de tejidos de una variedad de grises, incluso pequeños artefactos tecnológicos.

Él no levantó la mirada cuando ella entró, aunque sabía que estaba allí. Estaba concentrado en un trozo de metal con forma de pájaro, que pulía con un trapo viejo. Sus movimientos eran lentos y metódicos, casi meditativos. Cuando terminó, el pájaro estaba limpio y brillante. Hizo lo mismo con otros dos objetos y los colocó junto al otro en una serie de tres.

Eran los amuletos de Triple. Como ya no tenían que proteger su cuerpo, iban a servir para homenajearla. Uno a uno, los Espadas habían entrado en la sala y traído cualquier objeto que les recordara a la amiga que habían perdido.

—Tenemos más cosas tuyas de las que ellos tendrán jamás —dijo.

Caledonia se puso a llorar sin darse cuenta. Eran lágrimas cálidas que salpicaban su chaqueta. Vio a Triple corriendo hacia Ortiga para protegerla, y dando el tiempo necesario a Gloriana para escapar.

Por ello habían tenido que abandonarla. Habría sido recogida y expuesta en la corona de algún barco Bala para expandir el miedo a través de los mares.

—Podemos homenajearla y hacer que descanse en paz —continuó Pino.

No estaba enfadado con ella, aunque tenía razones para estarlo. Los pensamientos de Caledonia oscilaron rápidamente hacia el arrepentimiento y deseó que su mente se quedara tan quieta como el océano. Cerró los ojos.

—No fue culpa tuya. —Pino estaba justo enfrente y la observaba como si sus pensamientos fueran igual de transparentes que la luz del día—. Todos dimos nuestro consentimiento a estar aquí.

—Sí, lo hicisteis —coincidió—. Pero cada vez que pido a alguien que luche me siento en cierta manera responsable. Tengo que serlo, o todo esto no tendría sentido.

—Nosotros le damos el sentido —dijo, con una mirada fija como la del sol—. Y cuando decidimos arriesgar la vida, los únicos responsables somos nosotros. No tú.

Pino siempre la llevaba a ese terreno de incómoda sinceridad.

—Pero yo sigo eligiendo luchar. Y de esta manera os pongo a todos en riesgo.

Pino dio un paso adelante y la rodeó con la mirada.

—Caledonia, si estás dispuesta a que matem os por ti, debes estar dispuesta a que muramos por ti. No valen medias tintas.

Se le hizo un nudo en la garganta. Todavía estaba segura de que la odiaba, pero en ese momento creyó que era capaz de ver en su interior con más claridad que cualquier otra persona en la nave. Antes de responder, se oyó el eco de unos pasos corriendo en el pasillo.

Caledonia y Pino salieron inmediatamente para ver quién se acercaba.

Su nombre corría hacia ella por el aire.

—¡Caledonia!

Era Ortiga.

La chica derrapó hasta detenerse de golpe. Iba completamente despeinada, tenía las mejillas enrojecidas, de un tono rosa oscuro, y su pequeño cuerpo estaba hinchado, listo para el combate.

—¿Qué pasa? —preguntó Caledonia.

—¡El gigantón ha encerrado a Oran en la bodega! —gritó Ortiga—. Debería haber estado en la enfermería, pero acabo de saber que desde que subió a bordo ha estado en la bodega.

Caledonia corrió de inmediato. Pasó por delante de la cocina y bajó un nivel hasta llegar a la bodega, donde se encontró a Trineo plantado como un árbol.

—¿Dónde está? —preguntó.

Ortiga tenía razón. Debería haber estado en la enfermería. Estaba cubierto de pequeñas heridas de cuchillo, había sido torturado de otras infinitas maneras que no se podían ver. Debería haber estado descansando bajo la supervisión de alguien.

Trineo la intimidó con la mirada, llevaba la traición dibujada en sus facciones.

—Manodeacero no debería estar en esta nave.

—Nos ayudó a salvar a mi tripulación —replicó Caledonia—. Abrió uno de los bidones antes incluso de que llegáramos. Tiene tanto derecho a estar aquí como los demás.

—¿Quieres saber por qué logró abrir ese bidón? —gritó Trineo—. ¡Porque lo inventó él!

Era verdad, y era terrible. Manodeacero conocía el punto débil de su propia creación. Pero había utilizado esos conocimientos para liberar a un tercio de la tripulación. No era la misma persona que el soldado en la flota de Aric. No podía serlo.

—Forma parte de mi tripulación —afirmó—. Era un Cincohijos, y todos vosotros antes erais Balas. ¿O eso solo se aplica a las personas que conoces? —Mientras pronunciaba aquellas palabras, oyó la voz de Triple que la acusaba de lo mismo, y el aire se paralizó en sus pulmones—. Apártate.

Trineo se apartó ligeramente, lo cual la obligó a abrirse paso entre él y la pared.

La bodega, en lo más profundo del vientre de la Baliza, era una habitación dividida en dos por un estrecho pasillo. A cada lado había celdas poco iluminadas con puertas de rejas y paredes de acero, de una punta a otra. Ninguna de las celdas tenía ojo de buey, y el aire corría a cargo de un ventilador perezoso al fondo. El ambiente era sofocante, hacía calor y olía ligeramente a sudor.

Cuando Caledonia entró, Oran gruñó desde donde estaba, tumbado contra la pared en una celda cercana a la puerta.

—Oran —gritó. Estaba molesta, pero no con él.

Se incorporó, dejando al descubierto un moratón reciente en la mejilla. La rabia revoloteaba en lo más profundo del pecho de ella.

—Caledonia. —Su voz convirtió su nombre en un océano que subía y bajaba con una mezcla de fascinación y sorpresa. Se cogía el pecho, y a duras penas conseguía mantenerse erguido. Todo en él transmitía dolor. Entonces sus ojos se posaron en Trineo.

Cambió de posición sin dificultad, con sutileza, y en lugar de fragilidad transmitió un aire de rigidez.

—¿Cómo se llama tu nuevo amigo?

Caledonia parpadeó. Se dio la vuelta para enfrentarse a Trineo.

—Abre la celda.

—No —respondió Trineo—. No sabes lo que me estás pidiendo.

—Creía que te dedicabas a dar una nueva oportunidad a los Balas.

Trineo asintió con su gravedad habitual.

—Balas, sí. Cincohijos, no. —Miró por encima del hombro de Caledonia—. A él no.

Ella levantó el mentón y lo fulminó con una mirada impregnada de acero. Era su nave. Era su tripulación. Iba a hacérselo saber.

—Forma parte de mi tripulación, no es mi prisionero. Lo quiero en la enfermería —dijo sin levantar la voz pero con precisión—. No lo volveré a repetir.

Dos figuras aparecieron en la puerta. Caledonia supo al instante que eran Piscis y Pino. Ese era el tipo de situación que podía enfrentar de forma irreparable a ambas tripulaciones. Pero si cedía, si dejaba la iniciativa a manos de Trineo, iba a perder todo lo que había ganado con los Espadas.

Trineo contrajo la mandíbula. Sus ojos se entrecerraron y dejó que su mirada se dirigiera una vez más a Oran. Permaneció así un buen rato, viejos resentimientos luchando contra nuevas lealtades. No quería al Cincohijos en la nave, pero al mismo tiempo quería seguir trabajando con Caledonia.

—Las llaves. —Caledonia extendió la mano.

El aire se iba calentando por la tensión. Trineo miró a Caledonia y después a Oran. Su expresión se acercaba a la rabia, pero había también algo de miedo.

Trineo levantó la barricada de sus brazos y sacó las llaves de su bolsillo. Las dejó caer en las manos de Caledonia, que inmediatamente se las pasó a Piscis, sin apartarse de delante de la celda de Oran, para protegerle.

—No le dejéis solo —gruñó Trineo, al abandonar la bodega.

Mientras Piscis ayudaba a Oran a salir, Caledonia reflexionaba sobre si esa afirmación la había hecho por la seguridad de Oran, o por la de ellos.

CAPÍTULO

29



Una vez más, Caledonia se encontraba en la situación de tener que permanecer lo más cerca posible de Oran. Si la amenaza de Trineo no había sido lo suficientemente clara, el desplazamiento por el barco sí lo fue.

Cada Espada con el que se cruzaban se detenía para mirarlo. Tensaban las expresiones, entornaban los ojos y agachaban la cabeza para no tener que cruzar la mirada con Oran. Solo había una palabra en el aire: Manodeacero.

Oran, por su parte, rechazó la ayuda de Piscis y caminó como si sus extremidades no hubiesen sufrido ninguna herida. Su torso estaba lleno de cortes y moratones; el color de su piel era más púrpura o rojo que marrón claro, y aunque sus pies estaban desnudos sobre el suelo de metal, andaba como si el frío y el dolor le dieran fuerzas. En presencia de aquellos que conocían su pasado, Caledonia pensó que caminaba como un Cincohijos.

Hasta ella sintió la atracción.

Dejarlo en la enfermería no era buena idea, por lo que lo alojaron en la habitación contigua a la de Caledonia. Era exactamente igual que la suya, con las literas en el lado opuesto de la pared.

Piscis se detuvo en la puerta.

—Voy a buscar a Hime —dijo impasible.

«No te me acerques».

Las palabras iban a sobrevolar cada interacción. Todo lo que dijera Caledonia en aquel momento iba a empeorar las cosas. Así que se tragó las ganas y volvió a ocuparse del Cincohijos.

Cuando la puerta se cerró detrás de Piscis, el chico se precipitó sobre la litera de abajo. Ahora solo era Oran. Toda la fuerza que había mostrado en el trayecto a través de la nave se había desvanecido. Respiraba muy superficialmente.

Caledonia cruzó la habitación y se arrodilló justo enfrente.

—Lo siento. No debería haber pasado. Lo debería haber supuesto.

—No es culpa tuya —dijo, meneando cuidadosamente la cabeza, con los ojos cerrados, desorientado—. Solo necesito un minuto.

Caledonia se puso en pie, pero Oran atrapó inmediatamente su mano. Se quedó paralizada.

—Caledonia. —La voz de Oran era grave y cansada—. Creía que estabas muerta.

Sus dedos se entrelazaron, ásperos pero cálidos y tentadores. Se acordó del beso que se habían dado. La excitación, la corriente eléctrica en la sangre. Quería otro.

Y tal vez podía obtenerlo. El corazón de Caledonia estaba tierno y todavía dolorido por la pérdida de Triple y la pelea inesperada con Piscis. Todo era complicado y difícil, pero tal vez eso sería sencillo.

Enlazó sus dedos con los de Oran y tiró de él hasta que se puso a la misma altura. Los ojos de este se abrieron de repente, sorprendidos, sus labios de entreabrieron y ella se acercó un poco más. Luego se detuvo, apenas a un centímetro de él.

—Cala... —De sus labios salía un aire caliente.

Sus párpados cerrados aleteaban de deseo, pero entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Nada relacionado con Oran podía ser sencillo.

Se apartó.

—Creía que solo eras un Cincohijos.

Él esbozó una sonrisa triste por una comisura del labio.

—Supongo que los dos estábamos equivocados.

Ya no era el chico que había dejado a bordo de la Mors Navis. El chico que había luchado para salvar su vida: entusiasta, desesperado e inofensivo. ¿Este? Este era un hombre joven al que había visto silenciar a cientos de Balas y mantenerse en pie, orgulloso, frente a la mismísima Hermana. Este era Manodeacero.

—Tendrías que habérmelo dicho.

Apartó la mano y retrocedió. Al instante echó en falta el contacto, y se reprendió por ello. Había sido un Cincohijos, más peligroso de lo que podía llegar a imaginar.

Oran no reculó. Sus músculos se flexionaron por el frío, su piel estaba cubierta de sangre. De cientos de pequeñas heridas.

—Caledonia. Acudí a ti porque necesitaba ayuda. Y me he quedado con tu tripulación porque necesito que la vida que me quede sea mejor que la que he vivido hasta ahora. Pero no voy a volver a esconderte nada. Nunca. Te contaré todo lo que quieras saber. Pero... —Presionó los labios, una leve duda le sugería que parara—. Pero antes de preguntar, asegúrate de que lo quieres saber.

Lo miró fijamente a los ojos de anillo de árbol. Parte de ella quería pedirle que se lo contara todo: lo que hacía que Trineo lo odiara, lo que hacía que todos los Espadas se cubrieran al pasar a su lado. Todo lo que ella no sabía. Pero otra parte de ella tenía miedo.

Caledonia tragó saliva con dificultad. Se fijó en las marcas sobre el corazón. Uno de los muchos cortes superficiales se lo había hecho ella. Se preguntaba si Oran sabía cuál era. Sin Limo en la sangre iban a cicatrizar con el color marrón de su piel. La marca que Oran había dejado en la vida de Caledonia no era visible, pero era igualmente profunda.

—Necesito que sepas algo de mí —dijo—. Lir mató a mi familia. Lo conocí en una incursión a la orilla, en la desembocadura del Bone. Sola. Me suplicó clemencia. Dijo que quería llevar otra vida, y le creí. —Hizo una pausa y apretó los dientes al recordarlo—. Fue la primera vez que un Bala me mintió, y por ello casi lo perdí todo.

De repente, los ojos de Oran se agrandaron al comprender.

—Claro. Esa eras tú.

Caledonia sintió que la rabia le pinchaba las venas. Recordó unas palabras que le había dicho Lir la noche en la que lo atacó en su barco, y que había olvidado completamente. «Me ofreciste un buen regalo aquella noche». ¿Qué era? El poder. Había ascendido a Cincohijos sobre los huesos de su familia masacrada. Puede que Oran no supiera quiénes eran, pero oyó hablar de ellos aquella noche.

Y él debía de haber hecho algo parecido para llegar a ser un Cincohijos.

Al darse cuenta dio un paso atrás.

—¿Caledonia? —preguntó Oran, preocupado.

—¿Qué hiciste? —le preguntó—. ¿Qué hiciste para llegar a ser un Cincohijos?

La preocupación desapareció del rostro de Oran, que se convirtió en un muro que no revelaba nada.

—¿Me lo estás preguntando?

—Bueno... —Se detuvo. Aquello era precisamente lo que él había querido decir unos segundos antes. Saber la respuesta iba a cambiarlo todo—. Hime estará aquí pronto.

Oran siguió mirándola y asintió, solemne y resuelto a mantener la promesa a cualquier precio.

Algún día estaría lista. Pero todavía no.

CAPÍTULO

30



El sol despuntaba en el horizonte con una franja dorada prometedora. Harwell se desplazaba por el barco con una campana y despertaba a todo el mundo con un ligero sonido metálico. Avanzaba repitiendo la misma frase: «Amigos, es hora de enterrar a los muertos». Su voz era dulce, un contrapunto terrenal a las notas agudas de la campana.

La tripulación se reunió en la cubierta, deslizándose silenciosamente en el aire fresco matinal. Caledonia observaba cómo iban saliendo las chicas. Aparte de las que eran incapaces de moverse con facilidad, estaban todas presentes. Incluso Far se dejó ver, y a pesar de su timidez se mantuvo cerca de las demás. Oran guardaba las distancias desde la torre de mando. Era mejor así. No tenía sentido provocar tensiones.

Pino estaba encaramado a la barandilla de estribor. En las manos tenía una cuerda con cada recuerdo y piedra que los Espadas le habían entregado por la noche. Los había recogido como si fueran perlas, en series de tres, pegadas una al lado de la otra. Trineo estaba muy cerca, en la cubierta; una parte de su cuerpo estaba iluminada por una luz fresca, mientras que la otra se encontraba espolvoreada de una sombra púrpura. Estaba muy quieto y parecía en paz, pero la luz del sol dejó entrever unas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—¿Capitana? —Ortiga se había colocado a su lado, con los ojos bañados en lágrimas.

Caledonia hizo una pausa. Sabía lo que estaba pensando porque ella también lo estaba pensando.

—Actuaste por tu cuenta —dijo—. Pero Triple también.

—Lo siento —respondió la niña mientras asentía.

La situación no era nada sencilla. Para nadie, pero era especialmente difícil para Ortiga. Tendría que asumir parte de la responsabilidad por la muerte de Triple, y vivir con ella el resto de su vida. Caledonia lo sabía porque ella tendría que hacer lo mismo.

Con un leve suspiro, se giró hacia Ortiga y posó una mano sobre su hombro.

—Tus actos salvaron a Gloriana. Y ella nos salvó a nosotros.

Las lágrimas se derramaron formando pequeños riachuelos en sus mejillas.

—Pero, Triple...

—No tienes la culpa. —Caledonia se inclinó para mirar directamente a los ojos de Ortiga y le

dijo—: La victoria sin arrepentimiento es tiranía. Al luchar por nuestras hermanas ganamos sin importar lo que pase.

Las lágrimas de Ortiga cayeron con más fuerza aún al tratar de oponer resistencia.

—No siento como si hubiéramos ganado.

Caledonia suspiró.

—Eso pasa muy pocas veces.

Cuando todo el mundo estuvo reunido, Trineo alzó su voz atronadora hacia el joven aire matinal.

—Nuestra amiga Triple entregó su vida para servir a aquellos que todavía viven. Te vemos, Triple.

A su alrededor, los Espadas respondieron al unísono:

—Te vemos, Triple.

Harwell hizo sonar la campana. La nota reverberó en el aire; era un canto dulce y solemne acompañado por el chapoteo de las olas y la suave brisa. Trineo esperó a que esta amainara por completo antes de continuar.

—Se transformó a sí misma y pasó de ser una herramienta del opresor a un instrumento de su propio poder. Te recordamos, Triple.

Volvieron a responder, esta vez se unieron más voces.

—Te recordamos, Triple.

El sonido de la campana levantó suspiros y despertó recuerdos al desvanecerse lentamente. Caledonia sintió que alguien envolvía su mano. No sabía cuánto tiempo llevaba Hime a su lado, pero estaba contenta de tenerla allí. Apretó sus dedos.

—Vivía bajo su propio consentimiento, nadie la controlaba. Te honramos, Triple.

Esta vez respondió la nave entera:

—Te honramos, Triple.

Una vez más la campana, esta vez acompañada de llanto.

Caledonia notó dos manos rugosas en la mano que tenía libre. Sabía antes de girarse que eran las de Amina, pero le sorprendió estar rodeada de su tripulación al completo. Sus hermanas.

—Te entregamos al fondo del océano, donde te transformarás una última vez. En paz.

Cuando Trineo pronunció esas palabras, Pino cogió el fardo y lo dejó caer al océano. Harwell hizo sonar la campana una vez más. La sostenía en lo alto para que el sonido siguiera la estela de Triple y esta no les dejara en silencio.

Piscis dio un paso al frente con cuatro marcas solares resplandecientes pegadas a unos platos con espuma azul.

—Kit —dijo, y la tripulación repitió su nombre al unísono—. Darlo, Ginebra, Pippa. —Hizo una pausa después de cada nombre, esperando el eco—. Nuestros corazones se marchan con vosotras. Protegednos desde allí abajo.

Piscis dejó caer las marcas solares sobre las olas. Caledonia observaba y recordaba el momento en que entregaron a Puntilla al mar. Detrás de ese recuerdo había un fuerte sentimiento de culpabilidad: no había estado allí para el funeral de Dienterrojo. O de cualquiera de las chicas que habían muerto en la batalla contra la Electra: Alessa, Quinn, Thatcher, Maddy.

Se había perdido aquellos momentos importantes, y eso había debilitado los lazos con su tripulación. Estaban allí, la invitaban otra vez a formar parte del conjunto. Pero no podía simplemente volver a unirse a ellas. Tenía que crear algo nuevo. Algo más fuerte.

Soltó las manos de Hime y Amina, y caminó hacia el centro del grupo. El sol calentaba sus mejillas, húmedas por las lágrimas que había vertido, y el viento refrescaba las puntas de sus dedos. Dejó que la tristeza y la ansiedad se convirtieran en un nudo de acero que se extendiera desde su coronilla hasta la punta de los pies, y que ese nudo la sostuviera en lugar de llevársela por delante.

Los demás la observaban, y por un instante se sintió clavada en el suelo. Eran una nave marcada en los confines de los mares Bala, eran personas que se habían llevado más de lo que Aric estaba dispuesto a dar, y la tripulación esperaba que ella les ofreciera un camino para seguir adelante. Incluso había quienes esperaban que cumpliera su promesa de llevarles hasta el otro lado de la Red. Pero antes de darles lo que querían, tendría que darles lo que necesitaban. Y en ese momento, se necesitaban unos a otros.

—Amigos —empezó en voz baja, dominando el espacio sin subir el tono—. Todavía no os conocéis unos a otros, pero lo haréis. Tenemos que tomar decisiones, nos esperan mares que navegar, y para hacerlo debidamente tenemos que colaborar.

Un sentimiento de malestar se esparció entre la multitud. Había dos grupos claramente diferenciados: los Espadas y su tripulación. Y aunque cada Espada había sido fundamental para liberar a su tripulación de Puerto de la Marca, tenían pocos motivos para tener confianza entre sí.

No podía forzar la confianza cuando no la había. Por lo que les demostraría en qué sentido ya se estaba fraguando.

—Trineo —gritó.

Dio un paso al frente, disimulando el momento de incertidumbre bajo una fachada de imperturbabilidad. Todavía estaba enfadado con ella, pero eso no hace perder confianza en alguien. Por lo menos eso esperaba.

—Piscis —gritó.

Piscis avanzó hacia la primera fila, con los brazos cruzados sobre el pecho. También ella estaba enfadada con Caledonia. Por lo menos tenían eso en común. Caledonia respiró profundamente y se recordó que su trabajo no consistía en ser popular. Su trabajo era mantenerlos con vida.

—Quiero que los dos escojáis a una persona y vengáis conmigo a la caja. Hime, yo te elijo a ti.

Trineo y Piscis respondieron al unísono.

—Sí, capitana.

CAPÍTULO

31



La caja era una pequeña habitación sin ventanas debajo del puente. Cuando la Baliza era un barco Bala, se utilizaba para almacenar los archivos, contabilizar a los reclutas e identificar su procedencia. Una de las paredes estaba cubierta de cajones cerrados llenos de papeles. Había un pequeño estante en la pared opuesta, suficientemente amplio para utilizarlo como una especie de escritorio, y en una esquina había una sola silla que ahora ocupaba Trineo, que apenas cabía en esas minúsculas habitaciones. Al estar sentado estuvieron a la misma altura; así parecía menos imponente.

Los demás estaban dispuestos en semicírculo, con Caledonia en medio. Amina esperaba con una mano apoyada en la cadera y sus largas trenzas cayendo por detrás como una capa. Hime estaba a su lado, con las manos dobladas cuidadosamente por delante. Pino se apoyó en la pared trasera con una mueca que le torcía los labios. Trineo tenía el codo apoyado contra las rodillas, tranquilo y expectante. Piscis estaba justo en el lado opuesto de Caledonia.

No les iba a gustar lo que tenía que decirles.

—Todos estáis acostumbrados a mandar a vuestra gente —empezó—. Pero tenemos que dejar de pensar que en esta nave hay dos tripulaciones. Quiero líneas de comunicación e información claras. Hay setenta y cinco personas a bordo, sesenta y nueve excluyéndonos a nosotros seis, y quiero que cada uno de ellos tenga claro a quién debe responder o informar.

—Quiero a Tina en operaciones —empezó Piscis.

Pino avanzó para reclamar algo, pero Trineo lo detuvo con la mano.

—Esto todavía no es una discusión. —Caledonia mantuvo un tono sereno y decidido. Se había pasado el resto de la noche sin dormir, ordenando las ideas, y ahora era el momento de hacer lo mismo con la tripulación. Piscis y Pino podían llegar a pelearse para colocar a gente de su confianza en puestos de autoridad. Discutirían para gozar de una posición más cómoda. Era comprensible, pero tenía poco futuro. No se trataba de reafirmar una confianza que ya existía, sino de construir la confianza que cohesionara a la nueva tripulación.

—¿Y qué es entonces? —preguntó Piscis, que parecía nerviosa.

—Una reunión de los mandos de la nave.

Esta vez la que reaccionó fue Amina. Su cuerpo se tensionó como por efecto del shock, y

dirigió una mirada de rabia alrededor de la sala.

—¿Qué hay de Tina? ¿O de Ortega? ¿La gente que ha estado al mando en tu ausencia ya no son bienvenidos?

Caledonia estaba preparada; sabía que ocurriría y que la sensación sería parecida a la de dar tumbos en el interior de una ola gigante. Pero estaba equivocada. Era mucho peor. El impacto del enfado de Amina fue como intentar respirar solo para descubrir un peso inmenso sobre los pulmones. La chica dio un paso hacia Caledonia y sus ojos se entrecerraron astutamente. Amina no había expresado su enfado desde el regreso de Caledonia. Había seguido como si nada, por lo que era tentador pensar que no tenían cuentas pendientes. Hubiera sido una locura creérselo. Estaba enfadada y salía a relucir ahora para proteger a la tripulación.

—Capitana, deberíamos ser nosotras quienes discutimos esto contigo.

Eso es exactamente lo que hubiera hecho en el pasado. O quizás en una situación diferente. Pero las circunstancias presentes eran demasiado frágiles. Estaban todos asustados por lo que iban a hacer los otros. Solo Caledonia confiaba en la tripulación original y en la nueva. Le tocaba a ella tomar las decisiones difíciles, y no satisfacer los miedos personales.

Aguantó la mirada de hierro de Amina y respondió:

—No.

Caledonia dejó que su autoridad flotara en el aire durante un segundo más de lo habitual. Sobre este punto no estaba dispuesta a ceder, por doloroso que fuera. Podía entender la rabia de Amina pero no plegarse a su voluntad. Si quería unir a las dos tripulaciones era exactamente lo que tendría que hacer.

—Nuestro trabajo es convertir a setenta y cinco personas en una tripulación. La única manera de hacerlo es si parecemos unidos. Podéis estar en desacuerdo conmigo, y podéis hacérmelo saber, pero delante de los demás lo que se decide en esta sala es la ley. —Esta vez no hizo una pausa y siguió adelante—. Pi es la segunda al mando, eso no va a cambiar. Trineo, quiero que te encargues de la preparación física. Ya no tenemos arcos pero utiliza lo que encuentres para que todo el mundo esté en forma para luchar. Pino, tú te encargas de las armas. Tienes que saber de qué disponemos y quién es capaz de utilizar qué. Amina, tú te encargas de la tecnología. Quiero tus ojos puestos en cada parte de esta nave; quiero saber si tenemos algo a nuestra disposición que no estamos utilizando. Hime, sigue con el dedo en nuestros pulsos con la mayor firmeza posible. Tina será la encargada de operaciones; a Harwell lo quiero en ingeniería y Ortega sigue al timón.

No suponía un gran cambio en las responsabilidades, por lo que no esperaba que sus decisiones causaran revuelo entre la tripulación. Pero en esa sala las seis personas luchaban contra su malestar.

—Piscis supervisará la división de la tripulación en equipos. Trineo, quiero que la ayudes. Explícale las habilidades de tus chicos y dónde podrían encajar mejor. No quiero que nos encontremos en la situación de ser incapaces de distinguir a los expertos en tecnología de los buceadores. —Hizo una pausa para poder respirar y volver a examinar la sala—. ¿De acuerdo?

Pino y Amina asintieron, pero Trineo se le acercó.

—¿Qué hay de Manodeacero? ¿Dónde vas a ponerlo?

Caledonia puso las manos en sus caderas y trató la cuestión como si fuera cualquier otra.

—Quiero que Oran esté conmigo en el puente. Podemos aprovechar la información de que dispone. Cuando no esté allí, lo quiero en tecnología junto a Amina.

Piscis preguntó:

—¿Ahora es una discusión?

Caledonia se sentía preparada para lo que escondía esa pregunta.

—Sí.

—Entonces pido que Amina sea la segunda de a bordo. Y que me pongas en ingeniería y a Harwell en tecnología. Por lo que he visto se le da bien, y yo siempre me he ocupado de los motores.

No era una mala sugerencia. En realidad, Caledonia la había considerado. Ella y Piscis siempre habían funcionado como un equipo. Saber que entre ellas había desavenencias era doloroso, pero no era una razón para no estar a su lado. Cada día que pasara, tendría que enfrentarse a la nueva realidad incómoda; se vería obligada a recordar una y otra vez exactamente lo que había hecho para que su relación ya no fuera igual. Sería una agonía constante en su mente: «por tu culpa, por tu culpa, por tu culpa».

—Petición denegada —dijo Caledonia, dejando que los sentimientos de ternura hacia su amiga suavizaran su voz—. Quizás has perdido la confianza en mí, Pi. Pero yo no la he perdido en ti.

Los ojos de Piscis brillaron y por un instante tuvo delante a su vieja amiga, llena de sentimientos enrevesados y cosas que quería decirle a su hermana y mejor amiga. Luego parpadeó y Caledonia vio que la máscara volvía a su puesto.

Caledonia resistió las ganas de suspirar y continuó:

—Sé que eres buena con los motores, pero ahora nuestra tripulación la forma casi el doble de gente que antes, y necesito que sepas quiénes son, qué son capaces de hacer. ¿Puedes ocuparte?

Esta vez, Piscis no dudó.

—Sí, capitana.

Si hubieran estado solas, Caledonia habría añadido algo más, pero aquella era una reunión de los mandos de la nave. Tenían que saber que había desavenencias entre la capitana y la segunda de a bordo, pero también debían saber que ello no les impediría hacer bien su trabajo. Cualquier otra cosa era un asunto personal.

—Bien. —Caledonia dio un paso atrás—. Sé que estáis todos cansados. Sé que nuestra gente está herida, hambrienta y ansiosa por saber qué nos espera. Y la única forma de llegar a buen puerto es hacerlo juntos.

Los cinco se quedaron en silencio mientras reflexionaban sobre sus palabras.

Finalmente, Trineo se puso de pie y se alzó por encima de los demás.

—Estoy contigo Caledonia, aunque no he olvidado tu promesa.

—¿Qué promesa? —preguntó Piscis bruscamente.

—Perforar la Red —dijo Pino—. Ese era el trato. Después de salir de Puerto de la Marca, nos iba a ayudar a perforar la Red y a destruir a Tassos.

Piscis miró a Caledonia, con los ojos sutilmente abiertos de sorpresa.

—¿Y qué hay de Donnally?

Caledonia tragó saliva con dificultad.

—Prometí a los Espadas que perforaríamos la Red, y eso es lo que haremos —dijo, a sabiendas de que Piscis lo consideraría como una huida.

—*No podemos perforar la Red ahora* —gesticuló Hime—. *La tripulación es demasiado débil.*

—Lo sé —dijo Caledonia.

—Ah. —Pino se inclinó hacia delante. Primero miró a Hime y después a Caledonia—. ¿Cómo nos comunicamos con ella si no habla?

—Oye perfectamente —respondió Amina—. Y tan solo no puede hablar con la voz.

—Dice que la tripulación es demasiado débil para perforar la Red —explicó Piscis, tratando de encajar las palabras con los gestos. Era una convergencia imprecisa de ambos lenguajes, pero así habían empezado todas—. Hemos tardado años en aprender. Podemos enseñaros, si queréis.

Pino asintió. Sus ojos querían ver más, resultaba hasta enternecedor.

—¿Adónde nos dirigimos, pues, si no es a la Red? —preguntó Trineo.

Fueron interrumpidos por unos fuertes golpes en la puerta.

La abrieron y se encontraron con Harwell, con una expresión de pánico en la mirada.

—¡Hemos avistado unas torres! —anunció—. Nos han encontrado.

CAPÍTULO

32



Eran tres barcos. Uno por el oeste y dos por el este.

Caledonia escaló la torre de mando. Oran echó un vistazo en la dirección de donde venían, pero antes de informar una de las Nudos de Amina gritó:

—¡Dos torres por el oeste!

Caledonia soltó una palabrota. La tripulación estaba desorganizada y ahora tenía cuatro barcos que aventajar y dejar atrás.

Los barcos Bala aparecieron pronto, navegaban lo suficientemente cerca como para que los perfiles fueran visibles desde la cubierta. Pero allí se quedaron, examinándolos desde la distancia.

—Son los barcos de Venn —afirmó Oran, convencido.

—Estoy de acuerdo. —La expresión de Trineo se ensombreció, sus dientes chocaban entre sí, la procesión iba por dentro—. ¿A qué están esperando? ¿Por qué no atacan? —preguntó, mientras sus ojos saltaban nerviosamente de un grupo de barcos al otro.

—Intentan atraernos hacia ellos. Que seamos nosotros quienes hagamos el trabajo sucio. —Caledonia comprendió el apremio de Trineo, pero en ese momento no le era útil—. Pero eso no va a pasar. ¡Ortiga! Vamos a seguir con este rumbo. Y si quieren mirar que miren.

«Y que reaccionen», pensó.

Ortiga subió las revoluciones de los motores e hizo que la nave diera algunas vueltas sin dirigirse hacia la posición de Venn. Con aquello consiguieron buenos puntos de observación de los barcos ahora inmóviles, pero no generaron ninguna respuesta del temido Cincohijos Venn.

¿Qué estaba haciendo?

—La tripulación está armada y lista, capitana —gritó Piscis mientras subía a la cubierta de mando.

Caledonia asintió. Algo iba mal. Los cuatro barcos no se movían. Tenían toda la ventaja, así que ¿por qué no la aprovechaban, al estar Caledonia en una posición de debilidad?

—¿Crees que hay barcos profundos? —preguntó Pino en voz baja—. Ya sé que crees que no pertenecían a Aric, ¿pero no existe la posibilidad de que sí?

—¿Barcos profundos? —repitió Piscis—. Creía que eran solo una leyenda.

—Pues no —respondió Caledonia—. Nos encontramos con uno de camino a Puerto de la Marca, pero creyeron que éramos un barco Bala y nos atacaron. A Aric no le gusta malgastar sus recursos de esa manera.

—A lo mejor pretendía transmitir un mensaje —sugirió Pino—. ¿Quién más podría tener esa clase de tecnología? No es el tipo de cosa que te encuentras por ahí.

Era una buena pregunta y un buen argumento; un misterio que tendrían que resolver en el futuro. Pero en aquel instante, lo único relevante era si había un barco profundo en esas aguas o no. Todos los instintos le decían a Caledonia que no, pero había algo que no conseguía ver.

—Los barcos profundos no son de Aric.

Ortiga se había escurrido por detrás, silenciosa como una nube. Sonreía con una mezcla brillante de remordimientos y satisfacción.

—Explicate —ordenó Caledonia.

—Son de Hesperus —dijo la niña con voz aguda—. El Rey Astuto es el único que tiene.

—¿De Nuberrota? —preguntó Piscis, frunciendo el ceño—. Pero si no tiene barcos. No le está permitido.

Ortiga entornó los ojos.

—Técnicamente tampoco le está permitido ayudar a personas que interesen a Aric, pero...

—¿Cuán segura estás? —preguntó Caledonia.

Ortiga levantó el mentón, la piel clara de sus cicatrices en forma de filigrana era como el trayecto ondulado de una ola en el océano.

—Estoy segura.

Para Caledonia aquello era suficiente. Pero no explicaba por qué Venn estaba siendo tan prudente. Sus barcos seguían paralizados. Empezaba a ponerse nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Piscis, dando un paso adelante.

—Hay algo que huele...

—Capitana —gritó Oran, en un tono de advertencia—. Tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

—Venn no capitanea cuatro barcos...

—Normalmente son cinco —continuó Trineo, alarmado.

—¡Capitana! —gritó Amina desde la parte superior del puente.

Las chicas se giraron. Por detrás llegaba un destructor, y estaba demasiado cerca como para que se relajaran.

Caledonia ignoró la presión que sentía en el corazón mientras corría hacia el puente.

—¡Motores a toda máquina!

La nave rugió y se balanceó de un lado a otro durante unos segundos antes de llegar a una potencia que le permitiera avanzar a una velocidad considerable. Una vez más, Caledonia anticipó una transición más rápida de lo que la nave permitía, por lo que quedó perpleja durante un segundo.

Estaba furiosa consigo misma. Venn había conseguido captar su atención mientras mandaba un barco más pequeño para rodearla. Su menor tamaño lo hizo invisible para las Nudos, hasta que ya fue demasiado tarde. Ahora estaban huyendo, y la iniciativa la tenía él.

—¡Cuerpos a tierra! —gritó Amina desde arriba.

Eran demasiado lentos y pesados; el destructor les pisaba los talones. Las ametralladoras que coordinaba Pino estaban listas para abrir fuego, pero aquella batalla no se iba a resolver con armas de fuego.

—¡Ataos! —gritó Caledonia— ¡Listos para el impacto!

Un segundo más tarde tenían el destructor encima. Siguió la misma trayectoria, sin reducir la velocidad, y como sus motores eran incapaces de generar más velocidad, el barco los embistió y dañó el casco de estribor con una punta metálica punzante.

Caledonia se estrelló contra el lateral del puente y su rodilla impactó contra la pared. Le dolió como si le hubieran clavado algo.

La proa del destructor estaba incrustada en el lado de la nave, pero ningún Bala corrió a subir a bordo, ni nadie disparó desde la cubierta. En su lugar, el destructor revolucionaba los motores. Los estaban empujando. ¿Pero hacia dónde?

Caledonia se dirigió a la proa para buscar algún rastro de los cuatro barcos de Venn, pero no encontró ninguno. Por delante solo estaban ellos y el océano.

—¡Capitana! —gritó Piscis, subiendo como una flecha por la escalera hasta la cubierta de mando. Tenía una mancha de sangre reluciente en la camiseta verde y en la palma de su mano—. Capitana, hay una grieta en la nave.

—¿Cómo es de grave?

—Es en el segundo nivel, justo por encima de la línea de flotación. El destructor ha chocado contra la cocina. —Hizo una pausa durante un segundo, los dedos de su mano ensangrentada caracoleaban—. Far está herida.

Caledonia contuvo su preocupación por Far. Hime se ocuparía de ella.

—¿Podemos contener la grieta?

Piscis frunció el ceño.

—No hasta que nos suelten.

—¡No dejes de subir las revoluciones, Ortiga! —gritó Caledonia, acercándose al puente. Venn no arremetía contra ellas. No tenía sentido, pero tampoco iba a rechazar el espacio que le concedían—. No se lo vamos a poner fácil.

La niña, las facciones de la cual mostraban su determinación, era un punto fijo detrás del timón. Por detrás, Harwell miraba por la ventana hacia el mar occidental por el lado de babor con cara de pánico.

—Capitana —dijo, con una voz apenas audible.

El mar había cambiado. Ya no era una llanura negra y lisa, sino que estaba agitado. Era como si miles de escamas brillaran en la superficie.

Caledonia hizo una mueca.

—¿Qué es eso?

—Un remolino. —Trineo estaba apoyado contra la puerta.

Caledonia había oído historias sobre una parte del océano en la que la tormenta se abría por debajo y engullía a los barcos hacia las profundidades. Creía que solo eran historias.

—Así que es real —dijo al mirar hacia delante, una vez más, y toparse con unas crestas de ola

claras al límite del vórtice. Unos anillos se desplazaban justo debajo del horizonte, se extendían por lo menos un kilómetro y medio, posiblemente más. Al acercarse, oyeron un ligero gemido que chirriaba y que salía del interior del remolino. Era como si el océano gritara.

—Se está convirtiendo en un poco demasiado real. —La voz de Harwell temblaba—. ¡Pero si no está en el mapa!

Oran estaba detrás de Caledonia, con los ojos clavados en las aguas torrenciales que tenían por delante.

—Eso es porque no siempre está ahí. Aparece una vez cada diez lunas.

Esa era la razón por la que Venn no atacaba. Mantenía las distancias porque podía. Y porque tenía que hacerlo. El remolino iba a hacerle el trabajo sucio, pero si se acercaba demasiado esos anillos traicioneros se los llevarían a todos por delante. Esa era su única ventaja. Con Venn a la expectativa, solo tenía que sacarse de encima el destructor. Después lograría interponer el remolino entre ella y Venn.

—¡Ametralladores! ¡A estribor! —Las órdenes de Pino fueron acompañadas de disparos.

—Están llegando por el casco —informó Trineo—. Van a intentar...

Una explosión dejó una columna de humo en el lado de estribor, e hizo que la nave se escorara de manera muy pronunciada hacia babor. La cubierta se inclinó, el casco crujió y una de las hélices se levantó por encima de la línea de flotación, impactando inútilmente contra el océano.

Trineo y Piscis desaparecieron hacia el interior de la nave. Ya no se oían disparos y Caledonia supo sin que se lo dijeran que era porque los Balas habían logrado su objetivo. Habían abierto otro boquete en el casco y se habían retirado para protegerse en su barco acorazado. ¿Para qué malgastar vidas y municiones si no era necesario?

—Capitana. —Piscis apareció empapada, con la respiración acelerada—. Han abierto otro boquete en el tercer nivel. En la parte delantera de la bodega y los almacenes. Está entrando agua.

CAPÍTULO

33



Con un boquete en el costado, el remolino los arrastraría con la misma facilidad que el pétalo de una flor. El pánico sonaba con una sola nota en la mente de Caledonia, advirtiéndole que no había salida posible: estaba a punto de perder su segunda embarcación y dejar que muriese la tripulación entera. Reverberaba por su cuerpo y la paralizaba.

Entonces consiguió controlarlo.

—Oran, explícame por qué aparece aquí —dijo, dejando que su mundo se centrara en él por un instante.

—Creemos que hay una fosa oceánica muy profunda. El remolino aparece cuando dos corrientes en sentido opuesto pasan por encima. Es nuestra, su, hipótesis más probable.

Asintió y volvió a mirar el remolino. Sus pensamientos estaban enfocados en la tarea que les esperaba.

—Pi, llévate a un equipo. Bajad al tercer nivel y haced lo posible para sellar el agujero. —Piscis asintió y salió de inmediato—. Harwell, avisa a todo el mundo de que hay que atarse; Ortiga, apaga los motores —dijo tranquilamente—. Y déjame el timón.

Ortiga obedeció alegre al instante. Los motores se fueron apagando. La nave se inclinaba cada vez más hacia el destructor. El océano rugía a su alrededor, en la proa y en la popa. Caledonia colocó las manos en el timón y dejó que reposaran en la madera desgastada, con los dedos enrollados suavemente para sentir en las yemas cómo retumbaba la nave. Se acomodó, colocó los pies firmemente por debajo de las caderas y dejó que la nave fuera una extensión de su propio cuerpo.

Luego esperó.

El grito del océano estaba cada vez más cerca, los anillos del vórtice eran de un color blanco cremoso en contraposición del fondo azul turbio de las aguas circundantes. El aire era denso, lleno de una niebla salada.

—Suena como si estuviera hambriento —dijo Harwell, sin tratar de esconder su miedo.

—Suena furioso —añadió Ortiga con mayor fascinación y admiración en su voz.

Caledonia creía que sonaba como si les estuviera advirtiéndole de algo, pero no podía permitirse el lujo de prestar atención.

—Todo el mundo ha salido del tercer nivel —informó Piscis. El tono de su voz denotaba que el daño era tremendo, pero que no había que lamentar ninguna baja—. Hemos sellado la parte delantera, y estamos trabajando en la grieta.

Todavía entraba agua y eso haría que el barco fuera mucho más pesado y aún más difícil de maniobrar en las aguas turbulentas que tenían por delante. Pero no se podía hacer nada al respecto.

Era el momento de Caledonia.

Después de un largo minuto, el destructor dejó de empujar. Retrocedió de forma tan repentina que ambos buques sufrieron una sacudida, y acto seguido giró en la otra dirección para evitar el vórtice.

La Baliza se retorció, recuperó la posición vertical y se deslizó mientras el océano imponía su voluntad. Caledonia sostenía el timón con manos cuidadosas mientras estudiaba la corriente que controlaba la nave.

«El agua te dirá de dónde viene y adónde se dirige —le había dicho su madre—. Si aprendes a hablar su idioma, siempre sabrás lo que hay que hacer».

Las crestas de agua se arremolinaban en grandes arcos hacia el centro del remolino, donde el agua descendía como si hubiera alguien debajo de la superficie estirando. No era una sola corriente, sino dos, que viajaban en direcciones opuestas y en paralelo, forzando que el agua se doblara y tirara hacia abajo.

Caledonia estaba fascinada, pero no había tiempo para regocijarse en ello. La nave se inclinó severamente hacia estribor y cuando la nueva corriente en sentido opuesto alcanzó la popa intentó girar. La proa daba vueltas violentamente, y la nave cabeceaba con brusquedad de babor a estribor.

Caledonia notaba que la nave ascendía lentamente y luego bajaba por culpa del agua atrapada en el tercer nivel. El lado de estribor se hundía peligrosamente y el agua se colaba por la grieta del segundo nivel. Cada gota que entraba hacía aumentar el peso de la nave y le restaba capacidad para mantenerse a flote.

El puente estaba en silencio y la tripulación lista para cumplir cualquier orden. Pero esta no llegó hasta que encontró una abertura.

Siguieron girando, pero más lentamente. Se balanceaban y giraban, se balanceaban y giraban hasta que pareció que el estómago de Caledonia se había transformado en un remolino como el que estaban navegando.

Sintió que su equilibrio interior se ajustaba al nuevo peso de la nave y se obligó a respirar tranquilamente y de forma acompasada para seguir el ritmo de la corriente. Mientras la nave seguía girando, viró directamente hacia la corriente que iba en dirección contraria. Dejaron de girar.

—Gracias, capitana. —La voz de Harwell era verde.

—No vomites en mi puente, Harwell —respondió ella.

Mantuvo los ojos clavados en el camino de mar que tenían por delante, con las manos firmes en el timón.

—Ortiga, arranca los motores.

—Sí, capitana.

Los motores rugieron y la nave salió disparada como una flecha, impulsada por su propia potencia pero también por la fuerza del remolino. Iban cada vez más rápido, a velocidades que la nave por sí sola no podía alcanzar. Por un instante pareció que el mar tiraba lateralmente del boquete para arrastrarlos hacia el centro del remolino. Pero Caledonia se mantuvo firme.

Siguió con la proa alineada con el agua turbulenta mientras leía cada cresta y cada ola y —¡al fin!— una banda fina de agua cortó hacia el centro del remolino.

Caledonia apuntó directamente hacia ella, dejando que la nave avanzara en diagonal. Las hélices la impulsaban por detrás, el agua la golpeaba de costado.

Sintió que la Baliza corcoveaba y tartamudeaba al tratar de resistir su propio peso y el empuje del remolino.

El sudor resbalaba entre los omoplatos de Caledonia, que tenía la mandíbula apretada. Notaba que las miradas en la sala oscilaban entre ella y el remolino. Trineo, Oran, Ortega y Harwell estaban allí, y también Piscis que era quien se encontraba más cerca. Se aferraban a la confianza que tenían en ella, y Caledonia, por su parte, se aferraba al otro extremo de ese vínculo, que le permitía encontrar un punto de equilibrio en medio de tanto caos.

La nave se hundió aún más, cabeceaba más y más fuerte hacia el lado por el que había sufrido los daños. Caledonia sostenía el timón con firmeza. Veía el final del remolino. Veía el lugar donde la corriente se convertía en un mar plano y tranquilo.

Pero avanzaban más despacio y la nave seguía inclinada hacia estribor.

—Apaga los motores, Ortega.

Caledonia no tuvo otra opción que dirigirse hacia el remolino y dejar que las corrientes entrelazadas arrastraran la nave en un círculo amplio, cada vez más cerca del peligroso centro. Aunque el barco todavía cabeceaba, consiguió recobrar algo de equilibrio. Necesitaban ir a más velocidad.

—Cuando volvamos hacia atrás, pon los motores a la máxima potencia. —Caledonia no se atrevía a apartar la mirada de la agitación que tenía justo enfrente. Si se equivocaba en un solo movimiento, acabarían precipitándose una vez más hacia el centro.

Tenía los hombros encorvados y tensionados, las palmas le sudaban y los brazos le temblaban. Ciertas dudas empezaron a afectar su estado de concentración. ¿Y si no funcionaba?

Sintió el contacto de una mano delicada sobre su omoplato.

—Estamos contigo, capitana —la tranquilizó Piscis.

El gesto fue simple, pero estaba cargado de energía. Caledonia sintió que sus músculos se relajaban, y cuando la fina banda de agua volvió a aparecer, ordenó poner los motores a la máxima potencia.

Tras un último acelerón consiguieron alejarse del remolino; la nave renqueaba como una ballena embarrancada. Al otro lado del remolino, los barcos del Cincohijos Venn eran formas pequeñas contra el cielo cansado del atardecer. Si los perseguían, tendrían que hacerlo rodeando el remolino, cediendo a Caledonia una ventaja aún mayor de la que ya disponía.

—Los motores están sufriendo, capitana —advirtió Harwell.

Caledonia asintió.

—Sigamos adelante hasta que no podamos más.

La nave iba de un lado a otro como una campana, demasiado pesada por la parte de abajo, demasiado hundida en el agua. Pero habían salido del remolino y estaban vivos, y esa era una pequeña victoria.

—No hay señal de perseguidores —informó Amina.

—¡Muy bien navegado, capitana! —gritó Ortiga.

El resto de la tripulación, que todavía estaba reunida en cubierta, expresó un alivio y una aprobación aún mayores. En ese momento no importaba el boquete o que todavía fueran desconocidos entre sí. Solo importaba que habían colaborado y sobrevivido.

—Es posible que tardemos en hundirnos, pero ¡hay que empezar a tapar esos boquetes ya! —gritó Caledonia, atrayendo la atención de la tripulación al problema que tenían entre manos.

—¡Buceadores! Os quiero en el lado de babor —gritó Tina.

—Expertos en tecnología, ¡seguidme! —añadió Pino, mientras se metía en el interior de la nave.

Oran salió del puente y bajó por la escalera para seguirle. Cuando estuvo fuera de su vista, Caledonia sintió un nudo de tensión en las entrañas.

—Ha sido espectacular, capitana —dijo Piscis a sus espaldas.

El cumplido hizo que sus pensamientos se alejaran de Oran y se zambulleran directamente en el mar esperanzador del afecto de Piscis.

—No tendría que habernos metido en este lío.

—Quizá no, pero nos has sacado de él. A todos. Como siempre.

Estaba hablando con Caledonia, pero sus palabras llevaban segundas intenciones. Estaban llenas de pequeñas cuchillas que apuntaban a su interior.

—Debería haber visto llegar el destructor. —Caledonia asumió sus errores—. Pero no lo hice. Y ahora tenemos nuevos problemas.

Piscis asintió, claramente insatisfecho. Todavía no había dicho lo que había venido a decir.

—Pi. —Caledonia puso la mano sobre los brazos cruzados de Piscis. Permaneció así un segundo y luego Piscis se retiró.

—Será mejor que bajemos.

Caledonia asintió y aguantó la respiración. Ayer había estado segura de que su relación con Piscis era irreconciliable. ¿Y hoy? Tal vez habían recibido un golpe duro, pero todavía no estaban hundidas.

CAPÍTULO

34



El interior de la nave estaba hecho un desastre. El aire olía a pesadez y humedad, los ruidos eran apagados, incluso las mamparas parecían dobladas de forma insólita.

Pino adelantó a Caledonia, confiando en que lo seguiría. Le pisó los talones mientras recorrían a toda velocidad los pasillos y los miembros de la tripulación se apartaban para dejarlos pasar.

—La parte delantera del tercer nivel, incluida la bodega, está sellada, pero hay otro boquete en la sala de desalinización —dijo Pino por encima del hombro—. ¡Las bombas no dan abasto!

Caledonia miraba hacia delante. Había señales de preocupación por todas partes y era difícil no fijarse en ellas al pasar.

El estado del segundo nivel era irreconocible. El destructor había perforado la pared de la cocina y entraba hasta el comedor. El acero del barco se encorbaba hacia el interior, destruyendo la despensa, los fogones, el fregadero y todo lo necesario para alimentar a una tripulación de setenta y cinco personas. El suelo estaba lleno de sillas caídas y hojas de verdura. Costaba creer que hubiera habido supervivientes, especialmente quienes estaban en la cocina en ese momento.

Una brisa mezclada con humo y la promesa de lluvia pasaron a través del boquete, a través del cual se veía cada vez más oscuro porque el cielo se tapaba. Caledonia lo entendió todo de repente; había que actuar de inmediato.

—¡Haced un agujero! —ladró Pino mientras atravesaban la cocina y bajaban por la estrecha escalera hasta el tercer nivel.

Allí empezaron a chapotear sobre varios centímetros de agua que cubrían el suelo. De las paredes parecía emanar un ruido parecido al de un torrente.

Los barcos estaban compartimentados por esa razón. Los boquetes pequeños podían bloquearse fácilmente, pero los grandes —y los repentinos— podían hundir un barco en poco tiempo si no se apedazaban o se sellaba la sala. El agua que se escurría por los tobillos de Caledonia indicaba que todavía no había ocurrido nada de eso.

Se oyeron unas voces en la parte de arriba. Pino la condujo a una sala en el lado de estribor donde la tripulación trabajaba intensamente moviendo material lejos de la pared y sellando la cámara adyacente. El agua brotaba de las grietas en el casco, donde el metal se había desgastado como si fuera tela.

Caledonia sintió un pinchazo en las entrañas.

Si hubiera sido cualquier otra sala la habrían cerrado y dejado que se llenara mientras protegían el resto de la nave. Pero aquella era la sala de desalinización. Todo lo que había allí servía para purificar el agua del mar y hacerla apta para beber, bañarse y cocinar. Sin ella, solo les quedaría la que hubiera en los depósitos, y luego nada.

Trineo y Pino se inclinaron hacia la herida que había en el casco, con los músculos en tensión para intentar deslizar una hoja de metal por el boquete. Había hojas como aquella por todo el barco, pegadas contra las paredes, y cuando era necesario podían desplazarse hacia un lado o hacia el otro para tapar boquetes. Pero aquella no se movía. Y el agua seguía subiendo de nivel.

Ya llegaba a la altura de las espinillas de Caledonia y le empapaba la tela de los pantalones. Trineo y Pino seguían empujando aquella tozuda hoja metálica. El agua estallaba violentamente a su alrededor, mostrando la fuerza terrible pero carente de esfuerzo del océano. Estaba claro que no iban a lograr salvar aquella sala. Solo quedaba salvar lo máximo posible del tercer nivel.

—¡Todo el mundo fuera! —Caledonia gritó para que la oyeran por encima del estruendo—. ¡Moveos!

Todos fueron hacia la escotilla excepto Trineo, que no se movió mientras seguía gruñendo y golpeando la hoja con el puño, y volvía a tirar nuevamente de la palanca.

—¡Ahora, Trineo! —gritó.

El agua subió por encima de sus rodillas. Pronto sería demasiado tarde para sellar la cámara. Si no iban con cuidado, podrían perder mucho más que un solo nivel de la nave.

Caledonia contó a los miembros de la tripulación que pasaban por su lado. Notó una pequeña punzada de terror en su mente mientras el número crecía. No habría forma de saber si habían encerrado a alguien allí abajo hasta que fuera demasiado tarde.

Piscis cerró la escotilla.

—¡No queda nadie en las salas de la parte delantera, capitana!

—¡Trineo! —gritó.

—¡Puedo moverla! —Apenas le quedaba voz a causa del cansancio, y tenía la cara roja del esfuerzo.

—¡Amigos, la escotilla cada vez es más pesada! —gritó Pino desde su posición, junto a la puerta.

—Podemos salvar la nave o tu vida, Trineo —afirmó Caledonia—. ¡Y ya sabes cuál será mi elección!

Algo se rompió. La hoja de metal saltó de la pared y golpeó a Trineo, que tropezó. Una mancha roja brillante apareció en su cabeza y luego desapareció, con los hombros anchos consumidos por el agua oscura.

Antes de que pudieran responder, una figura voló por el lado de Caledonia hacia el interior de la sala. Era Oran.

El nivel del agua subía rápidamente y ya llegaba a la cadera. En el interior de la sala estaba aún más oscuro. A cada segundo que pasaba, el peligro para el resto de la nave crecía exponencialmente.

—¡Capitana! —gritó Pino. El tono de advertencia en su voz estaba claro: si no cerraban la

escotilla ahora, ya no lo harían nunca—. No me gusta darte órdenes, pero debo pedirte que te marches de aquí.

—¡Caledonia! —gritó Piscis—. ¡Ahora!

La rabia le daba vueltas en el pecho. Hacia Trineo. Hacia Oran. Hacia la decisión que la estaban obligando a tomar. Eran ellos o la nave, y no podía permitirse el lujo de esperar, de salvar a dos personas que habían significado tanto para ella cuando las vidas de tantos otros reposaban sobre sus hombros. Su pecho se contrajo y los ojos le empezaron a arder, pero se giró y avanzó por el agua hacia la mano extendida de Pino.

Sus dedos se rozaron, y la mano de Pino fue como un tornillo en su antebrazo. Con un simple tirón cruzó la escotilla y chocó contra Pino. Luego tuvo que hacer un esfuerzo por recobrar la verticalidad.

—Tenemos que sellarla —dijo Pino, con la cara perlada de sudor y los ojos apretados por el mismo dolor que sentía ella.

Caledonia asintió y notó que su estómago se convertía en una piedra al dar la orden:

—Cerradla.

Por detrás, Piscis mantenía una expresión de acero. Habían llegado hasta allí tomando decisiones difíciles. Incluso cuando no estaban de acuerdo, esas decisiones no se habían interpuesto entre ellas hasta que Caledonia había tomado una sin consultar a nadie.

Juntas, colocaron los hombros contra la escotilla y empujaron. La puerta empezó a moverse, pero lentamente. Luego se detuvo. Por fuerte que empujaran, el agua resistía.

—¡Tenemos que sellar el nivel! —gritó Caledonia, que se guardaba el pánico para más adelante.

Justo cuando estaban a punto de soltar la escotilla y subir al segundo nivel, la cabeza de Trineo apareció por el borde de la puerta. Le manaba sangre de un corte en la frente. Salió del agua delante de Oran, y una vez lograron cruzar la estrecha abertura ayudaron a empujar. La puerta se cerró y Caledonia giró la rueda y bloqueó la barra.

Al apartar las manos, Caledonia se fijó en que le temblaban. Las escondió debajo del agua y respiró profundamente antes de girarse hacia sus cuatro compañeros. Pino y Piscis estaban a su lado, respirando aceleradamente. Trineo se apoyó contra la pared del lado opuesto, la sangre resbalaba por la parte izquierda de su cara. Oran estaba encorvado hacia delante. Su camiseta se pegaba al torso por la sangre fresca que salía de toda su superficie, y las viejas cicatrices naranjas eran completamente visibles a través de la tela mojada.

Caledonia dejó que su mirada cayera severamente sobre Trineo y Oran. La rabia temblaba por debajo de cada centímetro de su piel. Estaban vivos y se alegraba por ello, pero sus actos la habían obligado a tomar una decisión terrible. Lo había logrado. Los había matado a los dos, y poco importaba que hubieran sobrevivido. Siempre iba a saber que era una elección que era capaz de tomar.

—Si alguno de vosotros vuelve a desobedecer una orden, os encerraré en la bodega y dejaré que os matéis el uno al otro. —Incluso a ella la voz le pareció dura y amenazante.

Trineo parpadeó de sorpresa, pero los labios de Oran se apretaron de remordimiento.

—¿Lo entendéis? —insistió.

—Sí, capitana —respondieron al unísono.

—Bien. Trineo, ve a la enfermería —ordenó Caledonia.

—Iré con él. —Oran se acercó para que la montaña no perdiera el equilibrio.

Pino dio un paso al frente y se puso delante de ambos.

—Yo lo llevaré. —Cogió a Trineo como si pidiera permiso al antiguo Cincohijos.

Oran asintió, conservando en cierta manera un sentimiento de control al tiempo que la sangre oscura se esparcía por su camiseta.

—Tú también —le dijo Caledonia a Oran.

Torció los labios con una mueca sutil.

—Sí, capitana.

Cuando los chicos se hubieron marchado, Caledonia y Piscis se apoyaron en lados opuestos de la pared para recuperar el aliento. Oyeron que la sala de desalinización se llenaba del todo; la avalancha de agua fue reemplazada por el zumbido de las bombas de achique que se esforzaban por reducir la cantidad de agua en las otras salas del tercer nivel.

El peligro de hundimiento había pasado, pero la inestabilidad del casco era como una bomba a punto de explotar, y una nave con tanta agua encharcada estaba a una tormenta de hundirse al fondo del océano.

—Un mar agitado podría hacer volcar la nave o hasta hundirnos —dijo Caledonia, que sentía el pesado balanceo de la nave.

—Tengo que meterme en el agua —Piscis pasó sus manos por la pared mientras hablaba, con el mentón levantado hacia el acero como si estuviera escuchando secretos—. Para ayudar con las reparaciones y comprobar el estado del resto de la nave. Tenemos que asegurarnos de que no nos esperan más sorpresas.

Aquello estaba lejos de ser lo peor a lo que se habían enfrentado. Cuatro años atrás, habían logrado apedazar la nave de su familia con mucho menos a su disposición de lo que tenían en ese momento. Caledonia sintió la misma fiebre de posibilidades que se habían abierto tiempo atrás en aquella playa. Habían convertido la rabia, la tristeza y los sueños en venganza, y se habían convencido de que dos chicas con tan solo unos corazones rotos eran capaces de reparar una nave. Era extraño que un recuerdo tan enraizado en el terror y en la sangre pudiera percibirse con tanta inocencia. Pero aunque Caledonia sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros —por su nave, por su amiga y por su tripulación—, una pequeña parte de ella anhelaba la sencillez de aquel momento.

Se resistía a buscar apoyo en su amiga. Por eso se limitó a asentir.

—Métete en el agua, pero quiero que vayas acompañada. Que no te quedes atrapada en algún lugar en el que no podamos encontrarte. Yo... —Se detuvo cuando estuvo a punto de decir algo cariñoso—. Tu remolque está arriba. No sé si lo has visto.

Piscis apretó los labios descontenta, quizás incluso decepcionada por la interrupción de Caledonia, pero seguía estando muy enfadada para pedirle que continuará.

—De acuerdo, capitana.

Capitana. Ni Caledonia, ni Cala. El apelativo abría una brecha entre ellas. Mientras Piscis se marchaba para organizar a su equipo, Caledonia sintió que la distancia entre ellas se asentaba

firmemente, como la argamasa entre dos piedras tozudas.

CAPÍTULO

35



Después de una noche entera de lluvia y reparaciones que llevaron a la tripulación hasta el punto de la extenuación, Caledonia dio la orden a Tina de mandar a quienes ya no necesitaban a la cama para descansar.

Aunque la lluvia no fue intensa, hizo que el mar estuviera más agitado y que todo fuera más dificultoso, tanto en el exterior de la Baliza como en el interior. Los buceadores tuvieron que utilizar agarraderas *mag* para adaptarse al lento vaivén de la nave mientras intentaban soldar los parches de acero. Después, Amina y Harwell empezaron a reparar los motores. Todos hicieron su parte para asegurarse de que la nave estuviera lista para absorber los poderosos rayos del sol y se pusiera a navegar.

El mando de la nave se reunió brevemente en la caja, como habían hecho antes del ataque, solo que esta vez necesitaban marcar un rumbo urgentemente. Se les estaba acabando la gasolina, casi no les quedaba comida, y el agua también escasearía pronto.

Caledonia apoyó las manos en sus caderas.

—Nos vamos a Nuberrota —afirmó.

—¿Nuberrota? —Los ojos de Amina se pasearon por la sala—. El Rey Astuto no es nuestro amigo. No se alegrará de vernos.

Aquello era quedarse corto. Se pondría furioso y nervioso, y esas dos cosas lo harían peligroso. Pero era mejor un peligro conocido que las otras alternativas.

—Deja que me preocupe yo de eso —dijo Caledonia—. Al resto os quiero preocupados por llevarnos hasta allí.

El impacto contra la cocina había destruido casi toda la comida que tenían. Solo quedaba masa de semilla compacta para una comida. Ortega estimaba que desde su posición y en condiciones normales, yendo a toda potencia y capacidad, tardarían dos días en llegar a Nuberrota, pero a ellos les costaría por lo menos cuatro. Mientras saliera el sol por la mañana y no hubiera imprevistos, lo conseguirían.

Aunque a los mandos de la nave no les encantaba la idea de navegar por lugares en los que no eran bienvenidos, no eran capaces de encontrar alternativas mejores. Se dispersaron con ganas de descansar, listos para ponerle buena cara a la tripulación. Poco después, la nave estaba en

silencio.

Los miembros de la tripulación, en parejas o en grupos de tres, arrastraban los pies hacia el interior del barco, y Caledonia aprovechó para sentarse en el puente en solitario. Era una forma extraña de terminar el día, el viento había empujado la lluvia hasta el este y el aire era frío y vigorizante.

Trineo se mostraba inquieto. Deambulaba por la cubierta, cuyas marcas solares incrustadas en los bordes desprendían un resplandor azul fresco, bajo el cielo oscuro. De repente apareció Pino, que detuvo a Trineo en seco y levantó la mano para pedir su consentimiento.

Estaban a medio metro de distancia, sus siluetas brillaban bajo la luz azul, y el espacio entre ellos estaba envuelto en sombras. Trineo levantó las manos a la altura de las de Pino, y luego fue más allá, deslizando los dedos por su mandíbula, acercándose cada vez más. El beso fue breve pero impactante y Caledonia sintió un punto de celos de aquel afecto, puesto que ella encontraba las líneas que separan la amistad de la autoridad inamovibles. Piscis le había dicho muchas veces que una capitana podía tener un trato íntimo con la tripulación si así lo deseaba, pero Caledonia no podía imaginarse llevarse a alguien a la cama un día y al día siguiente mandarlo a luchar.

Durante años había reprimido la posibilidad de sentir algo por alguna de sus chicas, convencida de que eso era irresponsable. Estaba claro que se había comportado de forma imprudente al besar a Oran. Pero allí estaba Trineo realizando la elección que ella nunca había tenido el coraje de hacer.

Pino cogió la mano de Trineo y tiró de él hacia la escotilla. Luego desaparecieron juntos en el interior de la nave.

Caledonia se quedó sola en la noche. Solo se oía el resoplido de las bombas de agua y la carcajada de las olas al chocar contra el casco. Luego, un susurro anunció la llegada de Hime, que cruzó silenciosamente la escotilla del puente, seguida de cerca por Amina.

—*Sabíamos que estarías despierta* —dijo Hime con gestos—. *No deberías.*

—Tienes que descansar —añadió Amina.

Caledonia sonrió. Sintió un calor en el pecho al ver que sus hermanas se acercaban para hacerle compañía.

—Estoy descansando —replicó.

Amina soltó una carcajada.

—Me creo que te lo creas.

Hime dio un paso al frente y sacó un cuarto de masa de semilla compacta de una bolsa.

Caledonia miró hacia arriba, sorprendida.

—No, Hime. Aprecio el gesto pero la necesitas tanto como cualquiera de nosotras.

Hime no se movió. Como el resto de chicas, su rostro revelaba lo poco que había comido en las últimas semanas, pero siguió mirándola como un halcón a su presa.

Caledonia resopló al coger la porción de la mano de Hime.

—La compartiremos.

Hime puso los ojos en blanco y le dijo a Amina:

—*Te lo había dicho.*

Amina volvió a reír y besó suavemente el dorso de la mano de Hime.

—Conoces bien a nuestra capitana, princesita.

Amina se sentó en el suelo y Hime se colocó entre sus piernas mientras las tres masticaban la comida. Estaba seca y resultaba poco apetitosa, pero se tomaron su tiempo para engañar a sus estómagos pensando que era un menú completo.

Costaba creer que estaba sentada con ellas de nuevo. Durante mucho tiempo había imaginado que navegaban más allá de la Red, libres y encontrando nuevos caminos para prosperar. Pero luego, cuando supo que las habían capturado, supuso que estarían sufriendo. En todo aquel tiempo, no había imaginado ese tipo de comunión silenciosa, y encontró que no sabía qué decir. Tenía demasiadas preguntas entre las que escoger.

—Piscis fue una buena capitana —dijo Amina—. Aunque probablemente te haya dicho lo contrario.

—No tengo la menor duda —respondió Caledonia de inmediato—. Como también estoy segura de que tú eras una segunda de a bordo increíble.

Amina se encogió de hombros para rechazar el cumplido con elegancia.

—Tardará en decírtelo porque se siente mal por haber perdido la nave, pero no tuvo la culpa.

—*Fue una trampa* —añadió Hime—. *Nos estaban esperando.*

Caledonia apenas podía respirar mientras le explicaban lo sucedido.

—Cuando te fuiste, volvimos a quedar atrapadas en la Tormenta Perpetua. No podíamos quedarnos en los mares occidentales, así que atajamos hacia el este siguiendo la costa de las Islas Rocosas. Una mañana, nos encontramos con un barco en medio del mar. Parecía tener dificultades.

Caledonia comprendió inmediatamente lo que había sucedido. Piscis los había querido ayudar, porque ella era así. Hacía que Caledonia —y todas las demás— fueran mejores, pero en este caso había supuesto la caída.

—Nos dejaron acercar pero maniobrar alrededor del barco no era fácil. Entonces llegaron los demás barcos Bala, y eso fue el fin.

—*Cree que tú hubieras sabido anticipar el peligro.* —Hime hizo una pausa; una mueca compasiva hizo que sus labios se torcieran—. *Tiene razón, ¿verdad?*

Ahora fue Caledonia quien frunció el ceño.

—Ni puedo ni debo juzgar la situación sin haber estado allí. Sus decisiones consiguieron mantener a la mayoría de la tripulación con vida. Por eso fueron las correctas.

Amina asintió y reprimió un bostezo con una mano.

—Deberías decírselo.

—Lo haré —respondió Caledonia suavemente, sabiendo que cualquier cosa que le dijera a Piscis en esos momentos solo serviría para alimentar el resentimiento—. Quizás.

Hime se levantó y se llevó a Amina consigo.

—*Deberías descansar, capitana.*

Caledonia asintió.

—Te prometo que lo haré.

Estaba cansada, pero no lograba dormirse. No mientras la nave requiriera atenciones. Necesitaba escuchar cada sonido, sentir cada ola y cada movimiento del barco. Si pasaba algo, necesitaba saber que estaba completamente conectada a la Baliza en su estado actual.

Las chicas se marcharon, no sin antes mirar hacia el horizonte y luego a la vela de sol. El estómago de Caledonia se contrajo en torno a su escaso contenido mientras consideraba todas las posibilidades de que las cosas se torcieran rápidamente.

Era casi seguro que Venn las estaba persiguiendo, aunque era improbable que navegara de noche, especialmente estando cerca del remolino. Pese a que tenían una radio propia, los Balas habían cambiado de frecuencia y no podían interceptarlos. Si Venn había pedido ayuda, habría decenas de barcos persiguiéndolos. Si finalmente la Baliza no llegaba a Nuberrota, sería porque se habían quedado sin energía o habían sido capturados por el Cincohijos Venn.

Y si conseguían llegar a Nuberrota y Hesperus les negaba su ayuda, ¿cómo se aseguraría de que, con el poco alimento que tenían, su tripulación no pasara hambre hasta morir en esas aguas?

Lo único que quería era mantenerlos con vida. Encontraría la manera. Tenía que hacerlo.

Cogió cada hilo de miedo que atravesaba sus entrañas y pulmones, o que se enredaba en su estómago, y los convirtió en una única cuerda. Esos miedos, juntos, podían ser su fortaleza. Se aseguraría de ello.

La cabina del puente parecía más grande de lo habitual sin cuerpos adicionales hacinados en el interior. El espacio era frío y oscuro, con algunas luces en el tablero de mandos encendidas para no olvidarse de que les quedaba poca energía y que las bombas de agua estaban activadas. Las ventanas ofrecían una vista completa de la cubierta, donde una reducida patrulla de vigilancia compuesta por dos guardias iba de la proa a la popa bajo las nubes iluminadas por la luz de la luna. Incluso sabiendo que la situación podía pasar de ser precaria a desesperada en un instante, flotaba un ambiente de serenidad.

Oyó unos arañazos que llenaban el aire de una errática percusión en una zona del puente. Caledonia se fijó en la radio, que conservaba la misma frecuencia que habían utilizado para contactar con Puerto de la Marca. Se levantó del asiento y la examinó de cerca. Volvió a crujir, y esta vez oyó una voz.

—Caledonia.

Se quedó paralizada entre la silla y la radio. La habitación estaba de repente muy fría.

—Caledonia. —La voz que se oía a través de las interferencias era aterciopelada, como una sonrisa al otro lado de un cristal empañado, y se le metió en la piel como un trozo de hielo finísimo.

Una vez más, las interferencias perforaron el aire. Sonaba como agua que se precipitaba por sus oídos, y durante un instante se le olvidó respirar.

Era Lir.

—¿Eras tú en Puerto de la Marca, Farolillo? ¿Rescatando a tu tripulación? ¿Eras tú quien hoy ha huido tan hábilmente de Venn? —Hizo una pausa y Caledonia no pudo evitar imaginarse la sonrisa satisfecha en sus labios, rizada tan perfectamente como el pétalo de una flor—. Caledonia... —Su nombre era como una canción y una burla en su boca, unas notas interpretadas con plena confianza de que alguien las escuchaba.

La provocaba y la desafiaba para que revelara que estaba viva. Por el momento, no tenía nada más que la ausencia del cuerpo de Caledonia y tal vez un rayo de esperanza de que volverían a verse. Si ella respondía, todo iba a cambiar.

Lo sabía, lo sentía a todos los niveles, y una parte de ella anhelaba coger ese receptor y demostrarle que no habían conseguido matarla.

—Creo que fuiste tú. De hecho, así lo espero —continuó—. Nuestro último encuentro fue decepcionante. Pero mira, las lunas nos han concedido otra oportunidad.

«Sal de aquí, Caledonia». Levantó una mano para desconectar la radio. Solo era un interruptor. Lo único que tenía que hacer era apagarlo. Él ya no estaría allí, y ella sería libre. ¿Por qué no lo hacía?

—Me impresionas. No tienes nada. Solo a ti misma, pero aun así consigues sobrevivir. —Le oyó soltar aire antes de seguir con otro pensamiento espantoso—. Rescataste a tu tripulación, claro, pero también te llevaste al Bala Ares y al Cincohijos, bueno, al que era un Cincohijos, Oran. —La intriga en su voz era espesa y peligrosa—. Me sorprende tu interés por el que fue mi hermano, teniendo en cuenta todo lo que ha hecho. Pero quizás eres más compleja de lo que creía.

Ahí estaba de nuevo. Insinuando que el Oran que conocía no era el mismo que el que formaba parte de la flota Bala. A pesar de saber que esa era exactamente la intención de Lir, las palabras instalaron una duda punzante en su mente. ¿Qué cosas había hecho Oran?

—Pero no conseguiste recuperar tu nave. Te prometo que está en buenas manos. Es un tesoro que sabremos conservar.

Otro largo suspiro.

—Caledonia. Sé que vendrás a por mí otra vez, pero debo admitir que no sé cómo lo harás. Será un momento extraordinario. Y nos cambiará a los dos. Incluso al mundo. Tú y tu asombrosa capacidad para resistir.

La voz sonaba agresivamente informal, como si estuvieran en la misma sala y sus ojos reposaran sobre ella. Estaba completamente seguro de que ella estaba escuchando cada palabra. Y era verdad. De todos los momentos que hubiera podido escoger para hablar, escogió aquel en el que estaba sola en la cabina. Pero no tenía por qué reconocérselo. Podía salir de allí y dejar que la voz hablara con la noche.

—Como tu hermano...

De repente se encontró con el receptor en la mano y con la boca cerca del micrófono. Presionó el botón y habló:

—¿Qué le has hecho a Donnally?

La pausa que siguió estaba tan llena de satisfacción por su parte que Caledonia sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Había picado el anzuelo. Lir había ganado.

—Caledonia —dijo, casi canturreando—. Sabía que me escuchabas.

Reprimió la rabia, respiró profundamente y repitió:

—Lir, ¿qué le has hecho a Donnally?

—Ven a verme y te lo enseñaré.

Caledonia abrió la mano y dejó que el receptor reposara en el centro de su palma. Temblaba en su interior, respondiendo a los pequeños y agitados movimientos de los músculos. Levantó la mirada hacia el plano océano y casi se sorprendió al ver que seguía allí. Mientras hablaba Lir, el mundo se había estrechado hasta el punto que lo único que lograba ver era el receptor y el sonido de su propia voz.

Respiró profundamente y su mente voló por encima de las aguas negras turbulentas, dejando que su realidad volviera a expandirse. Era otra artimaña. Una trampa para convencerla de tomar una mala decisión en un momento de debilidad. Era imposible que conociera al detalle la situación precaria en la que se encontraban, pero debía de intuirlo. ¿Por qué, si no, había contactado con ella en ese momento?

Se acercó el receptor a la boca y presionó el botón lateral.

—No conseguirás apartarme de mi rumbo tan fácilmente.

—Ay, Caledonia. —Suspiró a través de su nombre—. Si fuera así me decepcionarías.

Finalmente, ella encontró la lucidez necesaria. Se imaginó a Lir sentado, muy lejos de allí, sujetando el receptor con la mano, lleno de arrogancia y de ese misterioso encanto que desprendía su sonrisa, su peinado en forma de corona hecha añicos. Imaginó lo desesperado que estaba por encontrarla, por derrotarla. Y se sobrepuso al levantar el receptor por última vez.

—Un día te decepcionaré, Lir. Te lo prometo.

Antes de que pudiera responder, colgó el receptor y desconectó la radio. Había cortado la conexión.

CAPÍTULO

36



Sabía que era verdad. Un día, sus caminos volverían a cruzarse. Pero había aprendido otra cosa durante aquella conversación en plena noche. Llegado el día, estaría preparada. Quería ser capaz de contraatacar sin tener que huir al instante en que la batalla estuviera ganada. Quería más poder del que nunca hubiera imaginado poseer. Quería luchar.

Ya no podría dormir, con la voz de Lir tan fresca en su mente, pero necesitaba abandonar el puente. Cuando dejaron de temblarle los dedos, se giró hacia la puerta y se sobresaltó al ver una figura.

Era demasiado alto para la puerta, pero se había detenido allí, con la cabeza inclinada sobre los amplios hombros. Aunque era alto y ancho de espaldas, también era delgado, tenía la piel caliente, de un marrón soleado que rechazaba el frío resplandor de la luna. Lo conocía. O, más exactamente, lo había conocido. Tiempo atrás.

—Ares —dijo, con un tono que dejaba entrever sorpresa.

—No quería... —Hizo una pausa, miró a Caledonia y después la radio, con un aire de culpabilidad—. No quería escuchar a escondidas.

Una irritación egoísta le subía por la garganta. La había pillado. No había querido dejarse atrapar por Lir, pero una vez más lo había hecho, y esta vez había un testigo. Sus mejillas se encendieron de vergüenza.

—Oí su voz —continuó Ares, al ver que ella no decía nada—. No es fácil olvidarla. Creía que estaba soñando. Estoy teniendo problemas para distinguir entre el sueño y la realidad.

—Es normal —dijo ella, rápidamente. Sentía la culpabilidad reptando hacia el ramo de emociones. Había estado en el barco desde Puerto de la Marca. Habían crecido juntos, y no había ido ni una sola vez a comprobar cómo estaba. O a expresar alivio por volver a verle. Se dijo que era porque había estado ocupada, lo cual era verdad. Pero había algo más.

Ver a Ares, y especialmente verlo junto a Piscis, le recordaba a Donnally. Le recordaba que no había logrado rescatar a su hermano. Y más aún: Ares le recordaba que había alguien en la nave que sabía exactamente en qué se había transformado su hermano. Podía preguntárselo y estaba seguro de que respondería. Y aquello ciertamente hacía que un escalofrío recorriera su columna.

—Parece que estás mejor —dijo—. Me alegro.

—A veces —dijo, y se encogió de hombros. Adoptaba posiciones extrañas, como si no estuviera cómodo en su propio cuerpo. La abstinencia de Oran había sido más sencilla, como también lo había sido su experiencia en la flota Bala—. Hime es una tirana. Ahora entiendo por qué la llaman princesita.

Caledonia rio.

—Es una suerte para nosotros.

Asintió, pero sus labios no dibujaron una sonrisa en ningún momento. Parecían instalados alrededor de un meridiano permanente, esculpidos por un exceso de dolor, adversidades y Limo. Lo que había dejado a Ares en aquel estado tan frágil también se había apropiado de su alegría, y lo había sumido en una especie de amable melancolía. Había sido un chico apasionado y bromista, que recorría la Fantasma en busca de cualquier oportunidad para hacer alguna travesura.

—No le hará daño a Donnally.

En un primer momento no captó el sentido de sus palabras. Su mente las rechazaba y las esparcía como las piezas de un rompecabezas que volvía a recomponer, lentamente: Lir no iba a hacerle daño a Donnally.

—¿Por qué?

—Pues... porque tienen una especie de conexión. Creo que le cae bien. Por lo menos todo lo bien que alguien es capaz de caerle a un Bala. —Hizo una pausa, y luego, intuyendo la siguiente pregunta de Caledonia, continuó—: Siempre lo ha protegido. Como a un hermano pequeño.

Hermano.

—Es mi hermano —gruñó Caledonia. Su estómago se retorcía violentamente alrededor de una náusea repentina.

Ares la observaba con la expresión compasiva de alguien que comprendía de lo que estaban hablando y veía lo absurdo que era.

—Sé por qué no quieres hacerme preguntas sobre él —dijo Ares, suavemente—. Y no te contaré nada si no quieres saberlo, pero sí que te diré que no es como los demás. Jamás te ha olvidado, ni ha olvidado nuestros orígenes.

No sabía cómo sentirse. Esas palabras escondían demasiadas posibilidades. Donnally todavía era su hermano, todavía recordaba a su familia, pero ahora era diferente. Alguien más lo llamaba hermano. El chico que les había robado todo lo que tenían. ¿Acaso había robado también el corazón de su hermano?

La náusea en su vientre no paraba de arder. No podía hablar, solo podía apoyar una mano contra el cuadro de mando que tenía detrás.

—¿Formabais parte de la flota de Lir?

—Sí —asintió—. Hasta que nos mandaron a la nave Electra. El reclutamiento es competencia de Decker. Sospecho que era un medio para lograr un fin. Lir siempre quiso que Donnally hiciera grandes cosas. Entregarnos a Decker era la mejor manera de poder ascender. Y ponerme a mí en la tripulación era una forma de asegurarse de que contaba con apoyos. El resto tendría que ganárselo. Esperan que los Cinco hijos demuestren alguna aptitud especial, antes de serlo.

—¿Cómo? —La voz de Caledonia se alargó débilmente.

—Creía... creía que lo sabías. —Ares se puso firme, con los hombros rectos por una vez—.

Lir recomendó a Donnally para que fuera un Cincohijos. Para reemplazar a Oran.

Una tormenta silenciosa estalló en los oídos de Caledonia, como la promesa distante de un trueno. Las preguntas se formaban más rápidamente de lo que podía llegar a considerarlas.

—¿Mi hermano un Cincohijos?

—No. Al menos cuando me fui. Solo había cuatro: Decker, Tassos, Venn y Lir. Cada uno puede recomendar a un candidato. Entonces fue cuando Donnally se fue de la Electra. Para seguir con el procedimiento. Y antes de que me lo preguntes, no sé en qué consiste.

—Pero Oran sí. —Se sentía anestesiada al ocurrírsele la idea.

Ares solo asintió, pero una vez más Caledonia tuvo la impresión de que era inútil. Oran sabía exactamente lo que había tenido que hacer para convertirse en un Cincohijos. ¿Pero qué había hecho para perder ese estatus? Esa era la pregunta que le daba esperanzas. Dejaba suficiente espacio en su mente alrededor de Oran como para hacer que se mereciera la confianza que había depositado en él.

—Cada Cincohijos tiene que demostrar que es más cruel y despiadado que los otros que compiten por el puesto. Si hubiera ocurrido, habríamos oído rumores en Puerto de la Marca. —Soltó aire con serenidad, como si nada de aquello lo perturbara en ningún sentido.

No era mucho consuelo, pero teniendo en cuenta todo lo que había aprendido en aquella conversación, era más que suficiente. Donnally todavía no era un Cincohijos. Creería en ello hasta que ya no fuera posible seguir creyéndolo.

—Lir se convirtió en un Cincohijos la noche en que mató a nuestras familias. Fue el más joven en destruir una nave entera en solitario. Y Aric llevaba mucho más tiempo tras la pista de nuestros padres de lo que ellos nos dejaban entrever. Supongo que en nuestra nave había gente importante, gente que Aric quería muerta. —Ares se encogió de hombros—. La victoria de Lir lo hizo famoso e imprescindible a ojos del Padre.

—Ares —empezó, creyendo que le pediría que parase. Era mucho en lo que pensar, mucho que integrar en su dolorosa comprensión del pasado. Pero en cambio, preguntó—: ¿Cómo puedo llegar hasta Donnally, antes de que se convierta en un Cincohijos?

Ares movió la cabeza lentamente, de un lado a otro.

—Lo siento.

—No pasa nada —le dirigió una leve sonrisa—. Deberías descansar.

Se le acercó y le puso una mano en el hombro. El cielo nocturno estaba oscuro y salpicado de estrellas, el aire era frío y seco. A pesar de las persistentes bajas temperaturas, Ares llevaba una camiseta de mangas cortas y su piel estaba caliente y húmeda al tacto, casi febril.

Dejó que ella saliera primero del puente, y la siguió hasta el nivel dos, donde estaban sus aposentos.

—Caledonia —dijo antes de entrar en su habitación—. Los Cincohijos lo hacen todo por el Padre. Perseguirán aquello que el Padre desee más en el mundo. Después de lo que hiciste por nosotros en Puerto de la Marca, parece probable que seas tú.

Cuando cerró la puerta, Caledonia dejó que la oscuridad y el silencio la envolvieran en una capa protectora. Su mente estaba a punto de explotar, y su corazón también. Era casi demasiado por una noche.

Pero si Ares tenía razón, el camino más corto hacia Donnally pasaba por Aric.

CAPÍTULO

37



Caledonia se tumbó de espaldas bajo la vela de sol y examinó las escamas negras. Brillaban a la luz del sol, orzaban ligeramente en la brisa, y cuando no había brisa temblaban con la vibración de los motores de la nave. Una de ellas, tomada en solitario, no servía de gran cosa, pero el conjunto constituía el dispositivo más poderoso de cualquier nave.

Incluso habiendo recuperado la energía, no podían hacer nada respecto al agua en el tercer nivel, e iban a tardar cuatro días en alcanzar Nuberrota. Cuatro días de raciones reducidas, de un suministro de agua cada vez menor, de una red de tensiones entre Oran y casi todos los demás tripulantes de la Baliza. Hasta la tripulación de Caledonia parecía moverse a su alrededor con mayor prudencia. No estaba segura de si era porque habían oído el nombre de Manodeacero o porque había cambiado radicalmente al estar rodeado de Balas.

Tenía que reconocer que su habilidad para transformarse era inquietante, y aquello hizo que recordara los distintos papeles que había interpretado. Había llegado a bordo de su nave para huir, luego se había convertido exactamente en quien tenía que ser para sobrevivir. Si aquello era verdad para el Oran que había conocido, lo era aún más para el Oran que habían conocido los Espadas. El conjunto le dejaba una sensación que resonaba tranquilamente en el fondo de su mente: ¿cuál era el verdadero Oran?

Era el tercer día de viaje, y la tripulación daba señales de agotamiento. Caledonia no era una excepción. Estaba subida al aparejo de la vela de sol cuando su cabeza se llenó de una ligera confusión. Bajó de inmediato y se tumbó para recobrar el aliento.

Notó una mano en la muñeca y unos dedos planos que le tomaban el pulso.

—Estoy bien, Hime —protestó, pero estaba demasiado cansada para resistirse.

Hime meneó la cabeza y siguió contando. Después de un minuto en silencio, suspiró y soltó la muñeca de Caledonia.

—*No te subas al aparejo. No gastes...*

—Energía innecesariamente, ya lo sé.

—*¿Estás segura? Porque te he visto allí arriba* —gesticuló, y cuando señaló el aparejo lo hizo con frustración exagerada—. *Eso no me parecía necesario.*

Caledonia frunció ligeramente el entrecejo. Incluso las expresiones faciales resultaban

difíciles de realizar.

—¿Quieres que la lleve a su cama? —Amina estaba arrodillada al lado de Hime, y acercó la mano rápidamente hacia Caledonia.

—¿Cómo está el resto de la tripulación? —interrumpió Caledonia.

—*Muestran señales de deshidratación: dolores de cabeza, desorientación... Todo irá mucho peor antes de que se acabe el día.*

—Genial. —Hizo un esfuerzo para sentarse, pero se mareó y tuvo que entrecerrar los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, Hime y Amina la estaban examinando con unas miradas de preocupación irritantes. Las ignoró y dejó pasear su vista por la cubierta. Pino y Piscis estaban en la barandilla de babor, con las manos levantadas mientras conversaban. Pino parecía resuelto a aprender el idioma de Hime, y Piscis era una profesora paciente. Más arriba, en la parte delantera de la nave, Ortiga estaba sentada en la chimenea fantasma con Harwell y Destello para vigilar. Formaban un triángulo unido por las espaldas respectivas. Habitualmente había una sola persona en cada puesto, pero con la energía de todos ellos disminuyendo, Trineo había recomendado que se colocaran, desde la proa hasta la popa, en grupos de tres.

Amina se inclinó hacia delante.

—Lo conseguiremos, capitana. No te preocupes por nosotros. Asegúrate de estar lista para hacer lo necesario cuando lleguemos a Nuberrota. Y ahora deja que te acompañe a la cama antes de que la tripulación se alarme.

A Caledonia siempre le había sorprendido la naturalidad con la que Amina actuaba como un miembro más de la tripulación y como una de sus mandos, con el mismo rango que Caledonia. Le ofreció la mano, tiró de ella hasta que se levantó, y la ayudó a mantener el equilibrio para no montar un espectáculo.

El ligero zumbido en sus oídos la acompañó hasta la habitación, y ver su cama le produjo más satisfacción de la que había previsto.

—*Vendré a ver cómo estás dentro de dos horas* —le prometió Hime.

—No me dejéis dormir más de una hora.

—Dormirás tanto como te ordene ella —replicó Amina.

Las dos chicas salieron justo en el momento en que apareció Oran. Dejó espacio para que pasaran y le enseñó el contenido de una taza a Hime para obtener su consentimiento.

Hime sonrió mientras desaparecía por el pasillo junto a Amina. Caledonia hizo una mueca.

Oran entró en el camarote.

—Sé que has estado disminuyendo tus raciones —dijo en voz baja—. Toma esto.

—No puedes saberlo —murmuró, a pesar de que su garganta se moría por beber algo.

—¿Me equivoco?

—Oran —dijo.

Él cambió de posición para apoyarse con el hombro en la escotilla, y el gesto fue tan despreocupadamente poderoso que a Caledonia volvió a sorprenderle su capacidad para cambiar. O las diferencias en cómo lo percibía. Estaba tranquilo y confiado, de una manera que transmitía una fortaleza serena y mortífera.

Le gustaba.

Pero todavía tenía la voz de Lir en la cabeza, planteándole preguntas. En los últimos días había estado sopesando preguntarle a Oran: «¿Qué hiciste?». No le gustaba que Lir supiera más que ella, pero todavía no estaba lista.

Oran le aguantaba la mirada.

—No dejas de anteponer a la tripulación a ti misma, y así acabarás consiguiendo que nos maten.

La taza reposaba en su mano, llena de un agua limpia y reluciente. No era más que un trago. Pero lo deseaba.

Se decidió a coger la taza y con la punta de los dedos rozó a Oran. Los dejó allí un segundo más de lo que hubiera debido. Se miraron. Agarró la taza y bebió. El agua fue como un bálsamo para su garganta seca. Parecía que cada parte de su cuerpo gritaba de alivio, pero al instante siguiente ya quería más.

—Gracias —dijo, con la voz rugosa.

No respondió. La observaba con la misma mezcla de fascinación y admiración que cuando se habían conocido. Pero ahora, ella lo veía todo de modo diferente. Oran entendía el poder. Lo había tenido en sus manos, había renunciado a él, y ahora seguía voluntariamente a Caledonia. Admiraba su poder.

—Para —dijo ella.

—Solo si es una orden. ¿Lo es?

Lo examinó durante un instante. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y las sombras parecían atrapadas entre los hombros y los músculos de sus brazos flexibles. Aunque la estaba mirando, Caledonia solo podía pensar en aquel beso. Sus ojos resbalaron hasta enfocar los labios apretados de Oran. ¿Era una orden?

En aquel momento Caledonia necesitaba fuerzas, no distracciones. Puso una mano sobre su pecho y lo empujó con firmeza hacia el pasillo.

—Sí —dijo—. Y gracias.

Mientras ella cerraba la escotilla, Oran se quedó inmóvil. Sus ojos la absorbieron hasta el último segundo.

CAPÍTULO

38



—Nos hemos quedado sin agua —informó Piscis—. Están distribuyendo las últimas raciones.

Era el cuarto día y todo el mundo sabía que ya deberían haber llegado a tierra. La nave iba cada vez más despacio, todos los sistemas se encontraban al límite.

—Raciones es una palabra un poco exagerada para describir lo que estamos recibiendo. —Pino casi se puso a refunfuñar.

—*Nos mantienen con vida* —replicó Hime.

La frustración de Pino creció. Se giró para observar a Piscis.

—Nos mantienen con vida —repitió ella.

—¿Estáis seguros de que los motores ya no dan más de sí? —preguntó Caledonia. Estaban acuartelados en el puesto de mando, donde las palabras quedaban amortiguadas por el ruido de las hélices.

—Si aumentamos las revoluciones podemos perderlos del todo. —La respuesta de Amina fue serena y tranquila, pero solo aparentemente.

Caledonia giró sus ojos hambrientos hacia el oeste. Al tener cada vez más sed estaban todos de peor humor, y las tensiones entre los Espadas y la tripulación de la Mors Navis aumentaban. Tenían que encontrar una fuente de agua fresca. Estaban tan cerca que en su mente apareció la imagen distante de unos acantilados, allí donde se suponía que estaban las Islas Rocosas.

—Desviad toda la energía innecesaria a los motores —ordenó—. Bombas de agua, filtración de agua, todo lo que no sirva para hacer que esta nave avance.

El equipo asintió, motivado por un plan de acción inmediato, pero Caledonia notó ese entusiasmo muy levemente mientras regresaba a la cabina.

El cansancio colgaba de todos los huesos de su cuerpo, e intentó no obcecarse por el sentimiento de vacío que tenía en el estómago mientras se preparaba para ver al Rey Astuto. La última vez que había estado en su ciudad llevó las escamas de su vela de sol destrozada para intercambiar, y él había demostrado no ser muy de fiar. El botín de Aric era demasiado grande como para renunciar a él, y el Rey Astuto casi la había entregado. Ese casi era el que ahora le daba esperanzas. Tal vez Hesperus Shreeves obedecía la ley de Aric la mayor parte del tiempo, pero no le gustaba.

En el espejo, las mejillas de Caledonia se encorvaban hacia las comisuras de los labios, y su nariz era tan afilada como la proa de la nave. Sus ojos marrones estaban bien abiertos por debajo de unas cejas descuidadas, y su pelo parecía un pequeño fuego de raíces rojas que crecían por debajo de unos estridentes rizos rubios. Su piel estaba bronceada de forma irregular por la frente y el tabique nasal, lo cual la identificaba como una chica del mar. Podía sentirse agotada, pero su imagen todavía era temible.

Se quitó la ropa sucia de todo el viaje y se puso lo único limpio que tenía: una camiseta marrón ajustada y unos pantalones negros. Para completar la combinación, se abrochó la banda gris de Triple alrededor de la cintura, dejando el nudo bajo y que la tela colgara a la altura de las rodillas. A pesar de que las armas no estaban permitidas en presencia del Rey Astuto, se ajustó la cartuchera y la espada. Quería estar preparada para el instante en que divisaran Nuberrota.

Alguien llamó a la puerta. Cuando abrió se encontró con Piscis. Al instante, el letargo de sus extremidades se convirtió en una especie de nerviosa esperanza. Las dos habían estado en contacto permanente los últimos días, pero raramente a solas.

—¿Es la hora? —preguntó Caledonia.

—No. Disculpa.

Caledonia esperaba que dijera algo más y le preocupaba que no lo hiciera.

Piscis abrió la boca pero luego recapacitó y la volvió a cerrar. Caledonia vio que seguía igual de seria, como tantas otras veces los últimos días. Luego identificó una expresión que le confirmaba que solo eran hermanas simbólicamente. Y rompió a llorar.

Caledonia se acercó y abrazó con fuerza a su hermana. En un primer momento, Piscis parecía dispuesta a resistir, pero luego le devolvió el abrazo, envolviendo los hombros de Caledonia con sus largos brazos.

—Siento mucho que me capturaran —murmuró Piscis.

—¡Pi! —gritó Caledonia, apartándose y tomando la cara de la chica entre sus manos—. Las mantuviste con vida. Eso es lo que cuenta.

—Intenté ser como tú —dijo, con un tono severo—. Estaba furiosa contigo por habernos abandonado, intentaba hacer lo que creía que harías tú, y nos capturaron.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca te he visto rehuir una batalla. Ni una sola vez. No se me pasó por la cabeza que serías capaz de hacer algo así. Pero con el remolino hiciste exactamente eso. No diste la vuelta para entrar en combate, sino que huiste.

—Porque era lo mejor —respondió Caledonia, precavida.

La boca de Piscis se comprimó.

—Te he culpado por todo lo sucedido. Porque nos capturaron, por perder a más chicas, por abandonarme. —Hizo una pausa para apartar las manos de Caledonia de su cara—. No quiero seguir culpándote.

—Entiendo tus razones.

—No digo que no esté justificado —replicó Piscis—. Pero hay cosas más importantes entre nosotras que las heridas y la culpabilidad.

—¿A qué te refieres? —Caledonia permanecía completamente inmóvil. Si se movía, estaba

convencida de que iba a destruir lo que estaba pasando entre ellas.

—Necesito saber que no volverás a abandonarme de esa manera.

—No lo haré —prometió Caledonia, mareada por la mezcla de hambre y esperanza—. No lo haré. Yo... Pi, no quiero volver a perderte.

—Caledonia —suspiró Piscis—. Eso es lo que no entiendes. Nunca conseguirás perderme.

—Gracias. —Eran las palabras más maravillosas que Caledonia había oído nunca. Si hubiera tenido agua en su interior, hubiese llorado de alivio.

—¡Los acantilados! —un grito de excitación recorrió la nave—. ¡Los acantilados!

—Nunca hay tiempo, ¿verdad? —Piscis asintió, guardándose la sonrisa para después—. Vamos.

Los blancos acantilados contrastaban con el azul del cielo, y cuando aparecieron, la nave al completo soltó un suspiro de alivio. Todos excepto Caledonia. Llegar hasta allí solo había sido el primer obstáculo. Pero era lo que venía ahora —entrar en Nuberrota y conseguir dar de comer y beber a la tripulación— lo que la inquietaba. Iba a requerir el mismo pensamiento estratégico que una batalla.

—Sigue un rumbo fijo, Ortega —gritó—. Recuerda que esto es un barco Bala.

Pronto vieron el archipiélago de islas que protegía el puerto de Baja Nuberrota, cuyas costas zigzagueantes sobresalían como mortíferos icebergs. Más allá, el muelle de Baja Nuberrota se encontraba recogido entre unos acantilados blanquecinos, en la cima de los cuales reposaba la ciudad de Nuberrota, colgada en la montaña. La única manera de entrar o salir era a través de los traicioneros elevadores.

Ortega ralentizó la marcha. Caledonia recordó la última vez que habían visitado la ciudad. La tripulación era muy diferente entonces: la mitad de grande y sin estar rota por el hambre y el resentimiento hacia su capitana. Dienterrojo estaba viva.

Cada vez era más fácil pensar en ella, en sus trenzas de puntas rojizas y su hermoso grito de batalla, en su increíble fortaleza y en su corazón tan blando; Caledonia oía su voz en aquel preciso instante, quejándose de que no había buenas alternativas mientras pasaban por el lado de los islotes con la Mors Navis.

Entonces eran una embarcación marcada y llegaron bajo el manto de la niebla matinal, pero esta vez Caledonia no quería pasar desapercibida. Quería que Hesperus la viera. Para ello, lo más rápido era aparecer como una amenaza, por lo que dirigió la nave hacia los islotes y esperó. En la cubierta principal, Trineo y Pino distribuían los equipos a babor y estribor. El número de efectivos era visible desde lejos, pero iban desarmados en señal de paz. A lo lejos, en la cubierta trasera, se encontraba Oran. Mientras el resto miraba hacia el oeste, él seguía con los ojos clavados hacia el horizonte, en el este.

Tardaron menos de lo que había previsto. Tan pronto como apagaron los motores divisaron una barca saliendo del muelle. Era poco más que un bote inflable, pero el motor rugía al entrar en contacto con el agua e iba directamente hacia ellos.

Piscis y Caledonia estaban de pie en la cubierta de mando. Amina se unió al grupo, con los

pelos de su cresta bien atados. Luego llegó Hime, con una mano herida y envuelta en una tela en lugar de una venda. Rodearon a Caledonia como de costumbre, y esta se dio cuenta con una emoción repentina de que era la primera vez que se colocaban de esa manera. Sus rocas: sílex, granito y ágata. Era un círculo más pequeño que antes, pero en cierta manera más fuerte. Los recuerdos de Puntilla y Dienterrojo siempre estarían con ellas; nunca olvidarían a sus chicas de cuarzo soleado y marfil resistente.

—Parece que tenemos compañía. —Amina seguía la barca con la mirada.

—No veo armas —añadió Piscis.

—*No saben quiénes somos* —dijo Hime, con astucia.

Caledonia asintió y dio un paso al frente para que la vieran desde el agua. Por detrás, sentía que las chicas se abrían en abanico y preparaban las armas.

El pequeño bote dio vueltas alrededor de la Baliza. Había una figura en la proa vestida de un color gris oscuro, con la capa azul cerúleo que identificaba a la guardia del Rey Astuto. Tenía la piel fría y dorada, y la cabeza rapada.

—¡Caledonia Styx! —gritó la mujer con una especie de admiración reticente. Colocó su mano en la empuñadura de una pistola enfundada a la altura del muslo—. No te esperaba.

—Me alegro de verte, Mino —respondió, sorprendida de lo fácil que había sido pronunciar esas palabras. Realmente estaba contenta de verla, aunque solo fuera porque ahora sería mucho más fácil llegar hasta Hesperus.

—¿De verdad? —La mujer escudriñó la nave de un lado a otro y se detuvo allí donde se había reunido la tripulación—. Te pareces más a una Bala que la última vez que te vi.

—Capitana. —Oyó la voz suave de Amina en su oído—. Hay ametralladoras en los islotes. Podría ser una trampa.

Caledonia asintió solo para indicar que había oído la advertencia, luego sonrió y dio un paso al frente.

—A veces el mejor disfraz es el uniforme de tu enemigo.

—¿Por qué has traído Balas a mi puerto?

—No son Balas —gritó, y cuando Mino levantó una ceja en señal de escepticismo, añadió—: Ya no.

—¿Y tu nave? —Mino hizo una mueca mientras examinaba la Baliza. Tenía la cara llena de garabatos de insatisfacción—. Esa nave parece que sea del Padre.

No tenía ningún sentido mentir, aunque el estómago de Caledonia se retorció.

—Lo era. Ahora es mía. Y tenemos que repararla. He venido a comerciar con tu hermano. Y algo más, si nos dejas pasar.

—¿Tienes algo que ofrecer?

—Creo recordar que me olvidé unas escamas solares muy valiosas la última vez que estuve por aquí. —Levantó el mentón e hizo un gesto hacia la tripulación—. He venido a cobrar la deuda. Pero además, quiero hacerle una oferta que creo que le gustará.

La expresión de Mino dejaba entrever sus recelos, pero en lugar de rechazar la propuesta, asintió:

—De acuerdo, capitana. Pero no podéis atracar la nave aquí. Seguidme.

La mujer desapareció en la cabina protegida de su puente, y arrancó los motores. Los condujo a través de los islotes, más allá del muelle donde varios barcos ocupaban los embarcaderos, y donde podían verse figuras cargando mercancías para comerciar en los elevadores. Mino pasó por el lado y las guió directamente hacia los canales.

Como la última vez, la entrada era difícil de detectar, pero a diferencia de entonces, ahora navegaban a una velocidad razonable. También fue más fácil tomar la curva y pronto las paredes escarpadas de los acantilados se alzaron a ambos lados de la Baliza. El aire se llenó del zumbido de los motores, acompañado de las ráfagas y salpicaduras del agua que chocaba contra las rocas.

—No me gusta esta situación. —Trineo estaba en la cubierta de mando. Tenía los hombros encorvados y sus ojos rebotaban nerviosamente de un acantilado a otro, como si estuviera viendo algo que había pasado por alto a los demás—. No me gusta nada.

—Ya hemos navegado por estos canales antes —lo calmó Piscis, siempre tan intuitiva.

—Sí pero...

—No le gustan los espacios cerrados —explicó Pino.

—Pues vivimos en una nave. —Amina parecía incrédula.

Pino se encogió de hombros.

—Nunca ha tenido problemas con los barcos. Pero... —Señaló la estrecha franja de cielo por encima—. Es todo lo que le hace sentir pequeño, creo.

Trineo dirigió una mirada sombría a Pino, y este se calló.

—Mantén la calma, Trineo. —Caledonia hizo que sonara como una orden.

—Estoy bien —gruñó—. Deberíais estar todos igual de preocupados que yo por estos acantilados.

Como si hubiera dado la señal, les llegó un ruido sordo desde arriba y empezaron a caer rocas al agua y contra la proa de la nave. Ninguna era más grande que un puño, pero golpearon la cubierta con una fuerza tremenda.

Trineo se apartó, murmurando para sí mismo mientras se alejaba.

Caledonia permaneció exactamente en el mismo sitio, grabando cada desviación que tomaban en su memoria. Incluso sin el mapa con el que habían navegado aquellos canales unos meses antes, sabía que se estaban dirigiendo a los pasos del norte. Aquellos que Hesperus le había dicho que evitara si quería estar a salvo. Nuberrota siempre escondía alguna sorpresa.

Pero Caledonia ya contaba con ello.

CAPÍTULO

39



—¡Vamos! —gritó Caledonia.

Siguieron a la barca de Mino durante varios kilómetros, caracoleando por los canales hasta llegar a un puerto escondido en las profundidades de la cordillera. Aunque Caledonia estaba segura de que Ortiga había memorizado el camino tan bien como ella, volver a salir no era una tarea que quisiera llevar a cabo bajo presión. La Baliza serpenteaba por los canales, y dejarla atrapada en aquel lugar hubiese requerido muy poco esfuerzo por parte de Hesperus.

El puerto era como una cuenca natural en la que desembocaban los canales, con un largo muelle incrustado en las piedras del acantilado. En aquel momento, el nivel del agua era bajo y dejaba ver dos escalones de piedra que conducían hacia el muelle. Mino las guio hasta el centro del puerto y colocó su pequeña barca justo al lado para llevarlos hasta las escaleras.

Caledonia reunió a Piscis, Amina y Hime, y por un instante consideró la idea de llevárselas solo a ellas. Luego vio a Trineo, Pino y Oran. Los tres antiguos Balas a su lado serían una prueba más elocuente que nada de lo que pudiera decirle al Rey Astuto de Nuberrota.

—¡Tina! Estás al mando —dijo asintiendo con firmeza.

—Sí, capitana.

Caledonia y sus seis acompañantes se acercaron a la barandilla, por donde una escalera descendía hasta la cubierta de la barca de Mino.

—¡Esperad! —Ortiga llegó corriendo por la cubierta, con sus lazos multicolor brillando bajo la luz del sol—. Dejadme venir. Sé cómo trabaja. Os puedo ayudar.

—Ortiga. —Amina se acercó para regañarla—. La última vez que viste al Rey Astuto le robaste. Nuestra tarea ya es lo suficientemente difícil sin tener que negociar con tu pasado. Por mucho que nos alegremos de los actos que llevaste a cabo.

—¡Pero tengo algo que va a querer! ¡Algo con lo que podremos negociar!

Todos los miembros de aquel estrecho círculo suspiraron.

Ortiga se limitó a sonreír, taimada y encantada, mientras sacaba un pequeño artilugio de una funda que colgaba de su cadera. Era un objeto rectangular, largo y fino, que al presionar un botón se transformaba en un cedazo de mano.

—Tecnología terrestre —dijo orgullosa.

—¡Ortiga! —Caledonia le arrebató el artefacto.

—Sabía que lo querías. ¿Y quién mejor para comerse este percebe que Hesperus, el Pez Astuto de los Mares?

La mente de Caledonia concibió un sinfín de posibilidades. Si lograban desentrañar el funcionamiento de la tecnología terrestre de Aric, e incluso encontrar una forma de reproducirla, podrían cambiarlo todo. Ortiga tenía razón en que Hesperus era el único con los recursos para hacerlo, pero su lealtad estaba menos clara.

—Es muy valioso —dijo Caledonia, y le devolvió el artilugio a Ortiga—. Pero ahora no es el momento. Guárdalo bien.

—Pero no puedes ir a verle sin nada —protestó.

—Tengo algo que va a querer más que unas mercancías para intercambiar. —Los labios de Caledonia esbozaron una sonrisa mientras el resto del equipo esperaba una respuesta—. Es un secreto que tú me dijiste.

Ortiga no pudo evitar una sonrisa de complicidad.

—Funcionará. Pero no dejes que te tome el pelo. Es mejor de lo que deja que crea la gente.

—¿Y tú cómo lo sabes? —gritó Caledonia, acercándose a la barandilla.

Ortiga cerró la boca, levantó el mentón y sonrió.

—Esta trae más problemas de lo que vale —bromeó Piscis.

Uno a uno, bajaron por la escalera. Amina insistió en ir primera y Trineo fue el último. Mino los observaba llegar en silencio y los estudiaba con una solemnidad desconcertante. Caledonia estaba segura de que la mujer había localizado todas las pistolas y espadas, y que tenía una idea aproximada de lo que costaría desarmarlos o superarlos en fuerza. Pero Mino no dejó entrever que los considerara peligrosos en modo alguno, y la barca navegó velozmente hacia la escalera de piedra.

—Arriba. —Fue la única palabra que pronunció al desembarcar y empezar a subir por las piedras resbaladizas.

Amina seguía al frente, siempre lista para interponerse entre Caledonia y cualquier situación de peligro. El resto iba en fila por detrás, caminando con cautela por la resbaladiza escalera. Siguieron a Mino hasta el borde estrecho de un muelle, y desde allí hacia una abertura redonda en la pared del canal.

—Siento como si supiera lo que nos espera —murmuró Piscis, con un tono sombrío.

Pronto se encontraron en una pequeña sala con una rejilla metálica al fondo. Las mejillas de Piscis enrojecieron de pánico mientras subían al elevador y Mino cerraba la rejilla por detrás. El elevador tardó pocos segundos en subir como una cremallera por un hueco oscuro, sin importarle los ocho cuerpos que cargaba. El viento soplaba cerca de sus oídos; olía a rocas y a cielo frío. Muy por encima, unos engranajes metálicos chasqueaban al rodar, lo cual hacía que el viaje estuviera acompañado de un ritmo distante.

El trayecto fue rápido, aunque no lo suficiente para Piscis, que cerró los ojos y apoyó su hombro contra Caledonia, que se deleitó en el contacto físico. Su instinto era coger a Piscis de la mano y dejar que sus dedos se entrelazaran para procurarse consuelo. Pero en lugar de eso se mantuvo firme e inmóvil, convirtiéndose en una piedra a pesar de que Piscis necesitaba ayuda.

La rejilla metálica se abrió enseguida. Fueron conducidos como una manada por una sala estrecha y luego hacia un espacio plano con tierra amontonada y hierba pálida y desgastada. El sol había desaparecido de su vista en los canales. Pero allí arriba todavía se veía a lo lejos, hacia el oeste, hundiéndose lentamente por un anillo de las montañas nevadas. Hacia el este, la ladera caía sobre una cresta de acantilados, y más allá el océano. Era una vista sobrecogedora. Estaban a mucha altura, en el lado occidental de las montañas, que ofrecía una vista de los puestos de comerciantes y viviendas que constituían la siempre cambiante ciudad de Nuberrota. Desde allí, el caos casi parecía acogedor, un revoltijo de hilos que mantenían junta la comunidad.

Hacía frío, un cambio drástico respecto a la calidez de los canales resguardados. El aliento de Caledonia salía de su boca en forma de pequeñas ráfagas blancas, y su piel se erizaba. Tiritó, y sus sentidos apaciguados por el hambre se despertaron de repente: se sentía preparada para encontrarse con el Rey Astuto. Él no iba a estar ni cansado, ni hambriento, ni sediento. Tampoco iba a distraerlo la idea de una tripulación debilitada o inquieta por el estado de su nave. Llegaría con un único objetivo en la mente: lograr el mejor trato posible en el intercambio. Pues iba a sufrir una decepción.

El camino pronto se adentró por un valle bordeado por pequeños árboles con agujas de un verde profundo. El centro del valle estaba despejado para dejar espacio a una docena de cabañas hechas de una madera rojiza, en cuyos tejados brillaban paneles solares, y cuyas paredes delimitaban con pequeños jardines.

—Esperad aquí —dijo Mino, que les condujo a una cabaña amplia, cerca del centro del recinto. La habitación principal parecía ser un comedor, pero en ese momento estaba vacío y en su interior hacía frío. Había filas de sillas de madera robustas y mesas largas y estrechas arrumbadas contra la pared. Al fondo de la sala había dos puertas, una a cada lado de la cocina.

—Hay agua. Servíos.

Cerró la puerta y los siete se quedaron en silencio durante un instante. Agua. Pino fue el primero en ir a por ella. Corrió hacia la puerta que había indicado Mino y desapareció por detrás durante algunos minutos. Volvió a aparecer con una jarra, siete vasos y una sonrisa casi delirante que llegaba hasta sus mejillas demacradas.

Repartió los vasos tan rápidamente como lograba llenarlos, y todos ingirieron el precioso líquido. Caledonia se bebió tres vasos antes de parar; su estómago se cerraba en torno al nuevo contenido.

—Casi estoy lleno —dijo Trineo, mientras se secaba la boca con el brazo—. Demasiado lleno.

—No lo estás —dijo Piscis con una mueca—. Bebe despacio.

Todos sabían lo que era el hambre. Había veces en que no encontraban peces, en ocasiones buscaban comida y solo encontraban fruta seca y nueces que se convertían en polvo casi en el mismo momento en que las abrías. Pero la tecnología acuática era tan abundante que la sed era una sensación muy extraña.

—El resto de la tripulación necesita la misma cantidad —dijo Amina—. Si podemos convencer al Rey Astuto de que nos la dé.

—Confío en que no habréis venido solo a por agua.

La voz les cogió por sorpresa. Habían estado tan centrados en la sed colectiva que habían dejado la puerta sin vigilar.

—Hesperus —dijo Caledonia, mientras se ponía de cara al hombre, con Amina cerca para protegerla.

Era tan imponente como lo recordaba. Alto, ancho de espaldas, con la piel de un negro metálico, como de agua que brilla a la luz de la luna, y se movía con un aire de mando que Caledonia imitó.

—Debo reconocer que estoy sorprendido, capitana —continuó Hesperus—. Había oído que estabas muerta.

Dio tres pasos hacia el interior de la sala, con dos guardias a su lado. Iba vestido de gris y negro, con su enorme gabán ondulado que casi tocaba el suelo. Su frente estaba cubierta de una fina capa de sudor. Había corrido para llegar hasta allí.

Caledonia sonrió.

—Solo un poco.

—Supongo que puestos a estar muertos, mejor estarlo un poco que mucho. Me alegro de verte con vida. Y a ti también, Amina —dijo educadamente—. Me temo que no tengo el placer de conocer a tus otros amigos.

—Tripulación —lo corrigió Caledonia.

Sus ojos se entrecerraron.

—Me pareció entender, en nuestro último encuentro, que tu tripulación estaba formada exclusivamente por chicas.

Amina y Piscis la arropaban, una a cada lado. Habían escogido seguirla porque no tenían adónde ir. Pero detrás estaban Hime, Oran, Trineo y Pino, todos ellos antiguos hijos de Aric. La habían escogido a ella por encima del Padre. El profundo poder y la confianza que le otorgaban aquellas elecciones le daban plenitud; hacían que fuese más alta y fuerte.

—Mi tripulación ha crecido. Aric quiere hacernos creer que nadie abandona su ejército. Hasta yo me lo creí. Pero no es verdad. Tengo a muchos antiguos Balas en mi tripulación. Trineo, Pino, Oran y...

No pudo seguir porque Hesperus se abalanzó hacia ellos y desenfundó la espada.

—¡Cincohijos! —gritó, presionando el filo de la espada contra la garganta de Oran, donde apareció una pequeña línea roja. La sangre brillaba como una joya en la espada.

Oran estaba completamente inmóvil. Observaba a Hesperus como si fuera alguien sin importancia.

—Capitana —dijo, como si fuera a pedir otro vaso de agua.

Caledonia sintió una tensión en el pecho.

—Mantén la calma —dijo con todo el control que le quedaba.

Tuvo el efecto deseado. Hesperus aflojó la empuñadura.

—Has traído a un Cincohijos a mi ciudad. —Hesperus no apartaba los ojos de Oran mientras hablaba, cada palabra pronunciada con intención de cortar—. Y no un Cincohijos cualquiera. Este es tan malo como Lir.

La mente de Caledonia se llenó de incertidumbre al recordar que ignoraba lo que había hecho

Oran al servicio del Padre, y las palabras que él le había dicho un día: si algún día lo descubriría ya no volvería a verlo de la misma manera.

—Oran lucha para mí.

Los dos guardias se fueron aproximando y sacaron las pistolas de las fundas, pero ninguno de ellos apuntaba. Por detrás, estaba convencida de que Pino y Hime imitaban esos mismos movimientos. Caledonia sintió un nudo de tensión en su espalda.

—Siempre traes problemas a mi puerta, Caledonia Styx. —El hombre finalmente dio un paso atrás y limpió la espada con la pierna de su pantalón antes de volver a guardarla en el cinto—. ¿Un barco Bala y un Cincohijos? Eres demasiado atrevida.

Caledonia dio un paso adelante.

—Creo que tú eres más atrevido de lo que aparentas.

Levantó una sola ceja como respuesta y esperó a que se explicara.

—Hace unas semanas nos encontramos con un barco extraño. Navegaba completamente por debajo de la superficie, y atacaba desde allí.

Examinó cuidadosamente su expresión mientras hablaba.

—La tecnología de los barcos profundos ya no existe —dijo rápidamente.

—Pues sí que existe. Yo lo vi. Luché contra uno de ellos —Hizo una pausa, asegurándose de que la miraba a los ojos cuando añadió—: Y lo hundí.

Ahí estaba. El destello que esperaba como respuesta, la forma en que había levantado la ceja de forma casi imperceptible. Irritación.

—Aric lleva años detrás de esa tecnología —dijo, evitando la acusación implícita—. Debía de ser suyo.

—Yo también lo pensé. En un primer momento. Pero ese barco nos atacó porque creía que estábamos del lado de Aric. Estoy segura de que, si hubiéramos podido comunicarnos, habríamos logrado evitar la batalla. —Bajó el tono de su voz—. Y lo lamento mucho.

La mandíbula de Hesperus se contrajo, y parpadeó con fuerza. La pérdida del barco le importaba, pero había una tristeza auténtica escrita en las líneas de su rostro. La preocupación que había mostrado por su familia durante el primer encuentro se extendía al resto de su gente. Lamentaba aquellas muertes de una manera con la que Caledonia se identificaba, como alguien que se siente responsable por haberlos enviado a luchar.

—Si estás construyendo barcos profundos es que estás más dispuesto a rebelarte de lo que yo o cualquier otra persona cree. —Dio un último paso hacia delante con el apoyo de su equipo, que la custodiaba de cerca—. Necesito tu ayuda, Hesperus. A cambio, guardaré tu secreto.

—Demonios. —Hesperus inclinó la cabeza con una sacudida. Cuando la volvió a levantar, sus ojos estaban entrecerrados y tenía la boca apretada—. Claro que fuiste tú. Aunque estuvieras muerta, tenía que haberlo sabido. A la mierda todo, Caledonia Styx.

—¿Tienes otros? —insistió—. Enséñamelos.

Sabía que le estaba pidiendo todo lo que era capaz de ofrecer. Quizás unos meses antes hubiera pedido menos. Hubiera creado un espacio en su mundo para un hombre que solo quería quedarse en un rincón, a salvo de todo. Pero la única manera de cambiar las cosas era exigiendo.

—Hesperus —repitió—. Enséñamelos. O me llevo lo que sé conmigo.

El hombre hizo una mueca. Fue mirando a cada uno de sus compañeros, e hizo una pausa un poco más larga cuando llegó a Oran. Pasó una mano por su boca y finalmente dijo:

—Solo a ti. Tu tripulación se queda aquí.

Oyó que la respiración de Piscis cortaba el aire, sintió que los pelos de Amina se erizaban. Los otros cuatro apretaban los puños y las mandíbulas, y reprimían las ganas de interrumpir a su capitana. Comprendía sus dudas, pues las tenía ella misma. Pero había conseguido cambiar las reglas del juego, y ahora era necesario jugar con esas nuevas reglas. Ya no había margen para las dudas.

—Tú primero, Hesperus Shreeves.

CAPÍTULO

40



La puesta de sol avanzaba a buen ritmo cuando Hesperus y Caledonia salieron del recinto en dos todoterrenos. Se metieron por debajo de los árboles y bajaron a gran velocidad por un camino que llevaba a lo más profundo de las montañas. Un viento frío les pellizcaba las mejillas y los nudillos, con tanta fuerza que era como si en el aire hubiera pequeños fragmentos de hielo.

Caledonia le había asegurado a Piscis que Hesperus era de fiar, pero al entrar en el bosque cada vez más oscuro empezó a tener dudas. Todavía estaba cansada y débil por el hambre, y no estaba en condiciones de enfrentarse con un hombre adulto. Sus dedos apenas lograban aferrarse a los objetos, e iba perdiendo las fuerzas en los muslos hasta el punto de estar a punto de caerse hacia atrás.

Mientras pensaba que ya no aguantaba más siguiendo aquel vehículo, Hesperus giró con brusquedad y condujo directamente hacia la entrada de una cueva donde aparcaron los todoterrenos, uno al lado del otro.

Los rodeaba un silencio amenazante. Era difícil calibrar si estaban muy lejos del recinto, pero en todo caso no podían oírles. Si Caledonia llamaba a su tripulación, si gritaba, no había ninguna posibilidad de que la oyeran.

El vehículo de Caledonia hizo tictac mientras la batería se descargaba, y en sus oídos notó una repentina y extraña falta de viento. Pasó una pierna por encima del asiento y sin estar segura de haber puesto los pies en el suelo vio que Hesperus sacaba algo parecido a una espada de la parte de atrás de su todoterreno.

—Si tomamos este camino, ya no habrá marcha atrás —dijo, avanzando hacia ella—. No podré dejarte marchar con lo que sabes. Lo entiendes, ¿verdad?

La amenaza llegó con un extraño viento que se agolpó en torno a sus orejas. Su piel estaba cada vez más caliente y sus extremidades parecía que flotaban. Le costaba concentrarse, estaba perdiendo los sentidos y Hesperus avanzaba hacia ella.

—Para —dijo, con la voz alarmanamente débil.

La risa de Hesperus llegó de muy lejos.

—Ya es un poco tarde para eso.

Concentró la mirada en un punto de su gabán negro, y luego no vio nada más que una oscuridad

cómoda y asfixiante.

Cuando abrió los ojos, se encontró con que Hesperus Shreeves se cernía sobre ella con las cejas cosidas entre sí. Se sentía ligera y llena de pájaros que revoloteaban. Oía un pitido vacío y rápidamente se fijó en que la boca de Hesperus se estaba moviendo.

—No te oigo —dijo Caledonia, o al menos le pareció que lo estaba diciendo en voz alta. Sus propias palabras sonaban diferentes.

Hesperus volvió a fruncir el ceño, la depositó en el suelo —fue entonces cuando se dio cuenta de que la había cogido en brazos— y se marchó. Regresó un momento después con una cantimplora y una bolsa de carne seca salada. La boca de Caledonia estuvo cerca de hacérsele agua, y consumió la primera tira de carne antes de registrar su sabor.

—Poco a poco —la regañó Hesperus, apartando la bolsa cuando ella se incorporó para coger más. En su lugar le ofreció agua, y esperó a que diera varios tragos antes de darle otro trozo de carne—. Veo que no es solo agua lo que necesita tu tripulación. Debería de haberlo imaginado. Estáis más delgados que dos hilos cosidos juntos.

Caledonia dejó que hablara y decidió centrarse en la carne. Ahora que la había probado, su cuerpo quería más. Si hubiera podido masticar más rápido, lo habría hecho.

Hesperus meneaba la cabeza.

—Suerte que esperaste a que nos detuviéramos para desmayarte. ¿Por qué no pediste... —Se interrumpió a sí mismo, porque ya sabía la respuesta a la pregunta. No había pedido comida porque no tenía nada que ofrecerle a cambio. El Rey Astuto de Nuberrota no regala nada.

Cuando ya no quedaba carne, vació la cantimplora de un solo trago. Su cuerpo empezaba a cohesionarse, ya no le parecía que estuviera lleno de una bandada de pájaros que revoloteaban para huir en distintas direcciones. El pitido bajó de nivel como la marea. Todavía tenía hambre, pero la vibración desesperada en su sangre había desaparecido.

—Gracias —dijo.

Hesperus hizo una mueca.

—Debería empezar a contar todas las cosas que me debes, Caledonia Styx.

—Si no vas a dejarme marchar, estoy segura de que encontrarás la manera de que te las devuelva.

Aunque ninguno de los dos dijo nada, ambos sabían que esa amenaza no se cumpliría. Caledonia lo miraba con frialdad, retándole a que reconociera que no era ese hombre de negocios sin escrúpulos que pretendía ser.

—Caledonia, realmente no quieres que sea tu aliado. —Hesperus le arrebató la cantimplora, enroscó el tapón y la dejó caer en un compartimento del todoterreno—. No soy mejor que Aric.

Aquellas palabras hicieron que Caledonia soltara una risa seca.

—La única razón por la que he permanecido tanto tiempo en el poder es porque hago lo que me pide. Hacemos tratos. Protejo a la gente que me resulta útil y me aprovecho de la que no. —Le clavó la mirada encima con dureza—. Iba a entregarte, a quedarme con tus velas de sol y a recibir la recompensa que me quisiera dar por tu captura. No quiero que decidas que soy mejor de lo que realmente soy. Sería capaz de entregarte y de no arrepentirme nunca.

Quería que Caledonia se lo creyera y en parte lo consiguió. Pero otra parte de ella sabía que

Ortiga tenía razón. No resultaba tan terrible como decían los rumores, que eran una forma de protección. Tenía muchas razones para querer que se esparcieran.

—Te creo —dijo—. En gran parte.

—Deberías creerme completamente.

—Solo me creo completamente a mis hermanas.

Soltó una carcajada ruidosa y alegre que rodó por su garganta e iluminó sus ojos de color azul oscuro. Caledonia no pudo evitar devolverle la sonrisa, y Hesperus dejó que la carcajada retumbara en su pecho antes de volver a ese rictus huraño que lo caracterizaba. Le caía bien. Siempre había sido así, a pesar de sí misma.

—Si te sientes lista, deberíamos ir tirando. —Se puso en pie, sacó dos linternas del todoterreno y le entregó una a Caledonia. El objeto con forma de espada que había visto anteriormente no era más que la estrecha funda en la que las guardaba—. Las necesitaremos allí dentro, cuando subamos ya será de noche.

—¿Cuándo subamos? —Habían conducido por el bosque y tenían las montañas justo delante. La única forma que veía de bajar era dar media vuelta.

Hesperus le dirigió una sonrisa tensa. Encendió la linterna y se acercó a la entrada de la cueva, no sin detenerse antes para estar seguro de que Caledonia lo seguía.

La oscuridad en el interior de la cueva era como el mar nocturno, excepto por el resplandor azul de las linternas. Había una curva casi al principio, y luego el camino se estrechaba tan severamente que Hesperus tuvo que ponerse de lado para conseguir pasar por un hueco en la pared. Sin él, Caledonia probablemente jamás hubiera reparado en que se podía pasar por esa pequeña grieta.

Luego el pasillo se ensanchaba y el aire parecía tener una densidad musgosa que absorbía el sonido de los pasos. Allí dentro hacía más calor; muy pronto los brazos y el pecho de Caledonia quedaron cubiertos de una capa de sudor.

—Ahora hay un giro brusco a la izquierda —dijo Hesperus un rato después—. Apoya tu mano izquierda en la pared y todo irá bien.

Hesperus realizó el giro con la mano plana contra la pared. Caledonia lo seguía por detrás, respirando acompasadamente. Gracias a la linterna reconoció el giro brusco a la izquierda que bajaba hasta llegar a una inmensa caverna. Al lado del camino había un precipicio.

—No apartes la mirada de la escalera. —La voz de Hesperus resonaba en la amplitud de la caverna, deshilachándose por los costados al toparse con los límites de aquel espacio—. Si te mareas, detente y siéntate. No quiero que tu tripulación piense que te he matado, a menos que lo haya hecho realmente.

Si no fuera por las enormes fauces que se abrían a su lado, Caledonia se hubiera reído. Pero tal como estaban las cosas apretó los dientes y maniobró cuidadosamente alrededor de la esquina por la escalera labrada. No tenía vértigo como Piscis, pero todos los músculos de su cuerpo estaban contraídos.

Para distraerse, volvió a pensar en Hesperus y en la ambigüedad de sus lealtades.

—¿Ahora me entregarías? —preguntó.

Parecía que Hesperus tenía algún problema para caminar. Se lo pensó un momento antes de

responder.

—No.

—¿Por lo que sé?

Un nuevo silencio para reflexionar.

—Porque tengo la sensación de que acabarías encontrando la manera de volver. Y me seguirías dando la lata hasta que te ayudara en este objetivo tan estúpido que te has marcado.

Aquellas palabras, y la forma arisca en que fueron pronunciadas le arrancaron una sonrisa.

—Aún te convertirás en un aliado.

—Caledonia. —Se detuvo tres escalones por delante, con la mano derecha apoyada contra la pared—. Claramente tienes una visión y parece que estoy destinado a ayudarte en contra de mi voluntad. Pero tengo que pensar en los intereses de una ciudad entera. No voy a ponerla en peligro para incentivar una pequeña guerra en la que probablemente la parte más pequeña perderá. Nosotros somos la parte pequeña. Y no tengo ninguna intención de morir mañana o antes de que pasen muchos años. También preferiría que tú no murieras. Pero si tiene que ser alguien, que seas tú antes que yo. Deberías pensar que este es mi punto de vista fundamental sobre este asunto: prefiero que mueras tú y los tuyos que yo y los míos.

Examinó al hombre que tenía delante. Era bastantes años mayor que ella, pero aun así era joven. Y a pesar de su sed de poder, cada palabra que pronunciaba tenía que ver con el deseo de mantener a salvo a otra gente. Era una persona cariñosa aunque no lo quisiera admitir.

Caledonia dio un paso al frente y los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—No me interesa una pequeña guerra, Hesperus. Me interesa una guerra inteligente. He destruido uno de los barcos más mortíferos de Aric, he saboteado la ruta de reclutamiento dos veces y he rescatado a mi tripulación en Puerto de la Marca delante de sus narices. Lidero un grupo compuesto por chicas abandonadas, Balas e incluso un Cincohijos. Pronto habrá más gente a mis órdenes, y de una forma o de otra, tendré más de una nave a mi disposición. Me voy a enfrentar a Aric Athair y a cualquiera que lo apoye. ¿Quieres proteger a tu gente? Yo también. Y lo haré con o sin tu ayuda, aunque preferiría poder contar contigo. Es tu elección, naturalmente. No hay muchas en este mundo, pero esta te pertenece enteramente.

Mientras hablaba, sentía una sensación de calma que iba desde la frente hasta las botas. Unos meses antes jamás hubiera soñado con realizar semejante declaración de intenciones. Ahora, sin embargo, le parecía inevitable. Como si el rumbo que había adoptado su vida tras perder a su familia hubiera sido siempre el mismo: el que la llevaba de forma lenta pero con absoluta certeza hacia una batalla que solo podía ganar con la ayuda de su tripulación y de la gente del Rey Astuto de Nuberrota. Tal vez a alguien como él le pareciera absurdo, pero iba a parecer absurdo en cualquier caso hasta el momento en que alguien creyera que era posible.

De repente se fijó en el cambio que se había producido en su interior. Seguía siendo la misma Caledonia que quería mantener a las chicas a salvo. Pero descubrió que también era la Caledonia dispuesta a asumir riesgos y cambiar el mundo. Quería luchar.

Hesperus asintió, se dio la vuelta y continuó bajando.

—Sabes captar a la gente, Caledonia —dijo de espaldas a ella—. Soy capaz de conseguir casi todo lo que te puedas imaginar. Y si no soy capaz, probablemente puedo obtener los materiales

que necesites para construirlo tú. Eso es lo que hago. Construyo cosas: relaciones, ciudades, redes comerciales...

Caledonia vio que se detenía en una cornisa y manipulaba un panel situado en la pared. Se oyó un ruido seco y la caverna se llenó de luz. Habían llegado mucho más lejos de lo que había intuido en la oscuridad. Por encima de su cabeza la escalera traicionera serpenteaba por la pared, formando una amplia espiral que desaparecía en la red oscura por la que habían bajado. Pero fue lo que vio debajo lo que le cortó la respiración.

Era un gran lago, una cala interior alimentada por canales enterrada en lo más profundo de una montaña. El lago estaba rodeado por unos muelles de madera cubiertos de acero, piezas de tecnología náutica y materiales para poder fabricar elementos diversos. En el agua sobresalía la curva de la parte superior de casi una docena de barcos profundos.

—Hasta soy capaz de construir barcos que ya no deberían existir. Pero cuando se trata de utilizarlos... Bueno, eso no se me da tan bien.

Con una mano todavía apoyada fuertemente en la pared, Caledonia se reunió con Hesperus en la cornisa para echar un vistazo a aquel muelle escondido.

—Te has fabricado una flota —dijo casi sin aliento.

—Creía que era lo que estaba haciendo —dijo, como si le irritara un fallo del que no quería hablar—. Pero estaba equivocado.

Caledonia lo miraba con la pregunta a punto de brotar de sus labios.

Hesperus hizo un gesto de barrido con la mano en dirección a la colección de barcos que tenían delante y añadió:

—La flota la he hecho para ti.

CAPÍTULO

41



Hesperus demostró ser un excelente anfitrión. Cada miembro de la tripulación de Caledonia dormía en una de las muchas cabañas existentes, y al día siguiente fueron recibidos con los olores de un festín increíble que atravesaban el aire fresco. Todos se levantaron con expresiones esperanzadas, aunque precavidas, preguntándose por el origen de unos olores tan deliciosos.

Caledonia encontró el recinto muy cambiado cuando salió. Había mesas dispuestas en los espacios comunes. En cada una de ellas había platos, cubiertos y vasos en filas perfectamente alineadas, y botellas descorchadas del famoso vino de cereza del Rey Astuto, listas para ser servidas. De la cocina, donde Caledonia y los mandos de la tripulación se habían reunido la noche anterior, salió una fila de gente de Hesperus con platos humeantes, cada uno más apetitoso que el anterior.

—Esta es mi parte del trato. —Hesperus avanzó hacia Caledonia, el temprano sol de la mañana calentaba su piel negra—. Del primer trato.

La conversación de la noche anterior había terminado sin acuerdo. Caledonia quería luchar. Quería llevarse la flota que le ofrecía Hesperus y atacar el poder de Aric. Pero había prometido a Trineo y los Espadas que los ayudaría a perforar la Red, y no encontraba la manera de hacer las dos cosas.

En lugar de aceptar lo que le ofrecía Hesperus, pidió exactamente aquello que habían venido a pedir: comida y un lugar en el que hospedarse mientras reparaban la nave.

—Gracias. —Caledonia no iba a dejar que la hiciera negociar bajo sus condiciones. Podía esperar. Especialmente si había gente hambrienta.

Caledonia estaba en la cabecera de la mesa principal. Su tripulación se había agrupado en un semicírculo ansioso alrededor de las mesas. Poco a poco, el hambre iba ganando terreno a su estoicismo. Alcanzó la copa de vino más cercana y levantó la voz:

—¡Coged las copas!

No fue necesaria una segunda invitación. Se acercaron todos para coger las copas de vino que ya estaban llenas. Las tenían en las manos y miraban a Caledonia.

—Primero, brindo por la hospitalidad del Rey Astuto y por su excelente comida. —Inclinó la copa en dirección a Hesperus e hizo una pausa para que su tripulación repitiera al unísono—: ¡Por

el Rey Astuto!

Todos sorbieron la bebida, un tanto ácida, y se oyó un murmullo de satisfacción.

Caledonia continuó:

—Habéis trabajado mucho y bien. No somos la misma tripulación que al principio de este viaje, y os doy las gracias por haber luchado a mi lado. —Sonrió y levantó la copa—. ¡Por las buenas batallas y por esta excelente tripulación!

Los gritos de alegría fueron mejores incluso que el vino. Se recostaron en las sillas y empezaron a llenar sus platos de carne, verduras y pan. Hasta Far se unió al grupo, y fue un placer verla, por una vez, llenarse el plato.

Tras beber unos sorbos de vino, Caledonia estaba ligeramente entonada. Su estómago rugía y la boca se le hacía agua, pero esperó a que todo el mundo se sirviera antes que ella. Luego llenó su plato hasta arriba de comida. Después de tres grandes bocados, todavía quedaba comida en el plato. Recordaba perfectamente las pocas veces que se había sentado a comer en Puerto de la Marca; había todo tipo de alimentos pero cada mordisco le traía a la mente el poder de Aric. Esta comida era diferente. No la controlaba él, y era un tipo de comida que proporcionaba energía para resistir.

El sol salió en el cielo matinal y añadió calor al encuentro. Hubo bromas, negociaciones e intercambios, y al final Ortiga apareció para anunciar que había panecillos dulces para todo el mundo.

—¡Coged uno! —gritaba—. Si cogéis más de lo que os corresponde, os cortaré la mano para compensar.

Se distribuyeron los panecillos y se vertió más vino. Pronto empezaron a contar historias. Primero un grupo de Espadas intercambió relatos con las chicas de la Mors Navis. Los demás no tardaron en acercarse, con los oídos bien abiertos. Los Espadas contaban historias de sus magníficas cacerías y las chicas de sus victorias sobre las barcas que transportaban farolillos. Aquellas historias iban a crear vínculos entre ambas tripulaciones y pronto empezarían a solaparse en un tejido común.

—¡Contadnos cómo conocisteis a la capitana! —gritó Tina, entusiasmada con el espíritu de la reunión.

Hubo un momento de silencio mientras todos se giraban para mirar a Trineo. Este asintió en dirección a Pino, que fue quien se levantó y empezó a explicar la historia.

—Estábamos a cierta distancia de los barcos de reclutamiento, pero siempre los vigilábamos. —Pino hablaba con una voz que Caledonia no había oído nunca; como si disfrutara contando la historia—. Una mañana, un barco de reclutamiento navegó hasta la bahía y fue atacado por una nave grisácea y elegante como un tiburón. La batalla fue una preciosidad: un grupo de chicas desbarató la tecnología de la Electra y asaltó la nave, sometiendo a los Balas que había a bordo. Lucharon y luego se fueron, excepto una.

Caledonia se preocupó al pensar que aquello les recordaría que estaban enfadadas o dolidas por sus actos, pero las chicas estaban cautivadas. Querían saber lo que le había pasado.

—Esa chica esperó a que llegara una pequeña flota de barcos Bala, subió a bordo del buque insignia y luchó con valentía contra el Cincohijos Lir. Supo defenderse, pero la superaban en

número y él jugó sucio. Utilizó las puntas de su nave para arponearla por la espalda y la hubiera dejado allí muriendo si la bomba no hubiera explotado en aquel preciso instante. Nosotros la observábamos: el pelo rojo le ardía como el fuego contra el cielo negro mientras luchaba para zafarse de esa punta y saltar al agua. Debería de haber muerto, pero se aferró al remolque y terminó en nuestras costas. ¿Cómo podíamos dejar que alguien tan valiente se desangrara en las rocas? —Pino hizo una pausa, observando a Caledonia con una llama de respeto en los ojos—. No podíamos.

Regresó a su asiento, mientras en las mesas todos permanecían inmóviles y en silencio. Confundida, Caledonia se giró hacia Piscis y encontró una mirada de asombro en el rostro de su hermana. Caledonia se dio cuenta de que era la primera vez que habían oído la historia al completo de la noche en que las abandonó.

—Cala. —Piscis apoyó las manos contra la mesa como si intentara ponerse de pie—. Casi te mueres.

Era la primera vez que la llamaba así desde que había vuelto, y ese sonido resonó en la piel de Caledonia. Sonrió.

—Solo un poco.

—¡No nos dijiste nada! —exclamó Piscis, con la tristeza estirando sus labios—. Oh, Cala.

Alcanzó la mano de Caledonia y comprendió lo que esta no iba a decir en voz alta. Que no sabía cómo compartir nada si Piscis estaba enfadada con ella.

Al instante siguiente, Hime se levantó de su asiento. Miró a Pino y gesticuló:

—*Gracias por salvar a nuestra obstinada capitana.*

Pino sonrió:

—Creo que eso lo he entendido. Y créeme que no nos lo puso fácil.

Todos rieron. Encontraron afinidades a expensas de su capitana. Y Caledonia ni siquiera podía recelar de ese júbilo, puesto que no era rabia ni resentimiento lo que animaba su risa. Era algo que se parecía al amor.

—¡Deberíais haberla visto el día en que Pi saltó por la borda! —gritó una de las chicas.

—¡O cuando se escapó de Pino mientras sangraba por todo el bosque! —añadió un Espada.

Trineo estaba de pie, su forma de montaña impuso un silencio repentino.

—La inconsciente valentía de nuestra capitana solo la compensa su increíble cabeza para la batalla. Nunca he visto a alguien capaz de mantener la compostura en situaciones tan exigentes, y me siento afortunado de poder luchar a su lado. —Hizo una pausa y alzó la copa—. ¡Por nuestra capitana!

La tripulación gritó con una única voz estruendosa.

—¡Por nuestra capitana!

Al otro lado de las mesas, Hesperus levantó una copa en la dirección de Caledonia. Su sonrisa se desvanecía y sus ojos volvieron a plantear la misma pregunta. ¿Iba a aceptar lo que le había ofrecido? ¿Iba a liderar una flota y luchar de tú a tú contra Aric?

Sí, lo haría. Ya sabía que aceptaría y que pediría a su tripulación que se uniera a ella. La mayoría de ellos lo haría. Estaba tan segura de ello como de cualquier otra cosa. Pero liderar una flota a sus órdenes iba a ser una lucha muy diferente. Moriría más gente, y sería ella quien los

estaría enviando a la muerte, intercambiando las vidas de algunos por las vidas de muchos.

Tenía todo lo que necesitaba: una tripulación dispuesta, barcos poderosos, y a su hermana que la cogía de la mano. No había esperado notarla tan pesada.

CAPÍTULO

42



Caledonia volvió a soñar que se ahogaba.

Cada noche soñaba con agua azul transparente. Por un instante, todo estaba en silencio. Se encontraba acurrucada en los brazos del océano y la corriente la mecía suavemente de un lado a otro. Estaba caliente, tranquila, y al levantar la cabeza veía el sol parpadeando en las crestas de las pequeñas olas. Su mente estaba serena, el corazón en silencio. Era como respirar profundamente y sentir que el aire te llega hasta los dedos de los pies.

«Levanta la mirada, mi niña valiente».

Luego abría los ojos y el agua estaba envuelta en sombras, mucho más fría que antes. La rodeaba, le agarraba los tobillos y las muñecas con unas manos acuosas y la hundía unos metros por debajo de la superficie. Sobre su cabeza bailaban unas llamas de un color naranja intenso que daban vueltas y vueltas hasta atraparla. Abría la boca y gritaba, dejaba que el aire saliera con unas burbujas furiosas, el pánico oprimía la razón. Sus pulmones se estrechaban, vacíos y desesperados.

Luego, de repente, las manos acuosas la liberaban. Era libre para subir a la superficie. El futuro dependía de ella y la elección que se le planteaba era espantosa: hundirse o quemarse.

Se despertó con ganas de romper algo. Normalmente satisfacía ese impulso entrenando con Piscis o Amina, o participando en las sesiones de Trineo. Pero aquella mañana estaba demasiado irritable para eso.

Los últimos días la tripulación había empezado una rutina nueva que se parecía mucho a la antigua, pero sin la nave ni el ancho océano. A nadie parecía importarle el cambio tanto como a Caledonia. De hecho, estaban todos de muy buen humor.

Cada mañana los observaba sonreír y comerse un plato caliente que estaba lejos de encontrarse en estado de podredumbre. Seguían una rutina estricta. Estaban saludables, descansados y las reparaciones de la nave progresaban. Debería de estar contenta, y en cierta manera lo estaba. Pero aun así, cuando se despertaba se sentía atrapada y agobiada. Se acercaba el momento en que, una vez más, se distanciaría de su tripulación. Quería aceptar todo lo que Hesperus le ofrecía para luchar, pero tener que pedir a otros que hicieran lo mismo era como un peso en el pecho que siempre estaba allí.

Cruzó el recinto y subió la cuesta del canal. El viento quemaba sus mejillas, por lo que se ajustó una chaqueta gruesa —un regalo más del Rey Astuto— a la cintura. La sangre se le empezó a acelerar y los muslos le quemaban al subir la pendiente. Llegó a su destino justo en el momento en que en el horizonte apareció una franja dorada.

El saliente de la montaña se asentaba sobre una roca puntiaguda que colgaba por encima de los canales. Cuando el amanecer devolvía el mundo a la vida, a Caledonia le resultaba más fácil respirar. Se sentía menos atrapada cuando podía ver el océano, cuando lograba expulsar sus sentimientos y los dejaba cuajar.

El viento traía varias capas con olores de caliza, musgo y tierra seca, y Caledonia se llenó del sol del amanecer mientras este incendiaba el amplio océano. No era lo mismo que estar subida al palo de mesana de la Mors Navis, con la vela de sol aleteando debajo de sus botas, pero era lo que más se parecía a eso desde hacía tiempo. Dejó que el silencio del mundo que tenía delante la inundara por completo.

Piscis la esperaba cuando finalmente abandonó el mirador. Estaba en la entrada del camino con dos tazas humeantes en las manos. Olían a tierra y a luminosidad, con un punto de dulzor. Caledonia se acercó una taza a los labios.

Piscis esperó mientras sorbía.

—Todavía duermes mal. —Era una afirmación pronunciada con un trasfondo de preocupación apenas disimulado.

—Duermo lo suficiente.

—Hmm —replicó Piscis, mientras hacía rodar la taza entre sus largos dedos. Abrió la boca, la cerró e hizo una mueca. Todo ello en pocos segundos.

—Pi.

La mueca se hizo más profunda y luego desapareció como si hubiera resuelto un problema.

—Quiero que sepas que confiamos en ti. Estamos contigo.

—Pero... —empezó Caledonia.

Piscis dio un paso al frente, segura de sí misma. Colocó la palma de la mano contra la mejilla de Caledonia y se acercó para besarla suavemente en los labios.

—Cala —dijo—. Sea lo que sea que no te deja dormir, o lo que te dijo Hesperus cuando estabas a solas con él, ha llegado la hora. Tienes que confiar en mí.

La garganta de Caledonia se comprimió. Parpadeó violentamente y asintió, imitando la fortaleza de su amiga.

—Quiero luchar.

Los ojos de Piscis se entrecerraron.

—Sí —dijo con desconfianza—. Siempre has querido luchar. ¿Por qué lo dices como si fuera algo nuevo?

—Hesperus tiene una flota de barcos profundos —admitió—. Quiere que los lidere.

Esta vez la boca de Piscis se abrió debido a la sorpresa.

—¿Qué significa «una flota»?

—Tiene once barcos profundos —continuó Caledonia excitada—. ¿Sabes lo que podríamos hacer con once barcos profundos que Aric no sabe que existen? Podríamos cambiar las cosas, Pi.

¡Podríamos destruir la Red, tomar Puerto de la Marca, defender las colonias! —El líquido caliente salpicó sus manos mientras crecía su excitación.

—Podríamos oponer resistencia —dijo Piscis maravillada.

—¡Sí! Podríamos hacer mucho más de lo que hemos hecho, pero...

—¿Pero qué? —Piscis insistió; había un eco de la pasión de Caledonia que brillaba en sus ojos.

—Prometí a Trineo y al resto de Espadas que les llevaría a perforar la Red si me ayudaban a rescataros. —Hizo una pausa, incómoda con lo que iba a añadir a continuación—: Y a ti, ya te abandoné en una ocasión. ¿Cómo puedo pedirlos que volváis a luchar por mí?

Piscis estudió a Caledonia con una expresión de perplejidad, como si no pudiera creerse que su amiga no encontrara la respuesta a esa pregunta en concreto.

—Caledonia, nunca te hemos pedido que seas perfecta. Solo te pedimos que seas nuestra. Que luches con nosotras y por nosotras. Y eso es lo que haces. Incluso cuando cometes errores, vuelves con nosotras. Eso es lo que cuenta.

—No me gusta cometer errores —refunfuñó Caledonia, que enlazó su brazo con el de Piscis mientras bajaban por la cuesta hacia el recinto—. Y entendería perfectamente que encontrarán que esta batalla es demasiado para ellas.

Las botas de ambas crujían suavemente contra las agujas de pino, la actividad del recinto las impulsaba hacia delante.

—Ya sabes que la tripulación luchará por ti —dijo Piscis un momento después—. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

Tendría que haber sabido que Piscis vería el interior de su corazón. Y que eso la ayudaría a aclarar sus pensamientos. Piscis tenía razón. No le daba miedo que la tripulación no la siguiera. Ya no. Lo que le daba miedo era otra cosa totalmente diferente.

—¿Y si no soy capaz de liderar una flota? —preguntó—. ¿Y si cometo un error y hago que nos maten?

Piscis asintió como si aquella hubiese sido la respuesta que andaba buscando.

—Nada de esto será fácil. Recuerda que luchamos para cambiar un mundo que nos obliga a tomar decisiones de este tipo. Y te escogemos a ti porque nos sigues demostrando que puedes hacerlo. Confiamos en ti para que nos mantengas a salvo, pero más importante aún, confiamos en ti para que nos ayudes a luchar bien.

El nudo en la garganta de Caledonia se fue haciendo cada vez más estrecho. Quería decir algo, pero no podía. Sentía un estremecimiento que pasaba de los labios a la mandíbula, luego a los pulmones y finalmente a la punta de los dedos. Asintió al mismo tiempo que temblaba.

—Pi —dijo tras conseguir tragar saliva. Pero no había nada más que decir.

—Te quiero, Caledonia Styx. Me irritas y me haces sentir orgullosa, y siempre te querré y te seguiré —dijo Piscis, colocándose sin piedad dentro de los límites del corazón de Caledonia—. No hay decisiones perfectas para nosotras, ni elecciones fáciles. Pero es importante que las sigamos tomando. Y ahora mismo, tienes que darle a escoger a Trineo y confiar en ti para hacer lo correcto a partir de su decisión.

Caledonia terminó por reír.

—Eres un pedazo de chica, Piscis Amar.

—No creas que me vas a camelar. —Le devolvió la sonrisa—. Tú también eres un pedazo de capitana.

La emoción del momento se iba difuminando por el peso de la realidad que la aguardaba. Incertidumbre, frustración y ansiedad se peleaban por el espacio en sus entrañas. Cuando las chicas llegaron al recinto y divisaron la montaña de Trineo sentado con Pino, comiendo un copioso desayuno, Caledonia asintió con determinación.

—No tiene sentido posponerlo.

Cuando Trineo vio a Caledonia, se puso recto y apartó el plato. Pino la fulminó con la mirada e hizo lo mismo, a regañadientes.

—Esa no es tu cara de buenos días —dijo Trineo—. Esa es cara de malas noticias.

—Buenos días, Trineo. —Caledonia posó la taza—. Buenos días, Pino.

—Espero que estés aquí para arreglar un asunto privado entre nosotros —dijo Pino—. Yo digo que pretendes echarme atrás en tu promesa de ayudarnos a perforar la Red. Pero Trineo dice que no serías capaz. —Se inclinó hacia atrás con una sonrisa delicada—. A ver quién tiene razón.

Caledonia no se anduvo con rodeos. Mantuvo la cabeza bien alta y se agarró a las palabras de Piscis. Podía darles a elegir, e incluso si no era lo que deseaban, les ofrecería algo importante.

—No voy a ir a la Red —dijo, e inmediatamente ignoró el pliegue triunfal en la boca de Pino—. La Red es un sueño y una distracción. No tenemos ninguna garantía de que lo que hay al otro lado sea mejor que lo de aquí. Y vale la pena luchar por lo de aquí.

Esperaba otro puñetazo de Pino, pero cuando lo miró la sorprendió el apoyo que encontró: su sonrisa experimentó un cambio sutil y de triunfante pasó a ser de admiración. Asintió de forma casi imperceptible y Caledonia continuó.

—Os hice una promesa, y Pino tiene razón: no voy a cumplirla como pretendía. Pero la Baliza es vuestra. Cogedla y perforad la Red, si es lo que queréis. No voy a deteneros. Hesperus os proporcionará todo lo que necesitéis para el viaje.

Trineo pasó una mano por su frente y apoyó sus gruesos antebrazos en la mesa.

—¿Y tú qué vas a hacer, Caledonia Styx?

—Hesperus me ha ofrecido liderar una flota de barcos profundos —dijo orgullosa y confiada—. Voy a aceptar la oferta y a toda la tripulación que quiera seguirme. Y luego haré que Aric las pase canutas.

Trineo la miró enfadado.

—¿Cuántos barcos?

—Once —respondió, sabiendo que era un número irrisorio en comparación con las fuerzas de Aric—. Pero son poderosos. Y lo serán más con una buena tripulación.

Trineo meneó la cabeza consternado, pero Caledonia insistió.

—Ya sé que no era el plan. Ya sé que el plan no para de cambiar. Pero cada vez que huimos de su poder, nos come un poco más de terreno. Creo que ha llegado la hora de arrebatarse algo de poder. Vuestra ayuda me iría genial —dijo—. Pero la elección es vuestra.

Cuando terminó, le esperaba una sonrisa de Pino de oreja a oreja.

—Estoy contigo —dijo, dando un puñetazo sobre la mesa.

Trineo asintió y se puso en pie como si el peso de aquella elección hubiera llenado sus venas de plomo. Miró a Pino con más ternura de la que hasta entonces había mostrado. Luego se acercó a Caledonia con las manos levantadas y las palmas hacia fuera.

Caledonia respondió con ese mismo gesto, sin saber muy bien si era una despedida u otra cosa.

—No era el plan —dijo Trineo—. Pero creo que el plan que necesitábamos eras tú. Estoy contigo, capitana, y sospecho que la mayoría de Espadas también.

Caledonia esbozó una sonrisa. Su equipo estaba vez cada más cohesionado y crecía en efectivos.

—Pero tendrán que dar su consentimiento.

CAPÍTULO

43



Al mediodía, Hesperus y Mino aparecieron con seis todoterrenos listos para transportar al equipo de Caledonia hacia los barcos profundos. No había suficientes para que todos condujeran uno, por lo que se organizaron por parejas: Amina y Ortiga, Piscis y Ares, Trineo y Pino se dirigieron hacia los vehículos, lo cual dejaba únicamente a Caledonia y Oran.

Caledonia subió primero e hizo un gesto a Oran para que se sentara detrás.

—Sujétate bien —le dijo por encima del hombro.

Puso las manos en la cintura de ella, con los dedos enrollados en la tela de la chaqueta para que rozaran su piel. Tuvo que contener un escalofrío cuando la respiración de Oran le hizo cosquillas en el cuello.

—¿Capitana? —gritó Hesperus, y el sonido de su voz despejó esos pensamientos de inmediato.

—¡Lista! —replicó.

Avanzaron en fila por el bosque hacia la cueva escondida. En esta ocasión el camino fue más sencillo y corto, al no sentirse débil por el hambre y al no tener que agarrarse al manillar con sus últimas gotas de energía. Se fijó en que el camino no era tanto un sendero bien delimitado a través del bosque sino más bien un itinerario que seguía una serie de árboles marcados con una pizca de azul cerúleo un poco por encima de la altura de sus ojos. Para seguirlo sin conocerlo era necesaria una buena dosis de fortuna.

Cuando llegaron a la cueva con la escalera terrorífica, Hesperus se colocó el primero. Mino iba la última y, en medio, los ocho avanzaban con gran cuidado. Piscis se pasó el camino murmurando.

Finalmente alcanzaron el muelle y allí empezó el trabajo de verdad. El aire estaba inundado de una luz que parpadeaba sobre la parte de arriba de los once barcos profundos. Medían unos tres metros de largo y la mitad de ancho, y tenían una escotilla en la parte superior como única salida. El resto del barco estaba escondido debajo de las aguas oscuras, donde pronto iban a estar todos ellos.

No fue hasta aquel momento que empezaron a asimilar la magnitud de lo que estaban dispuestos a hacer. Caledonia percibió la misma tensión tortuosa que sentía en su pecho, esta vez

en las comisuras de la boca de Trineo, o en las mejillas cálidas pero pálidas de Oran. La única que no parecía haber recibido una invitación para volver a subir las escaleras era Ortiga. Sus ojos brillaban al contemplar los barcos.

—No cabremos todos en uno —explicó Hesperus, mientras Mino saltaba del muelle a la parte superior de uno de los barcos profundos y abría la escotilla. En el interior la cabina era oscura y terriblemente pequeña—. Yo guiaré a un grupo y Mino al otro.

—¿Trineo va a caber? —preguntó Ortiga con una carcajada mientras se agachaba para meterse en el interior—. Este barco podría ser su camiseta.

Él la fulminó con la mirada, pero el brillo en sus ojos indicaba que solo estaba bromeando.

—Pi —dijo Caledonia—. Llévate a Trineo, Amina y Ares y ve con Mino. Ortiga, Pino y Oran, venís conmigo y Hesperus.

—La ladrona, el Bala y el Cincohijos —gruñó Hesperus—. ¿Qué podría salir mal?

Caledonia se encontró con todo lo que odiaba de estar bajo el agua. La cabina era estrecha, alargada y apenas lo bastante ancha para acomodar a dos personas, o a un solo Trineo. Los extremos estaban revestidos de un espeso cristal autorreparable que aguantaba la presión del agua negra. Cuando la escotilla de arriba estuvo cerrada, el mundo entero se redujo a aquello que podían ver en ambas direcciones. Lo cual, en ese momento, era absolutamente nada.

En el interior olía a metal, a sal y a la abrasión eléctrica de la energía. El contenedor amortiguaba los sonidos de manera que incluso la respiración resultaba agobiante, lo cual no parecía importarle a Oran, que se colocó junto a un cuadro de mando y rozaba los interruptores suavemente con los dedos. Luego se dirigió a Hesperus:

—Habéis presurizado la cabina —dijo con admiración—. ¿Pero cómo solucionasteis el problema de la presión del agua?

Hesperus entrecerró los ojos.

—Con dos cascos —respondió, como si eso lo explicara todo. Pero por lo visto, para Oran, así era.

Hesperus les ofreció algunas nociones sobre el funcionamiento. El barco podía controlarse desde ambos extremos, lo cual permitía cambiar de dirección sin tener que rotar o dar la vuelta. Podía cargar cuatro docenas de misiles, con un alcance de fiabilidad que llegaba casi a los cincuenta metros. Naturalmente, el reto constante era la visibilidad. Incluso con el cristal autorreparable y la flexibilidad a la hora de maniobrar, si el agua era turbia había poco que hacer en cuanto a navegación.

—¿Qué hay de las luces? —preguntó Ortiga, que ya se había colocado a los mandos en uno de los extremos—. ¿Cuánto dura la energía? ¿A qué profundidad pueden ir?

Hesperus hizo una pausa en sus explicaciones. Su expresión denotaba una mezcla de irritación y... ¿simpatía? Era como si, muy a su pesar, no pudiera evitar sentirse impresionado por las agallas de Ortiga. Caledonia se identificaba con ese sentimiento, pero en este caso parecía que había algo más.

—Las luces se controlan desde aquí —dijo, estirando el brazo por encima de su cabeza para

accionar una serie de interruptores que iluminaron la cueva en la que se encontraban. En cierta manera era peor que la oscuridad que había existido hasta ese momento—. A máxima velocidad y con el barco cargado hasta arriba, pueden navegar durante cuatro horas. Y los hemos bajado a veinte metros de profundidad. Pero aún pueden ir más abajo.

—Hmm —respondió Ortega de la forma más crítica posible.

Hesperus se inclinó sobre ella, lo cual hizo que Caledonia se acercara.

—Si tenías mejores ideas, haberte quedado para implementarlas.

Las mejillas tostadas de Ortega se ruborizaron, y la pálida cicatriz en forma de espiral destacó por el contraste. Paseó la mirada entre Hesperus y Caledonia, ligeramente alarmada, pero no por la razón que se imaginaba Caledonia. Levantó las dos manos para indicar que se rendía, y Caledonia le cogió la izquierda.

Allí, acurrucado en la membrana entre el pulgar y el dedo índice, había un pequeño tatuaje exactamente igual que el de Hesperus.

Caledonia se quedó con la boca abierta.

—¿Eres su hija?

—¡No! —protestó Ortega.

—Es mi sobrina —respondió Hesperus—. Bastante obstinada, dicho sea de paso.

—Ya sé que te lo tendría que haber dicho. —Ortega dejó caer las manos y los hombros—. Solo es que... Pensé que no me aceptarías en tu tripulación. Y es lo más genial de lo que jamás he formado parte.

Caledonia sabía que debería estar enfadada, irritada, llena de nuevas dudas sobre aquella niña que se había unido a su tripulación bajo falsos pretextos. Pero, en cambio, sintió un mar de comprensión. Siempre había admirado a Ortega por su atrevimiento y bravuconería. Y eso no había cambiado.

—Por favor, no me eches de la tripulación —dijo Ortega en voz baja, con los ojos abiertos como platos y suplicantes—. Soy demasiado buena como para que me dejéis escapar.

Hesperus soltó una carcajada.

—Hasta que tengáis algo que ella quiera. Entonces os robará y se largará sin decir nada.

Caledonia dejó que una sonrisa calentara sus mejillas.

—A lo mejor no le diste suficientes cosas que hacer —lo regañó.

—¡Ha! —Ortega hizo un gesto triunfal con los puños—. ¿O sea, que puedo quedarme?

—Sí —confirmó Caledonia.

Hesperus meneó la cabeza y siguió con la lección. Había controles para subir y bajar, para los motores localizados a lo largo del barco, y para presurizar la cabina al descender e incrementar el peso del agua. Incluso había una mira que podían utilizar cuando estuvieran cerca de la superficie para calcular la distancia con respecto a otros barcos. Era un sistema complicado diseñado para permitirles mantenerse sin problemas en el mismísimo vientre del océano. Cuanto más sabían, menos convencida estaba Caledonia. Esto era mucho peor que confiar en un pulmón azul y nadar debajo de los barcos como a menudo hacia Piscis. Esto era encerrarse de forma intencionada en una lata metálica y desaparecer en medio del profundo océano.

Caledonia seguía las explicaciones de Hesperus de cerca. Tenía que saber exactamente cómo

funcionaban aunque no fuera a pilotar uno. Y la tripulación tenía que percibir que confiaba en los barcos, aunque alimentaran sus pesadillas. No podía pedirle a la mitad de su tripulación que hiciera algo que ella no haría.

—Pino, suelta los cables —ordenó Hesperus, tranquilo y seguro de sí mismo—. Ortiga, lista para accionar los motores de babor.

El barco se inclinó hacia un lado cuando Pino soltó la abrazadera que los mantenía pegados al muelle, luego se produjo una ligera vibración en la cabina mientras Ortiga accionaba los motores y el barco profundo avanzó hacia el mar abierto. Caledonia cerró los dedos con mayor firmeza si cabe alrededor del timón, con las palmas húmedas por el exceso de calor.

—Vamos a salir suave y firmemente. —Hesperus estaba justo detrás, con los ojos pegados a la ventana de cristal que tenían delante. Unos rayos de luz cubrieron los cascos de metal brillante de otros seis barcos profundos mientras salían del muelle.

—Los otros no se han movido, así que tenemos espacio, pero ten cuidado.

Caledonia miró hacia arriba, donde la ventana de cristal se juntaba con el casco de acero. Unas pequeñas olas salpicaban ese punto, lo cual era una prueba de que no estaban totalmente sumergidos. Todavía estaban cerca de la superficie, lo cual no era muy reconfortante.

Siguiendo las órdenes de Hesperus, volaron por la superficie hasta que la luz del día peinaba el agua a su alrededor, arrojando unas sombras que iban del azul claro hasta el púrpura magullado. Ortiga pasó de los motores a la propulsión, Pino estaba ocupado con la presurización de la cabina, y Oran se encargaba del lastre, cerca de Caledonia, listo para hundir el barco en el agua.

—¿Listos para mandarlo al fondo del agua? —preguntó Hesperus, y cuando sus ojos recayeron sobre Oran, añadió—: Supongo que es una pregunta redundante para un Cincohijos.

Estaba acostumbrada a ver a los Espadas tratando a Oran con una mezcla retorcida de reverencia y miedo, por lo que el menosprecio de Hesperus la sorprendió. No le tenía ningún temor. Y si lo tenía, sabía disimularlo a la perfección.

Oran no reaccionó, excepto para decir:

—Listo para recibir órdenes, señor.

—Entonces haz lo que sabes hacer.

Lo dijo con una especial confianza. Hesperus sabía más de Oran que Caledonia, y eso empezaba a ser un problema. Oran el Bala. Oran el Cincohijos. Oran el Manodeacero.

Caledonia ignoró la tensión y mantuvo las manos aferradas al timón, centrada en respirar acompasadamente.

—Oye —dijo Oran, suavemente, colocando una mano sobre la de ella—. Podemos volver a atrás. No tienes por qué hacer esto.

Sintió frío y calor al mismo tiempo en las mejillas, y con el ceño fruncido respondió:

—Yo no huyo.

Oran tuvo que recular, sorprendido.

—Claro que no, capitana.

El resto de ocupantes de ese pequeño contenedor los observaban. Había sido dura. Quizá más de lo necesario, y no sabía exactamente por qué.

—Cuando terminéis con esta pelea de enamorados, estamos listos para descender a diez

metros. —La voz de Hesperus les cayó encima como la niebla, sofocando cualquier discusión posterior.

Caledonia oyó a Pino moverse ruidosamente en la parte posterior. Ortiga, en cambio, no se dejó oír para nada. Oran asintió y volvió a concentrarse en los mandos que tenía a su cargo.

—Empezamos el descenso —anunció Hesperus.

—Presurizando la cabina. —La voz de Pino era tensa como la cuerda de un violín.

El aire los envolvía a todos en aquella pequeña sala y añadía presión al interior de sus oídos. La superficie, visible por encima del cristal, desapareció. Al descender, Caledonia dejó que su malestar reemplazara cualquier remordimiento que hubiera podido tener por hablar mal a Oran. Sus nervios estaban crispados y su autocontrol en peligro como para pensar en el chico y en todo lo que no sabía de él.

Pareció que solo había pasado un minuto cuando Oran anunció que habían llegado a la profundidad deseada. Los oídos de Caledonia se taparon y empezaron a navegar únicamente con los motores. Flotaban serenamente, bañados por la luz del propio barco.

—Nunca hay que descender a más profundidad en los canales. —Hesperus anduvo de una punta de la cabina a la otra, y estiró el cuello por encima de los hombros para comprobar los indicadores—. Los canales son un poco más hondos que nuestra profundidad actual, pero no mucho más. Diez metros es lo suficientemente bajo como para evitar las quillas y lo suficientemente alto para no chocar contra el fondo. En mar abierto resulta más fácil, por supuesto. Hay más luz y más espacio.

—¿Hasta dónde vamos a llegar hoy? —preguntó Caledonia, que hacía todo lo posible para que no se notara la tensión en su voz.

Hesperus hizo una pausa antes de contestar.

—No muy lejos.

Y aunque Caledonia sospechaba que había ajustado sus planes pensando en ella, no quiso desafiarle.

Los guió por el sinuoso canal hasta que llegaron a una zona que llamaba «el lago». Aun sin tener una vista completa del lugar, Caledonia sintió que se había producido un cambio. Las paredes eran más abiertas y dejaban que se filtrara más luz.

—Ahora tenemos más margen de maniobra. —Hesperus hacía gala de una energía nueva que Caledonia casi no reconocía en aquel hombre. Estaba excitado—. Vamos a darle un poco más de energía y te enseñaré cómo funciona.

En pocos instantes, habían pasado de un ritmo sereno, casi letárgico, a salir disparados por el agua como un tiburón. Los motores zumbaban tan fuerte que en la cabina había que gritar para poder comunicarse.

Caledonia deslizó las palmas de las manos por sus muslos, una después de la otra, y luego agarró el timón con fuerza. Llegaron hasta los diez o quince metros de profundidad, y como el agua estaba clara aprovecharon para acelerar con una velocidad increíble. Allí abajo no había forma de leer el agua. Solo estaba la superficie del fondo y el azul plano por encima, hasta el momento en que apareciera algo más en su camino, naturalmente. Estaba alerta, con los ojos clavados allí donde podían aparecer de repente unas rocas o unos peces, cualquier cosa que

pudiera chocar contra el casco y causar daños. O que el barco se hundiera. Lo cual parecía lo más probable, en caso de colisión.

—¿Empezáis a acostumbraros? —preguntó Hesperus. Sin esperar la respuesta de nadie, añadió—: Vamos a dejar la propulsión y a preparar la marcha atrás. Ortega, coge el timón. Pino, ocúpate de los motores. Cinco hijos, no hagas nada.

El barco ralentizó la marcha y por un instante avanzó a una velocidad constante. Entonces, Hesperus ordenó dar marcha atrás. Se oyó un gran crujido procedente del engranaje; las hélices de la parte trasera se plegaron hacia la base del barco mientras que las de la parte delantera se desplegaron. La luz que indicaba que Caledonia controlaba el barco se apagó, y su timón quedó bloqueado. Ya no había manera de tomar el control por accidente y comprometer el rumbo del barco desde donde estaba.

—Bien, vamos a volver arriba.

Después de otro crujido, el barco tembló hasta detenerse. Luego circuló hacia atrás, por la dirección en la que había venido, esta vez Ortega controlaba la trayectoria.

—¿Qué te parece, capitana? —Hesperus no podía disimular su satisfacción al hacer la pregunta. Tenía buenas razones para estar orgulloso de sí mismo. Esos barcos eran completamente diferentes a lo que Caledonia había experimentado hasta entonces.

—Impresionante —dijo abandonando su silla para colocarse a su lado—. ¿Pero qué pasa si alguien se cruza en tu camino? Hemos tardado un minuto en dar marcha atrás, y otro más en cambiar de dirección; ¿cómo se esquivan las cosas aquí abajo?

—Los diseñamos así inicialmente por los canales: así podemos ir hacia atrás sin tener que girar. ¿Quieres que te haga una demostración? —preguntó, con una chispa de preocupación que iluminaba sus ojos oscuros.

—Para eso estoy aquí, Rey Astuto. —La irritación brotaba de su pecho como la sangre de una herida.

Hesperus sonrió y dio un paso al frente. Le pidió a Ortega que lo dejara sentarse.

—Ocúpate de los motores, y Pino, si me haces el favor, ocúpate de la propulsión. Caledonia, quédate a mi lado.

—¿Y yo qué puedo hacer? —preguntó Oran.

Hesperus se encogió de hombros.

—Esa pregunta no me va a hacer perder el sueño.

—Hesperus —Caledonia hizo que su voz sonara como una advertencia. Por poco que le gustara Oran, no iba a permitir que maltratasen a nadie que formara parte de su tripulación.

—Perdón, capitana. —Hesperus le dirigió una mirada desafiante que daba a entender que las disculpas eran tan poco transparentes como el aire de la cabina—. ¿Todos listos? Bien. Pino, máxima potencia.

El barco respondió con un golpe seco. Rápidamente, Caledonia se acomodó lo más cerca posible de Hesperus y observó el suelo del lago pasando cada vez a mayor velocidad.

«Mantén la calma», se recordó, incluso cuando su respiración se aceleraba y las palmas de las manos le volvían a sudar.

—Ortega, cuando te dé la señal quiero los motores de babor de noventa grados al máximo de

revoluciones. Y no aflojes hasta que yo te diga. Pino, corta la propulsión a mi señal, pero debes estar listo para volver a accionarla enseguida.

—¡Lista! —gritó Ortega.

—¡Listo! —afirmó Pino.

Caledonia no se sentía lista. Se sentía decididamente no lista.

El barco siguió retumbando. Hesperus sonreía y se inclinaba hacia delante en su asiento. Era una imagen inquietante, aunque al mismo tiempo extrañamente reconfortante. Lo que se disponía a hacer ya lo había hecho antes, y todavía estaba vivo.

De repente el agua se fue oscureciendo como en una puesta de sol inacabada; el océano solo absorbía algunas franjas de luz. No, no era luz. Ni siquiera era agua. Al segundo siguiente, sus miedos se confirmaron.

Era una pared. Una pared justo enfrente. No estaba al mando, pero en la punta de la lengua tenía la orden de girar bruscamente.

—¡Ahora, Pino! —gritó Hesperus, satisfecho a pesar de que la pared se acercaba—. ¡Ortega, te toca!

Hesperus giró el timón y el barco siguió la trayectoria de un arco, rodando hacia la pared durante tres dolorosos segundos antes de que los motores volvieran a propulsarlo. Una vez más, Hesperus le gritó a Pino, y esta vez los motores rugieron, empujándolos hacia el fondo de sus asientos mientras cogían velocidad.

Caledonia no podía apartar los ojos de la pared. Ahora avanzaban junto a ella, a apenas un metro de distancia. ¡Habría sido tan fácil chocar!

—¿Capitana? —preguntó Hesperus, mientras le ponía una mano en el hombro.

Cuando Caledonia se giró, se encontró con que sus compañeros la miraban. Todos parecían preocupados, como si no hubiera sido la primera vez que Hesperus la llamaba.

Asintió una vez y se tragó el corazón, los pulmones y las entrañas, todo lo que le había cabido en la garganta durante esa aterradora maniobra.

—¿Y qué hay de la capacidad de disparar? —preguntó, haciendo caso omiso a su estado de ánimo—. Tu barco consiguió dañar nuestra hélice pero no nos hundió.

—Cada barco profundo incorpora cuatro docenas de misiles estables. Funcionan bien contra barcos pequeños, y tengo a gente trabajando en algo más potente —admitió—. Estamos construyendo el arsenal ahora mismo.

Caledonia miró por las ventanas redondas, a través de las cuales apenas se veía el océano. Necesitarían días claros, una tripulación hábil y un cierto grado de suerte para aprovechar todas las posibilidades de los barcos profundos.

Aun así, un ataque desde debajo del agua era algo que ningún Bala podría prever.

—Me veo en condiciones de luchar con ellos —confirmó—. Pero tardaré un poco en entrenar a mi tripulación.

—Puedo darte ese tiempo —dijo Hesperus solemnemente—. Pero trabajad deprisa.

CAPÍTULO

44



Estaban descansados y se sentían extraños. Llevaban una semana comiendo regularmente, durmiendo cómodamente y ahora tenían una misión que cumplir.

Cada miembro de la tripulación había tenido la oportunidad de quedarse en Nuberrota o unirse a la flota. Y uno a uno habían ofrecido su apoyo, compromiso y consentimiento a Caledonia.

Harwell fue el primero, con los hombros encorvados y las orejas nerviosas mientras levantaba las manos para expresar su consentimiento. Ortega fue la siguiente, y la expresión de su compromiso sonó más bien como una amenaza. Luego fueron pasando los demás, de uno en uno, por su cabaña.

El último fue Oran. Estaba en la puerta con la luz del atardecer enredada en su pelo oscuro, y con una ligera reverencia dijo:

—Soy tuyo, Caledonia. Para lo que necesites.

Cuando hubo terminado, se sentó en la cabaña y mentalmente los llamó a todos por su nombre, porque después probablemente habría demasiados para recordar. Sabía que después sería la líder de gente a la que quizá nunca conocería. Piscis había tenido razón al cuestionar sus miedos. El problema no era que no la siguieran. Ya no. Lo que le daba miedo era que hubiera demasiada gente dispuesta a seguirla.

Había luchado durante años. Sabía escoger las batallas y proteger las vidas de su tripulación. Pero esto no iba a ser una batalla. Esto iba a ser una guerra. Y mucha gente iba a morir.

La mañana todavía era oscura y fría, el sol no había salido en el horizonte cuando Caledonia se levantó de la cama y se puso las botas. Cerró la puerta de la cabaña, saludó a la tripulación que estaba de guardia, y cogió unas tiras de carne seca y un pequeño trozo de queso de la cocina. Luego bajó por el camino polvoriento hasta llegar al jardín de los cerezos.

Su estado de ánimo no era el mejor mientras paseaba por debajo de unos altos pinos. El bosque siempre hacía que el mundo fuera más pequeño y cerrado. Estaba abrumada por el deseo de salir de allí.

Cerró los puños y empezó a correr, levantando los talones y moviendo los brazos tan rápido como podía. Pronto empezó a sentir el sudor que besaba su cuello y su frente, y los músculos le empezaron a arder por el esfuerzo. Avanzó por una carretera de curvas, saltando por encima de

alguna rama caída y respirando ruidosamente.

Finalmente consiguió salir del escudo de árboles y llegar hasta la cima de una montaña con vistas al apacible jardín de cerezos. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Su corazón bombeaba salvajemente en su pecho; disfrutaba al sentirlo golpear sus costillas porque le recordaba que todavía no se había hundido.

—¿Caledonia?

La respiración le subió por el fondo de la garganta. Había asumido que estaba sola. Ni siquiera se había molestado en mirar a su alrededor.

«¡Qué imprudente!», masculló para sus adentros.

—Oran.

Llevaba tanto tiempo sentado que los pantalones estaban llenos de polvo. Tenía la camiseta mojada después de haber corrido. Por detrás, los cerezos se extendían hacia el horizonte en largas filas, con las ramas marrones del invierno desnudas, retorciéndose toscamente en todas las direcciones. Hesperus dijo que en primavera las flores eran de un color rosa pálido, y que cuando soplaba el viento estas caían como copos de nieve. Era difícil imaginarse que unos árboles con un aspecto tan torturado pudieran producir algo tan bello.

—Buenos días —dijo Oran.

Caledonia asintió y se tragó su irritación por no estar sola. Él no tenía la culpa. Claramente había estado allí antes que ella. No se merecía su enfado simplemente por estar allí.

—Creí que no habría nadie.

Dibujó una sonrisa áspera con la comisura del labio.

—Ya me voy.

Cuando lo miraba, se reconocía menos a ella misma. Su corazón aleteaba y sus labios ardían con el recuerdo del beso que se dieron, mientras su mente gritaba: «Bala, Cincohijos, Manodeacero».

Había hecho mucho por ella y su tripulación. Pero había cosas de su pasado que aún no conocía. Y ya no era el momento de los secretos.

—No, quédate.

Su voz incorporaba el peso de una orden. Caledonia se dio cuenta, y él también. Oran arqueó una ceja, como si la imagen protectora del Cincohijos Oran saliera a relucir.

—Como quieras, capitana.

Permaneció a un par de metros de distancia, un poco más abajo que ella en la ladera. Llevaba encima una chaqueta de color azul oscuro atada a la altura de la cintura, cuyo corte marcaba perfectamente su cuerpo ágil. La mayor parte de sus heridas estaban curadas, y poco a poco había estado entrenando para recobrar fuerzas. A la luz de la primera hora de la mañana, su pelo castaño brillaba con toques de cobre y de color teja. El amanecer iluminaba un lado de su cara y dejaba el otro en la sombra.

La conversación de medianoche que había tenido con Ares todavía asomaba en el fondo de su mente. Había hecho lo posible por no volver a pensar en ella ni examinarla con excesivo detenimiento, pero había llegado el momento de encontrar respuestas a las preguntas que aquella noche se habían formado en su mente.

—¿Quién eres, Oran?

La piel alrededor de sus ojos se tensionó.

—Ya sabes quién soy. Un miembro de tu tripulación. Un amigo. Soy tuyo. —añadió al final, suavemente, tristemente.

Las uñas de Caledonia mordieron las palmas de sus manos.

—Una vez me dijiste que no me mentirías. ¿Sigue siendo verdad?

—Siempre lo será.

Se acercó, con miedo de que sus intenciones se disiparan en el profundo lago de sus ojos marrones.

—¿Cómo te convertiste en un Cincohijos?

—Caledonia. —Pronunció su nombre con un ligero remordimiento.

—He esperado tanto como he podido.

—Lo entiendo —dijo.

Un miedo inexplicable oprimió su pecho.

—Espera —ordenó.

Dio tres largas zancadas hacia él, pasó sus dedos por su mandíbula y por su pelo. Hizo una pausa lo suficientemente larga para ver que sus ojos se agrandaban de sorpresa. Abrió la boca para buscar su consentimiento, pero este ya estaba allí. Chocaron sin pronunciar una sola palabra. Sus labios eran cálidos y acogedores, la lengua dulce al mezclarse con la de ella. Rodeó la cintura de Caledonia con los brazos y la atrajo hacia él. Ella lo besó ávidamente, salvajemente, y luego pausadamente, como si fuera la última cosa que iba a hacer.

Dejó que sus dedos caracolearan por su pelo, que patinaran por su mandíbula, y que bajaran por su cuello mientras los besos eran cada vez menos seguidos. El aliento de Oran era cálido al chocar contra sus labios, se rozaron con la punta de la nariz. Luego colocó su frente contra la de él, y cerró los ojos.

—Caledonia —dijo nuevamente, como si fuera la más íntima de las plegarias.

—Lo siento —respondió. Entonces se apartó y entre ellos solo quedó el aire y el amanecer—. Necesito saberlo.

Oran se alejó y clavó su mirada en el jardín de cerezos, como si hablar de su pasado con los árboles fuera más sencillo.

—Fue hace años —empezó—. Lir ya era un Cincohijos, y Aric nos recordaba la hazaña de Lir como un ejemplo de ofrenda a la que debería aspirar cualquier Cincohijos potencial. Lo que hice fue seguir el ejemplo.

Los recuerdos de aquella noche cayeron alrededor de Caledonia como si fueran olas. Lir la había utilizado para llegar a su familia, y luego se había convertido en el protector de su hermano, todo para complacer a Aric.

—No había Cincohijos antes de nosotros. Era algo completamente nuevo. La manera más fácil de ascender. Y todos sabíamos que el sucesor de Aric estaría entre ellos. Se nos fue un poco de las manos. Un día, éramos jóvenes Balas. Entrenábamos, obedecíamos órdenes y servíamos sabiendo que si demostrábamos nuestra valía, se nos iba a recompensar: saldríamos de la rotación y nos mandarían al Holster para educar a los hijos de Aric. —Miró al cielo, buscando fuerzas

antes de seguir adelante—. Al día siguiente, competíamos todos por ser el Bala más peligroso. Entrenábamos más duro, pero también buscábamos oportunidades para demostrar lo despiadados que podíamos llegar a ser al servir al Padre. —Hizo una pausa en busca de las palabras exactas para concluir—. Buscábamos oportunidades para practicar la crueldad.

Caledonia notó que se le hacía un nudo en el estómago. Su mente empezó a contemplar una serie de terribles posibilidades. Sus chicas contaban muchas historias sobre la crueldad de los Balas. Se las creía todas. No tenían razones para mentir.

Pero esta vez era diferente. Esta vez quería que nada de eso fuera verdad.

—Cuando los Balas todavía están creciendo, los mandan a la Agriflota. Yo pasé más tiempo que otros allí porque me dieron... bueno, en realidad exigí... la oportunidad de capitanear. Era el responsable de los jóvenes reclutas, y era duro con ellos. Veía el miedo que tenían de Aric, la manera en que hablaban de Lir, y sabía que si quería tener el mismo rango tendría que hacer algo que llamara su atención. Algo peor de lo que había hecho Lir.

Sus labios se comprimieron en un gesto de menosprecio hacia sí mismo. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. Caledonia deseaba poder acercarse y consolarlo, pero su cuerpo estaba igual de tenso.

—Una noche, doce reclutas... doce niños intentaron robar un barco en mitad de la noche y escapar. Pero yo sabía que iba a ocurrir, y los estaba esperando. Dejé que se llevaran el barco y dejé que creyeran que se estaban escapando. —La luz del sol se vertía a través del jardín de cerezos y por encima de ellos, y reflejaba el brillo de los ojos de Oran. Su nuez subía y bajaba mientras intentaba mantener la compostura y llegar al final de la historia—. Cuando estaban a casi un kilómetro de la barcaza, los rodeamos. Cinco barcos para acorralar a otro. Era más de lo que necesitábamos, pero quería que todos vieran lo inútil que era intentar escapar de Aric. Lo deshonroso que era.

»Recuerdo lo perfecta que era esa noche. Habíamos navegado hacia el norte para evitar las tormentas de verano. El aire era pesado y húmedo. Siempre vivíamos incómodos. Pero en medio de la noche, bajo la luz de la Luna Transparente, corría la suficiente brisa como para que el ambiente fuera agradable. Casi tuve que ponerme la chaqueta, pero estaba demasiado orgulloso de mi primera franja. —Señaló el lugar en el que se encontraban las cicatrices en el bíceps.

Cuando bajó la mano, a Caledonia le pareció vislumbrar el eco de un temblor. Al verlo casi pidió que se detuviera. No quería verlo compartir su dolor. No quería tener que compartirlo con él.

Pero había llegado el momento. Y cerrar los ojos no iba a servir de nada.

—Saqué al resto de jóvenes reclutas de la barcaza. Quería estar seguro de que vieran a sus antiguos compañeros. —Respiró profundamente y cogió aire de forma brusca—. Todavía no eran Balas. El castigo dependía de mí, y no era la primera vez que alguien, o un grupo, intentaba escapar. Tenía muchas alternativas entre las que escoger. Pero quería que fuera una declaración de intenciones. Quería demostrarles mis méritos, a todos ellos y a Aric.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Parpadeó a la luz del sol, y luego se precipitó sobre la tierra. Caledonia apartó la mirada, con el labio inferior apresado entre sus dientes.

—Les dije que solo sobrevivirían si saltaban por la borda. Si abandonaban el barco y

demostraban que todavía querían estar allí. Y lo hicieron. Los doce saltaron al agua. Luego les dije que para salir del agua tendrían que matar a uno de sus compañeros. Que lo hundieran o se hundirían ellos mismos.

Antes de aquel instante, Caledonia no había tenido tiempo para considerar las torturas de Manodeacero. En su mente, los bidones de marea y las pequeñas cuchillas existían solo en el reino de Puerto de la Marca. Pero no era exactamente verdad. Eran fruto de una sola mente: la de Oran.

—Durante un minuto no hicieron otra cosa que mantenerse a flote. Eran niños y niñas incapaces de entender que el mundo era así de cruel. Pero bastó con que uno solo de ellos, un chico, se diera cuenta de que solo sobreviviría de esa manera. En un instante pasaron de la colaboración a intentar matarse los unos a los otros. —Su voz volvió a endurecerse—. Solo sobrevivieron dos.

No podía mirarlo. Sus ojos se llenaron de la luz del sol y de los campos de cerezos difuminados. Sus labios estaban fríos y entumecidos. El beso que los había calentado hacia un instante era un recuerdo distante. Una parte de su pasado. El Oran que había besado no era el chico que estaba a su lado. Había cambiado, y ella también. No sabía si volverían a encontrarse.

Lo conservó en su memoria: el chico que salvó a su mejor amiga, el chico con anillos en los ojos, el chico que la observaba con esperanza y admiración. El chico en el que, poco a poco, había conseguido confiar. Seguía confiando en él, eso no había cambiado, pero todo lo demás sí.

—Aquello me convirtió en un Cincohijos, Caledonia. Y solo fue lo primero que me hizo ganar el apodo de Manodeacero. Después de eso, Aric quería más. —Hizo una pausa—. Y yo se lo di.

Unas lágrimas calientes resbalaron por las mejillas de Caledonia y cayeron silenciosamente al suelo. No hizo nada para contenerlas. No lloraba por ella, sino por los niños y las niñas que habían muerto para que alguien pudiera hacer una declaración de intenciones, y por los niños y las niñas que habían tenido que matar por esa misma razón.

Sin pronunciar otra palabra, se giró y bajó por la cuesta, dejando que los árboles oscuros del bosque la protegieran.

CAPÍTULO

45



«Olvídate de esto», se decía Caledonia mientras corría de vuelta al campamento por el bosque. Había cosas más urgentes que considerar, y se sintió egoísta por obsesionarse con los actos pasados de Oran.

Tenía un ejército que preparar y una guerra que planificar. Sus sentimientos hacia Oran no podían distraerla.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se fijó en la figura que se acercaba hasta que chocó contra ella. Se apoyó con las manos en el suelo para mantener el equilibrio y oyó la voz de Pino que decía «chica del mar» con entusiasmo.

Luego pareció menos entusiasmado.

—¿Qué ha pasado? —Agachó la cabeza para examinar su rostro y rastrear las lágrimas en sus mejillas—. Manodeacero —gruñó y siguió avanzando por el camino.

—No lo llares así —respondió Caledonia de inmediato, colocando una mano en el brazo de Pino. Lo último que necesitaba en ese momento era que Pino o cualquier otro Espada pensara que Oran le había hecho algo—. Y todo lo que pase entre él y yo es asunto mío.

Pino dobló el brazo por debajo de su mano. Sus ojos estaban clavados en el bosque, esperando a que apareciera Oran.

—Y todo lo que pase entre él y yo es asunto mío.

—Pino. —Hizo que su voz sonara como una espada—. Sé lo que hizo. Sé quién era. Pero también sé en quién se está convirtiendo. Quizá los Balas no pueden regresar al punto de origen, pero sí que pueden cambiar. ¿No se merece, él también, la oportunidad de cambiar?

Cuando se giró para mirarla tenía los ojos alicaídos. Se acercó para hablar pero sus palabras estaban envenenadas por viejos reproches.

—¿Estamos luchando contra Balas o intentando salvarlos?

Caledonia respondió casi sin pensar.

—Las dos cosas. No puede ser de otra forma.

Era, al mismo tiempo, una verdad sencilla y extremadamente compleja. La lucha que les esperaba iba a costarles muchas vidas, y resultaba irónico que para salvar Balas iban a tener que matar a muchos de ellos. Pero no había otra manera. Al menos, Caledonia no sabía verla.

—Esto también te va a cambiar a ti —dijo Pino con tristeza, limpiando suavemente una de las lágrimas que caía por la mejilla de Caledonia con el pulgar, de forma que ella casi ni lo notó.

—Ya lo ha hecho.

Entre ellos se produjo una comprensión mutua aterradora. Para hacer el bien iban a dejar que una parte de ellos cambiara y se volviera dura, peligrosa e irrevocable.

—¡Capitana! ¡Pino! —La voz alegre de Harwell los llamaba por detrás—. Tenemos buenas noticias.

Caledonia estrujó el brazo de Pino antes de encontrarse no solo con Harwell, sino con Hime y Amina que lo acompañaban.

—La nave está reparada —anunció Amina—. Lista para navegar. A punto para ti, capitana.

—Sí que son buenas noticias —asintió con aprobación—. Buen trabajo.

—Y no solo eso: hemos eliminado todas las marcas que habían dejado los Balas y hemos enterrado los cuerpos —continuó alegremente Harwell—. Los tanques de desalinización están reparados y el casco también. Está como si fuera nueva.

—*Solo necesita un nuevo nombre* —gesticuló Hime—. *Hemos pensado que tal vez quisieras hacer los honores.*

Necesitaban esto de ella, de su capitana. Y ella quería darles lo que pedían, pero sus pensamientos estaban todavía con el pasado de Oran, el futuro de Pino y lo que suponía para todos lo que estaba intentando llevar a cabo. También para Donnally.

«Ninguno de nosotros lo ha conseguido», había dicho Pino.

Cuando oyó por primera vez aquellas palabras, había necesitado que fueran ciertas. Había necesitado creer que no había forma de salvar a Donnally. Pero ahora comprendía que todo era más complicado. Tal vez un Bala no volvía a ser lo que había sido, pero tampoco era imprescindible que siguiera siendo un Bala. Si una marea violenta los arrastraba lejos de sí mismos, seguro que algo mejor era capaz de devolverlos. Eso le dio una idea.

—La llamaremos Estela Luminosa.

Desde arriba, con vistas a las cabañas, al apacible jardín de cerezos y a la ciudad parpadeante, Caledonia rastreó la nube de polvo en torno al todoterreno de Mino que subía por el camino de la montaña. No había mucho que ver, pero estaba aprendiendo a leer el aire de la misma manera que había aprendido a leer las olas. Los cambios más sutiles en ambos casos eran extremadamente reveladores.

El camino por el que circulaba Mino serpenteaba alrededor de los cerezos hasta llegar a una carretera que iba directa al recinto donde la tripulación de Caledonia se había reunido para comer. Incluso a esa altura, el aire transportaba la promesa de un guisado abundante de carne fresca y verduras.

Después de las conversaciones de la mañana, Caledonia había tomado una decisión. La tripulación era capaz de manejar los barcos profundos, su buque insignia estaba reparado, Hesperus había puesto cantidades de munición a su disposición. Eran un ejército en busca de una batalla, y su trabajo era encontrar el momento oportuno.

Mino desapareció entre los árboles que protegían el lado este del descampado. Llegaría en unos minutos. Caledonia bajó de la montaña y se dirigió hacia el recinto. En cuanto los demás la vieron, se convirtió en el centro de atención. En el lado oeste, un grupo paró de entrenar para saludarla mientras recuperaban el aliento; los que esperaban en fila para comer daban codazos al que tenían al lado para saludarla también de forma apresurada. Todos los que pasaban cerca decían, simplemente, «capitana». Ella se limitaba a asentir. La presión de ese respeto la impulsaba hacia lo lejos.

Lo más preocupante era el hecho de que la gente de Hesperus —hombres y mujeres mayores que ella— la trataban exactamente como lo hacía su tripulación, con deferencia y admiración. A los ojos de todos los que la rodeaban había cambiado, y sentía que debería de haber sido capaz de distinguir exactamente qué era diferente en ella. Sin embargo, cuando lo intentaba, le entraba pánico y pensaba que los había engañado al hacerles creer que sería capaz de derrotar a Aric Athair.

A Caledonia le parecía que el cambio se había producido de la noche a la mañana. Pero Piscis lo sabía mejor: fue cuando se enfrentó a Hesperus en el primer encuentro que tuvieron; cuando Trineo, Amina y especialmente Pino contaron la historia de cómo la joven y pequeña Caledonia se había enfrentado al Rey Astuto. Todos se fijaron en la determinación con la que este se sometió a su autoridad.

—No sucedió así —protestó Caledonia, tumbada en la cama—. Solo negociamos.

Piscis soltó una carcajada brillante, llena de júbilo, y le recordó a Caledonia que raramente tenía una imagen clara de sí misma.

—Bueno —dijo Piscis, con desdén y divertida al mismo tiempo—. No es así como contarán la historia. Pero no debes preocuparte por ello. Tú preocúpate de todo lo demás. ¿Vale?

Caledonia refunfuñó.

—Es difícil no hacerlo cuando me miran como si...

—¿Como si fueras su líder? —Piscis le ofreció la respuesta que ella era incapaz de poner en palabras—. Pues vete acostumbrando. Y deprisa, capitana.

Mino llegó al campamento un minuto después que Caledonia. Como siempre, vestía con capas de cuero de color pardo que envolvían su silueta ágil y llevaba pistolas y espadas repartidas en fundas por todo el cuerpo, desde las pantorrillas hasta los antebrazos. En cierta manera conseguía que parecieran extensiones y prolongaciones de su cuerpo. Tenía la cabeza rapada al cero y su piel tostada brillaba a la luz del atardecer. Cada vez que Caledonia la miraba quedaba asombrada por la modestia de su belleza y fortaleza. Era una mujer que, en su día, la gente había infravalorado.

—Capitana. —Mino abrevió la palabra por los dos extremos.

—Mino —dijo Caledonia a modo de saludo. Había preguntado si tenía algún título que debía utilizar en lugar de su nombre, pero ella había respondido únicamente entrecerrando sus elegantes ojos—. Me alegro de verte.

Mino hizo caso omiso de la frase de cortesía.

—Mañana os mandaremos más raciones. Tendréis suministros para tres días.

—Es más que generoso. Muchas gracias.

Cuando se habían conocido, al hablar con ella Caledonia no podía evitar sentirse nerviosa. Pero ahora había comprendido las intenciones de Mino: poner a Caledonia a la defensiva con su naturaleza brusca. Era lo contrario del encanto de Hesperus y, por lo menos durante un tiempo, había funcionado exactamente según lo previsto. Pero ya no. Caledonia se mostraba inflexible y se negaba a que Mino marcara el tono de la conversación.

—El adiestramiento va bien —siguió Caledonia—. Mañana nos llevaremos los barcos al portal oeste. Es hora de que la tripulación adquiera experiencia fuera de los canales.

Los ojos de Mino se agrandaron.

—No aprenderemos más si nos quedamos en los canales. Los equipos necesitan práctica a la hora de responder al dinamismo del océano. Y práctica de tiro al blanco, que no estamos haciendo. Un disparo fallido puede acabar con un puñado de rocas sobre sus cabezas.

—¿Qué necesitáis de nosotros?

—Solo que mantengáis despejado el portal del lado oeste. Preferiría no tener que entrar en combate de forma prematura.

Mino asintió pensativamente. El océano, hacia el oeste, no era territorio de Nuberota. En realidad no era territorio de nadie, e incluso los Balas evitaban adentrarse demasiado en aquellas aguas turbulentas. Por dicho motivo había un montón de barcos rebeldes: de Gaviotas, de Recolectores, y de tripulaciones como la de Caledonia.

—Me ocuparé de ello. —Mino no sonaba muy satisfecha, pero era el tipo de persona que no se sentía obligada a mentir.

—Gracias. ¿Y qué hay de la flota Bala? —preguntó, siguiendo la rutina habitual.

Mino frunció el ceño.

—Los Cincohijos se están movilizandohacia el norte.

—¿Todavía son cuatro? —Percibió la nota de desesperación al final de su pregunta, y esperó que Mino no se hubiera percatado de su momento de debilidad. Necesitaba información, no una charla con el corazón en la mano.

Las facciones de Mino se ablandaron y en su expresión se veía que había comprendido.

—Todavía son cuatro —confirmó—. Pero hemos tenido noticias del proceso para encontrar al quinto.

El alivio que Caledonia había esperado sentir todavía estaba lejos de su alcance. Donnally no era un Cincohijos, pero lo que fuera que estuviera pasando... o haciendo... era lo suficientemente terrible como para ensombrecer el rostro estoico de aquella mujer.

—Mino. —Caledonia no podía borrar el miedo de su rostro—. ¿Qué pasa? ¿Qué has oído?

Ella se movió, incómoda. Miró a Caledonia con una expresión de lástima. No quería herirla, pero tampoco quería esconderle información.

—Los Cincohijos potenciales se están dirigiendo a las colonias de las Aguas del Norte.

El corazón de Caledonia emitió un ruido sordo en su pecho. Estaba rodeado de un nudo helado de terror.

—¿Por qué? —preguntó.

—Han evitado el reclutamiento dos veces. Las dos gracias a ti. Podrían haber escapado del castigo si se hubieran sometido, pero... —Mino se mordió los labios antes de continuar—. La

tercera vez, se rebelaron. Esperaron a que los Balas llegaran a tierra y les atacaron. Eso no había pasado desde, bueno, desde que Aric llegó al poder. Lo realmente increíble es que ganaron. Vencieron a los Balas y cuando estos quisieron contraatacar los colonos ya se habían marchado. Se llevaron la victoria y el relato de lo acontecido a las otras colonias. Algunos incluso llegaron a Nuberrota. Nuestro puerto está tan lleno que resulta incómodo.

Los colonos se habían rebelado. Era el tipo de historia que debería haber dejado eufórica a Caledonia. Una señal de que el poder de Aric se había vuelto demasiado intenso. Pero mientras escuchaba, empezaba a entrarle cada vez más y más frío.

—Luchan porque alguien les enseñó que era posible: Caledonia Styx, la Hija Obstinada.

—¿Y los Cinco hijos potenciales? —preguntó Caledonia. Podía adivinarlo. Lo había adivinado, pero necesitaba una confirmación.

—Navegan hacia el norte para ofrecerle una demostración a Aric. Para sofocar la rebelión antes de que empiece realmente.

Mino era cuidadosa con las palabras, sabía que cada una tenía más peso que la anterior. Pero no le escatimó esa verdad a Caledonia.

—Es culpa mía —dijo.

—¿Culpa tuya? —Los hombros de Mino se encogieron de forma elegante—. No hubiera pasado sin tu intervención, eso es verdad.

Su mirada no era antipática, pero sus palabras no ofrecían ningún consuelo. Caledonia se hizo de piedra. Piscis se encargaría de recordarle que el único culpable era Aric, por atemorizar a los colonos, por robarles a sus hijos y luego obligar a estos a secuestrar a sus hermanos y hermanas. Reventar el sistema implicaba una serie de consecuencias.

Pero la única verdad era que Caledonia había reventado el sistema para su provecho personal. Salvar a Ares y enfrentarse a Lir no había tenido nada que ver con los colonos, pero las consecuencias las estaban sufriendo ellos, de forma injusta. Se habían visto obligados a luchar y a morir a causa de sus actos.

—¿Ya están de camino a las colonias? —Caledonia presionó el puño contra su estómago y hundió el dedo pulgar por debajo de la caja torácica—. ¿Lo sabes?

—Nuestra información siempre llega tarde —respondió Mino, con una disculpa—. Pero estaban esperando para ir todos juntos. Querían montar un espectáculo para Aric.

La náusea debilitó el fondo de su garganta.

—¿Cuántos días? Ya sé que no lo sabes, te pido una suposición.

Mino frunció el ceño con gravedad.

—No me gusta hacer suposiciones.

—Por favor.

La mujer respiró profundamente mientras observaba a la niña obstinada y desesperada que tenía delante. Su deseo de refutar la pregunta era evidente por su mueca, pero algo que vio en la expresión de Caledonia pareció hacerle cambiar de opinión. Con un suspiro lleno de empatía, respondió:

—Tres días, capitana. Si vas a hacer algo, tienes tres días.

CAPÍTULO

46



Aquella noche Caledonia estuvo despierta en la cama, incapaz de silenciar su mente ni su corazón. Imaginaba docenas de barcos navegando hacia el norte, cientos de colonos observando el horizonte con miedo... y a Donnally. ¿Realmente era capaz de cometer esos actos? ¿Tanto había perdido de sí mismo, que era capaz de convertirse en un Cincohijos del ejército de Aric? ¿Iba a convertirse en aquello que había destruido a su propia familia?

Como si pudiera oír su silenciosa desesperación, Piscis llegó a primera hora de la mañana, cuando el cielo todavía estaba oscuro y frío por la niebla, mucho antes de que empezara la actividad en el resto del recinto. Entró en la habitación y caminó lentamente hacia la cama, segura de encontrar a Caledonia despierta.

—¿Qué ocurre?

Saltó a la cama y cogió una mano de Caledonia. Sus dedos se entrelazaron de forma natural, la presión de su calidez era reconfortante.

—¿Cómo lo sabías? —Caledonia respondió con una pregunta.

Las dos se giraron al volver a abrirse la puerta: vieron un cielo manchado de estrellas y una luna radiante en el precioso rostro de Hime. Detrás de ella iba Amina. Y por detrás, Ortiga y Tina.

—*Siempre lo sabemos* —gesticuló Hime. Su mano derecha todavía estaba agarrotada, pero ya no llevaba la venda.

—Bueno, es un poco perturbador, pero pasad antes de atraer más la atención. —Caledonia se recostó y dejó espacio para que Piscis se sentara a su lado, con las espaldas apoyadas contra la pared. Mientras tanto, Tina y Ortiga cogieron dos sillas, Amina se sentó en el suelo y dejó que Hime se apoyara contra el fuerte muro de su pecho.

—Vimos que te ibas —le explicó Ortiga a Piscis—. Pero ya sabíamos que algo iba inadecuadamente.

—¿Inadecuadamente? —preguntó Piscis, divertida.

—Te dije que era capaz de utilizarla en una frase —sonrió Ortiga.

—No se cansa nunca. —La mejilla de Amina reposaba en la coronilla de Hime. Sonreía al meterse con la niña.

—Ya habla más que suficiente, así que dejad de enseñarle palabras nuevas —añadió Tina

mientras meneaba la cabeza y sus pinchos de color marrón claro subían y bajaban.

Ortiga sonrió, y el resto de chicas se congregó alrededor de esa sonrisa. Verlas a las cinco juntas le parecía extraño. No era el equipo que Caledonia había esperado, y era imposible mirar a Tina y Ortiga y no pensar en Dienterrojo y Puntilla. Pero mientras las cinco bromeaban y reían entre sí, reforzando unos vínculos que Caledonia había echado de menos, le entró al mismo tiempo una sensación extraña. Se sintió arropada, segura y relajada. Se sintió aliviada.

Era la responsable. Siempre la responsable. Pero no solo era responsable de ellas, sino responsable hacia ellas. Sentada allí envuelta en su amistad, le hizo comprender que aquella cosa tan simple era lo que le permitía cargar con ese peso. Podía compartirlo con ellas, porque la ayudarían a soportarlo.

—Cuéntanos, capitana. —La voz de Amina era sedosa y acogedora.

Fue así como les falló la última vez. No había compartido sus problemas, los había intentado resolver ella sola, y al final acabó herida y ellas capturadas. Una vez más se estaba guardando los problemas para sí misma. Había llegado el momento de confiar en sus hermanas.

—Hay algo que os tengo que decir —empezó.

Se apoyó en su valentía para contárselo todo: sus razones para ir a por Lir, todo lo que sabía de Donnally, el aprieto en el que se encontraban actualmente los colonos, incluso la conversación por radio con Lir. La escucharon. Cada una alerta y centrada en sus palabras. Amina con el ceño fruncido casi todo el tiempo, con el mentón apoyado ligeramente sobre la cabeza de Hime. Hime, por su parte, tenía una expresión plácida en el rostro. La de Tina reflejaba las emociones que sentía en cada momento por dentro, por lo que se hacía difícil mirarla durante mucho rato; Ortiga, por su parte, escuchaba con una uña entre los dientes mientras que Piscis permanecía al lado de Caledonia, con la cabeza ligeramente inclinada y los dedos entrelazados, descansando sin pedir demasiada atención.

Cuando hubo terminado, volvió a sentirse vacía y ligera, como si al entregarles todo lo que había estado cargando hubiera creado un espacio en su interior para volver a pensar.

—Tenemos que encontrar una manera de pararlos antes de que lleguen hasta los colonos —dijo Amina, de forma tan natural como el sol que sale por la mañana.

—¿Cómo podemos hacer eso desde aquí? —Tina se recostó en su asiento, con los codos plantados en las rodillas—. Estamos a cientos de kilómetros.

—Pero tenemos tres días... —dijo Ortiga, mirando a Caledonia en busca de confirmación.

—Eso si Mino está en lo cierto. Asumamos que su previsión conservadora no lo es lo suficiente y digamos que solo tenemos dos.

Ortiga asintió inteligentemente.

—Entonces tendríamos que distraerlos.

—Seguimos estando a cientos de kilómetros de distancia —advirtió Tina—. Aunque quemásemos Nuberrota, no lo verían. Y mucho menos iban a desviarse de su camino.

—*Necesitamos algo que deseen más que a los colonos.* —Hime se incorporó, con el pelo por detrás que la mantenía conectada a Amina.

—Solo tenemos una cosa que desean más que unos cuantos colonos muertos. —Amina se encontró con la mirada de Caledonia, sus ojos oscuros tan sólidos como la cubierta de una nave.

Habían llegado a la misma conclusión, y casi igual de rápido. Caledonia asintió.

Se hizo el silencio mientras todas alcanzaban a comprender lo que insinuaba Amina.

—No puedes hacerlo —dijo Ortiga, desanimada.

—Sí que puedo —insistió Caledonia suavemente—. Y lo haré. Pero si les dejamos saber que estoy aquí, también sabrán que estáis vosotras.

Piscis avanzó unos centímetros por encima de la cama, dobló las piernas por debajo de su cuerpo y se sentó cerca del borde.

—No vendrán solo a por ti.

Caledonia meneó la cabeza.

—Vendrán a por todas nosotras.

Caledonia asintió.

Piscis hizo una pausa, sopesando las implicaciones.

—Será la batalla más grande en la que hayamos estado.

—Mandarán una flota entera. —En la voz de Tina había un asombro que compartían todas.

Caledonia les concedió un instante para que se hicieran a la idea. Había tenido toda la noche para considerar el resultado de sus cavilaciones, para que su mente imaginara un sinfín de estrategias que anticiparan todas las maneras en que Aric podría ir a por ella.

—¿Podemos ganar? —preguntó Piscis.

Caledonia avanzó hacia el borde de la cama, apartó las sábanas calientes y dejó que sus pies reposaran sobre el suelo frío.

—Podemos ganar —dijo—. Con los barcos de Hesperus y la ventaja de Nuberrota, los veremos llegar y tendremos tiempo de prepararnos. Aunque sean más, estoy segura de que podemos ganar.

—¿Pues qué problema hay? —preguntó Tina.

—*Que solo será la primera batalla.* —Hime dobló las piernas por debajo de su cuerpo y se puso de rodillas en el suelo, en medio de las demás—. *Ganaremos, pero se enfadarán mucho. Sabrá dónde estamos y quién nos ha ayudado. Será el principio de una guerra.*

—Y no podemos ganar una guerra abierta con Aric —concluyó Caledonia—. No con estos barcos y esta tripulación.

Amina se incorporó; una luz nueva bañaba sus ojos.

—Entonces tiene que ser el principio de algo mayor aún. Luchamos y luego crecemos. Sé que entre mi gente hay quienes se unirían a nosotros, quizás incluso compartirían su tecnología. Los colonos solo carecen de los medios para tomar las aguas. Y estoy segura de que los Recolectores tienen recursos, aunque no estén dispuestos a luchar.

—No es suficiente gente para una guerra. —La voz de Ortiga se había encogido por el miedo—. ¿Quién más hay?

—Balas.

Todas miraron a Piscis. Estaba sentada al lado de Caledonia, con una rodilla apoyada contra el pecho. Sus ojos estaban cansados y transmitían gravedad.

—Balas —repitió—. Los Espadas se marcharon. Oran se marchó. Ares se marchó. Habrá otros. Solo tenemos que mostrarles que hay un lugar al que pueden acudir.

—Eso es una esperanza, no un plan —dijo Caledonia suavemente—. El plan tiene que ser este: atraemos a Aric hacia aquí y lo derrotamos. Matamos a Aric Athair y su imperio se desmorona con él.

—¿Cómo? —preguntaron las cinco al unísono.

Caledonia hizo una pausa. No les iba a gustar el plan. A ella tampoco le gustaba, pero era la mejor alternativa. Lo esencial era que Aric no tuviera otro remedio que presentarse en persona.

—Sabemos lo que quiere —dijo, repitiendo lo que había dicho Amina antes.

Todas protestaron. Se alzaron contra Caledonia y le dijeron que el plan era terrible, un mal plan, un plan que no funcionaría nunca.

Cuando se callaron, Caledonia mantuvo la firmeza de su voz al repetir:

—Sabemos lo que quiere.

El único sonido en la habitación era el pulso de su respiración. Caledonia observó a cada una de las chicas y aguantó sus miradas el tiempo suficiente como para convencerlas de que estaba comprometida con ese plan de actuación. En lugar de convertirse en piedra se volvió una llama que quemaba en mitad de todas ellas, alimentada por su respiración y su amistad inquebrantable, avivada por la lucha que se avecinaba.

—En los confines del mar, ¿en quién confiamos? —Caledonia alargó la mano, con la palma hacia arriba.

Una a una, las cinco manos encontraron la de Caledonia hasta formar un círculo estrecho, hombro con hombro. El amanecer se reflejaba en sus caras e iluminaba sus ojos cuando todas juntas respondieron:

—En nuestras hermanas.

Un acorde de profunda confianza sonó entre ellas, cada vez más alto y fuerte. Duró el mismo tiempo que una respiración y fue sobrecogedor.

—Tenemos mucho trabajo por hacer y poco tiempo —dijo Caledonia—. Preparémonos para atraer el fuego.

CAPÍTULO

47



Después de semanas encerrada en la ladera de una montaña o en un tubo de metal debajo de las olas, fue un alivio volver a estar en la cubierta de la Estela Luminosa. Mientras la nave se alejaba sin complicaciones de los canales, más allá de los islotes, Caledonia respiraba con mayor facilidad a pesar de lo que había venido a hacer.

La nave estaba perfectamente reparada y ocupada por una tripulación pequeña. Eran doce en total, incluyendo los mandos. No estarían fuera mucho tiempo. Navegaron hasta que Nuberrota se convirtió en una franja de acantilados blancos contra el mar gris y acerado, y luego deambularon sin rumbo por la marea.

Habían pasado los días previos preparando la batalla. Las tripulaciones de los barcos profundos entrenaban en mar abierto hasta que ya no quedaba luz. Verificaron y volvieron a verificar las armas, cargadas y engrasadas. Tal como había prometido, Hesperus equipó a cada barco profundo con misiles más poderosos. La parte inferior del casco de la Estela Luminosa estaba marcada con placas de bronce pulido para distinguirla de los barcos Bala y evitar que las tripulaciones de los barcos profundos pudieran disparar contra ella por accidente. El ambiente en el recinto empezó a ser el de la energía frenética de una batalla que se avecina. Cuando volvió a salir el sol, ya estaban preparados para dar el primer paso.

Caledonia fue a despertar a Trineo y Pino justo después de la conversación con las chicas. Esperaba que fuera difícil convencerlos de que era la decisión correcta. Pero simplemente se quedaron inmóviles y se sacudieron de encima el sueño tan rápido como pudieron, esperando una orden.

—¿Estáis conmigo? —preguntó, haciendo lo posible por no parecer nerviosa.

—Las mareas, Caledonia. —Pino meneó la cabeza, incrédulo.

Trineo se aclaró la garganta y bajó el mentón para que sus ojos estuvieran a la misma altura.

—No estaríamos aquí si no estuviéramos contigo.

—No necesitas nuestra aprobación —añadió Pino, que se vistió rápidamente para seguirla—.

Ya no eres solo la capitana. Eres nuestra líder.

Y tras decir aquello, asintió levemente pero con firmeza para finalizar la conversación.

Ahora Caledonia estaba en el centro del puente, rodeada por los mandos de su tripulación,

Oran y Hesperus. Piscis estaba a su lado, con las puntas de los dedos rozando la parte posterior del brazo de Caledonia para que supiera que estaba allí. Trineo, imponente, se apoyaba cuidadosamente sobre la pequeña mesa de mapas al fondo de la sala. Amina y Hime estaban cerca, con las manos entrelazadas. Pino encontró un lugar cerca del timón, con una mano reposando sobre la rueda, aunque la nave no estuvieran en movimiento. Oran era una figura oscura en la puerta, lo más lejos posible de Caledonia pero sin perderla de vista. Y Hesperus estaba justo a su lado.

Estaban a punto de convertir su pequeña rebelión en algo mucho mayor. Cuando lo hubieran hecho, ya no habría marcha atrás.

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —preguntó Caledonia al colocarse cerca de la radio. No era una pregunta concreta porque sabía que no tenía una respuesta concreta. La hizo solo para calmar los nervios.

—Depende de quién esté al otro lado —respondió Pino.

—¿Listos? —preguntó a Hesperus, que había estado en silencio como un muerto desde que había subido a bordo.

Este asintió pesadamente. Se había mostrado menos entusiasta con el plan, pero estuvo de acuerdo en que era la mejor manera de atraer a Aric, aunque eso estuviera lejos de resultar una perspectiva atractiva.

Caledonia accionó el interruptor con una mano. La radio cobró vida y llenó la cabina de interferencias. Oran pasó rozando por su lado y giró uno de los botones del cuadro de mandos hasta que empezó a oírse mejor.

—Está controlando esta frecuencia. —Oran le aguantó la mirada. Caledonia se encontró con un hombre tan fiable y comprometido como cualquiera de su tripulación. Cada vez que la miraba, le prometía que siempre iba a luchar a su lado—. La mantienen abierta para los Cincohijos.

Dio un paso atrás y la dejó allí, mucho más cerca de Aric y los Cincohijos.

Los nervios se volvieron en su contra. Pero allí estaba Piscis, que apoyaba la mano contra su hombro. Y también Amina. Y Hime. Las tres la sostenían y le decían, al tocarla, que estaban con ella. Le ofrecían su valentía y ella la aceptó.

Luego levantó el receptor y se lo entregó a Hesperus.

—Aquí Hesperus Shreeves. Tengo buenas noticias para el Padre. —Hizo una pausa para humedecer los labios con la lengua—. Se trata de Caledonia Styx.

Soltó el botón. Las interferencias llenaron el aire una vez más, y un escalofrío corrió por los dedos de Caledonia.

Luego, varios minutos después, las interferencias se terminaron y se oyó un gruñido.

—Hola, Rey Astuto. —Trineo, Pino y Hesperus se movieron nerviosamente. Solo Oran estaba quieto. No había duda de que era la voz de Aric Athair—. ¿Qué noticias traes?

—La tengo aquí —afirmó y clavó su mirada en Caledonia—. Se arrastró hasta mi puerto con uno de tus barcos y una tripulación hambrienta, pero la tengo.

—Bien. Que no se escape —dijo Aric, con un ligero tono de satisfacción—. Mandaré a uno de mis hijos a recogerla.

—No. —La sala se encogió ante esa palabra. Nadie respiró mientras Hesperus seguía

hablando—. Por lo que sé, ya ha conseguido escaparse de alguno de tus hijos, y quiero asegurarme de que recibo mi recompensa. Te la entregaré a ti y solo a ti.

Esta vez el silencio que siguió fue tortuosamente largo. La reputación de Hesperus a la hora de acumular riqueza y poder jugaba en su favor, mientras que la de Caledonia a la hora de engañar y elaborar estrategias jugaba en su contra. De una manera o de otra, les esperaba una batalla. Pero todavía estaba en duda si sería la batalla que deseaban.

Finalmente, después de unos minutos de silencio, volvieron a oír la voz de Aric.

—Hasta pronto, Rey Astuto.

CAPÍTULO

48



El observatorio de Nuberrota era tan impresionante como Caledonia lo recordaba. Incluso más, ahora que podía dedicar tiempo a considerar todo lo que tenía para ofrecer. Estaba ubicado en la parte superior de la fortaleza, como si fuera una gorra. No tenía paredes, solo cuatro columnas de piedra y unas cortinas de color azul cerúleo que sostenían un techo abovedado cubierto de pintura luminiscente. En cada sección había un telescopio sobre un trípode robusto, y en el centro de la sala un fuego ardía en el interior de un agujero en el suelo.

Su última visita había sido en circunstancias muy diferentes. Había tenido una gran cantidad de velas solares para intercambiar, había una recompensa sobre su cabeza, y la posibilidad de encontrar a su hermano todavía era real. Cuando la flota de Lir se aproximó, Hesperus había estado a punto de entregar a Caledonia y su tripulación a cambio de una recompensa. Sin embargo, le había ofrecido el mapa que necesitaba para escapar a través de los canales.

—En cualquier otro momento os serviría un refresco. —Hesperus se colocó en la plataforma que daba hacia el este, con una vista clara sobre el océano—. Pero con el Padre en camino, me temo que se me ha agotado la generosidad.

Caledonia empezaba a entender que a Hesperus le gustara quejarse, y que fuera un socio entregado incluso en aquello que le perjudicaba. Era su manera de calmar los nervios.

—Ya has sido lo suficientemente generoso, Hesperus. —Caledonia estaba de pie frente al telescopio, con el ojo pegado ocasionalmente en la mira para examinar el horizonte.

Esperaban una respuesta inmediata de Aric. Caledonia la esperaba. En caso contrario, las colonias del norte sufrirían enormemente.

—Correcto —ladró—. He sido más generoso de lo que hubiera debido, y ahora sufriré por ello.

Una semana antes Caledonia se hubiera puesto a la defensiva y se habría preocupado por haber incitado la rabia de alguien tan poderoso como Hesperus, porque eso le generaría un enemigo en lugar de un aliado. Pero hoy, aquello era poca cosa comparado con lo que se avecinaba.

—Esperabas que me llevara la batalla conmigo. Así podrías quedarte aquí, relativamente seguro, mientras nosotros asumíamos todo el riesgo.

Hesperus no tenía que responder para que Caledonia viese reflejada la verdad en su rostro.

—Te prometo que si hubiera sido la mejor decisión, la habría tomado. —Caledonia estaba maravillada por la autoridad que emanaba de su voz al responder—. Si las mareas se vuelven en nuestra contra, haré lo posible para que Nuberrota salga indemne. Pero a cambio, necesito que hagas algo por mí.

—Caledonia Styx, solo tú podrías pedirme más cosas en un momento como este.

Ella sacó un pedazo de tecnología terrestre de su bolsillo y se la enseñó a Hesperus. El rectángulo estrecho brillaba bajo la luz tenue. Presionó un botón lateral y se transformó inmediatamente en un colador de mano.

—¿Eso es... tecnología terrestre? —susurró Hesperus, impactado.

Caledonia asintió.

—Dijiste que puedes fabricar cualquier cosa, ¿verdad? Necesito que averigües cómo fabricar esto. No importa lo que pase en la batalla, si consigues descifrar esto conseguiremos reducir el poder de Aric.

Hesperus cogió el artilugio y lo sostuvo en la palma de la mano con reverencia y los ojos perdidos en el engranaje.

—Me acabas de dar algo más peligroso que una guerra —murmuró, metiéndose aquel fragmento de tecnología en el bolsillo.

—No es tuya —le advirtió—. Nos pertenece a todos. Quiero que la descifres, no que te la quedes.

El horizonte era una promesa abierta en múltiples direcciones. La niebla se había evaporado mientras salía el sol y las únicas nubes estaban lejos, hacia el oeste. Era un buen día para una batalla.

—¿Has pensado en lo que harás cuando logres suplantar al Padre? —Su voz había cambiado. Ya no dejaba entrever irritación sino que estaba anclada en otro tipo de consideraciones—. ¿Cómo vas a gobernar los Mares Bala?

La pregunta la sorprendió.

—Nunca voy a gobernar los Mares Bala.

Hesperus arqueó una ceja que subió hasta su frente.

—¿Entonces qué haces aquí, capitana?

Le contó exactamente lo que estaba haciendo allí: atraer el fuego que quería atacar a los colonos y derribar a Aric. Lo único que quería era eliminar al tirano. ¿Acaso le había dado la impresión de querer reinar sobre todos esos mares rotos?

—Capitana. —Pino rodeó la esquina de la escalera, agachó la cabeza con una ligera reverencia y miró directamente a Caledonia—. Los barcos profundos están listos y Kae ha reunido a los capitanes rebeldes. Están esperando ser movilizados.

Tras la llamada a Aric, Hesperus y su otra hermana, Kae, solicitaron voluntarios que tuvieran barcos capaces de luchar, y enviaron el resto de embarcaciones fuera de Nuberrota. Los barcos profundos estaban en el muelle, esperando la señal para formar y salir. Al otro lado de las islas, la Estela Luminosa estaba fondeada. Había una señal clara para cualquiera que se aproximara que decía que la ciudad de Nuberrota estaba temporalmente cerrada por negocios.

—¿Y la tripulación? —preguntó Caledonia.

—Preparándose en el muelle. Mino se ha asegurado de que tengamos todo lo necesario para el día. —Dijo esto último mirando a Hesperus y moviendo la cabeza en señal de agradecimiento—. Si no aparecen antes, reevaluaremos la situación.

—Parece que todo está en su sitio, capitana —dijo Hesperus, con una voz ligera que contrastaba con la gravedad de la situación.

—Excepto Aric —añadió ella, girándose para observar el horizonte.

—Llegará.

Como si la hubieran convocado, una silueta apareció en el horizonte. Era una mancha oscura contra un cielo azul resplandeciente, pero para ser visible a esa distancia tenía que ser una nave muy grande. Vista a través del telescopio, tenía un contorno borroso, con una torre que se alzaba hacia el cielo y hacía pensar en varios animales feroces escalando hasta la cima de una montaña.

—¿Conoces ese barco? —preguntó Caledonia, cediendo el telescopio a Hesperus.

El hombre se agachó para examinar la nave que se acercaba a través de las estrechas lentes. Sus dedos envolvieron suavemente el cilindro, apenas rozaron el liso metal, y sus labios se apretaron. Permaneció así varios segundos, respirando regularmente a través de la nariz.

Finalmente, enderezó la espalda y dirigió una mirada consternada a Caledonia.

—Bien, capitana, lo has conseguido.

—¿El qué, exactamente?

—Has atraído al gran hombre. Esa es la nave Titán. Nunca pensé que tendría la desgracia de volver a verla. —Hizo un gesto de barrido con la mano en dirección al océano. Detrás de la amenazante nave de Aric Athair había decenas de otros barcos más pequeños, todos ellos navegando a máxima velocidad hacia Nuberrota—. Bienvenida a tu guerra. Por favor, que sea fuera de mi puerto.

CAPÍTULO

49



En el muelle la actividad era máxima.

Piscis estaba subida a un barco profundo y desde allí observaba el barullo al otro lado del muelle, donde cincuenta y tres miembros de la tripulación buscaban y encontraban el barco que les habían asignado y desaparecían en su interior. A lo lejos, Ares esperaba a Pino para entrar juntos. El resto de la tripulación de Caledonia ya se encontraba a bordo de la Estela Luminosa, esperando la llegada de la capitana.

—¡El informe, Pi! —gritó Caledonia.

—Todos presentes —respondió—. ¡Zarparemos en dos minutos!

—¡Directos al océano Pi! —gritó.

—¡Con mucho gusto, capitana!

Piscis llevaba el pelo rapado al cero. Observaba la frenética escena a su alrededor con un aire de absoluta calma y control. Caledonia se concedió un segundo para admirar a su amiga y hermana antes de seguir adelante.

Corrió junto a Pino por el muelle hacia la gabarra que iba a transportarlos a la Estela Luminosa. Se fijó en todos los rostros con los que se cruzaba. Vio a Tina, que reunía a sus hermanas en un mismo barco profundo; también a Harwell, que vibraba con una mezcla perfecta de anticipación y ansiedad; y finalmente a Far, que fue a luchar sin Pippa a su lado.

Se había preparado para ese momento. La tripulación era tan grande y el tipo de batalla que iba a tener lugar tan disperso que no había tenido tiempo para otra cosa que dar órdenes. No se había despedido de nadie y había tenido que endurecer el corazón para protegerse de la parte de ella que quería detenerse y acercarse a todo el mundo, regresar a la vida de golpear duro y huir rápidamente en un esfuerzo para que nadie perdiera la vida, regresar a ese momento en el que desconocía el terrible pasado de Oran.

—Aquí, capitana. —Pino habló en su oído para que le oyera por encima de la algarabía.

Llegaron al extremo del muelle, donde una pequeña colección de barcos de voluntarios estaban apretados unos contra otros. Había siete en total; algunos grandes, otros pequeños. La flota de Aric los superaba en número, pero era mejor que nada.

Los capitanes estaban de pie en la cubierta, con los ojos puestos en Caledonia mientras se

acercaba a la gabarra. Constituían una mezcla de hombres y mujeres de todas las edades, pero ninguno era más joven que ella. Le hubiera gustado hablar con todos ellos para saber qué era lo que les empujaba a seguir su plan. Pero no tenía el lujo del tiempo. En su lugar, les saludó esperando transmitir una parte de la gratitud que sentía con ese gesto.

—Están contigo, capitana —dijo Pino suavemente—. Confía en mí.

Pino la guio por el muelle hasta donde el barco de Mino esperaba para llevarla a la Estela Luminosa. El motor de la gabarra ya rugía cuando subió a bordo.

—Pino —dijo, al interceptar su mirada—. Mantén la calma.

—Que las mareas te protejan, capitana —dijo, mientras se daba la vuelta y corría hacia el barco profundo que le habían asignado.

Tan pronto Caledonia tomó asiento, la nave zarpó y zigzagueó rápidamente hacia el exterior del puerto a través de los canales de los islotes. En su estela, las siete embarcaciones de voluntarios los seguían mientras los barcos profundos cerraban las escotillas y se hundían por debajo de la superficie del océano. Durante unos preciosos momentos, Caledonia pudo leer las pistas que dejaban en el agua, tan claras como si hubieran navegado por encima, pero al descender resultaban cada vez más difíciles de seguir hasta que finalmente desaparecieron del todo. Reprimió el brote de pánico que notó en los pulmones al recordar que eso era exactamente lo que iba a darles ventaja respecto a Aric.

La tripulación de la Estela Luminosa era de solo veinte personas, y la cubierta estaba casi vacía. Tras navegar varias semanas con una tripulación de setenta y cinco, el ambiente era solitario. Ortiga estaba al timón; Amina con las Nudos encaramadas a los puntos más altos de la nave; y Hime lista con la tripulación de cubierta.

—¡Ortiga! —gritó Caledonia al subir a bordo—. ¡Avanza a velocidad media! Asegúrate de que damos tiempo a los barcos profundos para interponerse entre ellos y nosotros.

—¡Sí, capitana!

Ortiga hizo avanzar la nave. Los motores ronroneaban y las hélices se revolvían al alejarse de los islotes a un ritmo moderado, con siete barcos de voluntarios que se abrían en abanico a uno y otro lado como si fueran alas de la Estela Luminosa. El poder de esa imagen la llevaba en volandas. Eso era lo que se sentía al dirigirse a una batalla con algo más que una pistola en el cinto, o una única nave a sus órdenes.

Caledonia subió por la torre de mando hasta el puente, donde se encontró con Oran. Este, con un telescopio en las manos, no apartaba la mirada del horizonte. Sin decir una sola palabra se lo pasó a Caledonia, que lo levantó y observó la flota que se acercaba. La nave de Aric iba al frente, perfectamente centrada, negra como el carbón, con franjas verdes y naranjas que descendían por la proa. Cada barco que lo rodeaba llevaba el símbolo de los cuatro Cincohijos; unos manchados del verde de unas briznas de hierba, otros pintados con estrellas púrpuras o medias lunas amarillas. En la retaguardia, por el extremo norte, aparecieron barcos de acero grises marcados con el naranja de los farolillos.

Estaban todos. Cualquiera que fuera el resultado, había conseguido distraerlos de los colonos. Había comprado tiempo. Y si el mensajero de Hesperus había logrado llegar hasta ellos con la advertencia, probablemente estarían a salvo.

El viento impactaba contra sus mejillas, trayendo consigo el aullido de una docena de chimeneas fantasma. El ruido era cada vez más fuerte hasta que pareció que el cielo entero gritaba en ese tono angustiante y cacofónico.

Un escalofrío recorrió la espalda de Caledonia y aterrizó firmemente en sus pies. Mirando a través del telescopio contó tres docenas de barcos flanqueando la monstruosa nave de Aric. La proa era ancha y puntiaguda como la cabeza de una ballena gigante, y en la parte posterior se alzaba una torre de por lo menos seis pisos. A cada lado colgaban plataformas con grandes ametralladoras. Y en la cubierta había un cañón, con su boca mortífera sobre un pivote para poder apuntar a todos los objetivos.

No se parecía a ningún otro barco que Caledonia hubiera visto, y por un instante dudó de cada decisión que la había llevado hasta ese punto.

—¡Reduce la velocidad, Ortega! —gritó y le devolvió el telescopio a Oran, que permanecía a su lado como una estatua.

No había forma de saber dónde se encontraban los barcos profundos, y en ese momento hubiera sido un error apartar la mirada de la flota Bala.

Era un buen plan, se dijo a sí misma. Solo necesitaba tiempo para que funcionara.

La nave ralentizó a un cuarto de su velocidad. Esperaba que Aric interpretara aquella maniobra como producto del miedo, y no de una estratagema. Los barcos de este avanzaban en abanico, con un cierto grado de prudencia mientras evaluaban la variada flota de Caledonia. Probablemente, Aric esperaba que ella tuviera un as en la manga, y de ninguna manera habría podido prever la existencia de sus barcos profundos. Solo esperaba que en pocos minutos todo aquello ya no importara.

—¡Capitana! —La voz de Amina perforó el intenso viento—. Se están marchando.

Caledonia se giró para ver que, a ambos lados, los barcos de voluntarios vacilaban. Ralentizaron la marcha y uno a uno fueron rompiendo la formación, dejando a la Estela Luminosa sola, sin amigos, a lomos del mar helado.

Por delante, los barcos Bala gruñían y cargaban hacia delante todavía más rápido.

—Capitana —gritó Trineo, corriendo hacia ella desde el puente—. Está en la radio.

El sentimiento que nació en el fondo de su estómago no era miedo. Ni siquiera pavor. Era una rabia absoluta sin ambages; una furia que había escondido durante demasiado tiempo y que había olvidado que vivía en algún lugar de su ser. Cuando llegó a la cabina ya no estaba segura de ser capaz de hablar, más allá de expresar los sentimientos explosivos que crecían en su pecho, pero tan pronto como sus dedos se cerraron alrededor del receptor, todo eso cambió. Un poso de frialdad la invadió como si le hubiera caído un abrigo encima. Levantó el receptor y presionó el botón.

—Aquí la capitana Styx —dijo con soltura.

La voz que llegó del otro lado sonaba tan clara como una campana.

—Parece que estás en apuros, capitana.

Los barcos de voluntarios se movían en todas las direcciones cerca de la costa de las Islas Rocosas. Abandonaban la batalla antes de que esta hubiera comenzado.

Caledonia se humedeció los labios y le dio a Ortega la señal de detenerse.

—Es solo un cambio de planes.

Aric rio. Era un sonido radiante y su voz llenó la cabina, atrayendo a cualquier oído que estuviera cerca. Pero mientras Caledonia se mostraba fascinada, vio que los hombros de Trineo se enrigidecían.

—Te recomiendo que cambies un poco más de planes. Es la hora de rendirse, niña.

—Creo que has malinterpretado la situación —replicó ella.

Cada vez había menos espacio entre ellos. En pocos minutos estarían rodeados.

—¿De verdad? No veo por ninguna parte al Rey Astuto, y parece que tus amigos te han abandonado. Vuestro complot ha terminado con los dos a mi merced. —Su voz se oscurecía al mismo tiempo que el cielo gris—. Estas son mis aguas, mis mares. Aquí no pasa nada que yo desconozca o que escape a mi control, pero haremos un trato. Rendíos y la mayor parte de vosotros vivirá.

Los barcos de Aric se juntaron todavía más, apuntando hacia ella como si fueran una lanza y ella un objetivo al que destrozar sin tener que despeinarse.

Exactamente lo que quería que hicieran. El plan consistía en distraer a Aric, que se centrara en ella.

—¿Les hemos dado suficiente tiempo a vuestros barcos profundos? —preguntó Aric, con la voz goteando de satisfacción.

Caledonia se quedó helada. Sus dedos estaban fríos, su voz encogida, y por un instante deseó haber escuchado mal.

—Esto no durará mucho —se jactó Aric—. Yo también tengo nueva tecnología.

Por el flanco de su nave, el ancho cañón de una ametralladora empezó a rotar. Después de varios segundos, se hizo el silencio.

Disparó.

Caledonia observaba el poco espacio que los separaba de la nave de Aric. Se le quedó el aire atrapado en la garganta mientras esperaba. Luego el agua explotó. Los barcos profundos estaban siendo atacados.

CAPÍTULO

50



—Bombas *mag* —dijo Trineo aterrado—. Y sumergibles. Puede hundir a los barcos profundos.

Ya no importaba que Hesperus hubiera tomado todas las precauciones necesarias para que aquellos barcos fueran un secreto. Aric tenía un control tan perfecto sobre aquellos mares que había tenido conocimiento de su existencia igualmente. ¿Quién era Caledonia para creer que podía enfrentarse a él? No era nadie. Solo una muchacha herida por su poder, igual que tantos otros chicos y chicas. Se había engañado a sí misma y llegado a creer que era algo más, y esa locura iba a conseguir que los mataran a todos.

Necesitaba a su hermana, pero Piscis estaba siendo atacada en el fondo del mar.

«Solo te pedimos que seas nuestra líder —oyó que decía su voz—. Solo te pedimos que seas nuestra».

Un escalofrío recorrió sus hombros hasta llegar a los puños. Dejó que se asentara allí, mientras sus dedos temblaban. Sus hermanas eran lo que la hacía ser algo más. Sus hermanas la hacían ser exactamente lo que necesitaba ser.

Caledonia sofocó su miedo. Un golpe de mala suerte no iba a costarles la batalla.

—Saben lo que tienen que hacer. Pero nosotros también.

Caledonia no apartaba la mirada de los barcos que tenía delante. No disponía de los mismos efectivos, pero cada uno de esos Balísticos y Cincohijos ansiaba la gloria personal que les traería capturar a Caledonia y presentarla ante Aric. ¿Iban a arriesgarse a destruir la nave y matarla? Seguramente no.

—Ortiga, acércate a ellos. Vamos a darles algo a lo que disparar —ordenó—. Trineo, quiero ametralladores en la barandilla de babor. Amina, ¡disparad a ese cañón *mag*!

Una pared de agua se alzó entre la Estela Luminosa y los barcos Bala. Durante un segundo, la flota entera desapareció detrás del océano agitado. Los barcos profundos estaban atacando.

—¡Ortiga! —gritó Caledonia, pero los motores ya estaban en funcionamiento, y la nave se desplazaba hacia el sur antes de que los barcos Bala pudieran reagruparse y disparar.

Una segunda ronda de explosiones hizo que los barcos de Aric, todos alineados, se inclinaran. Fue Piscis quien orquestó el ataque.

—¡Dos menos! —gritó Amina. En su voz se oían los ecos de una victoria prematura.

—¡Cuerpos a tierra! —gritó una de las Nudos, y el aire se llenó de un estallido de pólvora al tiempo que disparaban atrincheradas a la artillería pesada. Los misiles explotaban en el aire, cerca del casco de la Estela Luminosa.

Los barcos profundos volvieron a golpear, y la flota Bala empezó a sumirse en el caos. Un tercer barco se inclinó considerablemente hacia un lado. Los Balas apuntaban los cañones y misiles al agua. Disparaban sin piedad, mientras cinco naves rompieron la formación para perseguir a la Estela Luminosa.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Caledonia, dando paso a la siguiente fase del plan.

La Estela Luminosa se fue alejando del centro de la batalla, arrastrando consigo a tantos barcos Bala como pudo. Ortiga los condujo hacia las Islas Rocosas y acercó la nave a la pared del acantilado. A esa distancia de Nuberrota, en dirección sur, había una serie de calas estrechas y profundas, y penínsulas imprevistas. No era fácil mantenerse cerca de la costa, y eso era precisamente lo que estaban buscando... Caledonia quería que los Balas se fijaran en ella y no en el campo de minas por el que iban a navegar.

Oyó el primer golpe seco metálico de una mina que se adhería a su casco. Su corazón sufrió una sacudida involuntaria.

—Mierda —dijo Ortiga, en voz baja—. Lo siento, capitana.

—No pasa nada —le recordó Caledonia—. Ya contaba con que impactaríamos contra algunas. Pero asegúrate de que sean pocas.

Fueron ellas quienes las pusieron allí. Cada mina estaba conectada a un mando a distancia; al ser activadas podían abrir un boquete en casi cualquier casco. Preferiblemente no el suyo.

Ortiga asintió con tensión, centrándose en el camino que tenía por delante. Oran estaba justo detrás, recordándole con delicadeza el camino que debían recorrer sin dirigir en ningún momento sus movimientos.

—¡Cuerpos a tierra! —La voz de Amina anunció la llegada de ocho barcos que las perseguían, a la vez que la ráfaga de disparos que alcanzaron el casco.

—No corras, Ortiga —dijo Caledonia, transmitiendo firmeza desde el puente—. Queremos que nos pisen los talones.

Desde arriba, Amina dio la orden de abrir fuego. Caledonia oyó el golpe de otra mina pegándose al casco. Ortiga también la oyó, y se encogió de hombros, decepcionada.

—Mantened la calma, chicas, este era el plan. —Caledonia se fijó en la sonrisa irónica de Oran al ser metido en el mismo saco que las chicas. Se la devolvió y luego se giró para examinar el campo de batalla que tenía por delante.

Los ocho barcos perseguidores se abrían en abanico, tal vez porque se estaban dando cuenta de que atravesaban un campo de minas. Muy por detrás, el grueso de la flota tenía dificultades debido a los ataques de los barcos profundos. Se habían dispersado para entender mejor lo que sucedía, y parecía que ya habían perdido unas cuantas naves.

¿Y ella, cuántas había perdido? Era una pregunta que no podía plantearse en ese momento.

—Capitana, nos estamos acercando a la cala. —Oran señaló hacia delante una vez más. La cala estaba escondida, a unos pocos metros. Había llegado el momento.

—¿Realmente crees que... —empezó Ortiga.

—No estamos aquí para especular, Ortiga. ¡A toda máquina!

Los motores rugieron y sacaron aún más ventaja a sus perseguidores. Caledonia veía crecer la distancia que los separaba, y cuando fue suficiente sacó el mando a distancia y ordenó a Oran que activara las ondas vibratorias.

Esa sensación eléctrica y familiar bailaba por su piel como la energía que irradiaba el casco de la nave. Era el momento de confiar. Las minas que se habían adherido a la Estela Luminosa ya deberían de haberse caído, desmagnetizadas por la vibración. Ahora iban a la deriva, en su estela, donde explotarían cuando ella presionara el botón.

Harwell se lo había explicado. Le había prometido que las minas se caerían pero que si dudaban demasiado, esa misma vibración haría que las minas de los barcos perseguidores también se despegaran. No podían titubear. Solo confiar.

Presionó el botón.

El mar entró en erupción detrás de la Estela Luminosa. Los ocho barcos cabecearon en el momento en que las explosiones mordieron sus cascos. Uno de ellos chocó directamente contra el de al lado y ambos quedaron inutilizados. Otros dos se hundieron sin posibilidad de ser rescatados. Los cuatro restantes siguieron adelante, disparando a la Estela Luminosa. Pero en ese preciso instante, otras cuatro embarcaciones salieron disparadas de la cala, al encuentro de los barcos Bala, con una batería fresca de explosivos.

Caledonia sonrió, Ortiga gritó de alegría e incluso Oran parecía excitado al ver aquellos barcos rebeldes que acudían en su ayuda. Había sido en todo momento el plan, pero Caledonia no había sido tan estúpida como para depositar sus esperanzas en tripulaciones que no había conocido nunca. Pero aquí estaban. Con las pistolas al aire y los motores acelerando, luchando en su bando.

—Aprovechemos la distracción mientras podamos. Llévanos de vuelta, Ortiga —ordenó Caledonia.

—Preparaos para un giro brusco a babor. Hélices de estribor, a toda máquina. A mi señal, ¡romped a babor!

Ortiga guio a su equipo de navegación a la hora de realizar el giro, con suma pericia y sin perder la ventaja. Cuando estuvieron reorientados hacia la batalla, los barcos de voluntarios ya habían dañado a los cuatro barcos Bala restantes, clavando arpones y sacudiéndolos por los lados. Uno incluso volcó, y su casco hecho añicos quedó flotando en la superficie del océano.

La batalla se disputaba a lo lejos. La gran torre del barco de Aric podía verse desde la distancia mientras los dieciocho barcos restantes de su flota se reagrupaban. Los barcos profundos habían hecho disminuir el número de efectivos de Aric, pero no era suficiente. No con el maldito cañón en juego.

—¡Amina!

—¡Capitana! —La chica llegó hasta ella en un segundo—. Cuando las bombas *mag* estén en el agua, buscarán la superficie metálica más cercana antes de explotar. Con la inercia que llevan son mortíferas. Pero por lo que he visto, ese cañón requiere mucha energía. Solo lo han disparado tres veces, lo cual significa que tarda en volver a cargarse.

Su corazón latió furiosamente en el pecho, turbado por el sentimiento de que las mareas se

estaban volviendo en su contra.

—¿Puedes desactivarlo? —preguntó.

Amina dirigió su mirada pensativa hacia la remota nave y asintió.

—Puedo hacerlo. Pero tenemos que acercarnos más.

—¿Hasta dónde?

Amina levantó la mirada hacia el cielo y siguió el rastro de unas nubes que se deslizaban por lo alto. Luego la bajó hacia su capitana.

—Hasta el interior de la Titán.

CAPÍTULO

51



El rugido de los motores en la cubierta de popa fue ensordecedor. Amina se subió al remolque y guardó los explosivos en unas fundas herméticas. Sus largas trenzas estaban entrelazadas, fuertemente apretadas con unas cintas. Llevaba un traje de neopreno negro y resbaladizo.

—Te daremos todo el tiempo que podamos —gritó Caledonia, que tuvo que levantar la voz por encima del estruendo—. Pero una vez estés en el agua, te las tendrás que arreglar con lo que haya.

Amina asintió.

—Capitana —gritó Trineo, que corrió hasta donde se encontraba Caledonia con un traje de neopreno como el de Amina sobre sus anchos hombros—. Falta un minuto para la zambullida.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

—Pido permiso para acompañar a Amina y cubrirle las espaldas —gritó.

Mandar a cualquier miembro de su tripulación a la nave de Aric ya era bastante peligroso. ¿Pero mandar a dos? Caledonia apretó los puños. Trineo tenía razón.

Asintió.

—Protégela.

—Por supuesto, capitana —dijo con una sonrisa.

—¡Amina! —gritó—. ¡Protégele!

Amina saludó sentada en el remolque mientras Trineo subía detrás. Se colocaron las máscaras de los pulmones azules, Amina levantó la mano para iniciar la cuenta atrás y el remolque salió disparado. Navegaron por detrás de la Estela Luminosa y desaparecieron bajo el agua.

Caledonia se dirigió hacia el puente. Más de la mitad de la tripulación estaba bajo el agua. En una región remota de su mente se decía a sí misma que muchos ya estarían muertos. Tenía que asumir que el cañón de Aric ya había destruido por lo menos uno de sus barcos profundos, si no tres. Eso la dejaba con ocho barcos profundos y los cuatro barcos de voluntarios que la seguían. Si los otros tres barcos de capitanes voluntarios mantenían su palabra y regresaban de sus escondites en el norte, todavía tendrían opciones de victoria.

El resto de la flota de Aric estaba en desbandada. Navegaban sin seguir ninguna estrategia, temerosos de aquello que les acechaba por debajo de las olas mientras los barcos de voluntarios

intentaban rodearlos. Era exactamente lo que Caledonia había imaginado cuando había diseñado el plan. Todo, excepto lo que se disponía a hacer en ese momento.

Cuando llegó al puente, la nave de Aric los acechaba. El cañón volvió a disparar otra bomba mortífera sobre los barcos profundos, mientras las ametralladoras apuntaban directamente a la Estela Luminosa.

Dispararon. La Estela Luminosa se tambaleó y tartamudeó sobre el agua. La tripulación de Caledonia no tenía ninguna esperanza de poder contraatacar, y si volvían a recibir un impacto tan limpio como ese no resistirían mucho tiempo.

Caledonia tenía que centrar la atención de Aric en su lado de babor, y hacerlo sin atraer la nave Titán hacia ellos.

—Podemos dejarnos atrapar —sugirió Oran.

Caledonia se quedó perpleja por un instante. Aquella no era una nave cualquiera. Dejarse atrapar por un buque de asalto ya era suficientemente peligroso, pero la Titán podía envolver sus brazos alrededor de la Estela Luminosa como un calamar gigante. Si se dejaban atrapar el peligro sería mucho mayor.

Pero era precisamente el movimiento adecuado.

—Hagámoslo —dijo con determinación—. Ortiga, ya sabes lo que tienes que hacer. Oran, encárgate del puente.

—¿Adónde vas? —dijo, moderadamente alarmado.

—A buscar una sorpresa para Aric.

Ortiga realizó la maniobra de aproximación y la tripulación levantó los pesados escudos por la barandilla de estribor para cubrir a Caledonia del fuego enemigo. Pronto iban a estar paralelos a la Titán.

Caledonia corrió hacia el compartimento en el que guardaban las armas. El interior de la nave olía ligeramente a humo, los sonidos de la batalla quedaban amortiguados por el denso casco. Empezó a sentir que el sudor de su frente se enfriaba al alcanzar el compartimento y sacar un arma que nunca creyó que iba a utilizar. La estrella en flor.

Era una esfera pesada con una cáscara de carbono. En su interior había cientos de piezas de metal en forma de estrella. Cuando la bomba explotaba, los fragmentos despedazaban la carne con una fuerza letal. Era terrible, un tipo de arma realmente cruel. Pero en aquel instante, Caledonia no tenía otra opción.

Mientras acunaba el dispositivo entre los brazos, corrió hacia la cubierta para ver a la Estela Luminosa acercarse a la Titán. Ortiga había hecho su trabajo a la perfección. Había navegado con audacia y engañado a los Balas para que actuaran de forma irreflexiva. Estos preparaban los arpeos, gritaban órdenes a lo largo de la cubierta y levantaban las voces en un rugido intimidatorio.

Caledonia respiró para mantener la calma. Sangre. Pólvora. Sal. Observaba cómo se agrupaban con preocupación. Había muchos más de los que se había imaginado. Su tripulación no era nada frente a tantos Balas. Pero habían dejado de disparar, lo cual quería decir que Aric la quería viva.

—Capitana —dijo Oran, una vez más acercándose a su lado—. ¿Vas a utilizar eso?

Miró la bomba que tenía en las manos y tragó saliva con dificultad. Era una de las crueles creaciones de Manodeacero. Nadie lo sabía tan bien como Oran.

—Sí.

Oran dudó, como si hubiera preferido una mejor opción. Examinó el dispositivo como si le doliera verlo, y por un instante Caledonia estuvo segura de que le pediría no utilizarlo. Luego dijo:

—Deja que lo utilice yo.

—Oran, no —dijo al instante.

—Por favor, Caledonia, no eres consciente del daño que causará —aseguró, frunciendo gravemente el ceño—. No quiero que pases por esto.

La tentación de entregarle la bomba, y todo lo que ello implicaba, revoloteó en su pecho. No quería hacerlo, pero no veía otra alternativa. Oran le proponía librarse de esa responsabilidad. La protegería añadiendo esa herida a las demás. Pero esa no era una forma de liderar.

—Pide a todos que se protejan con los escudos y que permanezcan lo más cerca posible de la barandilla de estribor —dijo mientras sostenía la bomba contra su vientre.

La expresión de Oran se volvió tensa, pero finalmente asintió y se dispuso a obedecer sus órdenes.

Las dos tripulaciones estaban en movimiento, listas para el combate. Los arpeos cayeron para impedir el avance de la Estela Luminosa y tras ellos las pasarelas. Caledonia se subió encima de la barandilla.

—¡Deteneos! —una voz gritó desde la cubierta del barco Bala.

Caledonia lo identificó al instante. Aric Athair. El mismísimo Padre.

Estaba lejos de la barandilla con un grupo de Balas que lo protegían. Una de sus manos reposaba sobre una pistola; era la viva imagen de la confianza en uno mismo y el autocontrol. El sol se derramaba sobre sus espaldas, dejando el rostro en la oscuridad; su pelo largo se arremolinaba en torno a la cabeza como las hojas de un viejo roble gracias a una suave brisa.

—Caledonia Styx —dijo.

Sabía que no debía de parecer muy impactante: bajita y delgada, sus mejillas y nariz afiladas por el viento y el sol, el pelo demasiado corto para hacer nada con él excepto peinarlo hacia atrás como si fueran tentáculos rotos. No podía compararse con aquel hombre estiloso rodeado por un centenar de Balas.

Eran dos puntos en el mapa que nunca hubieran debido encontrarse. Pero allí estaban: el tirano y la rebelde, el hombre y la chica.

—Hola, Aric —dijo, levantando la bomba por encima de su cabeza mientras pulsaba el botón para provocar la detonación.

Siguió el movimiento con los ojos bien abiertos por la sorpresa. Caledonia lanzó la bomba al aire y esta dibujó un arco hacia el centro de la nave de Aric.

—¡Escudo!

En un instante, doce Balas rodearon a Aric. Caledonia comprobó aterrorizada que el escudo eran ellos. Iban a morir para proteger a aquel hombre brutal.

Y era demasiado tarde para que no fuera así.

Por detrás de ella, la tripulación levantó una pared de placas metálicas mientras se agachaban por debajo de la barandilla de estribor. Caledonia saltó. La bomba explotó. Mientras las estrellas diminutas se clavaban en la barandilla, Oran cogió a Caledonia del brazo y la estiró hacia él.

Duró menos de un minuto. La bomba expulsó sus estrellas letales entre gritos violentos de dolor. El aire se aclaró. Caledonia se puso en pie, lista para juntar a su tripulación y aprovechar ese momento de calma. Se encaramó a la barandilla, con la pistola a punto y los ojos buscando alguna señal de que Aric estuviera vivo, pero la escena que se encontró delante era mucho peor de lo que había imaginado.

La cubierta estaba encharcada de sangre. Los cuerpos estaban desparramados unos contra otros, enrollados sobre sí mismos o estirados con los ojos bien abiertos. Allí donde antes había un centenar de Balas, ahora no había más que un puñado.

Sintió una náusea espesa e implacable en el estómago, que se arrastró velozmente por su garganta y descendió hacia sus tobillos. Un arma Bala en sus manos era igual de mortífera, igual de terrible que en las manos de cualquier otro. Allí de pie, con el sol en la boca y un viento seco en sus pulmones, no sabía en qué se había convertido. Ya no.

—Caledonia. —Una voz conocida y lúgubre la llamaba entre los restos de la explosión.

Se dio la vuelta con la pistola en la mano, deseando estar equivocada incluso cuando lo vio en medio de sus hijos e hijas caídos. Apuntó directamente a la cabeza. Su dedo incluso se torció alrededor del gatillo. Pero entonces Aric agarró a un chico que tenía delante y apuntó con la pistola en su cabeza.

El chico era alto, el pelo le caía alrededor de las orejas con unos rizos de color negro azabache, su nariz larga y fina se levantaba justo por encima de su labio superior.

Habían pasado cinco largos años, pero hubiera reconocido a aquel chico en cualquier lugar del mundo.

—Donnally —dijo.

CAPÍTULO

52



—Ponte de rodillas. —La voz de Aric cruzó un camino peligroso por el aire.

Donnally se arrodilló, de espaldas a Aric, y aunque sus ojos se fijaron en Caledonia no pareció reconocerla. El chico que conocía había sido enterrado bajo muchas capas de Limo y años de practicar la obediencia.

Por detrás, la tripulación estaba en silencio, atenta al triángulo que conformaban Aric, Donnally y Caledonia.

—Ríndete —le dijo Aric a Caledonia—. O tu hermano morirá.

Caledonia estaba paralizada, con la mente vacía de todo lo que no fuera su hermano. Estaba vivo, estaba allí. Solo quería estar con él, envolver sus brazos alrededor de su cuello y oír su voz. Era su hermano y la necesitaba más que nunca. Pero no podía rendirse. Sobre todo cuando había tantas cosas en juego.

—Contigo no hay rendición posible —respondió, irritada por la fragilidad de su voz. Aric cambió la empuñadura de la pistola, pero no la bajó.

Se rio.

—Hubieras sido un buen Cincohijos —dijo pensativo—. ¿Qué te parece un intercambio? ¿Tú por tu hermano?

Le pareció ver que Donnally hacía una mueca. Pero desapareció de su cara antes de poder estar segura.

—Nunca te serviré. —Caledonia casi se ahogó al responder.

Una sonrisa gruesa y despectiva retorció los labios de Aric.

—Entonces ya has elegido.

Caledonia rebuscó en su mente alguna manera de salir de esa, algún giro inesperado que le proporcionara la ventaja que necesitaba para salvar a su hermano y ganar la batalla. Pero no encontró nada. Su hermano iba a morir.

De repente, Oran apareció a su lado, de pie sobre la barandilla, con una vista completa de Aric Athair.

—Oran —rugió Aric, mientras presionaba la boca de la pistola contra la cabeza de Donnally—. ¿Listo para volver a casa, hijo?

A su lado, Oran estaba rígido.

—Aric —dijo, con una voz de ultratumba.

Caledonia miró a Donnally, luego a Aric y otra vez a su hermano pequeño. El pánico empezó a erizarle la piel. El sudor engrasaba las palmas de sus manos mientras seguía inmóvil en la barandilla, envuelta en una indecisión que solo le permitía ver niebla a su alrededor. Se estaban quedando sin tiempo y capacidad de generar confusión.

—Muy bien —dijo Aric, mientras se preparaba para disparar.

—¡No! —gritó Caledonia.

Se oyó un disparo. Las mejillas de Donnally quedaron cubiertas de sangre, pero él permaneció erguido. Todavía miraba a Caledonia. Por detrás, Aric cayó a un lado sobre la cubierta.

Estaba muerto.

Y de la inmensa sombra que proyectaba la torre de la Titán salió Lir, con una pistola en la mano.

—Que descanses en paz, Padre. —La voz de Lir resonó por toda la nave.

Nadie se movió. Los Balas se quedaron boquiabiertos al ver a su líder caído mientras que la gente de Caledonia respiró profundamente. Incluso Caledonia se quedó helada en la barandilla. Ese había sido su objetivo: cortarle la cabeza a la serpiente. Pero lo logró sin el aroma de la victoria, sin ninguna señal de que el resto de Balas hubieran sido derrotados, solo con un sentimiento de incertidumbre.

Porque no lo había hecho ella. Sino Lir. Y los Balas lo miraban a él, esperando las órdenes del nuevo líder.

Se acercó a Donnally y puso una mano sobre el hombro del chico. Al percibir el contacto, Donnally se levantó y compartió una mirada cariñosa con Lir que dejó a Caledonia helada.

—Siempre parece saber lo que necesito, Caledonia —dijo Lir, mientras la miraba. Tenía el rostro compuesto por ángulos, y su pelo se volvía puntiagudo a la altura de las mejillas, como si fueran cuchillas—. Pero me temo que tu utilidad ha llegado a su fin.

No podía dejar de mirar a Donnally al lado de Lir, hasta el punto de que casi se perdió el momento en que este volvió a levantar la mano. Esta vez para apuntarla con una pistola.

Era demasiado tarde. Lo sabía en lo más profundo de su interior. Sus tensos músculos se prepararon para saltar. Una explosión por el lado de babor destrozó el casco de Lir.

Este se agachó y disparó al aire. Caledonia se aferró a la barandilla.

—¡El cañón! ¡Han destruido el cañón! —gritó alguien, y la escena se convirtió una vez más en un caos absoluto.

Buscó de nuevo a Lir y lo encontró tumbado en el suelo, noqueado por la detonación.

Caledonia se giró hacia su tripulación y gritó:

—¡Quitad los arpeos de mi nave!

Luego corrió por la pasarela y aterrizó en el barco de Aric con una pistola en la mano.

—¡Caledonia! —Oyó el grito de Oran por detrás, pero no había tiempo que perder. Era su única oportunidad para salvar a su hermano, y nada iba a detenerla.

Esprintó hacia él y se detuvo antes de rodear su cuello con los brazos. Él la miró con una especie de curiosidad silenciosa, pero no había ninguna señal de la desesperación que sentía ella.

—Donnally —dijo al levantar la mano y rozar el tatuaje que tenía en la frente. Retrocedió, lo cual le hizo pensar que aunque ella anhelara el contacto humano, Donnally era más parecido a los Espadas. Había que darle la oportunidad de elegir. Esperó con la mano levantada entre los dos, y cuando finalmente asintió, acarició el tatuaje que ambos compartían con la punta de los dedos.

—Caledonia. —Dijo el nombre como si fuera nuevo para él. Luego, frunció el ceño brevemente y añadió—: Nia.

Habían pasado casi cinco años desde la última vez que había oído ese apodo. Cinco años desde que había pensado en él; al oírlo sintió un dolor intenso en el corazón.

—Donnally, tenemos que irnos —dijo al cogerle la mano—. No tenemos mucho tiempo.

Tiró de él hacia la barandilla, pero él no se movió.

—¿Donnally? —preguntó.

—No puedo ir contigo. —Apartó la mano, meneó ligeramente la cabeza y dio un paso atrás—. No puedo abandonar a mi hermano.

La batalla resonaba en los oídos de Caledonia. Retrocedió sin estar segura de lo que hacía. El mundo llegaba hasta ella a través de una capa de algodón.

Oyó que Amina pronunciaba su nombre. Vio que Lir se levantaba en la cubierta. Sabía que tenía una pistola. Sabía que tenía que correr. Pero nada tenía sentido.

Excepto una sola cosa.

Donnally la miró directamente a los ojos y pronunció una única palabra:

—Corre.

Se giró hacia Lir y se interpuso entre la pistola y Caledonia.

—¡Apártate! —gritó Lir—. ¡Donnally, apártate ahora mismo!

Pero Donnally permaneció firme. Miró directamente a los ojos de Lir y movió la cabeza.

—Esta vez no, hermano.

Caledonia se quedó asombrada al ver que Lir no disparaba.

Recobró los sentidos al instante. Amina apareció de repente a su lado, la cogió de la mano y se la llevó de allí corriendo. Por delante, los arpeos de la barandilla de la Estela Luminosa explotaron. Oran las esperaba allí, agitando las manos furiosamente y gritando: «¡Saltad!, ¡saltad!, ¡saltad!».

Saltaron juntas y volaron hacia la cubierta mientras su tripulación abría fuego.

—¿Dónde está Trineo? —preguntó a Amina tan pronto hubieron recobrado la verticalidad.

—Con el remolque —respondió.

La Estela Luminosa zarpó y puso espacio de por medio respecto de la flota Bala. Caledonia apartó los ojos de la nave de Aric. La batalla siguió unos minutos más hasta que Lir consiguió sacar de allí los barcos restantes. Un fulgor negro resplandeciente estalló en el cielo; era la señal de la retirada.

Caledonia había ganado.

CAPÍTULO

53



En el puerto de Baja Nuberrota la celebración continuó hasta bien entrada la noche. Los fuegos iluminaban la costa pedregosa, donde grupos de personas se reunían alrededor de botas de vino de cereza agrio y mollejas con forma de nudos. Sonaban las flautas y los violines, y la gente bailaba, reía, se besaba y mucho más. Los que habían luchado y vencido a las fuerzas de Aric disfrutaban de ese momento sin precedentes.

Por encima del puerto, escondida en la sala oscura del observatorio, Caledonia escuchaba los gritos de alegría. Había intentado sonreír con la tripulación, estar a la altura de lo que esperaban de ella y dejar de lado sus miedos por un instante, pero no lo logró. Formaba parte de ellos, pero también estaba aparte. Y empezaba a entender que tenía que ser así.

Envuelta en una manta de lana espesa, se acurrucó en un banco con vistas al este, por donde la flota de Lir —la flota de Lir— había desaparecido horas antes. Había ganado la batalla, pero él también, y verlo de otro modo sería un error.

En cierta manera, Caledonia también había perdido. Todavía no era capaz de abrir su corazón y pensar en Donnally, por eso evitaba hacerlo. Estaba vivo. Con eso bastaba.

Ella había perdido más que Donnally. El cañón de Aric había hundido dos de sus barcos profundos, y una de las naves rebeldes había sucumbido. En total, había perdido a dieciséis personas. Piscis le había traído el informe pensando que viniendo de ella no le resultaría tan duro. Pero en la mente de Caledonia seguía siendo un número, una cifra representativa en lugar de individuos. Asintió comprensivamente a Piscis y le pidió que la dejara sola. Quizás a ese instante de conmoción le seguiría una pena profunda; a Caledonia le preocupaba que esa fuera la nueva forma que iba a adoptar su corazón.

Cada vez que encontraba un momento de calma entre sus pensamientos, recordaba la cubierta de ese barco después de que la estrella en flor la hubiera destrozado. Vio los instantes de agonía reflejados en los rostros de chicos más jóvenes que ella, vio el anillo de soldados a los pies de Aric y vio la bomba en sus propias manos. Volvió a notar el botón haciendo clic por la presión de sus dedos, y entonces quiso abrirse la garganta en canal.

Aquella batalla la había cambiado. Había utilizado las terribles armas de Aric en su contra, y sabía que volvería a tomar la misma decisión si la situación así lo reclamara.

Alguien se aclaró la garganta en la puerta de entrada. Levantó la cabeza y vio a Oran, bañado en el resplandor luminiscente de la bóveda dorada del techo. Esa luz tenue hizo que sus ojos brillaran. Se posaba en sus hombros como una túnica esculpida para encajar con su ágil figura. Lo absorbió con la mirada, que luego apartó.

—¿Pasa algo? —preguntó Caledonia.

Él entró en la sala. Notó que meneaba la cabeza aunque no lo estuviera mirando.

—Ahí fuera, no.

Asintió, y aunque se había refugiado allí con un deseo intenso de estar sola, no le pidió que se fuera. Después de un momento, Oran avanzó por la sala y se arrodilló delante de Caledonia.

—Estoy aquí, para lo que necesites.

Asintió una vez más. De todos los otros, solo él había estado en la posición en la que ella se encontraba ahora. Si no era exactamente la misma, era parecida.

—No necesito nada ahora. Solo... respirar.

Una triste sonrisa hizo que sus labios se torcieran. Con arrojo, introdujo una mano en el interior de la manta para encontrarse con la de ella, y apresó sus dedos. Ella dejó que se entrelazaran y respiró agitadamente cuando Oran la levantó y presionó los labios contra sus nudillos.

—Nadie sabe lo que es hasta que lo hace —dijo—. Y aunque sea distinto para todo el mundo, también es un poco igual. Dime lo que necesitas, Caledonia, y lo haré.

Su promesa fue como el viento fuerte del océano: reconfortante y veloz, era todo lo que necesitaba. Caledonia se fue deslizándose por el banco hasta caer sobre su regazo, y entonces sus labios se tocaron. Le rodeó la cintura con los brazos y la apretó contra su pecho mientras su lengua se abría paso entre sus labios. La boca de Oran era cálida y entregada; dejaba que ella llevase la iniciativa del beso.

Caledonia se apartó y apoyó su frente contra la de él, compartiendo la misma respiración y rozando los dedos contra su labio inferior. Se habría quedado en esa posición para siempre, en el círculo protector de sus brazos; allí se sentía protegida y nadie iba a vivir o a morir dependiendo de sus decisiones.

Pero era solo una ilusión, y si no despertaba pronto acabaría siendo peligrosa.

Se recostó para volver a ver su rostro, y para que él pudiera ver el de ella. Si iba a convertirse en un monstruo, quería estar segura de que alguien era testigo de ello.

—No me imaginé qué pasaría —reconoció—. Las batallas me resultan fáciles de descifrar. Puedo sentir cómo cambian, cómo crecen y cómo se pliegan sobre sí mismas. Soy capaz de anticipar los movimientos. Pero nunca pensé que Lir mataría a Aric.

—A mí no me sorprendió. Lir siempre quiso el poder de Aric. Solo estaba esperando la oportunidad perfecta para arrebatárselo. —El rictus de Oran se crispó—. En su día yo hubiera hecho lo mismo.

Sabía lo que necesitaba de él. Era terrible pedir algo así, pero si tenía que liderar a su gente en una guerra contra Lir le hacía falta alguien que pensara como él, alguien capaz de anticipar lo que ella no sabía ver.

—Oran, necesito que vuelvas a ser Manodeacero —dijo con lágrimas en los ojos. Él abrió la

boca para protestar, pero antes de que pudiera decir nada Caledonia añadió—: Pero no como antes. No quiero que seas un instrumento de tortura, sino otra cosa: mi Manodeacero.